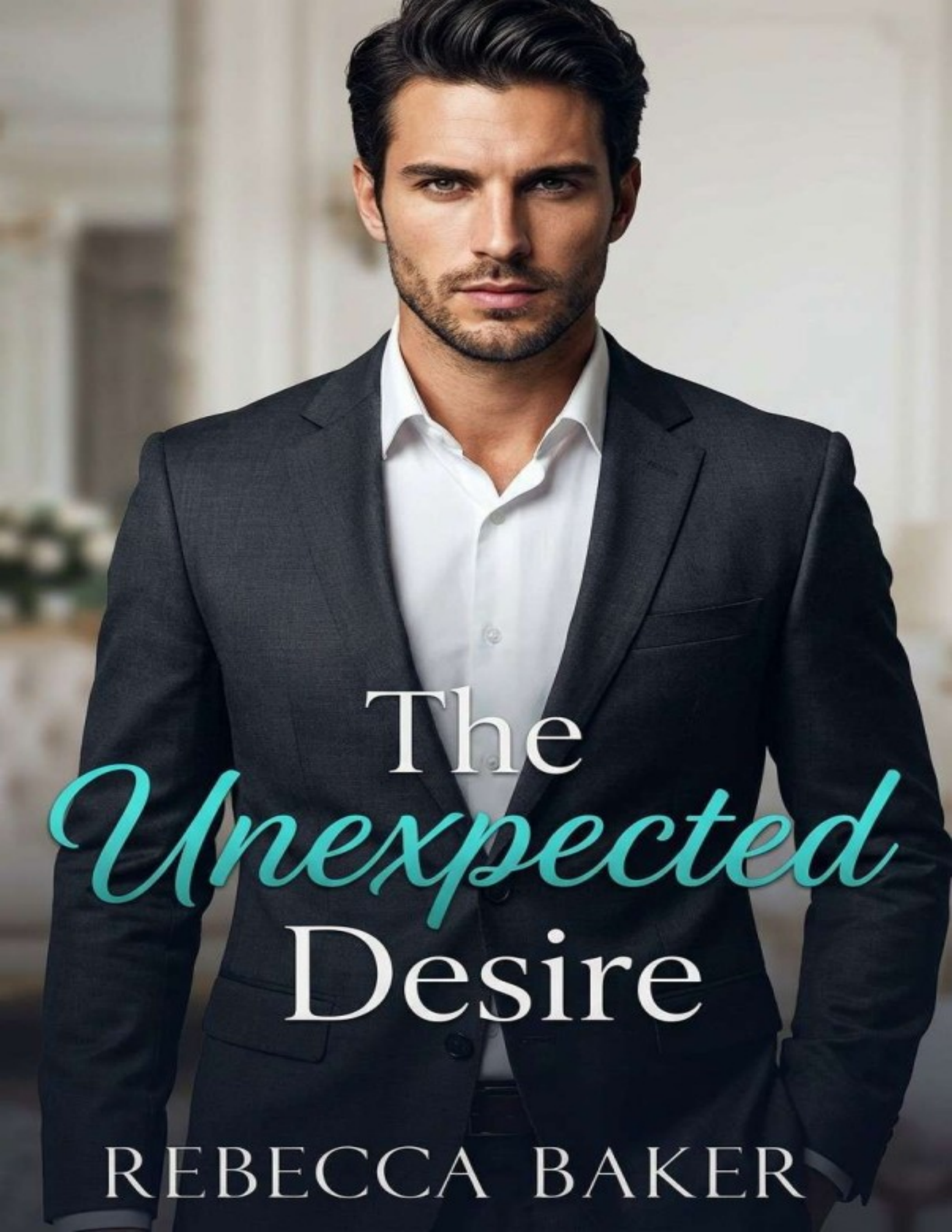
The
Unexpected
Desire
REBECCA BAKER

Unexpected Desire – Pasión prohibida

Rebecca Baker

Índice

Descripción
Capítulo 1 Maisy
Capítulo 2 Dixon
Capítulo 3 Maisy
Capítulo 4 Dixon
Capítulo 5 Maisy
Capítulo 6 Dixon
Capítulo 7 Maisy
Capítulo 8 Dixon
Capítulo 9 Maisy
Capítulo 10 Dixon
Capítulo 11 Maisy
Capítulo 12 Dixon
Capítulo 13 Maisy
Capítulo 14 Maisy
Capítulo 15 Maisy

Capítulo 16 Dixon
Capítulo 17 Maisy
Capítulo 18 Dixon
Capítulo 19 Maisy
Capítulo 20 Maisy
Capítulo 21 Dixon
Capítulo 22 Dixon
Capítulo 23 Maisy
Capítulo 24 Dixon
Capítulo 25 Maisy
Capítulo 26 Maisy
Capítulo 27 Dixon
Capítulo 28 Maisy
Capítulo 29 Dixon
Capítulo 30 Maisy
Capítulo 31 Dixon
Capítulo 32 - Dixon y Maisy

Descripción

Desnuda ante un extraño que parece un dios griego. Ese fue el comienzo.
Pasar una noche con él y descubrir que es mi nuevo jefe. Ese fue el error.
Pero ahora estoy embarazada de él y él finge que no existo. Este es mi fin.
¿O no?

Tengo un talento especial para las situaciones bochornosas.
En cueros en una habitación de hotel en Boston.
Una alarma de incendios que se dispara sin motivo.
Y de repente, un empleado del hotel me saca a rastras al pasillo.
Yo. Desnuda. Ante *él*.

El hombre que me rescata es más magnético que cualquier imán.
Se llama Dixon —y hace que mi corazón se acelere—.
Pasamos una noche tórrida.
¿A la mañana siguiente? Un breve intercambio de palabras y se marcha.
Pienso: Da igual, no volveré a verlo en la vida.

Qué equivocada estaba.

Una semana después, Dixon entra en mi galería de arte en Nueva York.
Y trae noticias: es el nuevo propietario.
Mi aventura de una noche es ahora mi jefe.

Pero eso no es todo.
Cuando aparece mi mayor rival, Dixon marca su territorio.
Finge que no solo la galería le pertenece.
Sino también yo.

Sigo su juego.
El único problema es que mi rival resulta ser también su asistenta.
¿He hecho bien en participar en el numerito de Dixon?
Mi cabeza dice que no.
Mi corazón dice que sí.

Pero ahora hay mucho más en juego que solo mi trabajo o mi orgullo.
Porque estoy embarazada.
De Dixon.

Capítulo 1 Maisy

Giré la llave dos veces en la cerradura, abrí la anticuada puerta de la tienda con su cristal y su barra de latón labrado y entré en mi galería. Cuando visité el local por primera vez, la puerta me cautivó de inmediato. No creía que aún quedara algo así en Nueva York. Hoy en día todo era moderno, sin contacto y de diseño totalmente minimalista. Eso no era lo que yo tenía en mente, así que había ido de local en local, negando con la cabeza una y otra vez. Demasiado anónimo. Demasiado oscuro. Demasiado a desmano. Demasiado caro.

Desesperada, ya me preguntaba si mis expectativas eran demasiado altas. ¿Acaso esperaba lo imposible?

Pero entonces visité este local y supe al instante: ¡esto es lo que buscaba! ¡Exactamente esto y nada más!

Y así, desde hace unos meses, soy la orgullosa propietaria de mi propia galería. Alquilé el local y acondicioné un rincón donde pinto para que los clientes puedan verme trabajar. Las paredes estaban adornadas con una selección de mis cuadros y, en mi almacén, otras

obras esperaban a encontrar un comprador para hacer los salones, comedores y dormitorios de los neoyorquinos más hermosos e individuales.

Porque eso era lo que representaba *Maisy's Art*. Mis cuadros eran piezas únicas. Cada uno representaba un tema específico y, por tanto, apelaba a un cliente muy concreto. En ese momento estaba pintando un cuadro sobre el verano, pues este, por fin, estaba a la vuelta de la esquina.

Tarareando, encendí la cafetera. Siseó y resopló, y rápidamente deslicé una taza bajo el dispensador. Justo al lado de la cafetera había un acogedor rincón con un sofá. Aquí, según había pensado yo, se sentarían los clientes para terminar de decidir si habían elegido el cuadro adecuado.

Suspiré.

A excepción de mí misma, mi galería estaba vacía.

Ayer también había sido así.

Durante todo el día.

Y anteayer, lo mismo.

La campana de la puerta tintineó. Levanté la vista esperanzada.

—Vaya, vaya... ¿Qué haces, gran artista? —una voz fuerte y sarcástica penetró hasta el último rincón de *Maisy's Art*.

Miré a la mujer de nariz afilada y melena rizada que parecía despeinada. Lo que me faltaba.

Tragué saliva. —Buenos días, Pandora —respondí—. Me alegro de verte. ¿Estás de descanso o qué te trae por aquí? —Apenas hubo salido la pregunta de mi boca, me maldije por ello.

Pandora es tu mayor rival, Maisy. Deberías simplemente ponerla de patitas en la calle y no hacerle preguntas. Así solo consigues desviar la atención de sus provocaciones, pero estás hablando con ella. Y eso es lo último que quieres.

Conocía a Pandora desde nuestros tiempos en la universidad. Aunque «conocerla» era decir demasiado. Sabía quién era, qué pintaba y quiénes eran sus amigos. Y aun así, nunca habíamos tenido mucho que decirnos. Era simplemente otra estudiante más. Pero desde que salí dos veces con el exnovio de Pandora, ella me trataba con abierta hostilidad. Y eso que habían pasado más de seis meses desde su ruptura.

Y ahora... para colmo de males, Pandora también había abierto una galería. Y precisamente justo enfrente de la mía.

Suspiré para mis adentros. La vida podría haber sido tan maravillosa.

—¿Que qué me trae por aquí? —Pandora soltó una risita y se pasó la mano por los rizos. Lucía su peinado como un trofeo y yo, con mi pelo rubio y liso, volví a sentirme especialmente invisible. Seguro que Pandora tenía diez veces más pelo que yo.

—Quería ver qué haces durante todo el día. Debe de ser bastante aburrido estar tan sola en la galería. Al menos, yo nunca he visto

entrar a nadie aquí. A excepción de ti, claro. —Pandora volvió a reírse.

Tragué saliva. Por desgracia, Pandora tenía bastante razón.

—¿A qué se deberá eso? —Pandora se puso un dedo en los labios y fingió que reflexionaba. Rió de nuevo—. ¡Ah! —Levantó el dedo como si acabara de tener una revelación—. Ya sé. Maisy James solo pinta basura que nadie quiere. Se ha corrido la voz bastante rápido de la porquería que hay aquí. Y por eso precisamente no viene nadie. —Pandora estalló en una carcajada estrepitosa. Todo su cuerpo se sacudía y se sujetaba el costado.

Me dolía todo.

Quise defenderme, pero mi lengua estaba como paralizada.

¡Maisy! No te dejes pisotear así. Ya no eres una niña de diez años que tiene que mirar impotente cómo su compañero de clase cruel se burla de sus dibujos y luego los rompe. ¡Hoy eres una mujer adulta y puedes defenderte!

—Basura —jadeó Pandora entre dos carcajadas.

Y de repente me invadió la furia. —¡Eso no es verdad! —le espeté a Pandora a la cara—. ¡Mis cuadros son tan buenos como los tuyos! ¡La belleza siempre está en el ojo del que mira y que a ti no te gusten mis cuadros no significa nada! ¡Absolutamente nada!

Pandora dejó de reír. Me miró asombrada. Al parecer, no esperaba tanta resistencia. Pero se recuperó pronto. —Puede ser. Pero al final lo que decide es el dinero. Y por lo que veo, tú no ganas nada. —Volvió a reírse.

Esta vez fui más lista. Ni siquiera entré en sus argumentos. —¿Sabes qué? ¡Eso a ti no te importa! En lugar de estar aquí parada ocupándote de mis asuntos, deberías procurar irte a tu propia galería y ponerte a trabajar. La última vez que miré por tu escaparate, no parecía precisamente que estuviera ordenado. —Me mordí la lengua para no decir «vertedero», porque no quería bajar al nivel de conversación de Pandora bajo ningún concepto.

Solo quería que se fuera y me dejara en paz.

Pandora soltó una risa estridente. —Ajá. Ya salió. ¡Así que tú también me espías! Entonces te habrás dado cuenta de que, a diferencia de ti, yo no solo pinto cuadros, sino que de hecho también los vendo. —Otra carcajada estridente. Me habrían dado ganas de echar a Pandora a empujones—. Mientras que tú no has vendido ni un solo cuadro desde la inauguración. ¿O por qué siguen colgadas en la pared las mismas cosas de siempre? —Pandora hizo un gesto que abarcaba la sala que nos rodeaba.

—¡Ajá! O sea que tú también miras aquí dentro —comenté con cierta satisfacción. Sonreí para mis adentros. Así que Pandora no era tan segura de sí misma como aparentaba. Quería saber qué pintaba y qué vendía yo.

—No te hagas ilusiones por eso —espetó Pandora con veneno—. Después de ver cómo aplastabas la nariz contra el cristal de mi escaparate, me pregunté qué habría que ver en tu local. —Rió—. Nada. Esa es la respuesta sencilla. Nada.

Esta vez no dejé que la respuesta me desanimara. —Puede que mire. Pero al menos no entro en tu galería sin invitación —le devolví —. Y mucho menos me quedo más tiempo del que soy bienvenida. —Hice un gesto hacia la puerta—. ¡Si fueras tan amable de marcharte!

En ese preciso instante, la campana de la puerta volvió a sonar.

Pandora se dio la vuelta bruscamente.

Un hombre de mediana edad elegantemente vestido entró en *Maisy's Art*. Llevaba un traje caro, zapatos impecablemente pulidos, tenía un rostro armonioso y una melena densa que ya empezaba a encanecer un poco.

Lo miré con la boca abierta.

Un cliente.

Con eso sí que no contaba.

—Buenos días —dijo el hombre—. He visto sus cuadros desde fuera y quería ver dos de ellos más de cerca, ya que estoy buscando un regalo para mi esposa. —Miró expectante de Pandora a mí y otra vez de vuelta. No parecía saber a cuál de las dos debía dirigirse.

Me aclaré la garganta y puse mi mejor sonrisa.

Un cliente.

Mi primer cliente desde...

¿Desde cuándo?

Mientras yo aún lo procesaba, Pandora pasó a la acción. —Ha venido usted al lugar indicado. —Le dedicó una sonrisa radiante al hombre. Su voz ya no sonaba estridente, sino acogedora y cortés—. No importa lo que le guste a su mujer, aquí encontrará el regalo

perfecto. No obstante, la mayoría de mis obras se encuentran en mi galería principal, al otro lado de la calle. Si me lo permite, lo acompañaré allí y se lo explicaré todo. Puedo contarle exactamente qué hay detrás de cada cuadro, en qué pensaba al pintarlo, y así podrá elegir algo con total tranquilidad. —Pandora se acercó al hombre y lo cogió del brazo.

¿Qué estaba pasando?

Pandora estaba arrastrando al hombre hacia la puerta.

¡No podía ser verdad!

¡Me estaba robando el cliente!

¡Delante de mis narices!

¡En mi propia galería!

—¡Espere! —Mi voz sonó un poco insegura, pero fue lo bastante fuerte para que el hombre se girara—. Eso no es verdad. *Maisy's Art* es mi galería. No tengo ninguna otra galería al otro lado de la calle. Así que, si quiere comprar un cuadro mío, solo podrá hacerlo aquí. —Hice un gesto que abarcaba mi tienda.

El hombre me miró sin entender nada. Por dentro, me maldije.

¿No podrías haber encontrado mejores palabras, Maisy? El tipo probablemente no tiene ni idea de lo que estás diciendo. O casi seguro que no. Es la primera vez que viene, no os conoce ni a ti ni a Pandora y solo quiere comprar un cuadro.

—No le haga caso. Está un poco confundida con ese tema y siempre agobia a los clientes con esas historias. —Pandora se volvió hacia mí —. Ya te he dicho que no vuelvas a hacer eso, Maisy —dijo con un tono ligeramente reprobador, como si yo fuera una niña pequeña y ella mi madre.

Luego se volvió de nuevo hacia el cliente. —Vamos, venga. —Abrió la puerta y tiró del cliente hacia afuera.

—No. —Salté hacia adelante y agarré la manga del hombre—. No haga eso. Solo quiere sacarlo de aquí para encasquetarle otra cosa. Si quiere comprarme a mí, tiene que quedarse aquí. —Tiré de la manga e intenté que el hombre volviera a entrar en mi galería.

Él me miró con desdén. Luego se sacudió de mí como si fuera un insecto molesto. —Basta ya de tonterías. Puedo ir a donde quiera y comprar un cuadro a quien quiera. Usted no puede retenerme aquí. Deje de darme tirones de esa manera. —El hombre resopló.

—Eso es exactamente lo que yo digo —gorjeó Pandora y terminó de sacar al hombre a la calle. La puerta se cerró detrás de ambos.

Observé atónita cómo Pandora cruzaba la calle con el hombre mientras no paraba de hablarle.

No puedes permitir esto, Maisy. Defiéndete.

Abrí la puerta de golpe y salí corriendo. Al otro lado de la calle los alcancé, justo antes de que llegaran a la puerta de la galería de Pandora. —Por favor, si me concede solo un momento para que pueda comprobar en mi galería que YO tengo los cuadros que busca. —Me puse en el camino del hombre, sin aliento.

Él frunció el ceño, molesto. —¿No le acabo de decir que me deje en paz? ¿Es que está sorda o qué?

No hice caso de sus palabras. —Por favor... solo cinco minutos —supliqué.

El hombre negó con la cabeza. —En todos estos años en Nueva York, nunca había visto nada igual. ¿Es que no tiene ningún tacto con sus clientes? —Se apartó—. Prefiero que me atienda esta señora. —Hizo un ligero movimiento de cabeza hacia Pandora—. Y tenga por seguro que no recomendaré su tienda a nadie. Obligan a uno a quedarse por la fuerza. Y después probablemente a comprar.

Pandora soltó una breve risita que reprimió de inmediato.

Claro. Tenía que dar buena imagen.

Si el hombre supiera cómo era ella en realidad...

¿Pero cómo podía yo hacérselo entender?

—Mire... —intenté un último y desesperado esfuerzo.

—Si sigue molestándome, pronto tendrá que vérselas con mi abogado —amenazó entonces el hombre—. ¿De verdad quiere eso?

Sin esperar mi respuesta, siguió a Pandora al interior de su galería.

Me quedé muda en medio de la calle.

Luego me di la vuelta y regresé a *Maisy's Art*.

Genial, Maisy. Vaya forma de lucirte. La única vez que un cliente se pierde y acaba en tu local, dejas que Pandora te lo arrebate tan fácilmente.

Deprimida, abrí la anticuada puerta de la tienda que tanto me había gustado hacía un rato. Rechiné los dientes. En ese momento habría dado cualquier cosa por tener una puerta que pudiera dar un buen portazo al entrar.

Entré en la galería y me dejé caer en el cómodo sofá. Estaba indignada. ¿Qué se creía Pandora?

Me quedé mirando el cuadro que colgaba frente al sofá.

La primavera.

El cuadro que había terminado justo antes de ponerme con el verano.

Ni un solo cliente se había fijado nunca en la primavera.

Pandora tenía razón.

No he vendido ni un solo cuadro en toda la semana y en todo el mes pasado, solo uno.

Eso era poquísimo.

Tragué saliva al pensar en el alquiler que tenía que pagar cada mes por este local. Si quería vivir de mi pintura, tenía que vender algo. ¿De qué servía que mis cuadros fueran hermosos si a nadie le

interesaban? Al igual que una cantante tiene que vender sus canciones y una autora sus libros.

Cansada, me pasé la mano por los ojos.

Ante mí apareció la imagen de la galería el día de la inauguración. Había organizado una gran fiesta e invitado a todo tipo de gente. Periodistas. Críticos. Amigos. Conocidos. Entendidos en arte. Coleccionistas. Mis antiguos compañeros. Mis profesores. Mi profesora de arte del colegio. Simplemente a todos los que conocía o en los que pude pensar que tuvieran algo que ver con el arte.

Vinieron muchos y todos se mostraron entusiasmados con mi concepto.

Qué maravilla, Maisy...

No te van a faltar clientes...

Me pasaré sin falta en cuanto pase un poco el revuelo inicial, así tendrás más tiempo para mí...

Si tuviera el dinero, compraría ese cuadro de allí ahora mismo...

Qué idea tan fantástica crear este rincón para que la gente te vea pintar. Vas a inspirar a muchos. A los estudiantes también les encantará venir...

Creo que si mi mujer estuviera aquí, ya habría comprado todos estos cuadros...

Hice una mueca al recordar esas palabras.

¡Palabras!

¡Palabras vacías!

¡Nada de eso se había cumplido!

El cliente que quería esperar a que pasara el revuelo inicial nunca apareció. Como tampoco el resto de los clientes. Ni siquiera hubo un revuelo inicial. Después de recoger los platos y bandejas de mi recepción, me encontré en una galería vacía. Y vacía se había quedado. De vez en cuando un cliente se perdía por aquí y compraba algo, pero eso no llegaba ni para cubrir los gastos corrientes.

Y mucho menos podía permitirme vivir de ello.

Tragué saliva.

Hasta ahora no había querido admitirlo, pero ya iba siendo hora de ver la realidad.

Estaba contra las cuerdas.

No tenía ahorros a los que recurrir ni un patrocinador rico que me apoyara con consejos, acciones y, sobre todo, apoyo financiero.

Mis planes se basaban en la premisa de que vendería mis cuadros.

Hasta el momento había ido tirando de mes en mes, consolándome siempre con que el próximo mes seguro que sería mejor.

Pero eso nunca pasó.

Y no parecía que fuera a pasar en un futuro cercano.

Podía sobrevivir uno o dos meses más, pero si nada cambiaba para entonces, no me quedaría otra que cerrar *Maisy's Art*.

Un patrocinador.

Un amante del arte rico.

A alguien así era a quien necesitaba.

¿Pero dónde iba a encontrar a alguien así?

¿Acaso quedaba alguna posibilidad de salvar mi galería y mantener vivo mi sueño?

Capítulo 2 Dixon

Mi amigo Gavin entró en mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja. —Dixon. Qué alegría verte —me saludó.

—Gavin, amigo. —Recibí a mi amigo de toda la vida con un apretón de manos y señalé la moderna zona de estar que había junto al gran ventanal panorámico.

Gavin echó un vistazo a su alrededor. —Tengo que admitir que siempre me gusta venir aquí. Eres, con diferencia, el cliente que mejores vistas tiene en su oficina. —Gavin se acercó a la ventana y se quedó maravillado con el *skyline* de Nueva York. Hacía un día espléndido de principios de verano, y el Empire State Building, el Chrysler Building y la Central Park Tower destacaban, junto con el resto de los rascacielos circundantes, contra un cielo azul radiante.

Sonreí. —Te creo perfectamente. Pero a lo mejor encuentras a algún cliente que al menos te invite a comer a un sitio con buenas vistas.

Gavin soltó una carcajada. —Probablemente no. En ese caso tendría que invitar yo al cliente y, aunque mi empresa es muy generosa... no lo es tanto. —Gavin se dio la vuelta y dejó su maletín en la mesa de cristal rectangular que utilizaba en el despacho para reuniones breves—. Hoy el tema es Elbert, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y señalé con un gesto las sillas de cuero negro. Gavin se sentó y yo hice lo mismo. Íbamos vestidos de manera informal, ambos con vaqueros y zapatillas de deporte combinados con nuestras americanas. Yo era uno de los empresarios más exitosos de Nueva York, pero no me importaba demasiado vestir de forma excesivamente formal. Mi empresa, *Dixon's Fitness*, no era una de esas consultoras donde los empleados solo podían aparecer con traje y corbata, siempre perfectamente afeitados y obligados a quedarse en el escritorio hasta medianoche. Éramos una empresa moderna. Confiaba en mis empleados. Podían vestir la ropa con la que se sintieran cómodos. Quería que se fueran a casa a su hora y pasaran tiempo con sus familias o se dedicaran a otros asuntos. La conciliación de la vida laboral y familiar no era solo una palabra bonita en mi empresa; allí se aplicaba de verdad.

Y con ese concepto había conseguido llegar a lo más alto en mi sector. Hoy en día, *Dixon's Fitness* era la mayor cadena de gimnasios de los Estados Unidos, y estaba convencido de que gran parte de mi éxito se lo debía a mis empleados y a mi forma de dirigir el negocio. Había un *Dixon's Fitness* en cada ciudad, de Nueva York a Los Ángeles, y en cada estado, de Alaska a Florida.

Sonreí con satisfacción. Cuando empecé a levantar mi empresa de la nada hace años, nadie daba un duro por mí. Al contrario, todos los competidores se burlaban diciendo que el mercado no era lo bastante grande para otra cadena más. Pero resultó que se equivocaban. La gente, literalmente, echó abajo nuestras puertas. Seguramente se debiera a que en *Dixon's Fitness* no apostábamos por una imagen corporal totalmente irreal por la que nuestros

clientes tuvieran que entrenar, sino que aceptábamos a las personas tal como eran y las animábamos a moverse más haciendo lo que les gustaba. En nuestros centros había clases para todos los niveles de forma física y, quien no quisiera, no tenía por qué firmar un contrato; podía simplemente pagar cada vez que quisiera venir.

Con este concepto habíamos ganado muchísimos clientes nuevos. Parecía que la gente nos estaba esperando.

En los últimos años, varios de mis competidores habían desaparecido del mercado y, a día de hoy, aparte de *Dixon's Fitness*, solo quedaba otra cadena importante en los Estados Unidos. *Elbert's Studios* también tenía su sede aquí, en Nueva York, y pertenecía a mi rival Elbert Bade.

De momento.

Porque yo quería comprar esa cadena, reformar los centros de arriba abajo y convertirlos en *Dixon's Fitness*. La mayoría de los gimnasios de Elbert se habían quedado anticuados y ya no resultaban atractivos para el público joven. Ni para el mayor. ¿Quién quería pagar por entrenar con máquinas obsoletas en una sala cuyo suelo no se había renovado en años y que pedía a gritos una mano de pintura?

Exacto.

Nadie.

Por eso cada vez más clientes de Elbert se pasaban a mis centros, y Elbert tenía graves problemas financieros. Hoy tenía pensado llamarle para hacerle una oferta informal. En cuanto lo meditara un

poco, seguro que acabaría dándome la razón en mis análisis y entonces nos reuniríamos para concretar el resto de los detalles.

Y entonces yo sería el rey indiscutible de la industria del *fitness* estadounidense.

Al pensar en esto, esbocé una amplia sonrisa.

—¿Listo? —preguntó Gavin, devolviéndome a la realidad y sacándome de mis pensamientos.

Asentí. —¿Traes toda la documentación por si Elbert tiene alguna pregunta? —Me gustaba estar preparado para todo, así que le había encargado a Gavin que elaborara un borrador inicial del contrato de adquisición. Nunca se sabía. A lo mejor Elbert estaba esperando una oferta así de mi parte y aceptaba de inmediato.

Gavin asintió. —Lo tengo todo aquí.

Respiré hondo y pulsé un botón del altavoz negro que había sobre la mesa de conferencias, entre Gavin y yo. Así sincronicé el altavoz con mi móvil.

Marcé el número de Elbert.

Sonó la señal de llamada.

Esperé con el corazón en un puño. ¿Aceptaría Elbert la llamada? Había barajado pedirle una cita a su secretaria, pero al final lo descarté. Me habría hecho demasiadas preguntas: por qué quería hablar con Elbert y de qué. Por eso decidí llamar sin más. En una mañana como esta, Elbert estaría seguramente en su despacho, igual que yo.

—Dixon Lee. Vaya, pero miren quién es. —La voz nasal de Elbert surgió por el altavoz—. ¿A qué debo el honor de tu llamada? —preguntó con un tono ligeramente burlón.

—Buenos días, Elbert —saludé a mi rival. Apreté un poco los dientes y Gavin me hizo un gesto tranquilizador con la cabeza. Tenía que ignorar el comentario irónico de Elbert; de lo contrario, acabaríamos discutiendo y él nunca escucharía mi propuesta con mente abierta.

—¿Te has quedado mudo? —se mofó Elbert al ver que yo no continuaba de inmediato.

—Oh, no —respondí con una risa forzada—. Solo estaba buscando la forma adecuada de plantearte... mi asunto. —Me aclaré la garganta —. Quiero hacerte una oferta, Elbert. Como sabes, *Dixon's Fitness* sigue creciendo más y más. No hay ciudad importante en los Estados Unidos donde no tengamos un estudio. Nuestra clientela también sigue aumentando. La gente se pega por entrar en nuestros centros. —Hice una pausa.

—Me alegro por ti —dijo Elbert con desdén—. Cuando empezaste, nadie habría imaginado que aguantarías tanto tiempo. —Una risita salió por el altavoz.

Apreté los dientes.

Aguantar.

Dixon's Fitness era más grande que *Elbert's Studios* y, si hoy alguien estaba aguantando a duras penas, ese era Elbert. Hacía meses que circulaban rumores por la ciudad sobre sus problemas financieros y que su empresa estaba al borde de la ruina. Hace dos años, Elbert incluso llegó a declarar el concurso de acreedores, pero de algún

modo había conseguido remontar y sobrevivir. Al parecer, siempre se las apañaba para encontrar dinero o un crédito en cualquier rincón. Para mí era un misterio, porque Elbert no venía de una familia rica ni se había casado con alguien con fortuna.

Era un soltero convencido.

Ese era nuestro único punto en común.

En todo lo demás, Elbert era exactamente lo opuesto a mí. Tenía fama de colérico e impredecible, y no era nada apreciado por sus empleados. Elbert no solo buscaba clientes desesperadamente, sino que también necesitaba personal de forma urgente.

Otro punto que jugaba a favor de la adquisición.

¿Quién diría que no si, de un plumazo, podía librarse de todos los problemas de su vida y, además, cobrar una fortuna por ello?

Nadie.

—Quiero comprar *Elbert's Studios* —fui directo al grano sin más preámbulos. No tenía ganas de aguantar las burlas de Elbert más de lo necesario, así que era mejor decir de una vez a lo que venía.

Elbert se quedó en silencio. Y entonces soltó una carcajada estrepitosa. Aunque su risa salía de un altavoz, me eché hacia atrás instintivamente. —Qué buen chiste —jadeó Elbert.

—No es ninguna broma. La oferta es totalmente seria. Mi abogado está aquí sentado conmigo —le hice un breve gesto a Gavin—, y él puede dar fe de que no bromeo con estas cosas.

—¿Y cómo se te ha ocurrido una idea tan estúpida? —gruñó él a través del altavoz—. *Elbert's Studios* no está en venta. No he dicho ni una sola vez en ninguna parte que esté buscando comprador.

—Eso es cierto —respondí en tono conciliador—. Pero todo el mundo conoce los problemas que has tenido en los últimos años y que luchas contra la pérdida de clientes. En cambio, a *Dixon's Fitness* le va mejor que nunca y quiero que mi empresa siga creciendo en los próximos años. Por eso creo que el momento es ideal para hablar sobre cómo *Elbert's Studios* puede reforzarnos.

—¡Reforzarnos! ¡Mediante una venta! Cuéntale eso a tu abuela, que ni ella se lo tragará —se burló Elbert—. Lo que quieres es timarme. Para alguien como tú, la justicia no existe. Lo sé bien, te conozco desde hace demasiado tiempo.

—Nadie quiere timarte —repliqué molesto y miré a Gavin indignado. Mi mejor amigo levantó las manos en un gesto de calma. Como abogado, estaba acostumbrado a mediar entre dos partes enfrentadas. Respiré hondo.

No te alteres, Dixon. Eso no te servirá de nada.

—Como te he dicho, mi abogado está presente para que todo sea legal y justo. Y si te hago una oferta, por supuesto puedes hacer que tu abogado la revise y negociar todos los puntos en discordia con tranquilidad. No estoy planeando una OPA hostil. Solo quiero hacerte una oferta de compra, eso es todo. —Creo que mis palabras sonaron convincentes.

—Ajá, ¿y cuánto crees que vale *Elbert's Studios*? —La voz de Elbert oscilaba entre la ironía, la malicia y la curiosidad.

Sonreí complacido.

Ya lo tengo.

Parece que una oferta no le resultaba del todo irrelevante a Elbert.

—Te ofrezco doscientos cincuenta millones de dólares —dije con calma, como si soltara semejante cantidad todos los días.

Elbert se rió. —¿Qué? ¿De verdad crees que por una cantidad tan ridícula voy a plantearme venderte mi empresa? ¿La obra de mi vida? ¡Esa cifra es un insulto y lo sabes perfectamente!

Sentí que la rabia empezaba a recorrerme. —Esa cifra NO es un insulto, sino una oferta realmente razonable. Equivale a la facturación anual de tu empresa.

—Precisamente. Es poquísimo si tiene en cuenta que se beneficiará de los ingresos durante muchos años. ¿Me toma por tonto o qué? —Elbert escupió las palabras literalmente.

—La cantidad es totalmente adecuada si se tiene en cuenta que casi todos sus centros necesitan una reforma profunda. Tendré que invertir muchísimo dinero, además de esos doscientos cincuenta millones, para que sus gimnasios vuelvan a ser atractivos —respondí con calma.

—¿Ah, sí? ¿Ahora también insultas a mi empresa? Solo porque no ofrecemos esa atmósfera de bienestar de *Dixon's Fitness* no significa que mis estudios sean peores. En nuestros centros se entrena de verdad y no nos pasamos la mitad del tiempo vagueando y charlando. Quien no quiera ponerse en forma, no tiene nada que hacer con nosotros. —Elbert empezó a perder los estribos.

Me mordí la lengua. Lo que en realidad quería decirle era que, precisamente por eso, la gente prefería entrenar en *Dixon's* antes que con él.

—Ahora escúchame bien —continuó Elbert—. No pienso venderte nada, ni en broma. Puedes meterte tu oferta de pacotilla por donde te quepa. ¡Más vale que tengas cuidado! No voy a dejar pasar esto así como así. Llevas años siendo una espina clavada. ¿Quién te crees que eres? Un simple trepa que no tiene ni idea del sector del *fitness* y que ha tenido éxito por pura suerte. Pero no te durará mucho. ¡Y entonces yo estaré allí! ¡Y te absorberé! ¡Y el orden se restablecerá en la industria del *fitness*! ¡Me vengaré por lo que nos has hecho a todos!

Me quedé demasiado asombrado para responder.

Negué con la cabeza mientras miraba el altavoz.

¿Elbert hablaba en serio?

—A ver, Elbert, si ni siquiera tienes dinero para eso —dije finalmente.

Elbert soltó una carcajada sonora. —¿Qué sabrás tú de mis finanzas? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Pero ahora te digo una cosa: no deberías preocuparte por mí. Deberías preocuparte por ti y por tu propia empresa. Un éxito como el tuyo no puede durar para siempre. Dentro de poco mucha gente descubrirá que detrás de tu fachada reluciente no hay nada, y entonces... sí, entonces estarás agradecido por MI oferta. Me suplicarás de rodillas que te compre la empresa y te alegrarás por cada céntimo que quiera darte por ella. Sí, el día que dependas totalmente de mi voluntad, Dixon Lee... ese será el momento que llevo años esperando. —Elbert hablaba presa de la furia—. Ten mucho cuidado.

Esta vez fui yo quien se levantó. Cada vez me resultaba más difícil quedarme sentado en la silla. —¡No te atrevas a amenazarme!

—¡Ten mucho cuidado! —repitió Elbert con una risa burlona.

Y entonces solo se oyó la señal de línea libre por el altavoz. Elbert colgó sin más.

Gavin alargó la mano y apagó el altavoz.

—Ese tío ha perdido los estribos por completo —troné mientras recorría mi despacho a paso rápido. En la pared opuesta había una cinta de correr y un saco de boxeo. Al fin y al cabo, yo no solo quería predicar el *fitness*, sino también vivirlo, así que había hecho instalar ambos aparatos en mi despacho.

Cerré los puños y empecé a golpear el saco.

Izquierda.

Derecha.

Izquierda.

Derecha.

Entonces sentí una mano en mi hombro. —Dixon. No dejes que Elbert te ponga así. —Gavin se había puesto detrás de mí e intentaba calmarme—. No es más que un frustrado porque sabe perfectamente que tienes razón y que está al borde del abismo. Quizá haya conseguido ahora una inyección de dinero de algún sitio,

pero no le durará mucho con su forma de gestionar el negocio. A más tardar, en unos meses volverá a tener problemas.

Dejé el saco mientras recuperaba el aliento con dificultad.

Gavin tenía razón.

Elbert no valía la pena.

—Vamos a trazar un plan. Sería el colmo que nosotros dos no pudiéramos con Elbert. —Gavin me dirigió sutilmente de nuevo hacia la mesa de reuniones.

Me dejé caer en la silla y contemplé las vistas de Nueva York frente a mí. En el despacho de Elbert no había semejante panorámica; él solo veía una pared gris de edificio.

Miré a Gavin. —Si hace falta, lo conseguiré también sin esta adquisición. *Dixon's Fitness* seguirá creciendo y no voy a permitir que un competidor resentido me estropee el plan.

—Así me gustas más —dijo Gavin con aprobación.

Me levanté de nuevo y abrí el cajón de mi escritorio. Dentro había varias tabletas de chocolate. Partí un trozo de una y me lo metí en la boca. El sabor dulce calmó mis nervios al instante.

Le ofrecí la tableta a Gavin.

Él negó con la cabeza. —Gracias, amigo, pero eso no es para mí.

Volví a esconder el chocolate en el cajón. Ninguno de mis empleados podía saber que me apasionaba el chocolate.

Precisamente yo.

El dueño de una cadena de gimnasios.

Nadie podía enterarse de eso.

Y por suerte, tampoco se me notaba. Entrenaba a diario y tenía mi propio entrenador personal. En cuanto a forma física, era difícil superarme.

Me senté de nuevo. —Bien, pensemos cómo podemos bajarle los humos al bocazas de Elbert.

Su amenaza no debía cumplirse bajo ningún concepto.

Bajo ningún concepto.

Y yo quería sus gimnasios.

Estaba dispuesto a hacer mucho para lograrlos.

Cerré los puños.

Más le valía a Elbert irse preparando.

Capítulo 3 Maisy

Feria de Arte de Boston.

Me quedé mirando el folleto de colores llamativos que llevaba unas semanas sobre el mostrador de mi galería, junto con una carta de invitación oficial. Como artista prometedora, me invitaban cordialmente a participar como expositora en la feria de arte. En caso de querer asistir, debía confirmarlo pronto y asegurarme de que mis cuadros fueran enviados a Boston por mensajería a tiempo. Hasta ahora, me las había apañado para evitar dar una respuesta.

Ni siquiera tenía dinero para ir. Sí, estaba invitada, pero tenía que correr con todos los gastos: vuelo, hotel, transporte de las obras, una tasa para la feria y alguien que me sustituyera en la galería. Porque yo era mi única empleada y, si no estaba allí, significaba que *Maisy's Art* estaría cerrada. Pero ¿y si precisamente en ese tiempo venía un cliente?

Maisy, eso es una tontería. No ha venido ni un solo cliente en todo este tiempo. ¿Por qué iba a perderse alguien por aquí cuando tú no estés? Las probabilidades son ínfimas. Sé sincera contigo misma de

una vez: da igual que la galería esté abierta o cerrada. Podrías pasarte el día tomando el sol perfectamente.

Fuera hacía un día de principio de verano precioso y quien no tuviera nada que hacer hoy, seguro que se iba a pasarlo a Central Park.

Pero yo no estaba para tomar el sol.

Miré con dudas la invitación que tenía en la mano. La feria de arte podría ser mi salvación. No eran pocos los artistas que habían sido descubiertos por un gran público en Boston y que después, por fin, habían alcanzado el éxito que llevaban años esperando en vano. ¿Por qué no iba a pasarme a mí también?

Yo no pintaba ni mejor ni peor que esos artistas. Solo diferente. Cada uno tenía su propio estilo, y yo también. Pandora pintaba de forma totalmente distinta a la mía. Mientras que yo intentaba capturar atmósferas alegres y representaba cómo la luz se imponía a la oscuridad, sus cuadros eran sombríos y parecían anunciar un inminente fin del mundo.

Negué con la cabeza. ¿Compraría algo el cliente de antes en la galería de Pandora? Me habría encantado espiar su galería para averiguar cómo se las apañaba para encasquetarle a aquel hombre uno de sus cuadros. Pero no me atrevía a volver a salir.

Suspirando, dejé a un lado el folleto. Sí, la feria de arte podría ser un gran éxito para mí.

Pero no había ninguna garantía. Todo podía salir igual de mal y que solo fuera un viaje muy costoso a Boston en el que, al final, no vendiera nada y solo tuviera gastos.

Miré el folleto con indecisión. En ese momento me habría gustado tener a alguien que me dijera qué hacer. O que me diera una garantía de éxito.

¿Con qué sueñas por las noches, Maisy? Aquí no hay ninguna pitonisa con una bola de cristal que pueda predecirte el futuro con certeza.

Por desgracia.

Porque, de lo contrario, quizá ni siquiera habría abierto *Maisy's Art*, sino que simplemente me habría buscado un trabajo en lugar de endeudarme tan imprudentemente para cumplir un sueño que, hasta ahora, no me había traído el éxito esperado, sino solo fracasos y un montón de problemas con mi rival, Pandora.

Lo que más deseaba era volver atrás en el tiempo y tomar otras decisiones.

Mi móvil sonó. Aparté el folleto. Debajo estaba el smartphone. La pantalla mostraba el nombre de mi agente.

Quizá fuera por fin la noticia del gran salto que llevaba meses esperando en vano. El día había empezado tan mal que tenía que terminar mejor. ¿No?

—Hola, Guy —respondí esperanzada.

—Maisy —graznó mi agente. Me estremecí, como cada vez que oía su voz. Guy era agente artístico y, como tal, hablaba con mucha gente, pero en cada una de nuestras conversaciones me preguntaba cómo podían aguantar las personas hablando con él durante mucho tiempo. Posiblemente le compraban cuadros solo para que se callara.

Aunque eso no se aplicaba a mis cuadros, ya que a través de Guy no había vendido ni uno solo todavía.

—Sus negocios van más que mal —dijo Guy yendo directamente al grano. Di un respingo, algo que Guy, por supuesto, no podía ver—. ¿Ha pensado ya en dejarlo todo y vender la galería?

—¿Qué? —Me sobresalté.

¿Vender?

Nunca había pensado en ello. Al menos hasta ahora.

—No está ganando nada, Maisy. Esto no puede seguir así. —Guy era tan directo que casi dolía—. La gente no quiere sus cuadros. No tengo a ningún otro cliente que sea tan poco rentable como usted.

Tragué saliva. Se me humedecieron un poco los ojos, pero volví a tragar con valentía. Guy no debía notar bajo ningún concepto cuánto me afectaban sus palabras. —Aun así, no voy a renunciar a mi sueño.

Guy bufó.

—Hay interesados en su local. O mejor dicho, en toda la propiedad. También trabajo como agente inmobiliario y me ha llegado un asunto interesante... Si es usted hábil ahora y rescinde el contrato de alquiler antes de tiempo, incluso sacará unos cuantos cuartos por esta galería poco rentable y podrá saldar sus deudas. —Guy dejó claro que ya no creía en mí.

—Eso no es una opción —le sentencié.

—¿Y cómo piensa sobrevivir entonces? —Guy no se rendía tan fácilmente.

No le falta razón, Maisy.

—¿Cómo se llama el interesado? —quise saber.

—Es un tal Mr. Lee —dijo Guy.

El nombre no me decía absolutamente nada.

—Hay un segundo interesado, se llama Crosby Caldwell.

—¡Crosby Caldwell! —Se me escapó un grito de espanto—. No. Guy, no. De ninguna manera puede quedarse él con el edificio. Bajo ningún concepto.

—La oferta no es tan mala —refunfuñó Guy.

Puede que no lo fuera. Pero Crosby Caldwell podía ofrecerme lo que quisiera; no aceptaría. Aunque pusiera la ciudad de Nueva York y toda América a mis pies, diría que no. Conocía a Crosby desde la universidad. Él no había estudiado Arte, sino Periodismo. Pero, por alguna razón, se pasaba el día merodeando por nuestras clases. Pronto averigüé que YO era esa razón. Crosby me perseguía y no dejaba piedra por mover para conquistarme. Le di un desplante tras otro y le señalé sin rodeos que había otras estudiantes además de mí. Pero nada de eso sirvió de nada.

Crosby me perseguía con tenacidad. Estaba en todas partes donde yo estuviera. En las clases. En la cafetería. Por la noche en un bar. En el cine. Simplemente no podía quitarme de encima a aquel tipo y me preguntaba cómo se las apañaba para sacar adelante sus

estudios además de todas esas actividades. Al final de su carrera, había aceptado un puesto bien pagado en el periódico de su padre. Ya no me perseguía tan a menudo. Ya me imaginaba que por fin habría encontrado novia.

Pero ahora... Probablemente solo había estado ocupado con su trabajo y ahora iniciaba una nueva campaña para conquistarme.

Negué con la cabeza.

Entonces me vino un pensamiento que me hizo estremecer.

Guy tenía plenos poderes para actuar en mi nombre. Solo así podía actuar como mi agente, al menos eso había afirmado cuando firmamos nuestro contrato, que, según Guy, debía ayudarme a ser conocida más allá de los límites de la ciudad de Nueva York.

Así que mi agente podía aceptar una venta sin tener que preguntarme antes.

Debí de estar loca para permitir algo así.

¿O acaso tenía siquiera que preguntarme? ¿Bastaría con que simplemente le preguntara a mi casero?

Daba igual.

La venta no podía llevarse a cabo, fuera como fuera.

—¡Guy! —Mi voz sonó suplicante—. No puede aceptar una venta bajo ningún concepto, ¿me oye? ¡Por nada del mundo voy a

rescindir mi contrato de alquiler antes de tiempo ni a renunciar a la galería!

—¿Y qué piensa hacer entonces? —quiso saber Guy.

Una pregunta legítima.

—Tengo a alguien a mano que está interesado en algunos cuadros —mentí—. Un cliente que ha vuelto precisamente esta mañana. Quiere consultarlo ahora con su mujer. Pero creo que comprará y, si sale adelante... entonces puede ser el comienzo de algo muy grande.

—¿Y para cuándo lo sabrá? —preguntó Guy con desconfianza.

—Creo que me dirá algo la semana que viene.

—Entonces no deje de llamarme. —Guy terminó la conversación sin despedirse.

Dejé el smartphone sobre la mesa.

Miré a mi alrededor desanimada.

Luego me dejé caer en mi taburete y me sujeté la cabeza con las manos.

Dios mío.

¿Qué me había pasado por la cabeza?

¿Cómo se me había ocurrido soltarle semejante mentira a Guy?

Estabas desesperada, Maisy, y querías impedir que vendiera el edificio por las buenas y, con él, tu sueño.

Solté una risa nerviosa.

Sí. Eso era lo que quería impedirle a Guy.

Pero, ¿qué pasaría cuando mi mentira saliera a la luz?

Hacía un momento yo misma dudaba de si podría seguir viviendo mi sueño. Entonces llegó Guy, me ofreció una solución y yo no solo la rechacé, sino que además fingí que ya tenía una solución mucho mejor por mi cuenta.

Estaba en un aprieto aún mayor que antes y la culpa era únicamente mía.

¿Qué iba a hacer?

¿Cómo iba a salir de esta situación?

No tenía la más remota idea y tampoco sabía quién podría ayudarme.

En ese instante, sonó por segunda vez en el día de hoy la campana sobre la puerta de la tienda.

¡Un cliente!

Me levanté de un salto como si me hubiera dado una descarga eléctrica. Bajo ningún concepto debían ver mis clientes que estaba aquí sentada, deprimida y preocupada por mi futuro.

—Buenas... —El resto del saludo se me murió en los labios.

Frente a mí estaba Crosby.

Hacía apenas un momento que había vuelto a pensar en él por primera vez en meses.

—Maisy. —Crosby me sonrió, mostrando dos hileras de dientes impecables. Todo en su rostro resultaba anguloso. La nariz, los pómulos, la barbilla. Su sombra de barba le daba un aspecto desaliñado y su pelo parecía, como siempre desde hacía mucho tiempo, no haber pasado por el agua.

Crosby era cualquier cosa menos un hombre atractivo.

Solo su traje le sentaba como un guante.

Seguramente ERA a medida.

¿Por qué no podía estar la maldita Pandora aquí ahora mismo para arrastrar a Crosby de mi galería a la suya?

Casi suelto una carcajada.

Nunca habría creído que llegaría a anhelar la presencia de Pandora.

Aunque estuviera aquí, no te serviría de nada, Maisy. Sabe perfectamente quién es Crosby y te lo dejará con mucho gusto. Si lo hubiera querido para ella, ya lo habría cazado durante la carrera.

—Veo que te has quedado sin palabras de la alegría de volver a verme. —Crosby volvió a sonreír. Realmente no se le podía llamar

sonrisa a aquello.

Me crucé de brazos sobre el pecho. —¿Qué haces aquí? —Mi tono dejó claro que Crosby no era nada bienvenido.

—Bueno, he oído hablar de tu galería y quería echar un vistazo. —Crosby paseó la mirada por la sala.

—¿Oído hablar? —le espeté indignada—. No mientas. Le has hecho una oferta a mi agente para comprar todo el edificio y tener así la sartén por el mango. —En cuanto solté aquellas palabras, me pregunté si había sido prudente dejar que Crosby supiera que estaba al tanto de la oferta.

—¿Y qué? Si he de creer a su agente, debería estar MUY, MUY agradecida por ello. Por lo visto, el negocio no parece ir especialmente bien. —Crosby miró con desprecio los cuadros de las paredes, mi rincón de pintura y el sofá para los clientes.

—Todos los comienzos son difíciles. —Maldije a Guy para mis adentros. ¿Cómo se le había ocurrido darle a Crosby toda esa información? ¿Es que la confidencialidad ya no significaba nada?

—Sí, pero después de unos meses... —Crosby se encogió de hombros. No terminó la frase. Tampoco hacía falta. Él y yo sabíamos perfectamente lo que quería decir. A estas alturas, la galería ya debería haber empezado a dar beneficios.

Crosby se acercó a mí. Antes de que pudiera defenderme o echar a correr, me agarró del brazo. —Maisy. Sé razonable de una vez. Puedo entender que no quisieras saber nada de mí durante la carrera. Pero ahora la cosa es distinta. Soy periodista, mi padre tiene

su propio periódico, gano bien, mi familia tiene dinero. ¿A qué estás esperando exactamente?

A mi pesar, solté una carcajada.

Crosby apretó más el brazo.

—¡Ay! ¡Suéltame! —grité con fuerza.

Como era de esperar, nadie me oyó, pues *Maisy's Art* estaba tan vacía como siempre.

—¿Por qué no quieres saber nada de mí? —exigió saber Crosby mientras me empujaba más hacia el rincón del fondo.

Intenté desesperadamente zafarme de su agarre y avanzar hacia el escaparate. Porque aquí atrás no tenía ninguna oportunidad. Ni siquiera un transeúnte que pasara por casualidad me vería aquí.

Nadie iba a ayudarme.

—Dígame ya —exigió Crosby—. ¿Qué tengo que hacer para que por fin me acompañe a una cita?

—Simplemente no eres mi tipo —le espeté.

¿Cuántas veces se lo había dicho ya?

Durante los estudios, seguramente todas las semanas.

—Y un montón de dinero no va a cambiar eso —añadí—. No estoy en venta.

Crosby soltó una risotada burlona. —Os conozco de sobra a las tías. Pronto te tirarás al cuello del primero que pase, alguien que no tenga ni dinero ni influencia. Dejarás que te deje preñada y luego vendrás llorando a mi puerta suplicando que sea tan piadoso de acogerte. Después de haber dejado que otro te folle. —Crosby me dio un empujón y me miró con absoluto desprecio.

Respiré aliviada y me froté el brazo.

—¿Pero qué está pasando aquí? —Una voz femenina. No me había dado cuenta de que alguien más había entrado en la galería.

Detrás de Crosby estaba mi amiga Jaylene.

Solté un suspiro de alivio.

Ahora todo iría bien.

—Crosby ya se iba. —Le hice un gesto con la cabeza.

Jaylene lo miró con desdén. Conocía a Crosby, aunque decir conocer era demasiado. Había estado conmigo suficientes veces cuando Crosby aparecía de repente y sabía cómo me había estado acosando.

Crosby resopló. —Tías... —masculló, se dio la vuelta sin decir una palabra más y salió de la galería.

Sin embargo, en la puerta se volvió una última vez. —Ya te arrepentirás de esto. Desearás no haberme rechazado. —Había algo en su mirada que no le había visto nunca.

¿Odio?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Entonces Crosby se marchó, tan rápido como había llegado.

—Ese tipo no rige bien —comentó Jaylene—. Menos mal que he pasado por aquí de casualidad. Iba a comprar unas cosas y he pensado en pasar un momento a saludarte y animarte.

—Me da escalofríos —murmuré.

—No deberías darle más vueltas. —Jaylene sacudió la cabeza—. Probablemente su novia lo acaba de dejar.

—Tal vez.

Pero no podía olvidar la mirada de Crosby. En ella había claramente odio. Y puro deseo de venganza.

Puede que me hubiera librado de él por ahora con la ayuda de Jaylene, pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que Crosby cumpliría su amenaza y me pondría la zancadilla de alguna manera.

El día de hoy no mejoraba.

Todo lo contrario.

Iba de mal en peor.

Estaba metida en un buen lío.

No tenía dinero, no vendía nada y, para colmo, tenía encima a una competidora indeseable y a un acosador persistente.

Lo que más deseaba era estar simplemente en cualquier otro lugar.

Capítulo 4 Dixon

Gavin se había ido y yo estaba sentado solo en mi despacho. El trabajo se apilaba sobre mi escritorio de cristal de diseño, pero no lograba concentrarme. Miraba una carta tras otra y las volvía a apartar todas. Leía mis correos, pero poco después ya no sabía ni lo que había leído. Mis pensamientos seguían en la conversación con Elbert.

¿Llevaría a cabo su amenaza?

Y de ser así, ¿qué haría?

Estos pensamientos no te llevan a ninguna parte, Dixon. Elbert hace lo que le da la gana. Solo puedes intentar reaccionar de la mejor manera posible a todo lo que suceda.

Me quedé mirando el correo electrónico en mi pantalla. ¿Ya lo había leído o no? No era capaz de recordarlo. Le eché un vistazo rápido al texto, pero el recuerdo no volvió.

Necesitaba una sesión de entrenamiento. Después podría volver a concentrarme de lleno. Me levanté.

En ese instante, la puerta de mi despacho se abrió de par en par.

—¡Dixon!

—¡Alto! ¡No puede entrar aquí así como así!

La primera voz pertenecía a mi prima Pandora.

La segunda voz, a mi secretaria, Emmy.

Pandora estaba en la puerta de mi despacho. Emmy apareció tras ella. —Lo siento, no he podido detenerla, yo...

—No importa —dije restándole importancia con un gesto. No tenía ninguna gana de hablar con Pandora, pero ya que estaba allí, no me libraría de ella hasta que hubiera escuchado lo que tenía que decir.

No me caía especialmente bien mi prima. Tenía exactamente mi misma edad. Ya de niños, intentaba chivarse de mí a nuestra abuela común. Planeaba travesuras y al final me cargaba el muerto a mí. Afirmaba que yo le pegaba o que le quitaba sus juguetes. Simplemente por... ¿por maldad? No lo sabía.

Pero sí sabía que Pandora nunca me había gustado.

Y el sentimiento era mutuo.

Sin embargo, adoraba a mi abuela y, por ella, me había esforzado al menos en tolerar a Pandora y en no mostrar mi aversión de forma

demasiado abierta. De todas maneras, no veía a Pandora muy a menudo. En celebraciones familiares, como el cumpleaños de mi abuela. Por lo demás, nos evitábamos y cada uno vivía su vida.

Eso funcionaba a las mil maravillas.

Así que confiaba en poder librarme pronto de Pandora también esta vez.

—Necesito tu ayuda, Dixon —anunció entonces Pandora.

—¿Necesitas mi ayuda? —repetí, arqueando las cejas con incredulidad. En realidad quería ahorrarme las siguientes palabras, pero no pude evitar añadir—: Lo siento, Pandora, pero has llamado a la puerta equivocada. Cuando decías eso antes, solías estar metida en un buen lío e intentabas hacerme responsable de alguna de tus jugarretas. —Negué con la cabeza—. Esos tiempos ya pasaron hace mucho.

—Me han echado. —Pandora no parecía estar escuchándome en absoluto. Estaba frente a mí con los hombros caídos. Nunca la había visto así.

—¿Qué? —No tenía ni la más remota idea de qué estaba hablando mi prima.

—La semana pasada pillé a Curt con otra. —Pandora torció el gesto. Su nariz puntiaguda parecía más afilada que nunca y su alborotada melena rizada parecía hoy especialmente despeinada. Le temblaba ligeramente el labio.

¿No se pondría a llorar ahora, verdad? Nunca sabía qué hacer cuando las mujeres lloraban. Y mucho menos con mi prima.

Así que me centré en los hechos. Curt era el novio de Pandora, eso sí lo sabía. Lo había llevado a las últimas reuniones familiares y el tipo me había caído mal al instante.

—Lo siento —dije, no obstante. En realidad me habría gustado decir que no era una gran pérdida—. ¿Pero qué tiene eso que ver conmigo? —añadí. Pandora y yo nunca nos habíamos llamado cuando teníamos problemas. De ningún tipo. ¿Qué quería, pues, mi prima aquí?

La observé con desconfianza.

Pandora sacó un pañuelo de papel de su bolso y se sonó. —Curt me ha dicho que no quiere volver a verme nunca más.

Asentí. Eso no me sorprendía.

—Y ahora también me he quedado sin trabajo. —Pandora se sonó de nuevo—. Trabajaba para él. Llevaba la contabilidad y esas cosas.

—Pensaba que tenías una galería. —Me rasqué el pelo. Estaba totalmente seguro de que mi prima había contado en la última reunión familiar que ahora quería vender sus espantosos y oscuros cuadros en su propia tienda.

—Sí, pero eso requiere tiempo hasta que arranca. Todavía no puedo vivir de ello. Me esfuerzo bastante, hago marketing, intento observar a la competencia... —Al decir esta frase, Pandora puso una mueca de ligero desprecio—. Pero eso todavía no basta para cubrir mis gastos. Y por eso trabajaba para Curt.

—Ah, ya veo. —Asentí. Esa parecía ser la primera decisión sensata que Pandora había tomado en su vida. Me encantaba el arte y tenía

intención de comprar algunos cuadros más para embellecer mi ático.

Embellecer.

Los cuadros de Pandora no embellecían nada, sino que difundían una atmósfera lúgubre por todas partes en la que nadie se sentía cómodo. Pero, por supuesto, nunca se lo había dicho a mi prima.

—Necesito ayuda. Me estoy quedando sin dinero. —La voz de Pandora sonaba ahora dramática.

Me ahorré el comentario de que las reservas de Pandora no debían de ser muy grandes si ya estaba casi en la quiebra tan solo una semana después de la ruptura con Curt.

—Tienes mucho dinero, Dixon. Tienes que ayudarme. —Pandora asintió con determinación.

El enfado empezó a crecer en mi interior.

¿Que yo tenía que ayudarla?

¡Yo no tenía que hacer nada!

¿A qué venía que mi prima se presentara aquí haciendo tales exigencias? No le debía nada. Resultaba que éramos parientes, eso era todo.

—Has hecho tanto dinero que ya ni sabes qué hacer con tu fortuna. Bien podrías darme algo a mí. —Pandora me miró fijamente.

—¿Desde cuándo decides tú lo que hago yo con mi dinero? —repliqué con un tono ligeramente burlón—. Que yo sepa, no estamos casados.

—No, pero somos familia, y a la familia no se la deja tirada. —Pandora levantó la barbilla.

—Nunca nos ha unido gran cosa. —De hecho, me sentía más próximo a Gavin que a gran parte de mi propia familia. A él le habría ayudado al instante y sin dudarlo. Pero ¿por qué iba a hacerlo por Pandora? Estaba bastante seguro de que ella no movería un dedo si yo necesitara ayuda.

En ese preciso instante, sonó mi móvil.

Me giré y busqué el smartphone en mi escritorio.

La pantalla indicaba una llamada de mi abuela.

¿No le habría pasado algo?

Respondí a la llamada de inmediato. —Hola, abuela.

—Dixon, mi niño. —Mi abuela Adelaide era la única que me llamaba «niño»—. Qué alegría oír tu voz.

—¿Estás bien? —quise saber.

—Pero claro, todo va de maravilla. Acabo de volver de mi gimnasia para mayores. —La abuela Adelaide sonaba tan vital y emprendedora como siempre—. Más tarde he quedado en mi club de bridge y luego quería pasarme por mi tertulia de jubilados.

Me reí. —Tu agenda está más llena que la mía.

La abuela Adelaide también se rio. —No lo creo, Dixon. Y precisamente por eso te llamo. Tienes que sacar hoy un poco de tiempo para Pandora sin falta. Tu prima lo está pasando muy mal y necesita urgentemente tu ayuda.

Gruñí algo ininteligible. Luego me aclaré la voz. —Pandora ya está aquí, abuela.

—Bien. ¿Y vas a ayudarla, verdad? Sé amable con ella, Dixon. Cómprale unos cuantos cuadros o haz algo por ella.

—No son de mi estilo —respondí con cautela y miré de reojo a Pandora. Como ella no podía oír a la abuela Adelaide, no sabía que estábamos hablando de sus cuadros.

—Pues los pones en el sótano. O los revendes. Quién sabe lo que valdrán dentro de unos años. —La abuela Adelaide obviamente tenía una respuesta para cada objeción.

—Nada. —Los cuadros valdrían dentro de unos años todavía menos que hoy. De eso estaba totalmente convencido.

—No puedes dejar tirada a tu prima ahora, Dixon. Sé que no siempre os habéis llevado bien. Pero eso ya pasó hace mucho y la familia es la familia. Ayúdala. Por mí. —La abuela Adelaide siguió insistiendo.

Sabía cómo convencerme. Nunca había podido negarle un deseo a mi abuela. Al igual que ella nunca me había negado un deseo a mí.

Suspiré. Pandora estaba en la esquina junto a la mesa de reuniones y me observaba. Parecía saber perfectamente de qué iba la conversación.

—Se me ocurrirá algo —prometí.

Pero mi abuela no se dejó despachar con promesas a medias. —No tienes que pensar, Dixon, tienes que actuar.

Me reí a mi pesar. —Me vendría bien alguien como tú de empleada aquí. Si algún día quieres dejar tus actividades en el club de jubilados y te aburres, serás bienvenida aquí.

Ahora también se rio mi abuela. —Seguro que no. Me alegro de tener por fin mi libertad y de poder organizar mi día como quiera. Cuando tu abuelo todavía vivía, teníamos que aceptar invitaciones constantemente y organizar fiestas. Era agotador de narices. —Mi abuela gruñó algo. Luego dijo—: Pero entonces contrata a Pandora. Algún puesto tendrás para ella. Ya que no quieres sus cuadros, puedes apoyarla con un empleo.

Lo medité. Pero por más que buscaba, no se me ocurría ningún argumento con el que pudiera rechazar la propuesta de mi abuela.

Aparte de que no quería a Pandora aquí para nada. Pero eso no podía decírselo ahora a la abuela Adelaide. Me habría cantado las cuarenta.

Seguí dándole vueltas.

Realmente no se me ocurría nada.

—Está bien —suspiré.

—Maravilloso —se alegró mi abuela—. Así esta noche por fin podré volver a dormir tranquila. Sabía que podía confiar en ti, Dixon. —Mi abuela hizo una breve pausa—. Por cierto, ¿traerás a alguien a mi próximo cumpleaños?

—¿Qué? —Me sorprendió el brusco cambio de tema.

—Dixon, ya va siendo hora de que encuentres a una mujer. Estás en la edad ideal para fundar una familia y sentar la cabeza. ¿O vas a decirme que todavía no has quemado todas tus naves?

La franqueza de mi abuela me dejó sin habla.

Y además no tenía ninguna gana de discutir ese tema con ella. Y menos mientras Pandora estuviera en mi despacho. Mi vida privada no le importaba en absoluto a mi prima.

Y con mi abuela tampoco quería hablar de ello.

Disfrutaba de mi libertad e independencia.

¿Para qué iba a fundar una familia?

Negué con la cabeza. —Hablaremos de eso en otro momento, abuela. Pásalo bien en tus planes de hoy.

Colgué y miré a mi prima. Mientras había hablado con la abuela Adelaide, había elaborado un plan en mi cabeza.

—Puedes sustituir a Emmy a partir de la semana que viene —le dije a Pandora. Mi asistente había renunciado ayer. Había conocido a un hombre durante las vacaciones y había decidido mudarse con él a

California. Me parecía una idea descabellada. ¿Cómo se podía dejar todo y abandonar toda tu vida anterior por una relación?

Pero esa era la decisión de Emmy.

Naturalmente, todavía no había podido ocuparme de buscar un sucesor.

Pues entonces que Pandora se hiciera cargo de ese trabajo. Al fin y al cabo, solo sería por un tiempo.

Y en realidad... en realidad sería bastante práctico. Por una vez, mi prima tendría que hacer lo que yo le dijera, mientras que antes siempre se las había apañado para que todos bailaran a su son. Ahora bailaría al mío.

Sonreí ante la idea.

La petición de la abuela Adelaide de repente ya no me parecía tan molesta. Todo lo contrario. Quizá incluso acabaría divirtiéndome con todo el asunto. Y si Pandora no soportaba que fuera YO quien mandara ahora, ese no era mi problema. No tenía por qué trabajar aquí. Podía irse cuando quisiera.

Mi decisión estaba tomada.

—¿Trabajar para ti? —Pandora me miró horrorizada.

—Igual que trabajabas para Curt. —Me encogí de hombros—. No es diferente. Tú eliges. Eso o nada. No tengo otra oferta.

Pandora se lo pensó.

—Está bien —dijo entonces con un claro tono de desgana—. Acepto tu oferta.

Asentí y señalé hacia la puerta. —Emmy te explicará todo lo necesario.

Cuando Pandora salió, no pude reprimir un sentimiento de triunfo.

A partir de ahora, podría enseñarle a mi molesta prima quién mandaba. Tendría que seguir mis instrucciones.

Pandora dio un portazo al salir.

Levanté la vista.

Y entonces me acordé. Siempre había tenido esa forma de mostrar su descontento de manera pasivo-agresiva cuando no conseguía lo que quería. Pandora simplemente no dejaba de dar guerra.

Quizá haya cambiado, Dixon. Si no, simplemente la trasladas a mantenimiento de equipos, allí puede pasarse el día apretando tornillos flojos.

¿Pero qué diría mi abuela a eso?

Seguro que Pandora se quejaría a ella.

Abrí el cajón del escritorio y saqué mi chocolate por segunda vez ese día. Algo dulce y aire fresco, eso era lo que necesitaba ahora más que nada.

Capítulo 5 Maisy

—¿Dónde narices está la dichosa cosa? —Busqué en mi bolso. Hoy era un día de principios de verano especialmente caluroso. En realidad, ya ni siquiera se le podía llamar así; se sentía como un día de verano en toda regla. ¿Quizá el verano se había adelantado este año?

Seguí hurgando en el bolso. El sol me deslumbraba y quería protegerme con las gafas de sol. Pero no encontraba el maldito trasto por ninguna parte. Todos los años pasaba lo mismo. En cuanto empezaba el verano, perdía las gafas de sol.

En la galería no las había visto. De eso estaba segura. Había dejado todas mis pertenencias en el bolso y solo había sacado las llaves y el móvil. Y había vuelto a guardar ambas cosas al salir para mi descanso del almuerzo. Había quedado con Jaylene en un restaurante cerca de Central Park.

Saqué el móvil y las llaves del bolso. El dinero estaba allí. Un paquete de pañuelos. Un tubo de crema de manos, que ahora en

verano me hacía menos falta que las gafas de sol. Pero las gafas seguían sin aparecer.

Resignada, volví a meterlo todo en el bolso y cerré la cremallera. Parpadeé ante el sol cegador. Con suerte, mis gafas estarían en casa. Las había comprado nuevas hacía apenas unos meses porque había perdido las anteriores. No podía permitirme comprar otras. Al menos, no unas que fueran bonitas.

En realidad no puedes permitirte ninguna gafa nueva, Maisy. Estás prácticamente arruinada.

Desde que Pandora entró como un torbellino en mi galería hace unos días, nada había cambiado. Había pintado todos los días y esperado a mis clientes, pero no había venido nadie. En la galería había reinado un vacío absoluto. Como si la inminente liquidación ya hubiera tenido lugar.

Al pensarlo, se me recorrió un escalofrío por el cuerpo.

Eso no podía pasar bajo ningún concepto.

No va a pasar, Maisy. Todo saldrá bien. Encontrarás las gafas en casa y también habrá una solución para Maisy's Art.

Si al menos hubiera podido creer en mis propias palabras.

Algo me rozó las piernas.

—Miau.

Miré hacia abajo.

Un gato atigrado naranja y blanco se había colado entre mis tobillos y arqueaba el lomo, frotándolo con deleite contra mi piel desnuda. Alargué una mano para acariciarlo. Me gustaban los gatos y, si hubiera podido tener una mascota en mi minúsculo estudio amueblado, probablemente habría tenido un gato.

Me detuve a mitad del movimiento. El gato parecía un poco descuidado. Desaliñado. Como si no tuviera a nadie que se ocupara de él. Eso les pasaba a no pocos gatos aquí en Nueva York. Pero esos gatos solían mantenerse alejados de la gente y huían en cuanto alguien se les acercaba. Este era exactamente lo contrario.

Y eso me hizo sospechar.

¿Y si el gato estaba enfermo?

Entonces sería mejor no tocarlo. Pero entonces el gato necesitaba ayuda. ¿Cómo podía ayudarlo sin tocarlo? Miré a mi alrededor. Algunos transeúntes pasaban de largo a toda prisa por la acera de enfrente. En mi lado no había nadie. No era de extrañar: esta era una calle lateral tranquila y los pocos comercios que había estaban todos en la otra acera.

El gato se alejó de mí, se dio la vuelta y se sentó delante. Miró hacia arriba, se lamió el pequeño hocico rosa y maulló de nuevo.

Una vez. Dos. Tres.

Exhalé un suspiro y me puse de cuclillas.

—Hola, ¿qué te pasa? —pregunté.

—Miau. —El gato me miró con cierta impaciencia.

—Lo siento, no hablo gatuno —me lamenté.

—¡Miau! ¡Miau! ¡Miau! —El gato parecía estar empezando a molestarse.

Sonreí. —¿Tienes hambre?

—¡Miau! —El gato subió y bajó la cabeza, como si quisiera confirmar mi pregunta.

—Lo siento mucho, no llevo nada encima que pueda ofrecerte —me disculpé—. Pero quizá nos volvamos a ver más tarde. Puedo comprar algo mientras tanto.

El gato ronroneó.

En realidad no parecía enfermo. Quizá un poco desnutrido y desaliñado, eso era todo. Parecía no tener a nadie que lo cuidara y se asegurara de que estuviera bien.

Alargué la mano. El gato se acercó a mí. Le acaricié el pelaje con cuidado; se sentía más suave de lo que parecía.

—¡Miau! —El gato disfrutaba visiblemente de mis caricias. Seguí acariciándolo. Entonces me envalentoné y tomé al gato en mis brazos. Me puse de pie.

—¡Eh! —Alguien me agarró del brazo desde atrás—. ¡Suelta al gato de una vez, ladrona asquerosa!

—¿Qué...? —No sabía qué estaba pasando.

Dos manos rudas me agarraron y me sacudieron. El agresor estaba detrás de mí. No podía verlo, pero olía de forma extremadamente desagradable.

—¡Miau! ¡Miau! ¡Miau! —El gato en mi brazo se puso frenético. No pude sujetarlo más tiempo. Saltó a la acera y huyó tan rápido como pudo.

El atacante soltó uno de mis brazos.

Esa era mi oportunidad.

—¡Suélteme! —grité tan fuerte como pude—. ¡Socorro!

Pero nadie acudió en mi ayuda. Por el rabillo del ojo vi cómo dos transeúntes en la acera de enfrente me echaban una mirada rápida y seguían caminando. Por supuesto. Esto era Nueva York, una metrópoli anónima donde cada cual prefería ir a lo suyo. Nadie ayudaba a los demás. A menudo por miedo a resultar heridos por el agresor.

Estaba sola ante el peligro.

El agresor me agarró por el cuello.

Le propiné una patada en la pierna.

—¡Zorra estúpida! —gritó con fuerza—. Vosotros los ricos os creéis que podéis hacer lo que queráis. Robar nuestros animales. Quitarnos nuestros sitios para dormir. Echarnos.

Un sintecho. Ahora sí que empecé a tener miedo de verdad. Esa gente a menudo no tenía nada que perder. El hombre que me atacaba estaba, además, borracho. Ahora estaba frente a mí y apretaba su mano contra mi cuello. Subí mis dos manos y tiré de la suya.

Tenía que liberarme.

Tenía que hacerlo como fuera.

El rostro del hombre se desdibujó ante mis ojos.

Volví a dar una patada, pero esta vez no alcancé su pierna. Tiré de su mano con desesperación. Cada vez me costaba más respirar.

—Grrrr... —estertoré.

Y de repente, las dos manos desaparecieron.

—¿Pero qué pasa aquí? —Un hombre alto y atlético, que vestía americana, vaqueros y zapatillas de deporte, había inmovilizado al sintecho por el cuello. Le rodeaba la garganta con los brazos y lo mantenía sujeto al mismo tiempo con su propio cuerpo.

Inspiré y espiré profundamente.

Aire.

Por fin aire.

—La señorita quería robarme el gato. —Me asombró que el hombre pudiera hablar tan bien incluso estando inmovilizado.

—¿Qué gato? Aquí no veo ningún gato. Has estrangulado a una mujer en plena calle. ¡Pueden meterte en la cárcel por algo así! —El hombre sacudió al sintecho. Luego me miró. La mirada de sus ojos oscuros me caló hasta los huesos. Había preocupación en ellos. Aquel hombre se había preocupado por mí mientras todos los demás simplemente habían pasado de largo.

—¿Quiere presentar una denuncia? —preguntó el hombre.

Me lo pensé. Luego negué con la cabeza. —No servirá de nada. Solo será un montón de papeleo.

—No debería irse de rositas. —El hombre volvió a sacudir al sintecho, que para entonces se había quedado callado. Obviamente, se daba cuenta de que su destino estaba en juego—. Un ataque así merece un castigo.

—¿De verdad cree que recibirá una pena alta? Dirá que la culpa fue del alcohol y mañana estará de nuevo en la calle. —Cualquier neoyorquina conocía esas historias de sobra. Lo mejor era protegerse una misma en lugar de confiar en que los malhechores acabaran en prisión.

—¿Y qué piensa hacer entonces? —El hombre me miró preocupado —. No puede pasar por aquí todos los días. Es posible que la esté acechando y vuelva a atacarla.

La preocupación del hombre me conmovió. —Tomaré otro camino. — Me encogí de hombros. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¡Suéltame! —chilló ahora el vagabundo.

—¡Silencio! —Mi salvador sacudió al hombre.

—Se lo agradezco —dije entonces—. Yo... —En ese momento, las emociones me desbordaron. No fue hasta entonces que fui consciente de lo grave que había sido el ataque. Hasta ese instante, lo había reprimido con éxito. Moqueé ligeramente.

¿Qué habría pasado si aquel hombre no me hubiera ayudado?

Prefería ni siquiera pensar en ello.

Volví a mirar al hombre.

En aquel instante, en sus ojos oscuros brillaba algo más que preocupación. ¿Interés?

Podría jurar que era interés.

Este tipo no es para ti, Maisy. Además, seguro que ya está comprometido. Los hombres que se portan de forma tan caballerosa siempre están cogidos. Antes de que te pierdas en ensoñaciones que no llevan a ninguna parte, mejor vete de aquí.

—Seguro que tiene que continuar su camino —dijo el hombre entonces. Hizo un gesto con la cabeza hacia el vagabundo—. Márchese. Le retendré aquí un rato más. Así estará segura. —El hombre se aclaró la garganta—. ¿Y está segura de que no quiere presentar una denuncia?

Asentí.

En ese asunto estaba muy segura.

Eso me traería más problemas que beneficios. Al final incluso tendría que buscarme un abogado para defenderme de las acusaciones de que quería robar la gata. No me lo podía permitir.

—¿Cómo puedo agradecérselo? —pregunté a mi salvador. Me habría encantado saber su nombre.

Maisy. Este no es precisamente el lugar ni el momento adecuado para charlas triviales. Además, el hombre te ha ayudado. Eso es todo. Acaba de decir que puedes irte. Si tuviera interés en ti, se comportaría de otra forma.

Interés.

Debía de haber perdido el juicio por completo.

—No tiene que agradecerme nada —dijo el hombre—. Es natural que me detenga si veo que están molestando a una mujer en la acera. Cualquiera lo haría.

Eso no era cierto en absoluto. Pero no le llevé la contraria.

—Yo... Gracias —me limité a repetir.

—Maldito capullo, suéltame —vociferó el vagabundo.

Mi salvador no cambió la expresión. —Creo que es mejor que se vaya antes de que este pierda los estribos. Capaz es de colgarnos a nosotros una agresión —comentó asintiendo hacia mí.

Asentí.

Me habría gustado decir algo más, pero no se me ocurría nada inteligente. ¿Qué se supone que se dice en una situación así?

—Gracias —susurré simplemente. Con una mirada de lamento al cuerpo atlético y al atractivo rostro del hombre, me di la vuelta y me alejé apresuradamente calle abajo.

No había ni rastro de la gata atigrada naranja y blanca.

—¿Pero qué cara traes? —me saludó mi amiga Jaylene—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Algo parecido. O más bien dos fantasmas. —Me dejé caer agotada en la silla frente a Jaylene. El pequeño restaurante en el que nos encontrábamos ofrecía platos del día a precios realmente razonables. Además, eran saludables y sabían bien. ¿Qué más se podía pedir?

—¿Dos menús del día? —La camarera ya estaba junto a nuestra mesa. Aquí el servicio era rápido, pues querían atender a la mayor cantidad de gente posible.

—Sí. Y dos aguas —pidió Jaylene. Mi amiga sabía perfectamente lo que yo bebía para comer.

La camarera se retiró.

—¿Y qué dos fantasmas has visto? —quiso saber Jaylene.

—Ay... no sé ni por dónde empezar. Lo que de verdad me vendría bien es un aguardiente. —Me pasé la mano por el pelo.

—¿Por lo de Crosby? —preguntó Jaylene—. ¿Ha vuelto a dar señales de vida?

—Todavía no. —Me encogí de hombros—. Pero es solo cuestión de tiempo. Ese tipo no se va a rendir. En este momento tampoco sé... ¿quizá debería rendirme y aceptar la venta?

—¿A Crosby? —El grito de espanto de Jaylene hizo que los clientes de la barra se giraran hacia nosotras.

—Claro que no. —Negué con la cabeza—. Pero al parecer hay otro interesado y quizá... —Solté un gemido de desesperación—. No quiero renunciar a mi sueño. Pero empiezo a creer que no tengo otra opción. La galería ya no funciona en absoluto. Nada. Ni lo más mínimo.

—¿Quién es el otro?

Antes de que pudiera responder, llegó la camarera y nos puso el agua y dos platos de pasta humeante delante.

—No tengo ni idea —dije entonces—. Pero desde luego no es Crosby, y eso en el fondo solo puede ser bueno.

Jaylene soltó una carcajada. —Me encanta tu humor negro, Maisy. Protégelo.

Suspiré. —No sé cuánto tiempo más podré mantenerlo.

—Siempre tienes la cabeza llena de preocupaciones. —Jaylene negó con la cabeza—. Estabas tan emocionada con la inauguración de la galería. Y tenías planes tan ambiciosos para cuando por fin funcionara. Cumplir otros sueños. Ir a ver un musical.

Asentí.

Siempre había soñado con asistir algún día a un musical de Broadway. Durante la carrera nunca me había podido permitir las entradas. Todos los días pasaba con anhelo por delante de los teatros y estudiaba los carteles de los espectáculos. Algunas veces incluso había esperado por la noche frente a las salidas hasta que salían los actores. Pero nunca los había visto sobre el escenario.

Me había jurado que haría exactamente eso en cuanto ganara dinero.

Sin embargo, mi sueño estaba a la misma distancia inalcanzable que antes.

—He estado pensando en invertir mis últimos ahorros en volar a Boston. Para la feria de arte —confesé.

—¿Por qué no? Me dijiste que para muchos artistas ese ha sido el gran paso hacia el éxito. —Jaylene cogió un buen tenedor de pasta.

—Sí. Para muchos. Pero me da miedo no ser una de ellos —admití.

—Lo entiendo —asintió Jaylene.

Durante un momento guardamos silencio mientras comíamos.

—Deberías ir —dijo Jaylene entonces.

—¿Tú crees? ¿Y si derrocho lo último que me queda? —pregunté con duda.

—¿De qué te vas a arrepentir dentro de unos años? ¿De haber ido o de no haber ido? —Jaylene me miró fijamente.

No respondí nada, simplemente tomé un buen bocado de pasta.

—Tú misma dijiste una vez que por los sueños no se puede dejar nada sin intentar. Deberías aplicártelo. —Jaylene siguió comiendo.

Tragué saliva. —Probablemente tengas razón.

—No solo probablemente. Tengo razón. —Jaylene dio unos golpecitos con el tenedor en el borde del plato—. Te digo una cosa, Maisy. Cuando seas abuela, te dirás a ti misma: «Ojalá hubiera ido a Boston entonces». Al menos si no vas.

—Hm —hice yo.

—En cambio, si vas... ¿qué probabilidades hay de que cuando seas una anciana te digas: «Ojalá no hubiera ido a Boston»? —Jaylene volvió a dar golpecitos con el tenedor.

—No muchas —respondí después de pensarlo un poco.

—Pues ya está. —Jaylene asintió satisfecha—. Ahí lo tenemos. Tienes que ir. —Mi amiga se inclinó hacia delante—. Quien no arriesga, no gana. Ya verás, en Boston ocurrirán cosas insospechadas y entonces... —Jaylene abrió los brazos—. Tendrás una nueva vida.

De repente, sentí en mi interior una determinación nunca antes conocida.

—Tienes razón. Me voy. —Luego miré a Jaylene—. ¿Has pensado alguna vez en hacerte entrenadora motivacional?

Mi amiga se rio. —Así me gustas mucho más.

Capítulo 6 Dixon

Aquella mujer no se me iba de la cabeza. Al pasar con mi Ferrari rojo, había visto por la ventanilla cómo un hombre la agarraba y parecía estar estrangulándola con violencia. En pleno Nueva York, en mitad de la calle. Inmediatamente había reducido la velocidad y mirado por el retrovisor. Pero nadie hacía nada. Nadie cruzaba de acera, nadie acudía en ayuda de la mujer. Sin pensarlo dos veces, aparqué el Ferrari en doble fila y salté del coche. No se lo llevaría la grúa tan rápido. Y aunque lo hicieran, ¿qué más daba? Podría recuperar mi Ferrari sin mayores problemas. Aquella mujer era más importante. Agarré al hombre por el cuello y lo aparté de ella de un tirón.

Y solo entonces vi realmente a quién acababa de salvar.

Era perfecta.

Tenía un rostro armonioso de labios carnosos y ojos azules, enmarcado por una melena rubia. En sus ojos había una expresión de temor. Y, sin embargo, incluso en ese momento podía imaginarme

sin dificultad cómo se vería aquella mujer al reír. Cómo se iluminarían sus ojos y cómo vibraría todo su cuerpo.

Su cuerpo también era perfecto.

Tenía unos pechos grandes y firmes de los que no podía apartar la vista, por mucho que quisiera.

¡Dixon! Eres un impresentable. Acaban de atacar a esta mujer y tú pensando en sus pechos. Contrólate de una vez y demuéstrale que no todos los hombres son unos idiotas como este de aquí.

Una cintura estrecha y unas piernas largas y esbeltas completaban su figura. Era un sueño.

Si alguna vez le presentaba una mujer a mi abuela Adelaide, sería a alguien como ella.

¡Dixon! ¿En qué estás pensando?

Tuve que llamarme al orden por segunda vez. Luego le ofrecí a la mujer mi apoyo por si quería denunciar al tipo. Ella lo rechazó y hasta podía entenderla. ¿De qué servía eso hoy en día? La policía estaba totalmente desbordada y, si nadie había sufrido daños graves, el asunto seguiría su curso, pero uno mismo tenía que encargarse de hacer valer sus derechos y contratar a un abogado.

Así que me limité a retener al tipo el tiempo suficiente para asegurarme de que la mujer se ponía a salvo y ganaba suficiente distancia. Por supuesto, le dejé bien claro al hombre lo que le esperaba si volvía a molestar a una mujer de esa manera. Pero, con lo que apestaba a alcohol, dudaba que mañana recordara mis palabras. Probablemente ni siquiera se acordaría de la mujer.

Aparqué mi Ferrari y me bajé.

Ante mí se extendía el río Hudson, que separaba Manhattan de Nueva Jersey y que era una de las arterias vitales de Nueva York. Muchos turistas, al pensar en Nueva York, imaginaban Central Park, el Empire State Building, Broadway, Times Square y la Estatua de la Libertad. Pero Nueva York, además de todo lo demás, era una ciudad de agua. Manhattan estaba enmarcada por el río Hudson y el East River.

Y a mí me encantaba nadar en esas dos masas de agua. Al nadar en aguas abiertas me sentía plenamente vivo, por lo que en los últimos años me había volcado cada vez más en este deporte. Este año quería demostrarme a mí mismo de qué era capaz: quería participar en la *20 Bridges Swim*, una competición de natación de maratón alrededor de Manhattan. Se trataba de una de las competiciones de aguas abiertas más duras del mundo. No pocos nadadores se rendían y nunca llegaban a la meta. Había que superar 28,5 millas en las aguas que rodean la Estatua de la Libertad, en medio de corrientes y del tráfico de barcos y, por supuesto, sin importar las condiciones meteorológicas.

—¡Dixon! ¿Qué haces ahí parado soñando despierto? —La voz de Gavin me sacó de mis pensamientos.

—Hola, colega —levanté la vista—. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya estabas aquí.

—Ya lo he visto —se rio Gavin—. ¿Estabas soñando con alguna mujer hermosa o qué?

Por un instante pensé en la desconocida de larga melena rubia y ojos azules. Aparté su imagen rápidamente. —No empieces tú también con eso —le dije a Gavin para quitarle importancia—. Hace

un rato mi abuela ya me ha preguntado cuándo voy a traer a alguien a casa. Está impaciente por que siente la cabeza y forme una familia de una vez. —Solté un gemido.

Gavin soltó una carcajada. ——Así son las abuelas. Solo quiere lo mejor para ti, hombre.

—¿Lo mejor para mí? —Puse los ojos en blanco con resignación—. Quiere lo mejor para todo el mundo, eso es verdad. Pero también cree saber mejor que nadie qué es eso exactamente. para mí, sin duda, una mujer y niños. Y, por supuesto, quiere que sea el patrocinador de Pandora para que mi prima pueda pintar tranquila. —Bufé.

—Esa última frase ha sonado bastante sufrida. —Gavin era un oyente atento.

—Mi abuela no ha dejado de insistir, así que le he dado un trabajo a Pandora. Mi asistente ha dimitido, así que... —Fruncí el ceño.

—Pues está de maravilla, has matado dos pájaros de un tiro. —Gavin, obviamente, no entendía mi problema.

—Eso mismo pensé yo al principio. Y la idea de ser ahora el jefe de Pandora... no me resultaba del todo desagradable. El hecho de que tenga que hacer lo que yo quiera me da cierto morbo —admití.

——¿Entonces? —Gavin seguía sin pillar el problema.

—Sigue siendo una pesada de cuidado. Probablemente ahora me dará la lata con más frecuencia. Me temo que he salido perdiendo con este asunto —refunfuñé.

Gavin me dio una palmada amistosa en la espalda. ——No será para tanto, colega. Solo tienes que distraerte. Venga, vamos a cambiarnos y al agua. Ya es hora de que te muevas un poco, así pensarás en otra cosa.

Asentí, me eché la bolsa al hombro y seguí a Gavin hacia los vestuarios. Entrenaríamos con trajes de neopreno, porque ahora, a principios de verano, el agua del río Hudson todavía estaba bastante fría. Además, en una estancia prolongada en el agua siempre existía el riesgo de que el cuerpo se enfriara, así que queríamos evitarlo.

——He solucionado lo del equipo de apoyo —informó Gavin. Mi mejor amigo participaría conmigo en la *20 Bridges Swim* y se había ofrecido a organizar todas las cuestiones logísticas—. Tenemos un barco que nos acompañará durante todo el recorrido. Hay bebidas, geles y barritas energéticas a bordo y, si alguno de nosotros no puede más, simplemente nos subimos.

——Eso no va a pasar —dije con firmeza mientras seguía a Gavin al vestuario del club náutico que nos permitían usar para nuestro entrenamiento.

——Nunca se sabe. Te puede dar un calambre. O el tiempo puede cambiar de repente. O… —Gavin se encogió de hombros para indicar que había cosas que escapaban a nuestro control.

Gruñí. Odiaba todo lo que no podía controlar y preferiría negar que tales cosas existieran siquiera. Lo que más deseaba era asegurarme de que todo saliera según el plan previsto. Así no habría problemas.

—En cualquier caso, estamos preparadísimos —me tranquilizó Gavin.

Asentí.

——¿Entrenamos las próximas dos semanas según lo previsto? —preguntó mi amigo mientras sacaba su traje de neopreno de la bolsa.

——No, tengo que ajustar un poco el plan —abrí la cremallera de mi bolsa.

——¡Vaya! ¿Y qué es más importante para ti que el entrenamiento? —Gavin me miró con curiosidad.

——Hoy he decidido volar a Boston. Tengo que hablar de algunos asuntos importantes con el director regional de *Dixon's Fitness* de allí. Así me libro de Pandora unos días. He reservado el vuelo y la habitación de hotel hoy mismo —respondí.

—Eso suena bien. Por fin sales un poco de aquí —comentó Gavin con aprobación. Luego me dio un codazo—. aunque, por supuesto, todo eso sea trabajo. Pero al menos conocerás a gente nueva en Boston y quizá haya alguna mujer atractiva por allí. Quién sabe. Así harás feliz a tu abuela. —Gavin sonrió.

Seguro que en Boston no habría ninguna mujer tan atractiva como la que había ayudado hace un rato. Ese fue el primer pensamiento que me cruzó la mente. Lo descarté de inmediato.

—No voy a Boston a ligar con mujeres —reprendí a mi amigo.

Gavin no se ofendió. Me conocía desde hacía demasiado tiempo y sabía perfectamente cómo tratarme. ——Claro que no. Pero un poco de distracción te vendría bien. Y quién sabe lo que podría surgir de ahí.

Bufé. ——Ya vuelves a sonar como mi abuela.

——Ella siempre me ha caído bien. Puede que tenga sus rarezas, pero siempre le he tenido cariño. De pequeño, a menudo te envidiaba un poco en secreto por tenerla —se rio Gavin. Conocía a mi mejor amigo desde el instituto y de jóvenes solíamos frecuentar las casas de nuestras familias. Gavin era el hermano que nunca tuve y siempre escuchaba las historias de mi abuela con entusiasmo.

——Siempre me he preguntado qué le ve tu abuela a tu prima —Gavin sacudió la cabeza. Por supuesto, él también conocía a Pandora.

——Ni idea —yo tampoco lo sabía—. Pero para ella la familia está por encima de todo, así que supongo que acepta a Pandora tal como es.

——A lo mejor ni siquiera ve cómo es Pandora en realidad. Con los miembros de la familia a menudo se hace la vista gorda —Gavin se había quedado pensativo.

——Puede ser. —No quería profundizar más en el tema. Había venido aquí para distraerme de todas esas cosas—. Vamos, que el río Hudson nos llama. ¿O es que quieres pasarte el tiempo charlando en vez de entrenando? —Miré a mi mejor amigo con aire de desafío.

——Claro que no. Ya verás cómo llego al agua antes que tú —me dio un empujoncito Gavin.

Una hora y media más tarde sentí cómo los brazos empezaban a pesarme, pero mi mente estaba tan despejada, tranquila y relajada como no lo había estado en mucho tiempo. El entrenamiento me había sentado de maravilla. Todavía no quería mirar el reloj, pero calculaba que habríamos recorrido una distancia de casi cinco millas.

Eso estaba muy bien.

Estaba incluso excelente.

Estábamos perfectamente preparados para la *20 Bridges Swim*.

Saqué la cabeza del agua. Delante de mí podía ver el embarcadero del club náutico. Ahora tocaba tener cuidado, porque los yates que entraban y salían a menudo no nos veían hasta el último minuto. A mi lado nadaba Gavin. Sus brazadas eran pausadas y constantes, pero me imaginaba que sus brazos también empezarían a pesarle. Gracias a los trajes de neopreno no sentíamos el agua fría del Hudson.

Gavin sacó un brazo del agua. Miré a mi amigo. Gavin levantó el pulgar.

Sonreí.

Me sentía exactamente igual.

Yo también saqué un brazo del agua y le devolví el gesto.

En ese instante, un motor rugió justo a nuestro lado. Giré la cabeza sobresaltado. Una lancha rápida venía directa hacia nosotros.

¿Pero qué demonios estaba pasando?

¿Es que el tipo que iba al volante no nos veía?

Dejé de nadar, saqué ambos brazos del agua y agité las manos con fuerza. Por el rabillo del ojo vi que Gavin hacía lo mismo. Agitábamos

y agitábamos los brazos. Ahora el conductor tenía que vernos por fuerza.

La lancha seguía viniendo hacia nosotros.

Se me detuvo el aliento.

¿Qué podíamos hacer?

Era demasiado tarde para sumergirse.

La lancha viró en el último segundo. La estela de proa nos dio de lleno en la cara. Cerré los ojos y dejé que el agua resbalara sobre mí. Mi cuerpo se balanceó violentamente y sentí lo fuerte que me latía el corazón.

Maldita sea, había faltado un pelo.

Cuando volví a ver algo, levanté la cabeza y me subí las gafas de natación.

La lancha se había detenido. Flotaba suavemente sobre las olas del Hudson muy cerca de nosotros. Un hombre se asomó hacia abajo.

——Vaaaaaya… ¿habéis pasado miedito? —siguió una risotada burlona.

Elbert.

Mi archienemigo era miembro del club náutico. Sabía que tenía una lancha allí, pero nunca le había prestado especial atención. Hasta ahora. Elbert debió ver hace un rato que Gavin y yo nos habíamos

apuntado en la lista de nadadores de aguas abiertas. Aparte de nosotros, nadie más entrenaba hoy. Así que Elbert sumó dos más dos al vernos a Gavin y a mí en el agua.

——El gran Dixon Lee tiene miedo. Como se enteren sus clientes… —Elbert soltó otra carcajada estridente.

Estaba hirviendo de rabia. Lo que más me hubiera gustado era tirar a Elbert de su lancha y hundirle la cabeza bien hondo. Hasta que aprendiera la lección. En ese momento sentí la mano de Gavin en mi hombro. Incluso a través del neopreno.

Así que me conformé con sacar la mano del agua.

Le enseñé a Elbert el dedo corazón.

Que le dieran a ese idiota.

Luego me di la vuelta y seguí nadando decidido hacia el embarcadero. Estaba seguro de que Elbert no me seguiría.

—Ese maldito idiota se merece una lección —me quejé media hora después, frente a mi Ferrari.

—Se la merece. Pero se las apañará para librarse si nos quejamos al club náutico. Créeme, entiendo de estas cosas —respondió Gavin con sombrío pesar.

—No puede ser. —No me iba a rendir tan fácilmente—. Pero si te tengo a ti de testigo.

—Da igual. Elbert dirá simplemente que en ese momento se le bloqueó el timón. O cualquier otra cosa parecida. No te imaginas lo que me cuentan los clientes cada día para encubrir sus faltas. —Gavin sacudió la cabeza—. Nunca me lo hubiera imaginado antes de ser abogado.

Suspiré y abrí el Ferrari. —Probablemente tienes razón, y tendré que pasar página.

Gavin asintió. Luego levantó la mano a modo de saludo y abrió su propio coche, que estaba aparcado justo al lado del mío.

Todo en mi interior se rebelaba contra mis propias palabras. NO QUERÍA pasar página. Era la segunda vez hoy que alguien se salía con la suya tras infringir la ley. Primero aquel tipo que molestó a la mujer hermosa. Y ahora Elbert.

¿Es que esto era normal?

¿Podía permitirlo sin más?

Arranqué el motor del Ferrari. O mejor dicho, intenté arrancarlo.

Nada.

Lo intenté de nuevo.

Otra vez nada.

—¡Me cago en todo! —Me bajé del coche.

—¿Qué pasa? —Gavin se dio la vuelta.

—Este trasto ya me dejó tirado hace dos semanas. El taller me aseguró que solo era la batería y que después de la reparación no tendría de qué preocuparme. Pero se ve que no es así en absoluto. —Le di una patada furiosa al neumático delantero izquierdo.

Gavin me miró.

—Tengo que irme pronto a Boston, joder. No tengo tiempo para andar de talleres durante días. —Me daban ganas de soltarle otra patada a la rueda, pero me contuve.

—Vete a Boston y dame las llaves. Yo me encargo de todo. —Gavin hizo un gesto con la cabeza hacia el Ferrari y luego señaló su coche —. Y ahora sube, te llevo a casa.

—Gracias.

¿Qué habría hecho yo sin mi mejor amigo?

¿Y por qué últimamente nada salía según lo planeado?

Boston traería, con suerte, un cambio a mejor.

Capítulo 7 Maisy

Dos días después.

Llevaba a mis espaldas varios días de duro trabajo. Ahora mismo me habría encantado acurrucarme detrás de mi pequeño estand y echarme a dormir. Jaylene me había convencido para rellenar la solicitud de la feria de arte y alquilar allí un pequeño puesto. Había mirado con escepticismo el saldo de mi cuenta bancaria, pero luego había cerrado los ojos y decidido exprimir al máximo mi crédito. Mi cuenta estaba ahora en números rojos, pero si el viaje a Boston resultaba tan provechoso como esperaba, pronto podría compensarlo.

Observaba expectante a los visitantes de la feria, intentando adivinar a quiénes podrían atraer mis cuadros.

Solo había podido traer dos cuadros; el pequeño estand no daba para más. Pero, en realidad, eso bastaba para despertar el interés e iniciar una conversación. Al fin y al cabo, en mis escaparates tampoco solía tener expuestos más de tres cuadros.

Aunque esos tampoco atraen a nadie a la galería, Maisy.

Pero no podía saber si eso se debía a los cuadros. O a que, lisa y llanamente, no pasaba ni un alma. O al presupuesto. O...

Suspiré.

Luego lo pensé mejor y me puse mi mejor sonrisa. ¿Quién querría hablar con una artista que tenía cara de pocos amigos?

Nadie.

Así que sonreí. ¿Quizás aquel hombre alto y esbelto de allí se entusiasmaría con mi obra? Pero se limitó a lanzar una mirada breve y desinteresada en mi dirección y siguió de largo.

¿Y la mujer bajita y rellenita con las flores en el sombrero? Al menos me miró de pasada y me guiñó un ojo. No tenía ni idea de qué quería decirme con aquello, pero como era una mujer, le devolví el guiño con cautela.

—¿Interrumpo?

Me sobresalté.

Un hombre corpulento con patillas se había acercado a mi estand por el otro lado sin que me diera cuenta.

—No, no —me apresuré a asegurar, asintiendo al hombre.

Maldita sea, Maisy, tendrías que haber comprado unas cuantas botellas de agua y cola para poder ofrecer al menos algo de beber a

los visitantes.

Ya era demasiado tarde para eso.

—Sea bienvenido —saludé al hombre con torpeza y le sonreí hasta que casi me dolieron las mejillas—. Me alegra que le interesen mis cuadros.

—En realidad, me resultan demasiado luminosos. —El hombre se rascó la cabeza.

Miré hacia atrás. Allí colgaban el cuadro que representaba la primavera, que acababa de terminar hacía poco, y otro que había titulado «Prado de flores». Para la feria, había elegido deliberadamente mis obras más alegres. ¿A quién le iban a atraer los cuadros oscuros y amenazantes?

—A mí me gustan más oscuros y amenazantes —dijo el hombre en ese momento, rascándose de nuevo la cabeza. Luego se acarició las patillas pensativamente.

—Ah, entiendo —respondí educadamente.

¡Maldita sea!

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Qué se hacía en una situación así?

—Estuve en Nueva York hace unas semanas y pasé por delante de una galería. En el escaparate tenían exactamente el tipo de pinturas que me gustan. Oscuras. Que recordaban de algún modo a la sangre y la violencia. Sombrías. Crímenes. Ya sabe. —El hombre asintió y

subrayó sus palabras con gestos amplios de las manos, que pretendían resultar dramáticos.

Me mordí la lengua para no preguntarle qué buscaba aquí en mi estand si yo no pintaba nada de lo que a él le gustaba. No podía permitirme en absoluto ahuyentar a un cliente potencial. Quizás el hombre buscaba un regalo o quería decorar una sala en su empresa. ¿Quién querría tener cuadros lúgubres colgados allí?

Nadie.

Aunque, de todos modos, no alcanzaba a comprender por qué alguien querría cuadros siniestros.

—Aquella galería de Nueva York tenía exactamente lo que yo buscaba —continuó el hombre con entusiasmo—. Pero desgraciadamente no anoté el nombre y no tengo ni idea de dónde está. Ese día tenía mucha prisa y no pude entrar. Solo recuerdo que al lado había una panadería y un estudio de tatuajes.

Reprimí un gemido.

La galería de Pandora estaba entre una panadería y un estudio de tatuajes.

El hombre estaba hablando de Pandora.

Había venido a Boston para darle por fin un impulso a mi carrera y vender algunos cuadros, y me topaba de frente con alguien que alababa a mi competencia por todo lo alto.

¿Podía ser peor?

—¿No sabrá por casualidad cómo se llama esa galería? —quiso saber ahora el hombre de las patillas. Siguió rascándose la cabeza—. Me encantaría descubrirlo.

Me limité a negar con la cabeza. Faltaría más que le diera el contacto de Pandora al primer visitante que recibía en la feria. Entonces yo habría dejado mi cuenta en números rojos para que Pandora vendiera algo.

No, no podía permitirlo por nada del mundo.

—Qué lástima. —El hombre se despidió con la mano y se alejó.

Hice una mueca.

A partir de aquí, la cosa solo podía mejorar.

—Vaya, vaya, tiene usted una cara de pocos amigos. —Un hombre de mi edad se me acercó—. Eso no encaja en absoluto con estos cuadros que tiene colgados. —El hombre contrajo brevemente sus finos labios en un gesto que resultó algo condescendiente. No sabría decir por qué, pero me cayó mal a primera vista.

Es un cliente potencial, Maisy. Al fin y al cabo, ha mirado los cuadros y NO ha dicho que busque otra cosa.

Así que puse mi sonrisa más radiante.

—Así me gusta más —me elogió el hombre arrugando ligeramente la nariz—. Siempre sonriente. Así es como se consiguen las ventas.

—¿Le interesan mis cuadros? —pregunté. La conversación sobre mi sonrisa me resultaba incómoda.

El hombre sonrió y enarcó las cejas.

Arrogante.

Soberbio.

¡Maisy! Es. Un. Cliente.

—Por los cuadros no —respondió entonces el hombre—. Pero me encantaría invitarla a cenar.

¿Qué?

Por un momento creí haber oído mal.

—Usted quiere... —No terminé la frase. Me asaltó una idea. El hombre me resultaba antipático, sí. Pero eso no significaba que estuviera siendo víctima de un ligue especialmente burdo. Quizás el hombre era alguien importante y quería ponerme a prueba—. ¿Es usted... un agente? ¿O trabaja para una casa de subastas? ¿O...?

El hombre torció sus finos labios. —Claro que no. No tengo nada que ver con el arte —sonrió ahora de forma descarada—. Con las artistas, en cambio, bastante más. Suelen ser las amantes con más imaginación. Mucho más que las actrices o las entrenadoras personales. —Se lamió ligeramente los labios y me miró los pechos sin ningún pudor.

Me entraron náuseas.

Esto no podía estar pasando, ¿verdad?

Seguro que estaba soñando.

—Es una broma, ¿no? —Hice un último intento. Quizás este hombre solo me estaba poniendo a prueba de forma muy rigurosa. Al fin y al cabo, después de semejante numerito, ninguna mujer querría ir a cenar con él.

¿Cierto?

Tenía que traerse algo más entre manos.

—Venga, no te hagas de rogar. —El tono del hombre se volvió más rudo—. Siempre recorro los estands pequeños. Aquí al fondo están las pintoras que no pueden permitirse ni una cena decente. O una buena habitación de hotel. Así que yo les ofrezco ambas cosas. Oferta y demanda. —El hombre levantó una mano y movió el brazo hacia mi mejilla.

Me eché hacia atrás.

—¿Pero qué pasa? —Ahora el hombre se molestó—. ¿Es que quieres dinero o qué?

No iba a aguantar a este tipo ni un instante más. Ni un segundo. Podía ser el agente más importante de los Estados Unidos o del mundo entero. No quería saber nada más de él ni volver a dirigirle la palabra en la vida.

Bajo ningún concepto.

—Quiero que se marche ahora mismo. —Mi voz sonó aguda y aflautada. Me irrité conmigo misma. ¿Por qué no podía sonar más segura de mí misma?

—¡No se ponga así! —El hombre hizo un movimiento como si fuera a agarrarme del brazo.

Lo rechacé.

—¿Qué está pasando aquí? —Un empleado de seguridad de la feria apareció de repente junto a nosotros.

Le miré agradecida.

—Nada —dijo el tipo arrogante. Luego resopló, escupió al suelo delante de mí y desapareció tan rápido como había llegado.

—Aparece por aquí todos los años —dijo el empleado de seguridad —. Pero no podemos hacer nada contra él. Se compra una entrada y con eso tiene acceso. Y aunque no hace amigos precisamente por aquí dentro, no infringe de forma evidente ninguna norma de la feria. Sabe perfectamente qué está permitido y qué no. Y se atiene a ello. —El guarda de seguridad suspiró.

Yo no sabía qué decir.

El día no había empezado precisamente bien.

Mi estancia en la feria solo podía ir a mejor.

Cansada, crucé el vestíbulo del hotel unas horas más tarde. En la mano llevaba una tarjeta plana que funcionaba como llave de mi

habitación. Arrastraba mi maleta, que hoy durante el día había tenido escondida en el pequeño stand de la feria. Un botones se había ofrecido a subirme el equipaje a la habitación, pero lo había rechazado. Habría tenido que darle propina y realmente no me lo podía permitir.

El día en la feria había sido desastroso.

Realmente la cosa no podía ir a peor.

No había vendido ni un solo cuadro.

Y lo que es más: no había mantenido ni una sola conversación con un interesado serio.

Poco a poco empezaba a dudar de mí misma. ¿Tan mal pintaba que nadie quería mis cuadros en su casa o en su empresa? Mis profesores de la escuela de arte siempre habían elogiado mis obras con entusiasmo y me habían vaticinado una carrera meteórica, larga y rentable. Recordé al profesor que había profetizado que mis cuadros se verían algún día en los grandes museos del mundo.

Solté un bufido.

Claro.

Los pintores cuyos cuadros colgaban hoy en los museos tampoco habían ganado apenas dinero en vida.

Así que encajaba perfectamente en esa categoría.

Cansada y decepcionada, pulsé el botón del ascensor. Sin embargo, mientras aquellos pintores a menudo habían tenido una familia rica que les cubría las espaldas y les permitía dedicarse a su arte, yo no tenía nada de eso.

El ascensor indicaba que aún tardaría un minuto en llegar a la planta baja. Miré a mi alrededor en el vestíbulo. El hotel era de los mejores de Boston. Había tenido muchísima suerte y había conseguido una oferta de última hora en una página de chollos. De lo contrario, no estaría aquí, sino en un hostal de mala muerte con moho en el baño y chinches bajo la cama.

Me estremecí solo de pensarlo.

En ese instante, un hombre alto entró en el hotel. Era de complexión atlética, tenía el pelo oscuro y los ojos aún más oscuros.

Es decir... a esa distancia no podía verle los ojos.

Pero ya los había visto antes. En Nueva York.

Era él, ¿verdad?

ÉL.

El hombre que me había salvado hacía poco cuando aquel mendigo me había atacado. El corazón me latía tan fuerte que creí que el hombre podría oírlo desde el otro lado del vestíbulo. Me entró calor y la piel empezó a hormiguearme.

El hombre aún no me había visto.

¿Debería acercarme a él y saludarlo?

¿Y luego qué, Maisy? ¿Qué quieres decirle? ¿Quieres darle las gracias otra vez? ¿Y luego os sonreiréis con timidez y él te dirá que está aquí con su mujer?

Miré con más atención. Y de pronto ya no estaba segura de si era él. O solo alguien que se le parecía mucho.

E incluso si es él. Estás cansada, Maisy. Solo quieres acurrucarte en tu habitación, darte una ducha caliente y luego pedir una pizza. Y a ser posible, una botella de vino también.

Con una botella de vino al menos olvidaría lo mal que había ido el día.

El hombre se dirigió a la recepción. Observé su perfil.

No era él.

Ahora estaba bastante segura.

¿Qué iba a hacer él por aquí? Esto era Boston, no Nueva York. Y realmente no parecía un pintor o un artista. Más bien un entrenador personal.

Pling.

El ascensor detrás de mí había llegado a la planta baja. Me di la vuelta. Las puertas se abrieron. Con una leve sensación de decepción, arrastré mi maleta hacia el interior.

Poco después estaba bajo la ducha de mi habitación de hotel, con el agua a tope.

Estaba caliente y suave.

Maravilloso.

Busqué el ajuste adecuado para los chorros de masaje y abrí el agua aún más. Luego activé la ducha de efecto lluvia y pulsé todos los demás botones que había. El agua me salpicaba horizontal y verticalmente.

Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás.

Podría quedarme así eternamente. Era como si no solo se estuvieran lavando la suciedad y el polvo, sino también todas las preocupaciones y la frustración del día. El agua tamborileaba sobre mi cabeza e imaginé que estaba en algún lugar de la selva tropical. Bajo una cascada que desembocaba en un pequeño lago de agua clara y azulada.

Suspiré e intenté abrir el agua todavía más.

No se podía. Ya había alcanzado el nivel máximo.

La selva, Maisy. A tu alrededor hay pájaros que pian y cantan y trinan. Son los sonidos de la naturaleza que te rodea. Pájaros. Otros animales. Árboles. Y más pájaros. Están por todas partes.

En ese momento habría jurado que realmente oía un pitido.

¿O no?

Me encogí de hombros y dejé que el agua siguiera cayendo sobre mí. Ya que disfrutaba de una ducha tan lujosa, tenía que aprovecharla a fondo. Ya me sentía mucho mejor. El estúpido día en la feria se alejaba cada vez más.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —Una voz fuerte.

¿Qué?

Abrí los ojos asustada.

El agua seguía cayendo sobre mí. Jirones de vapor me rodeaban. Debía de haber estado bajo la ducha más tiempo de lo previsto. Pero aún no había vuelto del todo a la realidad. Los pájaros seguían piando.

Sacudí la cabeza para librarme del pitido.

En ese instante, la puerta de la ducha se abrió de golpe y una mano fuerte me agarró. —¡Salga de aquí inmediatamente!

Me sacaron bruscamente y me empujaron por el baño. Mis pies mojados resbalaban en los azulejos y me aferré a la mano que pertenecía a aquel brazo para no caerme.

¿Qué estaba pasando?

Me arrastraron por la puerta del baño hacia fuera.

Había pitidos por todas partes.

Agudos y fuertes.

—¿Es que es usted tonta y no sabe leer los carteles? —gruñó la voz masculina que pertenecía a la mano fuerte—. Dice claramente en todas partes que deben cerrar la puerta del baño cuando usen la ducha de lluvia y los chorros de masaje, para que el vapor no active el detector de humos. Pero no... la señorita debió de pensar que eso solo se aplica a los demás y no a ella.

El hombre siguió tirando de mí con brusquedad.

Fuera de mi habitación.

Al pasillo.

Solté un grito agudo.

Ni siquiera había tenido tiempo de ponerme un albornoz. Estaba empapada y completamente desnuda en el pasillo de un hotel. Grité de nuevo: —Suélteme.

—¡De eso nada! ¡Esto le servirá de lección! —El hombre bramaba incluso más fuerte de lo que yo gritaba.

A mi lado se abrió una puerta. Un hombre mayor estaba allí parado. Me miró fijamente.

Y me miró.

Y me miró.

Por el rabillo del ojo percibí que se abrían más puertas.

Cerré los ojos. Todo esto no podía ser verdad.

Si fingía que no era verdad, entonces... entonces quizá no lo fuera.

Entonces abriría los ojos y estaría en mi cama en New York. Sería una mañana nueva que simplemente habría empezado con una pesadilla especialmente mala.

—¡Mírenla bien! —gritaba el hombre—. Por culpa de esta egoísta casi hay que evacuar todo el hotel. Ahora estarían todos ustedes en pijama en la calle.

Se oían voces murmurando a mi derecha y a mi izquierda.

Oí más puertas.

El hombre me dio un empujón por el pasillo. —¡Esto le servirá de lección! —volvió a gritar.

Esto no era una pesadilla.

Era peor que la peor de las pesadillas.

Peor que cualquier cosa que hubiera podido imaginar jamás.

Esto era la realidad.

¿Por qué demonios me habría ido yo a Boston?

Capítulo 8 Dixon

En el pasillo frente a mi habitación de hotel resonó un alarido ensordecedor.

—¡Miradla! —rugió un hombre—. Por culpa de esta egoísta casi hubo que evacuar todo el hotel. Ahora mismo estaríais todos en pijama en la calle.

¿Qué ocurría aquí?

¿Acaso un hombre estaba humillando a su esposa? El asunto sonaba bastante feo.

Acababa de llegar a mi habitación y debatía si pedir algo de comer al servicio de habitaciones o buscar un restaurante agradable donde sentarme cómodamente. Mis citas de hoy habían sido agotadoras, pero casi todo lo que necesitaba resolver estaba hecho. El resto podría arreglarse por teléfono. En realidad, ya podría haber abandonado Boston. Pero la perspectiva de pasar un tiempo sin Pandora era demasiado tentadora.

Solo volvería a serme insoportable, preguntándome por qué no compraba sus cuadros y no empapelaba mi piso con sus horribles pinturas lúgubres.

Estaba indeciso, de pie allí, cuando unos gritos del exterior llegaron a mis oídos.

—¡Esto te servirá de lección! —rugió de nuevo el hombre, esta vez más cerca de mi puerta.

No podía quedarme de brazos cruzados mientras alguien humillaba a su mujer. Recordé brevemente el incidente en Nueva York hacía unos días, cuando el sintecho había atacado a aquella mujer. ¿Cómo podían comportarse así los hombres? Yo también era hombre, pero esa faceta agresiva y violenta de mis congéneres siempre me había resultado un misterio.

Y ojalá siguiera siéndolo.

El hombre volvió a gritar. Esta vez no entendí sus palabras. La mujer chilló con fuerza.

Abrí la puerta de golpe.

Se me cortó la respiración.

Esto era peor de lo que me había imaginado.

Un hombre con uniforme de hotel arrastraba a una mujer completamente desnuda por el pasillo mientras le gritaba. ¿Estaría borracho? ¿O habría robado el uniforme para acosarla más fácilmente?

No era el único huésped que había abierto la puerta. Todas las puertas a mi alrededor estaban abiertas. Pero nadie decía nada. Todos miraban boquiabiertos el espectáculo que tenían ante sí. Algunos hombres examinaban el cuerpo de la mujer sin pudor.

No podía permitirlo. Bajo ningún concepto.

Con un salto, volví a mi habitación. Cogí el albornoz blanco y mullido que colgaba de un gancho junto a la puerta del baño.

Luego salí al pasillo.

—¡Suelte a esa mujer! —ordené al empleado del hotel. Mi tono dejaba claro que no admitiría réplicas.

—Hay que darle una lección. Para que entienda de una vez lo del detector de humo —el empleado no hizo ademán de soltarla. No podía ver el rostro de la mujer porque había echado hacia adelante su largo cabello mojado y se escondía tras él. En su lugar, probablemente habría hecho lo mismo. Obviamente, era cliente habitual del hotel y no era la primera vez que activaba la alarma.

—¡Una falsa alarma no es motivo para arrastrar así a una cliente habitual por el pasillo! —me planté frente al hombre—. ¿Así tratan a los huéspedes en este hotel? ¿A quien comete un error se le arrastra desnudo por el pasillo? ¿Habría hecho lo mismo si fuera un hombre?

Cuanto más hablaba, más furioso me ponía. El empleado no reaccionó. Le agarré del brazo y le obligué a soltar a la mujer. Luego coloqué suavemente el albornoz sobre los hombros desnudos de la mujer. Agradecida, cogió la tela mullida y se envolvió con él. Seguía sin poder verle la cara.

—¡Hay que dar un escarmiento a alguien! —el empleado no se rendía—. Ahora le ha tocado a ella —hizo un gesto despectivo con la cabeza hacia la mujer.

Apenas podía creer lo que oía. ¿La mujer no había cometido ninguna falta antes? No es que faltas anteriores justificaran ese trato. Pero así... todo me parecía aún peor.

Clavé en el empleado mi mirada más dura. Seguro que el tipo había sido echado por su novia, o mejor dicho, exnovia, esa mañana y ahora desahogaba su frustración y rabia con huéspedes inocentes.

—Activó el detector de humo. No leyó las instrucciones —bajo mi mirada, el hombre empezaba a titubear. Su voz ya no sonaba tan fuerte como antes.

—Ajá. ¿Y a usted nunca le ha pasado que se le ha pasado algo por alto? ¿O que no ha prestado atención a algo sin querer? —ahora mi voz era la que se elevaba. Porque no era la asustada mujer a mi lado quien necesitaba una lección. Era el hombre. Nunca debía volver a tratar así a una mujer.

—¡Aquí se trata del hotel! ¡Y de la seguridad de los huéspedes! —el empleado se irguió. Volvía a sonar más fuerte.

—¡Ajá! —crucé los brazos y le miré amenazador—. ¿Y la seguridad de los huéspedes se garantiza mejor arrastrando a esta mujer por el pasillo? ¿No debería ocuparse de que los huéspedes abandonen la zona de peligro lo antes posible?

—¡No hay peligro! ¡Solo es una falsa alarma! —el empleado alzó la barbilla.

—¡Ajá! —repliqué—. ¿Y por eso no podía simplemente advertir a la mujer? ¿En vez de humillarla aquí ante todos? ¿Así se trata a los huéspedes en este hotel?

—Yo soy responsable de este pasillo —ahora el hombre sonaba algo menos seguro.

—Le diré una cosa —dí un paso hacia él y acerqué mi rostro al suyo —. Si no desaparece de aquí inmediatamente, me quejaré de su comportamiento ante su jefe.

El hombre palideció al instante. Y se volvió bastante manso. —Yo... no... por favor... no haga eso.

—Entonces pídale perdón a la señora —señalé a la mujer a mi lado. Tenía el rostro agachado para que nadie pudiera verla.

—Lo siento —dijo el empleado tan rápido que apenas se le entendió. Cambiaba el peso de un pie a otro, nervioso—. ¿Puedo irme ya?

—Lárguese —me habría encantado obligarle a disculparse como es debido. A ser posible de rodillas.

No sirve de nada, Dixon. Absolutamente nada. Este tipo de hombre nunca aprende. Ni en mil años.

Había cosas más urgentes. Debía sacar a la mujer de allí.

Cogí su brazo con suavidad y la conduje por el pasillo, siguiendo el pitido. El detector de humo era imposible de ignorar. Acompañé a la mujer a su habitación. Allí comprendí la situación de un vistazo. Podía desactivar el detector de humo con solo pulsar un botón. Cogí

el sillón frente al pequeño escritorio, lo coloqué bien, subí y pulsé el botón del detector.

Al instante cesó el horrible pitido.

La mujer había alzado la cabeza y me miraba.

Yo la devolví la mirada, atónito.

Era ella.

¡ELLA!

La mujer a quien había ayudado en Nueva York. La había atacado brutalmente un sintecho. Y ahora la arrastraban desnuda por el pasillo. Me invadió una oleada de compasión. Me habría encantado abrazarla y consolarla. Decirle que no era tan grave. Que todo se arreglaría.

La mujer seguía mirándome. —Así que eras tú —murmuró—. Entonces no me equivoqué antes.

No tenía ni idea de qué hablaba.

Pero ahora tampoco importaba.

Sonreí. —No pensé que nos volveríamos a ver tan pronto —por fin bajé de ese estúpido sillón—. Soy Dixon —me presenté.

—Maisy —respondió la mujer. Seguía mirándome como si hubiera caído del cielo.

Y entonces, de repente, empezó a llorar.

Me quedé a su lado, incómodo.

¿Qué podía hacer?

¿Cómo se consuela a una mujer que llora?

Hasta entonces, siempre me había esfumado cuando una mujer lloraba. Pero esta vez no quería irme.

Quería abrazar a la mujer.

Maisy.

Quería abrazar a Maisy.

Y entonces seguí mi impulso. Enlacé mis brazos alrededor de Maisy y la consolé. La apreté suavemente contra mí. Mis manos acariciaron su espalda estrecha y murmuré las palabras que antes me habían venido a la mente: —No es tan grave. Todo irá bien.

Y, en efecto, los sollozos de Maisy cesaron pronto. Casi lamenté tener que soltarla. La aparté un poco de mí.

—Gracias —Maisy me sonrió con los ojos enrojecidos por el llanto.

¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué hacía en Boston? En mi mente se amontonaban preguntas.

Ahora nada de eso importa, Dixon. Lo único importante es que Maisy esté bien.

Sonreí a Maisy. —Será mejor que primero vayas al baño a arreglarte. Y si no te importa, pediré una botella de vino y algo de comer. Para el susto, necesitas algo en el estómago.

Las comisuras de Maisy se elevaron un poco. —Suena bien —dijo entonces.

Media hora después, Maisy, recién duchada, estaba sentada a mi lado. Seguía llevando el albornoz que le había prestado. Ante nosotros había una gran pizza cuatro estaciones.

—No sabía qué te gusta. Así que pensé en pedir una pizza con un poco de todo —expliqué.

—Suena bien —Maisy me sonrió—. Me siento como nueva tras la ducha. Pero creo que para el susto necesito primero un trago de vino —hizo un gesto con la cabeza hacia la botella.

La cogí y la descorché. —¿Qué haces en Boston? —pregunté mientras servía el vino tinto en las dos copas que había subido el servicio de habitaciones junto con la botella.

—Estoy por trabajo —Maisy se sentó en la cama grande con las piernas cruzadas. El albornoz se abrió ligeramente por delante. En realidad, no se veía nada. Absolutamente nada. Pero mi imaginación enloquecía. Pensé en el cuerpo de Maisy que había sentido contra el mío al consolarla. En el cuerpo que había visto antes en el pasillo, aunque me había esforzado por mirar a otro lado y no observarla como los demás huéspedes.

—Yo también —respondí, sorprendido. Le entregué una copa de vino. Cuando nuestros dedos se rozaron, sentí una leve descarga y la atmósfera a nuestro alrededor pareció electrizarse de repente.

Tragué saliva. Mis pantalones de repente me quedaban algo más ajustados.

Esto es realmente vergonzoso, Dixon.

¿O quizá no? Maisy era la mujer más atractiva que había visto. Y me sentía atraído por ella.

—¿Y, van bien las cosas? —quiso saber Maisy. Sus ojos parecían aún más azules que de costumbre y, aunque ahora no brillaban con vivacidad, había algo fascinante en ellos que no podía definir.

—¿Qué? —había perdido completamente el hilo.

—Tierra a Dixon —Maisy me sonrió—. ¿Van bien los negocios?

Me encogí de hombros. —No me puedo quejar. ¿Y tú?

—De puta madre —Maisy alzó su copa y brindó por mí. Ahora tuve la impresión de que en sus ojos había una especie de invitación. Correspondí al gesto. Luego Maisy se bebió el contenido de la copa de un trago—. Eso es lo que necesitaba ahora —dijo entonces. Me miró—. Lo de antes fue simplemente el broche de mierda a un día de mierda —negó con la cabeza—. Perdona mi vocabulario.

—Todo bien —dije—. Si algo es una mierda, hay que llamarlo así —le sonreí a Maisy.

La admiraba.

¿Cómo podía reaccionar con tanta calma tras un incidente así?

Maisy se levantó y dio un paso hacia la pizza. Tropezó.

—¡Uy! —salté y la agarré del brazo—. No vayas a caerte.

Maisy clavó sus ojos en los míos.

Y yo en los suyos.

Volví a mirar los ojos más azules que había visto. Y en ese momento habría jurado que en la mirada de Maisy había el mismo deseo que yo sentía desde que la había vuelto a ver.

En realidad, Maisy no había salido de mi cabeza desde nuestro primer encuentro. No pensaba constantemente en ella, claro. Pero de algún modo siempre estaba presente, sin importar dónde estuviera o qué hiciera.

Maisy levantó la vista hacia mí. Entonces bajé mi cabeza y aplasté mi boca contra sus labios carnosos.

Así, sin más.

Sin previo aviso.

Se sentía divino.

Maisy correspondió a mi beso. Se acurrucó contra mí y un leve aroma a naranja me llegó a la nariza. Abrí la boca y pasé suavemente mi lengua por los labios de Maisy. Estaban calientes y suaves. Acaricié dulcemente sus labios. Luego los rozé ligeramente con mi lengua. Maisy abrió su boca. Dejó que sus manos resbalaran por mi espalda. Cogí la nuca de Maisy y la apreté suavemente contra

mí. El cuerpo de Maisy se apretó contra el mío. Y entonces nuestras lenguas se encontraron.

Maisy jadeó y gimió suavemente. Sus dedos se clavaron en mis hombros. Dejé que mis manos resbalaran hacia abajo hasta posarse en el trasero de Maisy. Maisy se apretó contra mí. Nuestro beso se intensificó. Apasionado.

Maisy gimió de nuevo.

Y entonces oí mi propio gemido.

Mis manos volvieron de repente a los hombros de Maisy y bajaron el albornoz. Aparté mis labios de la boca de Maisy y contemplé a Maisy, que ahora estaba desnuda ante mí.

—Dios mío, qué hermosa eres —susurré. No podía esperar para tocar ese cuerpo.

Luego me incliné hacia adelante y deposité una multitud de pequeños besos en los pechos de Maisy. Besé hasta llegar a su pezón. Luego me lo llevé a la boca y lo chupé.

—Oh, sí —con un gemido, Maisy echó la cabeza hacia atrás.

Seguí chupando. Y luego mordí suavemente.

Maisy gimió. Luego sus manos fueron a mi cinturón y se pusieron manos a la obra.

Me quité la camisa. Segundos después también estaba desnudo. Maisy dejó que sus manos resbalaran por mi pecho y luego bajaron.

Cogió mi polla y la masajeó. Exactamente bien. Con movimientos firmes, sin la menor vacilación. Como si me conociera de toda la vida y supiera exactamente lo que quería.

Gimí. Nunca había estado tan duro.

Luego empujé a Maisy hacia la cama. —Tú también tienes que disfrutar —susurré. Giré suavemente a Maisy para que me diera la espalda. Deslicé mi mano entre sus piernas mientras depositaba pequeños besos en su espalda. Maisy suspiró plácidamente.

Entonces mis dedos encontraron su punto más sensible. Empecé a jugar con el clítoris de Maisy. Primero lo masajeé suavemente. El suspiro plácido de Maisy se transformó en un fuerte gemido. —¡Oh, Dios, Dixon!

Cuando oí mi nombre en boca de Maisy, estaba perdido. Giré a Maisy de nuevo y arqueé su cuerpo hacia atrás. Dócilmente, Maisy se dejó caer en la cama y abrió las piernas para mí.

Y un momento después estaba dentro de ella.

Al fin.

Miré a los ojos más azules del mundo mientras hundía mi polla profundamente en Maisy. Y otra vez. Y otra. Y otra. Maisy elevó sus caderas y se movió al mismo ritmo. Nuestros cuerpos se armonizaban como si se conocieran desde hacía tiempo.

—Oh, Dios, Dixon —jadeó Maisy de nuevo.

Hundí mi polla aún más en ella.

—¡Síííí! —gimió Maisy de repente. Un grito de placer resonó en las paredes de la habitación. Sentí cómo la vagina de Maisy se contraía alrededor de mi polla—. ¡Síí! —gimió Maisy otra vez.

—Oh, Dios, cariño —volví a empujar dentro de Maisy. Y entonces yo también me vine.

Capítulo 9 Maisy

Sentía la cabeza pesada. Muy pesada. Apenas podía levantarla de la almohada.

¿Pero qué clase de sueño tan extraño era ese?

¿Y por qué iba a tener que levantar la cabeza de la almohada, de todos modos? Podía quedarme tumbada perfectamente. Aquí se estaba a una temperatura agradable y estaba muy cómoda. Realmente era un sueño extraño, uno en el que simplemente no podía levantar la cabeza, pero por lo demás me sentía lo mejor posible.

Al otro lado de mis párpados había luz.

¿Luz?

¿Entonces no estaba soñando, sino que estaba despierta?

Quise incorporarme, pero no funcionó.

Esto no es un sueño, Maisy. Estás aquí en una cama y no puedes levantar la cabeza ni moverte.

Pero ¿por qué me pesaba tanto la cabeza? ¿Por qué mi cuerpo no me dejaba levantarme?

Algo se movió a mi lado.

¿Algo?

¿Alguien?

Sobresaltada, abrí los ojos. La luz me deslumbró y los cerré rápidamente. Cuando volví a abrirlos, me encontré mirando una espalda que no me resultaba familiar en absoluto.

Se me detuvo la respiración.

¿Quién era?

¿Dónde estaba?

Intenté de nuevo levantar la cabeza de la almohada.

Y de nuevo no lo conseguí.

¿Por qué pesaba tanto, maldita sea?

¿Por qué no podía levantarme y salir corriendo?

¿Acaso estaba soñando? ¿Un sueño especialmente real? En los sueños a menudo uno no puede moverse.

Y entonces lo recordé todo. Cómo ayer, en mi hotel de Boston, después de un día desastroso en la feria, me habían sacado de la ducha y me habían arrastrado por el pasillo del hotel. Cómo Dixon me había apoyado y me había salvado.

Dixon. El hombre que ya me había ayudado en Nueva York. Y el hombre que ahora yacía a mi lado después de haber pasado juntos una larga noche de pasión.

Sentí que me ponía roja.

Rojo intenso.

Me ardía la cara.

¿Cómo había podido liarme así, de buenas a primeras, con un extraño? Sí, Dixon me había ayudado dos veces, pero en el fondo no lo conocía de nada. Y desde luego no lo conocía lo suficiente como para acostarme con él.

Pero eso era exactamente lo que había pasado. Después del susto de ayer, me había bebido una copa grande de vino tinto de un trago, caí en brazos de Dixon y una cosa llevó a la otra.

Aún estaba encendida.

¿Qué debía de pensar Dixon de mí?

¿Que era una mujer que se acostaba con cualquier hombre?

Quizá no piense eso en absoluto, Maisy. Quizá le parezcas agradable y quizá... quizá él también sea agradable. Mucha gente se ha conocido de esta manera. ¿Por qué no ibas a encontrar tú también a alguien? Los dos sois de Nueva York y podéis volver a veros allí.

Me aclaré la garganta. Antes de seguir perdiéndome en mis fantasías, prefería enfrentarme a la realidad.

¿Cómo debía saludar a Dixon?

¿Debía levantarme y darle los buenos días?

¿O sería demasiado frío después de la noche tórrida que acabábamos de pasar juntos?

Antes de que pudiera tomar una decisión, sonó un móvil a todo volumen. Sobresaltada, volví a cerrar los ojos con fuerza.

Dixon, a mi lado, reaccionó de forma muy distinta. Saltó de la cama y rebuscó entre su ropa, que estaba tirada por el suelo de la habitación.

—¿Diga? —Debía de haber encontrado el móvil. Su tono no sonaba precisamente amable. Escuché con atención. ¿Quién estaría al otro lado? Tenía que ser alguien a quien conociera bien, porque de lo contrario esa persona no le habría llamado así como así. Aunque ya había luz, todavía era bastante temprano. Ahora, a principios de verano, el sol salía muy pronto.

—Bueno, no te pongas así. —La voz de Dixon sonaba un poco menos brusca—. Sí, entiendo que me hayas llamado. Pero es totalmente innecesario. —Abrí un ojo con precaución. Dixon estaba de espaldas a mí y se pasaba una mano por el pelo. Observé el

juego de sus músculos y sentí que me acaloraba aún más. Mi piel empezó a sentir un ligero hormigueo y mi centro se contrajo un poco.

—Venga, tranquilízate. No sé qué te pasa. Si tú no sueles ser tan histérica. —Dixon sacudió la cabeza.

Histérica.

Dixon estaba hablando con una mujer. Y, por lo visto, con una mujer a la que conocía bien. Después de todo, sabía que normalmente ella no se alteraba a menudo. Y esa mujer llamaba temprano por la mañana.

¿Sería... sería acaso la mujer de Dixon?

Ante esa idea se me cortó la respiración. Ayer no pregunté si Dixon ya estaba comprometido. O incluso casado. No se me ocurrió pensar en eso. Porque si ese fuera el caso... ¿entonces Dixon no me habría besado en primer lugar?

¿O sí?

Maisy. No seas tan ingenua. Hay suficientes hombres que no dejan pasar ninguna buena oportunidad. Te has echado prácticamente en brazos de Dixon, y por segunda vez en pocos días. ¿Por qué iba a haber dicho que no ayer? ¿Conoces a algún hombre que hubiera dicho que no?

No conocía a ninguno. Pero, por supuesto, esperaba que existiera un hombre así y que algún día lo encontraría. Y hace un momento incluso había albergado la leve esperanza de que Dixon fuera precisamente ese hombre.

—Si ya no me queda mucho para volver. ¿Es que no puedes esperar hasta que regrese? —Dixon sonaba ahora impaciente.

Pausa.

—No, no puedo irme de aquí antes. Aún tengo algo importante que terminar, querida. —Al decir estas palabras, Dixon se giró hacia mí.

Asustada, cerré el ojo.

Querida.

Dixon acababa de llamar a la mujer «querida».

Sí, había sonado un poco burlón. Pero también, de alguna manera, familiar.

Muy familiar.

Se me formó un nudo en la garganta.

¿Acaso me la había jugado un embaucador?

Todo apuntaba a eso.

—Sí, ya saldrá todo bien. —La voz de Dixon—. Venga, espera a que vuelva.

Ahora se hizo el silencio.

Dixon debía de haber terminado la conversación.

No me moví.

Todo en mí gritaba que debía pedirle explicaciones a Dixon.

Pero también había otra voz que me decía que yo misma tenía parte de culpa en este lío. Al fin y al cabo, simplemente había dejado que Dixon entrara en mi habitación. Me había echado en sus brazos y no había dado ni una sola señal de que algo me desagradara. ¿Quién podía culparle de que Dixon se tomara todo aquello como una invitación?

—Eh, tío. Qué bien que ya estés despierto. —De nuevo la voz de Dixon. Obviamente estaba hablando por teléfono con otra persona ahora. Con un amigo.

—Solo quería saber si ya han reparado el coche. Los talleres hoy en día ya no tienen ninguna cita libre.

Dixon escuchó. Luego se rio—. Sabía que podía confiar en ti. Nadie más lo habría conseguido jamás.

Dixon volvió a reír.

—No, no, estoy bien. Es que me acaba de despertar una llamada supuestamente importante. Pero era la misma tontería de siempre. —Dixon soltó un suspiro de fastidio—. Mujeres —añadió entonces, en un tono que lo decía todo.

¿Es que Dixon no tenía buena opinión de las mujeres?

Ayer y en nuestro encuentro en Nueva York me había llevado una impresión totalmente distinta. Pero las primeras impresiones no

siempre son las correctas y perfectamente podía haberme equivocado.

Mi corazón se convirtió en un bloque pesado y frío.

Era un embaucador que odiaba a las mujeres.

Todo indicaba eso.

Lo que más deseaba era levantarme y salir a hurtadillas de la habitación. Pero aquello no era posible. Esta era mi habitación. Dixon era quien debía irse. Tendría que echarlo.

Eso es precisamente lo que iba a hacer ahora.

No quería pasar ni un segundo más con alguien que claramente solo me había utilizado y que no me valoraba para nada.

Me detuve.

¿O estaba siendo injusta con Dixon?

Antes de que pudiera hacer nada, la voz de Dixon sonó de nuevo—. Aunque ahora no me puedo quejar, la verdad. Acabo de pasar una noche realmente increíble. Cuando te lo cuente todo cuando vuelva... —Dixon chasqueó la lengua y se rio con cierta incredulidad —. Cuerpo de escándalo. De ensueño en la cama. No te lo puedes ni imaginar. Aún estoy encendido y lo que más me gustaría sería volver a...

¿Qué?

Solté un jadeo de espanto.

¿Dixon estaba alardeando de nuestro sexo con su colega? ¿Estaba contando lo tórrida que había sido nuestra noche? ¿Después de haber hablado con su mujer, hablaba de mí diciendo que lo que más le gustaría sería otra vez...?

Mi mente echaba humo.

—No sé ni por qué te cuento esto. Normalmente no es mi estilo. Pero ha sido simplemente lo más increíble que he vivido nunca. —Dixon chasqueó la lengua de nuevo—. Voy a despertarla ahora y entonces...

—¡Ni se te ocurra! —Salté de la cama con una energía que no sabía de dónde sacaba. De repente, ya no sentía la cabeza pesada para nada. Aunque era bastante más baja que Dixon, le arrebaté el móvil de la mano y lo lancé hacia la puerta.

—¿Cómo puedes? —grité tan fuerte como pude—. ¿Presumes de nuestra noche delante de tu amigo, después de haber hablado hace un momento con tu mujer y haberle mentido?

Dixon abrió la boca. Parecía que quería replicar algo. Pero yo no le dejé hablar.

—¿Qué te has creído? ¿Quién te crees que eres? —De repente, una rabia inesperada se abrió paso en mi interior. Era como si no solo tuviera a Dixon frente a mí, sino también al vagabundo que me había atacado en New York. Y al empleado del hotel que ayer me había arrastrado al pasillo. Y a todos los demás hombres que alguna vez me habían tratado mal. No sabía que tuviera tal furia dentro de mí.

Pero ahora, al menos, no recaía sobre un inocente.

—¿Haces esto siempre? ¿Llamas a tus colegas después de cada noche y presumes de lo bueno que fue el sexo y de cuántas veces pudiste tener a la mujer? ¡Eres realmente peor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado nunca!

Dixon se cruzó de brazos. Sus labios se apretaron en una línea fina.

Aquello solo me puso más furiosa.

¿Acaso el tipo no podía ni defenderse decentemente?

¿No tenía nada que decir ante mis reproches?

¿No podíamos tener una conversación normal?

YO, desde luego, no me quedaría callada si estuviera en el lugar de Dixon. A menos que las acusaciones contra mí fueran ciertas. Entonces yo también callaría.

Dixon guardaba silencio.

Mi estómago se encogió todavía más.

No puedes dejarte impresionar por eso ahora, Maisy. No dejes que te mangoneen. Ya te ha pasado demasiadas veces. Ya basta. Se acabó. Esta vez no.

—¿Cuántas veces has hecho esto ya? —Me puse las manos en las caderas y fulminé a Dixon con la mirada.

—¿Y tú? —respondió ahora Dixon—. ¿Cuántas veces has acusado ya a hombres sin motivo?

—¿Sin motivo? —Solté una carcajada—. ¿Acaso vas a negar ahora lo que acabas de decir por teléfono? ¿Vas a afirmar que he oído mal? —Sacudí la cabeza.

—No tienes ni idea de qué iba el tema. No conoces el contexto en absoluto. —Dixon me miró. Su tono era tan condescendiente como si estuviera hablando con una niña de primaria. O con una niña de preescolar. Él, el adulto. Yo, la niña.

—No me hace falta. —Mi voz sonaba ahora más tranquila—. He oído suficiente para saber de qué va la cosa. Realmente suficiente. Estaba clarísimo.

Dixon me miró. ¿Era imaginación mía o en su mirada había decepción? ¿Pesar?

No puede ser, Maisy. ¿Qué tiene él que lamentar?

Quizá estuviera empezando a darse cuenta de que su comportamiento no había sido precisamente impecable.

Y aunque así fuera. Eso ya no cambia los hechos, Maisy.

Dixon me dio la espalda. Agarró el albornoz que estaba en el suelo. Era el albornoz de su habitación, el que me había dado ayer cuando vino a ayudarme al pasillo. Por un momento sentí inseguridad.

¿Y si después de todo me había equivocado?

¿Y si todo fuera muy distinto de lo que yo creía?

¿No debería escuchar a Dixon? Quizá tuviera algo importante que decir. Quizá hubiera otra explicación para sus palabras.

Me aclaré la garganta.

Pero Dixon se me adelantó. Se puso el albornoz con toda su ropa en el brazo—. Mucho éxito en tu viaje de negocios. —Con estas palabras, abrió la puerta y desapareció.

La puerta volvió a cerrarse.

Estaba sola.

Sola.

Inspiré profundamente y me dejé caer sobre la cama.

¿Había estado bien todo aquello?

No le des más vueltas, Maisy. Tienes cosas mucho más importantes que hacer. Tienes que prepararte para un nuevo día en la feria. Tienes que ocuparte de la galería y pensar en tu futuro. Tienes que hacer algo para frenar a Pandora. Quizá pronto tengas que buscarte un nuevo trabajo.

Tenía que hacer todo eso y más.

Pero en lugar de prepararme para el nuevo día, estaba sentada como clavada en el borde de la cama, pensando en el hombre que acababa de salir de mi habitación.

¿Y si había sido injusta con Dixon?

No lo has sido, Maisy. En ese caso, él simplemente podría habértelo explicado todo.

No lo había hecho. Me quedé mirando la alfombra entre mis pies descalzos. Luego me levanté suspirando.

De nada servía. Seguir pensando en lo que acababa de suceder era inútil. Lo mejor era olvidar que alguna vez habían existido Dixon y esta noche.

Capítulo 10 Dixon

—Aquí tienes la llave, colega. —Gavin dejó la llave del coche bien a la vista sobre la mesa baja de mi salón—. Siento no haber podido venir nada más volver tú, pero ayer tuve unas citas ineludibles. En cualquier caso, tu coche ya está reparado.

—¿Mmm? —murmuré, mirando brevemente por encima del hombro. Luego volví a sumergirme en la contemplación del horizonte de Nueva York. Las vistas desde la ventana de mi salón eran casi mejores que las de mi despacho. Tenía Central Park justo a mis pies, porque ahora me encontraba en la Central Park Tower. Aquí vivía yo. En la mejor, la más maravillosa y fantástica dirección de todo Nueva York.

—¿Hay algo ahí abajo en el parque? —Gavin se acercó a mí y miró en la misma dirección—. Y si lo hay, ¿puedes distinguirlo desde aquí arriba?

—¿Qué? —le pregunté a mi amigo.

—Tierra llamando a Dixon. —Gavin me dio un puñetazo amistoso en el hombro—. ¿Me estás escuchando o sigues pensando en esa noche tan tórrida de la que me hablaste?

Apreté los dientes. Gavin se refería a la noche con Maisy. En eso era en lo último que quería pensar. Bajo ningún concepto quería desperdiciar ni un solo pensamiento en ello. Me había marchado de Boston poco después de nuestra discusión. Había solucionado los asuntos importantes allí. De todos modos, solo había planeado la estancia en Boston para escapar de Pandora el mayor tiempo posible.

Pero Pandora me había fastidiado los planes llamándome a Boston. Y encima temprano por la mañana, cuando estaba en la cama al lado de Maisy y justo me preguntaba cómo despertarla. ¿Sería demasiado un beso tierno?

En lo más profundo de mi ser había sentido que la noche con Maisy había sido algo muy especial. Estaba decidido a pedirle su número de teléfono, porque quería volver a verla en Nueva York. Entonces saldríamos juntos y nos conoceríamos.

Y luego…

La llamada de Pandora me había despertado de aquel sueño. Se había quejado por alguna nimiedad, afirmando que no podía resolver el problema por sí misma. No me creía ni una palabra. Solo había buscado una oportunidad para molestarme también en Boston y probablemente hasta esperaba despertarme.

Así que lo siguiente que hice fue llamar a Gavin para quitarme de encima la sensación desagradable que Pandora me había dejado. En realidad, no tenía intención de contarle a Gavin lo de la noche con Maisy. Nunca había hecho algo así y no era propio de mí. Pero

entonces, simplemente brotó de mi interior. Todo. Me había sentido demasiado bien como para no decir nada.

Y entonces se armó la gorda.

Sacudí la cabeza al recordarlo.

Necesitaba pensar en otra cosa urgentemente. Deporte. Mis negocios. Lo que fuera.

—Debe de ser una mujer increíble —comentó Gavin ahora, devolviéndome al presente—. ¿Vas a volver a verla?

—No —repliqué de forma corta, clara y rotunda—. No lo haré. Y no quiero oír ni una palabra más sobre el tema. —Había vuelto a llamar a Gavin más tarde esa mañana afirmando que una empleada del hotel había interrumpido la conversación. Gavin me había creído.

Ahora guardaba silencio.

En ese instante sonó mi móvil.

—Nos vemos luego, colega. Tengo una cita urgente —se despidió Gavin rápidamente mientras yo buscaba mi teléfono.

—Claro. —Hice un gesto de asentimiento a mi mejor amigo. Algún día le contaría el resto de la historia con Maisy. Pero ahora aún no estaba preparado para ello.

Al ver la pantalla de mi móvil, solté un gemido.

Pandora.

Esa mujer de verdad no me dejaba ni un momento de paz.

Contratarla como asistenta había sido con diferencia la peor decisión de los últimos tiempos. Si no fuera por mi abuela Adelaide, despediría a Pandora ahora mismo.

—¿Qué pasa ahora? —No hice el menor esfuerzo por saludar a mi prima con amabilidad. En el fondo, la culpaba en parte de que Maisy y yo hubiéramos discutido. Sin la llamada de Pandora, seguro que todo habría sido diferente.

—Podrías ser un poco más amable —respondió Pandora ofendida.

—Y tú no deberías llamar por cada tontería, ¡ya te lo he dicho unas cuantas veces! —Seguía sin sonar amable, pero no lo lamentaba en absoluto.

—Bien. Pues no vuelvo a llamar. Solo pensaba que quizá te interesaría saber que *Jackson Enterprises* ha cancelado nuestro contrato con efectos inmediatos —replicó Pandora con tono picajoso.

—¿Qué? —No daba crédito a mis oídos. *Jackson Enterprises* era el proveedor de las máquinas de fitness que utilizábamos en nuestros gimnasios. ¿Cómo podía la empresa cancelar el contrato así como así? Eso no era posible. Había un periodo de preaviso. No podía ser. Seguramente Pandora había entendido algo mal. Probablemente se trataba solo de una actualización de los términos y condiciones o algún otro anexo al contrato—. ¿Estás segura?

—Claro que estoy segura —respondió Pandora con agudeza—. Al contrario de lo que tú crees, no soy tonta.

Resoplé.

—La carta ha llegado esta mañana. —Pandora parecía disfrutar por tener razón esta vez y porque se trataba de un asunto realmente importante.

—¿Qué dice? —quise saber.

—Que deben atender otros compromisos con otros clientes y que por eso, lamentablemente, ya no pueden servirte. Luego hay varias páginas de papeleo adjuntas —dijo, y algo crujió al otro lado de la línea.

—¡Otros clientes! —Miré por la ventana atónito. Central Park seguía allí como antes. Fuera, todo continuaba igual que antes. A la gente parecía darle exactamente igual que mi empresa acabara de recibir una noticia catastrófica. Hacía poco que había realizado un pedido enorme a *Jackson Enterprises*. Todos mis centros debían estar equipados con las máquinas más modernas.

En ese momento comprendí lo que pasaba. —¡Elbert! —siseé.

Solo mi archienemigo podía estar detrás de este asunto.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Pandora.

—Escanea la carta y mándamela por correo —respondí. Hoy trabajaba desde casa. Llevaba haciéndolo desde que volví de Boston. No quería ver a Pandora con demasiada frecuencia. Además, en casa podía concentrarme de maravilla.

Elbert. Así que así es como quería cumplir su amenaza de hundirme. Por supuesto. El asunto era totalmente lógico. Si dejaban de suministrarme máquinas, la apertura de mis nuevos gimnasios estaría en peligro. Había invertido mucho tiempo y dinero en ellos.

Pero sin máquinas no podía abrir. Entonces los clientes no vendrían y habría hecho mis inversiones en balde.

Caminé de un lado a otro, inquieto.

Elbert, mientras tanto, pediría las máquinas y esperaría hasta que yo tuviera que rendirme. Mi archienemigo obviamente no era tan estúpido. No debía subestimarlo bajo ningún concepto.

Entre los gimnasios que debían abrir próximamente estaba también mi quinto local en Manhattan. Los otros cuatro estaban a rebosar. Así que, sin pensarlo mucho, había decidido abrir un quinto. Y ya estaba buscando un inmueble para un sexto gimnasio.

Rechiné los dientes.

Seguiría buscando.

Sí, buscaría incluso con más intensidad. Si Elbert creía que podía hundirme de esta manera, estaba muy equivocado.

Ya se lo enseñaría yo.

Ahora con más razón todavía.

—Te mando la carta ahora mismo —dijo Pandora con voz cantarina —. Pero quería comentarte otra cosa mucho más importante, Dixon.

—¿Qué pasa ahora? —Interiormente me preparé para más noticias catastróficas. ¿Se había quemado algo? ¿Había habido un terremoto que hubiera destruido un gimnasio?

—Sabes... lo de la galería. De verdad necesito apoyo urgente y tú tienes tanto dinero y espacio... tienes que venir sin falta a ver mis cuadros y comprar algunos. Ya has oído a la abuela Adelaide. Ella también lo piensa. —Pandora soltó una risita.

—¿Qué? —No podía creer lo que oía. Mi empresa estaba en medio de una crisis existencial y mi prima no pensaba en nada más que en su pintura. Tenía que haber perdido el juicio.

—Dixon, de verdad. Me lo prometiste y las promesas hay que cumplirlas. —Pandora sonaba ahora quejumbrosa como una niña pequeña.

—No te he prometido nada en absoluto —aclaré—. Al contrario. Te ofrecí el trabajo EN LUGAR DE ayudarte con tus cuadros.

—Eso lo dijiste por decir —le restó importancia Pandora—. Te conozco. Está claro que no podías darme demasiado de golpe, eso ya lo entiendo. Pero ahora...

—No me conoces en absoluto —interrumpí a mi prima—. Te di el trabajo y punto. —Pandora me estaba sacando de quicio cada vez más. Lo que más deseaba era despedir a mi prima de inmediato. Que se buscara otro trabajo con otro jefe. No me extrañaba que su exnovio la hubiera dejado y despedido. Había tenido a Pandora encima constantemente. ¿Cómo lo había aguantado?

Apreté el puño y me tragué un comentario mordaz.

Era imposible seguir trabajando con Pandora.

La despediría lo antes posible, aunque mi abuela se enfadara conmigo. Pero ahora tenía cosas más importantes que hacer. En

primer lugar, debía asegurarme de que mis gimnasios siguieran sobreviviendo.

Cogí una tableta de chocolate del estante bajo la mesa del salón, partí un trocito y me lo metí en la boca. De inmediato, una maravillosa calma se extendió por mi interior.

—Ahora estás comiendo chocolate —supuso Pandora. Volvió a reírse —. Un hombre adulto. Dueño de una cadena de gimnasios. Increíble.

—Lo que tienes es envidia —le devolví—. Porque yo no me pongo fondón como tú.

Oí cómo Pandora se quedaba sin aliento. —Eres cruel —susurró ella.

Conocía esa estrategia. Pandora metía el dedo en la llaga y luego se hacía la víctima. —Lo he aprendido de ti —repliqué por tanto, impasible—. Ahora tengo que colgarte, por favor, tengo cosas más importantes que hacer.

Con eso terminé la conversación.

E inmediatamente marqué el número de Jackson.

Sonó.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Al octavo tono, por fin alguien descolgó: —*Jackson Enterprises*, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero hablar con Jackson. Soy Dixon Lee —resoplé—. ¿Mi socio comercial de tantos años también quería tomarme por tonto? Había llamado a su número de móvil, lo había dejado sonar un buen rato y luego había desviado la llamada a una de sus asistentas.

Una buena forma de escabullirse.

Pero no iba a permitirlo.

—No puede ponerse. Está fuera de la oficina. —La voz femenina sonaba distante. Ya había hablado con algunas de las asistentas de Jackson. Esta parecía nueva. En cualquier caso, no reconocía la voz. Y tampoco había considerado necesario presentarse. Las asistentas de Jackson eran todas así. Ligeramente arrogantes, bastante frías y no muy amables con los clientes. Aun así, no parecía que eso perjudicara a su empresa.

—¿Está fuera de la oficina sin su móvil? —pregunté con ironía.

—A veces ocurre. —La voz se mantuvo gélida.

—Soy su cliente más importante. Quiero hablar con él ahora.

Lo eras, Dixon, lo eras. Eras su cliente más importante. Ya no te quiere como cliente.

—¿De qué se trata? Quizá yo pueda ayudarle. —La mujer no hizo amago de ir a buscar a Jackson. Estaba completamente seguro de que él estaba a su lado siguiendo la conversación al detalle. Pero, por supuesto, no podía demostrarlo.

—Se trata de la carta que nos ha enviado hoy. —Tal vez pudiera conseguir algo por ese camino.

—¿Qué carta? —preguntó la asistenta.

—¡Ha cancelado nuestro contrato, maldita sea! —Ahora estaba a punto de perder los estribos.

—Ah, ESA carta. —La mujer al otro lado de la línea soltó una breve carcajada—. Sí, me acuerdo. La escribí yo misma. —Hizo una breve pausa—. ¿Qué pasa con la carta?

—¿Que qué pasa? ¡Cancelan todos los contratos de un día para otro, así como así, y todavía preguntan qué pasa! —Estaba atónito.

—Es nuestro derecho legítimo. La cancelación ha sido revisada por nuestro abogado y, por supuesto, usted también es libre de recurrir al suyo. —La mujer permaneció imperturbable.

Resoplé. Por supuesto que le pasaría la carta a Gavin. Pero ya sabía que eso no serviría de nada. Si Jackson no quería suministrar, no lo haría. Y si se le obligaba a hacerlo, lo haría tarde. Con retrasos interminables. Las piezas de repuesto ya no estarían disponibles y las máquinas entregadas tendrían de repente fallos inexplicables. Conocía los trucos que Jackson emplearía.

No tenía ganas de dejar que Jackson se saliera con la suya así como así, pero cualquier otra cosa solo me traería más problemas. Volví a resoplar. —¿Por qué Elbert pide tanto de repente? —pregunté entonces.

—Eso tampoco lo sé yo. —De nuevo, la mujer se mostró fría.

Y yo tampoco dije nada más.

Pero interiormente triunfaba.

Había caído en mi trampa.

Yo no tenía pruebas de mi teoría y esperaba una confirmación de que Elbert estaba detrás de todo el asunto, y la asistenta de Jackson acababa de darme precisamente esa confirmación.

Me lo había imaginado desde el principio.

Y por eso ya no necesitaba preocuparme más por Jackson.

Mi enemigo se llamaba Elbert.

Terminé la llamada.

Miré por la ventana pensativo. No habría creído que Elbert llegara tan lejos.

Fui a mi escritorio y abrí un cajón del lado izquierdo. Dentro había un montón de tarjetas de visita que había coleccionado en mi última visita a una feria de fitness. Entre ellas había un proveedor de Canadá que me había dejado claro que estaría encantado de suministrar máquinas para mis gimnasios. En aquel momento le había dado una respuesta negativa y le había comunicado que ya tenía un proveedor de confianza.

De confianza.

Resoplé.

Me había equivocado de medio a medio con Jackson.

Ahora el nuevo proveedor tendría una oportunidad.

Así eran las cosas.

Quizá el nuevo proveedor fuera incluso mejor que Jackson. Al menos en la feria había dado una impresión bastante razonable.

Pero antes de marcar el número y alegrarle el día a mi nuevo proveedor, me levanté y volví a mirar por la ventana.

Estaba a punto de resolver un problema. Esta batalla no la ganaría Elbert. Pero no se daría por vencido tan fácilmente.

Debía seguir en guardia.

¿Qué sería lo siguiente que tramaría Elbert?

¿Y cómo podía adelantarme a él?

Capítulo 11 Maisy

Dos semanas después.

—¿Pero dónde se habrá metido el maldito trasto otra vez? —juré en voz alta mientras me detenía en una esquina. El tiempo en Nueva York se volvía cada día más y más agradable. Pero aún no hacía demasiado calor, así que había decidido ir a pie a *Maisy's Art*. Un poco de movimiento no me vendría mal. Le sentaba bien a mi cuerpo y a mi mente.

Y realmente me hacía mucha falta. Desde mi visita a Boston, nada había cambiado en mi situación. Sí, la semana pasada había vendido un cuadro. UN cuadro. Eso no era nada y no me rescataba ni de lejos de mi aprieto. Boston había sido sencillamente un desastre. El segundo día había transcurrido incluso peor que el primero. Quizá solo fueran imaginaciones mías, porque mi estado de ánimo había quedado por los suelos tras la noche con Dixon.

¿Cómo había podido equivocarme tanto con él?

Seguía sin entenderlo.

¿Cómo había podido comportarse así?

Justo después de su... de su espantada, llegué a plantearme si quizá lo había juzgado mal. Pero luego sacudí la cabeza. Si yo hubiera estado equivocada, él podría haberlo aclarado todo sencillamente.

No lo hizo.

Se marchó.

Había intentado concentrarme en el presente, pero fracasé estrepitosamente. Incluso Jaylene se quejaba de que, desde la visita a Boston, parecía estar diferente de algún modo. No le había contado nada de Dixon. La vergüenza por mi comportamiento era demasiado profunda.

Ahora quería animarme un poco con un paseo.

Pero, al igual que hace dos semanas, no encontraba mis gafas de sol. Aquella vez había encontrado las gafas en casa, en el cajón de los guantes y las bufandas. Cómo habían llegado allí era un misterio para mí. Estaba segura de que yo no las había guardado allí. Después de aquello, metí las gafas en mi bolso. Al fin y al cabo, ahora en verano quería tenerlas siempre a mano.

Pero ahora las gafas no estaban otra vez en mi bolso.

Exactamente igual que hace dos semanas.

Me detuve frente a unas escaleras jurando en voz baja y vacié el contenido de mi bolso en el último escalón. Mi dinero. Mi móvil. Un paquete de pañuelos. Una caja de chicles. Un par de pastillas para el dolor de cabeza. Dos tampones.

Ni rastro de las gafas de sol.

Sacudí el bolso.

Nada.

—¡Maldita sea! —volví a maldecir mientras guardaba todo apresuradamente en el bolso. Bajo ningún concepto quería llegar tarde a la galería.

Da exactamente igual a qué hora te presentes allí, Maisy. No hay clientes de todos modos. Y no va a haber nadie esperándote.

Suspiré. Había estado esquivando una decisión durante todos estos días. Ahora tenía que empezar a afrontar la cruda realidad de que no podía seguir así. Ante ese pensamiento, se me formó instantáneamente un nudo en la garganta.

Pronto no tendría otra opción que renunciar a mi sueño.

Sería la decisión más dolorosa que jamás habría tomado.

—Vaya... ¿poniéndote cómoda aquí en medio de la calle? —La voz detrás de mí me resultó familiar.

Me di la vuelta. Y reprimí a duras penas un gemido de fastidio. No podía ser verdad.

Crosby.

¿Qué hacía él aquí?

¿Tenía que encontrármelo precisamente a él por casualidad?

Crosby parecía tan descuidado como siempre. Enseñó los dientes. Al menos eso parecía. Probablemente intentaba sonreírme, pero por mucho que me esforzara, no podía calificar aquello como una sonrisa.

—Llevo un buen rato observándote. ¿Qué buscas con tanta urgencia? ¿El dinero que no ganas en tu galería? —Crosby volvió a sonreír con sorna.

Torcí el gesto, indignada.

Crosby levantó las manos en señal defensiva. —Solo era una broma. No me saltes a la yugular, Maisy. Solo quería decirte que sé exactamente cómo te sientes.

¿Lo sabía él? No podía imaginármelo por nada del mundo. Hasta ahora, Crosby no había mostrado el más mínimo interés por lo que yo pudiera pensar o sentir. Siempre se había tratado de lo que ÉL quería y de lo que yo no le daba.

—Es bastante duro tener que renunciar a un sueño. —Crosby sonaba ahora casi compasivo.

Lo miré sorprendida. ¿Estaba empezando a conocer una faceta nueva de él?

—Pero no tiene por qué ser así —Crosby se inclinó hacia delante y puso su mano en mi antebrazo. El contacto me resultó desagradable —. Si te unes a mí, todo irá bien. De verdad. Te lo prometo. Podrás pintar todos los días y no tendrás que preocuparte por nada. Todo lo que tienes que hacer para eso... —hizo una pequeña pausa en este punto para asegurarse de que le prestaba atención—. Todo lo que tienes que hacer es ser un poco amable conmigo. —Volvió a enseñar los dientes—. Amable —repitió con un énfasis que no dejaba lugar a dudas sobre lo que quería decir. Me apretó el brazo con más fuerza.

Me estremecí de asco.

—Ni en broma —siseé, zafándome de la mano de Crosby. —No estoy en venta. Eres libre de pasarte por la galería cuando quieras y comprar mis cuadros si tantas ganas tienes de ayudarme como dices. —Levanté la barbilla y miré a Crosby con aire desafiante. Por dentro temblaba y lo que más deseaba era echar a correr.

Pero no iba a hacer eso ahora.

—Ya te gustaría a ti. —Crosby me miró con arrogancia. —Pero yo espero una contraprestación.

—Mis cuadros son una contraprestación. Trabajo por dinero. Lo normal. —Me asombré de mí misma por lo tranquila que se mantenía mi voz.

—Pero yo quiero que seas amable conmigo. —Crosby sonaba ahora como un niño pequeño. Luego entrecerró los ojos. —O eso, o nada.

—Entonces nada. —Me di la vuelta y dejé a Crosby allí plantado.

—¡Te arrepentirás de esto! —me gritó. —¡Ya verás lo que consigues con esa actitud!

Seguí caminando.

—¡El que ríe el último, ríe mejor! ¡Y ese seré yo! —gritaba Crosby cada vez más fuerte.

No volví a mirar atrás. Pero se me tensaron los hombros al oír la amenaza. ¿Insinuaba Crosby que acabaría inevitablemente en la quiebra sin su ayuda? ¿O se inventaría algún tipo de intriga o mentira para perjudicarme aún más?

Ante ese pensamiento sentí un ligero mareo. Aceleré el paso para llegar a la galería lo antes posible.

Sea lo que sea que Crosby esté planeando, no importa, Maisy. Ya estás en un aprieto y él no puede empeorar las cosas de lo que ya están.

Había llegado a *Maisy's Art*. Como cada día, giré la llave dos veces en la cerradura y abrí la anticuada puerta de la tienda con la barra de latón. Cerré la puerta tras de mí con cuidado. Me habría encantado volver a echar la llave. Así al menos no tendría que temer que Crosby me siguiera. Pero entonces tampoco entraría ningún cliente a la galería. No podía dejarme intimidar por Crosby.

Fui hacia la parte de atrás.

Primavera.

Verano.

Amaba mis cuadros, pero hoy me parecían una auténtica burla. Me recordaban cada día que seguía sin vender nada. Mi duro trabajo se estaba convirtiendo en mercancía estancada. Antes me habían profetizado que mis cuadros colgarían en un museo. Pronto podría montar un museo aquí. Un museo sin ningún visitante.

Detrás de mí, la puerta de la tienda se abrió de golpe.

Me di la vuelta sobresaltada.

Ahora venía Crosby. Tal como me había temido.

Pero entonces suspiré aliviada.

No era Crosby.

Reconocí a mi casero, el señor Sutton.

—Señorita James. —El señor Sutton se plantó ante mí con los brazos en jarras. —Debo decirle que...

—¡Miau! —Un maullido interrumpió al señor Sutton. Ambos miramos hacia la puerta. Justo detrás estaba sentado un gato atigrado de color naranja y blanco. Debía de haber entrado sin que se diera cuenta cuando el señor Sutton abrió la puerta.

—¡Miau! —El gato sonaba exactamente igual que el que se me había acercado sigilosamente en la calle hacía más de dos semanas. También se veía igual.

Pero no podía ser realmente el mismo gato.

¿O sí?

Había gatos a patadas en Nueva York. Y seguro que había muchísimos gatos atigrados naranjas y blancos que maullaban igual unos que otros. No, seguro que era otro gato. La otra vez ni siquiera me había encontrado al gato cerca de mi galería.

Y sin embargo...

¿Podía ser?

¿Me había seguido? ¿O podían los gatos seguir el rastro como un perro? No, nunca había oído hablar de nada parecido.

—¡Miau! —Sonaba realmente igual que hace dos semanas.

¿Le envié una sonrisa al gato?

—¿Tiene un gato aquí? —se indignó el señor Sutton. —Sabe perfectamente que eso está terminantemente prohibido. Aparece en el contrato de alquiler.

El gato se acercó a mí y se frotó contra mis piernas.

—Miau. —Obviamente, quería que lo cogiera en brazos. ¿O quizá tenía hambre? ¿Tenía siquiera a alguien que lo alimentara? Si realmente pertenecía al hombre sin hogar, seguro que no recibía mucha comida, sino que tendría que buscarse el sustento él mismo en los cubos de basura.

La cola del gato se enroscó agradablemente alrededor de mis piernas desnudas. Hoy llevaba un vestido primaveral en turquesa y

azul, y mis pies calzaban unas sandalias a juego.

De nuevo el gato se frotó contra mis piernas.

—No tengo ningún gato aquí —le expliqué al señor Sutton. —Este ha entrado por casualidad. Justo ahora con usted.

—Pero parece que la conoce a usted —señaló el señor Sutton al gato, que se acurrucaba plácidamente contra mí y parecía sentirse de lo más a gusto.

—¡Miau! ¡Miau! ¡Miau! —maulló el gato lastimeramente.

Me incliné y lo tomé en brazos. —Lo he visto algunas veces por la calle —le expliqué al señor Sutton. —No sé de quién es. Pero mío no. —Acomodé al gato en el hueco de mi codo y le acaricié el lomo. Se oyó un ronroneo de satisfacción. Sonreí.

—¡Esto ya es el colmo! Incumple el contrato de alquiler y encima se queda ahí parada y sonríe. ¡Y además de todo, ni siquiera ha pagado el alquiler! —El señor Sutton elevó la voz y se puso rojo al hablar.

¿No había pagado el alquiler?

Entonces me acordé con un sudor frío. Pagaba el alquiler mediante una transferencia automática que salía de mi cuenta. Sin embargo, me había quedado en descubierto para financiar el viaje a Boston. Y si la cuenta estaba en números rojos, las transferencias automáticas dejaban de pagarse.

El señor Sutton tenía razón. Le debía el alquiler del último mes.

—Escuche, lo siento, ha sido un error. Yo... —No pude continuar.

—¿Un error? Eso puede decirlo cualquiera —se indignó el señor Sutton. —No le creo ni una palabra. Se queda aquí sentada con sus cuadros y no vende nada. No tiene nada de dinero. Aquí todo se ve igual que en mi última visita, lo que significa que no ha vendido nada. Normal, quién iba a querer tener semejantes mamarrachadas colgadas en su casa.

Tragué saliva.

Mamarrachadas.

—Mis cuadros no son mamarrachadas —me defendí. —Me gradué en la Escuela de Bellas Artes y...

Una carcajada atronadora me interrumpió. —Escuela de Bellas Artes. —El señor Sutton se reía y no parecía poder parar. —Esa es buena. Como si un título universitario significara algo. Hay muchísima gente con carrera que no tiene ni un ápice de sentido común. Y que sepan hacer algo, eso no lo garantiza un título. —El señor Sutton siguió riendo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me habría encantado ordenarle al señor Sutton que dejara de reírse. Y más aún, me habría encantado echarlo de la tienda. Pero no podía hacerlo. Era mi casero.

El señor Sutton se frotó los ojos. Parecía secarse las lágrimas de la risa. —Así que con esas mamarrachadas no ganas dinero. —El señor Sutton volvió a ponerse serio rápidamente. —Y ahora me debes dinero a mí.

No dije nada. En ese aspecto, el señor Sutton tenía razón. Y lo peor de todo era que no tenía ni idea de cómo iba a pagar los atrasos del alquiler. Boston había sido un desastre. No tenía ingresos y realmente no podía endeudarme más con el banco.

—No me fío ni un pelo de usted. Y por eso exijo mi dinero AHORA MISMO. —El señor Sutton se plantó frente a mí y puso los puños en jarra. —De lo contrario, recibirá el aviso de desahucio.

Desahucio.

Tragué saliva.

—Pero no tengo dinero aquí —dije tímidamente.

—¡Me importa un bledo! Coja su móvil y me transfiere el dinero. Y lo hace ahora mismo. —El señor Sutton gritó. Me miró de forma amenazadora.

Retrocedí asustada.

El gato, que aún sostenía en mis brazos, se incorporó.

—Si no me da el dinero, la demandaré. Y le cargaré los gastos del abogado. —El señor Sutton dio un paso hacia mí.

Retrocedí.

Dio otro paso hacia mí.

Seguí retrocediendo.

—Si cree que puede escabullirse del asunto, está muy equivocada. No se me va a escapar. Se quedará aquí dentro hasta que hayamos encontrado una solución. —El señor Sutton sacudió el puño.

En ese momento, el gato saltó de mis brazos y aterrizó en plena cara del señor Sutton.

Él soltó un alarido. —¡Maldita bestia asquerosa!

El gato se aferró literalmente al señor Sutton y emitió unos sonidos que nunca antes le había oído a un gato. El señor Sutton intentó quitárselo de encima, pero el gato no se dejaba dominar.

—¡La voy a demandar! ¡La voy a demandar! ¡Me las pagará! ¡Me las pagarán! ¡Usted y su gato! —bramaba el señor Sutton una y otra vez.

El gato bufaba y bufaba.

Finalmente, el señor Sutton logró desclavar las garras de su cara. Tenía arañazos rojos en las mejillas.

Se me encogió el corazón.

¿Y si de verdad afirmaba que mi gato lo había herido?

—¿Qué está pasando aquí? —Una voz penetrante y acostumbrada a mandar llegó hasta mí. Con todo el estrépito, ni siquiera me había dado cuenta de que otro visitante había entrado en mi galería.

Al mirarlo, se me cortó la respiración.

Capítulo 12 Dixon

Maisy.

Frente a mí estaba Maisy.

No podía dar crédito a mis ojos.

¿Qué demonios hacía ella allí?

Ya te ocuparás de eso más tarde, Dixon. Aquí hay cosas más urgentes que atender. Primero tienes que enseñarle a este idiota lo que son los buenos modales.

En mitad de la galería se encontraba un hombre de mediana edad con arañazos en la cara. Acababa de proferir un grito estentóreo y solo se había callado al oír mis palabras. Vestía un traje que probablemente en su día había sido muy caro, pero que ahora le sentaba fatal y, además, necesitaba una tintorería con urgencia. A los zapatos del hombre tampoco les habría venido mal una limpieza a fondo. En ese momento se sujetaba la cara con gesto de dolor.

¿Quién narices era?

¿Y qué narices estaba pasando allí?

Me aclaré la garganta y formulé exactamente esa pregunta: —A ver, ¿qué es lo que pasa aquí?

—Esta mujer me debe todavía un mes de alquiler. Simplemente no ha pagado —señaló a Maisy con el dedo en tono acusador—. Y cuando le he exigido que cumpla con sus obligaciones, me ha echado a su gato encima.

Se me escapó una breve carcajada.

Pero es que la frase era demasiado cómica. Uno podía, tal vez, azuzar a un perro contra alguien. ¿Pero a un gato? No había oído algo así en mi vida.

—El gato ni siquiera es mío —Maisy me miró buscando ayuda—. Simplemente me siguió. Ya estuvo aquí hace unos días, cuando el vagabundo... —Maisy guardó silencio. Sus ojos azules se nublaron un poco.

¿Estaba pensando en el incidente con el vagabundo? ¿Todavía le afectaba tanto?

¿Y por qué te pones a pensar en eso, Dixon? Maisy te dio el plantón de forma despiadada. Ahora está aquí, en la galería que has comprado.

No hay dos sin tres.

Dichoso refrán.

Hacía dos semanas, un agente inmobiliario se había puesto en contacto conmigo y no había cejado en su empeño. Afirmaba tener el inmueble perfecto para un nuevo centro. Había enviado a uno de mis empleados a visitarlo y este me había confirmado la impresión positiva. Solo había un detalle: en la planta baja del edificio había una galería. Posiblemente habría que rescindir el contrato de la artista. Eso podía ser delicado. Por eso hoy me había desplazado yo mismo al lugar para hacerme una idea. Íbamos a comprar el edificio e instalar un gimnasio en las plantas superiores. Sin embargo, todavía no había decidido qué pasaría con la galería.

No obstante, el contrato de compraventa ya estaba sobre mi mesa. Solo tenía que firmar y el trato estaría cerrado.

Así pues, me encontraba en la galería que estaba alojada en mi edificio.

Junto con Maisy.

Maisy, que no había pagado el alquiler.

Un momento.

¿No había pagado el alquiler?

Eso significaba...

Eso significaba...

¿Que Maisy era la dueña de la galería? ¿Todo aquello era suyo?

Todos estos pensamientos me cruzaron la mente en una fracción de segundo mientras miraba los ojos azules de Maisy. Sus labios carnosos se curvaron ligeramente.

Y de repente, mi mente viajó de nuevo al pasado.

Estaba con Maisy en la habitación de un hotel y...

¿Cómo se me ocurrió dejarla plantada sin más? Nuestra discusión se podría haber resuelto con un par de palabras. En lugar de eso, orgulloso como soy, simplemente me di a la fuga.

Negué con la cabeza, decepcionado conmigo mismo.

¿Cómo había podido ser tan estúpido?

—¡Quiero mi dinero! —El casero me devolvió al presente.

Maisy abrió la boca. Luego la cerró. Y entonces dijo: —Pero es que ahora no tengo dinero.

—¿Lo ve? ¡No tiene dinero! ¡Esto es el colmo! Pero ahora tengo un testigo. De esta no se escapa tan fácilmente. —El casero hizo amago de avanzar más hacia Maisy. Evidentemente, se sentía respaldado en su posición por mi presencia—. ¡O me da mi dinero ahora mismo o la pongo de patitas en la calle!

—¡Alto! —troné. No iba a permitir que ese idiota tocara a Maisy. Ni que la asustara de ninguna otra forma—. Déjelo ya. ¡Aquí no se va a poner a nadie en la calle!

El casero me miró intimidado. Y, de hecho, retrocedió un paso.

Maisy también me miró. Con gratitud.

¿Qué pensaría de mí en ese momento? No lograba leer nada en su mirada y, sin embargo, habría dado cualquier cosa por asomarme a sus pensamientos.

Sin embargo, primero volví a dirigirme al casero: —Como usted sabe, este edificio está en venta. Estoy en proceso de adquirirlo todo. El trato quedará cerrado hoy mismo.

En realidad, había venido para echar un vistazo más de cerca.

Pero entonces vi a Maisy.

Y eso era todo lo que necesitaba ver.

Si compraba el edificio, no solo tendría una ubicación de primera para un gimnasio. También podría conocer mejor a Maisy y...

Y eso es exactamente lo que deseabas en secreto. Desde Boston no ha pasado un solo día en el que no hayas pensado en ella.

Ahora que Maisy estaba frente a mí, por fin podía admitirlo.

En aquel entonces había querido conocerla mejor.

Y ahora también quería conocerla mejor.

Y por eso, mi decisión sobre el futuro de la galería también se tomó en una fracción de segundo. Mantendría la galería y le permitiría a Maisy seguir vendiendo sus cuadros aquí. Seguro que llegaríamos a un acuerdo sobre cómo sería nuestra colaboración.

—¿Usted... Usted es el nuevo dueño? —El casero me miró de arriba abajo. Sacudió la cabeza con incredulidad.

Me podía imaginar por qué. Llevaba una chaqueta hecha a medida, sí. Pero la había combinado, como siempre, con vaqueros y zapatillas. Simplemente no me apetecía someterme a un código de vestimenta rígido. ¿Y por qué iba a hacerlo? Yo era mi propio jefe en todos los sentidos. Y ese casero llevaba el traje que peor sentaba que yo hubiera visto jamás. Sí, era un traje, pero parecía mucho más cutre que mi ropa.

—Yo soy el nuevo dueño.

Por el rabillo del ojo vi cómo Maisy me miraba boquiabierta. Seguramente no se esperaba esa noticia.

—Así que ya no puede poner a Maisy en la calle. A partir de mañana, todo esto será mío. —Clavé mi mirada amenazadora en el casero—. Usted lo sabía perfectamente, ¿verdad? Al fin y al cabo, también ha dado su consentimiento para la venta. —No recordaba todos los nombres que figuraban en el contrato, pero garantizado que el de este tipo también aparecía.

El tipo no respondió.

—¿Y bien? —pregunté. Estaba seguro de que el hombre solo había utilizado la amenaza del desahucio para asustar a Maisy. Sabía perfectamente que ya no podía hacerle nada.

—Bueno... es que temía no cobrar mi dinero de otra forma —balbuceó el hombre—. ¿Qué garantías tengo si dejo de ser el propietario? —Levantó las manos con impotencia.

—¿A cuánto asciende el pago pendiente? —quise saber.

El casero mencionó la suma.

Saqué mi tarjeta de visita. —Envíeme sus datos bancarios por correo electrónico. Yo me encargo. Y ahora, lárguese de aquí.

El casero miró la tarjeta con ojos incrédulos. —¿Dixon Lee? ¿Usted es el dueño de todos esos gimnasios?

—Sí. Y ahí está la puerta. —Agarré al hombre por los hombros, le di la vuelta y le propiné un empujón. Tenía que marcharse, porque desprendía mala energía. Y, además, quería estar a solas con Maisy.

El casero seguía mirando mi tarjeta mientras sacudía la cabeza. Salió de la galería tropezando y sin rechistar.

Y ahora, Maisy y yo estábamos realmente solos.

De pronto, el aire que nos rodeaba pareció cambiar.

Era como si todo a mi alrededor vibrara y zumbase.

Sentí calor al girarme de nuevo y encontrarme con los ojos azules de Maisy. Hoy llevaba su larga melena rubia recogida en un moño, y le sentaba tan bien como el vestido en tonos turquesa y azul. Combinaba perfectamente con el color de sus ojos. En el aire flotaba un ligero aroma a naranjas.

—Gracias. —Los labios carnosos de Maisy volvieron a curvarse. Intentó decir algo más, pero cerró la boca. Parecía no saber qué decir.

Dixon. Es de lo más normal. No te esperaba. No creía que volvería a verte jamás.

Y para ser sincero, yo también lo creía. No esperaba encontrarme con Maisy por tercera vez. Aunque desde Boston no había pasado ni un día sin que pensara en ella.

Ahora podía admitírmelo.

No había querido pensar en ella.

Y, sin embargo, mis pensamientos siempre volvían a ella. Y a mi comportamiento. No pretendía nada malo cuando le hablé a Gavin entusiasmado de la noche con Maisy. Simplemente estaba abrumado. Cuando Maisy me pidió explicaciones, me sentí dolido. Pero después de reflexionar mucho, me di cuenta de que mi conversación telefónica podía no haberle sentado muy bien.

Entonces di un paso hacia ella. Le cogí la mano. En realidad no tenía planeado tocarla, pero el gesto surgió de forma natural. —Lo siento —dije—. Fue un error garrafal contarle a mi mejor amigo lo nuestro. No debí hacerlo. Es que... simplemente estaba totalmente abrumado por todo..., por ti. Y luego... luego me puse un poco sarcástico porque no quería admitir ante mí mismo que... que estaba colado por ti. —A medida que hablaba, sentía más y más calor. Maldita sea, no era nada fácil encontrar las palabras adecuadas.

Nunca le había dicho algo así a nadie.

No había habido motivo para ello.

Pero ahora sí que lo tenía.

Se llamaba Maisy.

Ring-ring.

La campana de la tienda detrás de mí me hizo darme la vuelta.

—¡Pero esto ya es el colmo! —Una voz chillona que me resultaba familiar resonó por toda la tienda.

Mi prima Pandora.

¿Qué hacía ella allí?

—Te estoy suplicando que me compres mis cuadros y tú estás aquí de la manita con esa. —Al decir «esa», Pandora extendió el dedo índice, señalando a Maisy.

—Seguro que te le has insinuado para que compre tus mamarrachadas. —Entonces mi prima arremetió contra Maisy.

¿Pero qué estaba pasando allí?

Ya era hora de que le demostrara a Pandora de una vez por todas que ella no tenía nada que decirme. Absolutamente nada. Rodeé la cintura de Maisy con un brazo y la atraje hacia mí. —Ella no se me ha insinuado. No ha hecho falta. Hace mucho tiempo que me entusiasman sus cuadros y cuando por fin conocí a Maisy, fue... fue un flechazo absoluto. —Me volví hacia Maisy y le sonreí. Su rostro estaba tan cerca del mío como aquella vez en Boston, cuando casi se tropieza en su habitación de hotel.

Y, al igual que entonces, la besé en ese momento. Mis labios se posaron suavemente sobre los suyos. Al principio revolotearon casi sin peso, como una pluma sobre la boca de Maisy. Luego el beso se volvió un poco más intenso. Con mi lengua recorrí el contorno de los labios de Maisy y luego acaricié lentamente la comisura entre el labio inferior y el superior. Maisy soltó un leve suspiro. Y, como ya ocurrió en Boston, ese sonido me volvió loco. Maisy abrió los labios muy ligeramente. Y entonces presioné los míos contra los suyos y estreché su cuerpo con mis brazos. Maisy se acurrucó contra mí. Nuestras lenguas se encontraron y comenzaron una danza salvaje.

Dios, qué bien se sentía.

Era exactamente la sensación en la que había estado pensando todo este tiempo. Había querido olvidarla, pero simplemente no había podido.

Maisy volvió a suspirar.

—Esto sí que ya es el colmo. —Un chillido fuerte hizo que nos separáramos—. ¡Solo falta que os pongáis a follar ahora mismo en mitad de la galería! —Mi prima estaba frente a nosotros, hecha una furia. Su nariz afilada parecía aún más puntiaguda de lo habitual y su melena rizada hoy parecía totalmente indomable.

Sexo en la galería.

Por un instante me cruzó el pensamiento de que esa era la primera buena idea que Pandora había tenido en su vida.

Sonreí. Y entonces dije exactamente eso: —¿Y por qué no? A veces tienes ideas francamente buenas.

Pandora resopló de rabia y salió disparada de allí.

—¿La conoces? —Maisy se dirigió ahora a mí.

Hice un gesto de desdén. —Es una larga historia. Te la contaré en otro momento. —Se me ocurrió una idea—. ¿Qué te parece esta noche? Podríamos hablar de nuestra colaboración mientras cenamos algo rico. —Le puse a Maisy una tarjeta de visita en la mano—. Aquí tienes mi dirección.

Maisy me miró. Sus ojos azules brillaban. Y entonces, sin previo aviso, se ensombrecieron. ¿Había pasado algo?

Miré el reloj. En media hora tenía mi próxima cita. De todas formas, ya iba a llegar tarde.

Maisy seguía sin responder.

Parecía pensativa.

—Tengo que irme —dije—. Una cita urgente. ¿Y bien?

—Te llamo y te digo algo —respondió Maisy finalmente.

Asentí.

Por fuera no dejé traslucir nada. Pero por dentro mi estado era muy distinto.

¿Por qué simplemente no decía que sí?

Capítulo 13 Maisy

Me quedé mirando a Dixon mientras se marchaba de *Maisy's Art*. Incluso cuando su atlética espalda ya se había perdido de vista hacía rato, seguí mirando en su dirección. Me quedé allí plantada, mirando y mirando. Luego me di un pellizco en el brazo.

Todo seguía igual. Así que, obviamente, no lo había soñado. Estaba aquí, en mi galería, en un precioso día de principios de verano, y acababa de recibir la oferta más increíble de mi vida.

¿Oferta?

¿O era una invitación?

Si al menos lo supiera. Sin embargo, no tenía ni idea, y por eso precisamente había dudado en aceptar la invitación de Dixon de inmediato. Todo en mi interior me pedía a gritos que dijera que sí. Me habría encantado pedirle a Dixon en ese mismo instante el lugar y la hora para nuestro encuentro. Y entonces, probablemente, habría pasado los minutos contando cuánto faltaba para la cita.

Como una adolescente enamorada.

Y por eso mismo le había pedido tiempo para pensármelo.

Aquel beso de antes… ¿había sido solo una casualidad? ¿Acaso Dixon solo quería demostrárselo a Pandora? ¿De qué la conocía? Me moría de curiosidad por conocer la historia y solo por eso quería ir sin falta al encuentro con Dixon.

Pero solo si podía estar segura de que no me romperían el corazón. En realidad, preferiría conocer la historia ANTES de tomar una decisión.

Dixon era atractivo, sexy y, por lo visto, también muy rico. ¿Quién si no iba a comprar así como así un edificio en medio de Nueva York?

Podía tener a cualquier mujer.

Y probablemente ya las había tenido a todas.

Incluyéndome a mí.

Al pensar en eso, se me encendieron las mejillas. Una oleada de excitación me recorrió todo el cuerpo. Me obligué a pensar en otra cosa. En la próxima declaración de la renta. En el gestor de mi banco. En mi cuenta en números rojos.

Pero no sirvió de nada. Dixon no se me iba de la cabeza.

Y quizá él me estaba ofreciendo la solución perfecta para mi cuenta al descubierto. Al fin y al cabo, Dixon había hablado de una colaboración.

¿Y si solo era un pretexto?

¿Y si solo quería verse conmigo para repetir la noche de Boston?

Podría haberlo dicho, Maisy.

Suspiré.

Sonó el timbre de la puerta.

Levanté la vista. Por un momento creí que Dixon había vuelto. Que se había olvidado algo importante. Que no podía esperar a oír mi respuesta. Que me deseaba.

—Maisy, ¿cómo estás? ¿Te pillo en mal momento? Jaylene estaba frente a mí.

Me sentí como una soberana idiota.

Claro que no va a volver, Maisy. Está esperando tu respuesta. Y si dices que no, pues se buscará a otra. Puede tener a la que quiera. Y esto no es un cuento de hadas, sino el Nueva York del siglo XXI. Ningún hombre va detrás de una mujer que le ha dado calabazas. Lo acepta y sigue adelante. Las calles están llenas de solteros.

—¿Maisy?— Jaylene estaba justo delante de mí. Me dio un toquecito en la nariz con el dedo. —Tierra llamando a Maisy, tierra llamando a Maisy. ¿Dónde tienes la cabeza? Cualquiera diría que acabas de ver a un príncipe en un corcel blanco.

—Algo parecido —murmuré.

—¿Cómo? Jaylene no podría haber sonado más asombrada.

Me armé de valor. Hoy ya no iba a trabajar más. Después de ese beso, era incapaz de concentrarme.

—¿Te apetece tomar algo en la cafetería de la esquina? —le pregunté a Jaylene—. ¿Y tienes tiempo? —añadí—. Al fin y al cabo, Jaylene también tenía que trabajar.

Mi mejor amiga miró el reloj. —Puedo sacar un hueco —respondió—. Hoy no tengo clientes hasta por la tarde.

—Cierro por hoy —anuncié. Luego cogí mi llave y busqué al gato con la mirada.

—¿Qué buscas?— preguntó Jaylene.

—Ha entrado un gato atigrado naranja y blanco. No quiero dejarlo encerrado aquí. Ni siquiera es mío, no sé de dónde ha salido. Pero ya es la segunda vez que lo veo —. Para entonces estaba segura de que se trataba del mismo gato de hacía dos semanas. También en aquella ocasión me había metido en líos por culpa del gato y también entonces Dixon me había ayudado.

—¿Ah, el gato? Se ha escapado por la puerta justo cuando yo entraba. No sabía que fuera importante para ti. Si no, lo habría retenido, claro —se disculpó Jaylene.

—No pasa nada —le resté importancia. Pero en mi interior se instaló una ligera decepción. Me habría encantado saber más sobre el gato.

—¿Pones esa cara por él?— quiso saber Jaylene.

—No —negué con la cabeza—. Ven —dije entonces—. Te lo cuento tomando un café.

Casi media hora después, Jaylene y yo estábamos sentadas en la acogedora cafetería de la esquina. Jaylene tenía ante ella un capuchino con espuma, y yo una infusión de hierbas humeante que, según la descripción, servía para aumentar la capacidad de decisión. Justo lo que necesitaba ahora.

—Verás, cuando estuve en Boston… —titubeé un poco. Luego me decidí—. Conocí a un hombre y… y hoy lo he vuelto a ver.

Genial, Maisy. Has omitido lo más importante. Que ya has pasado una noche con Dixon. Y que os peleasteis. Y que hoy se ha disculpado.

—¿Y eso no es bueno? ¿Haberle vuelto a ver? Jaylene sopló su capuchino y tomó un sorbo con cuidado de la bebida caliente.

Venga ya, Maisy. Cuéntaselo todo. Es tu mejor amiga. Si no puedes confiar en ella, ¿en quién?

Y así se lo conté. Lo del gato y el vagabundo, y cómo Dixon me había ayudado en nuestro primer encuentro. Lo que había pasado en Boston y cómo me había vuelto a echar una mano.

—¿Qué?— Jaylene soltó un grito de indignación. —¿Aquel empleado del hotel se atrevió a hacer eso? ¿Quién se cree que es? ¡Espero que pusieras una reclamación y al menos te devolvieran parte del dinero! —

—Bueno…— Volví a titubear. No me había quejado. Con la noche con Dixon, se me había olvidado todo lo demás.

Jaylene me leyó la respuesta en la cara. —Así nunca llegarás a nada, Maisy James. ¡Tienes que reclamar tus derechos y, si te han tratado injustamente, tienes que decirlo alto y claro!— A Jaylene le brillaban los ojos. —Si no, todo el mundo te tratará como a un felpudo. Te pisotearán.—

—Ya…—, respondí vacilante. Para Jaylene era fácil hablar. Ella no había estado allí. Ella no había sido arrastrada por un empleado de hotel por todo el pasillo.

—¿Y qué pasó después?— exigió saber Jaylene.

—Entonces apareció ese hombre de repente de nuevo —empecé y seguí contando cómo Dixon me había salvado, cómo acabamos en mi habitación y cómo una cosa llevó a la otra.

Jaylene se quedó boquiabierta. —De eso no me habías dicho nada.— Me miró con un aire ligeramente reprochador. —Pensé que éramos amigas.—

—Y lo somos.— Puse una mano sobre el brazo de Jaylene. —Quería decírtelo. Pero me daba tanta vergüenza. A la mañana siguiente nos peleamos y luego solo quería olvidarlo todo.— Continué mi relato.

Al final, Jaylene asintió. —Lo entiendo. Probablemente yo en tu lugar tampoco habría querido volver a saber de aquel asunto. Ni de ese hombre.—

Yo también asentí. Que me hubiera encantado volver a saber de Dixon lo oculté, igual que el hecho de que había pensado en él todos los días. Eso ya era demasiado. En el fondo de mi alma todavía me avergonzaba de ello.

No quería ser una de esas mujeres que soñaban en secreto con un hombre y andaban detrás de él.

—¿Y qué quería hoy? ¿Y cómo te ha encontrado?— Jaylene casi reventaba de curiosidad. —No me tengas más en ascuas, Maisy.—

—Fue pura casualidad.— Me encogí de hombros. —Igual que nuestros otros encuentros. Ha comprado el edificio donde está la galería.—

—¿Que ha comprado qué?— Jaylene me miró con la boca abierta. —¿Sin preguntarte?—

—Para comprar el edificio no tiene que preguntarme. Y seguramente todo el trato se hizo a través de Guy, mi agente. Al fin y al cabo, también es agente inmobiliario.— Guy ni siquiera se había molestado en informarme.

—¡No deberías permitirlo!— Jaylene dio un golpe en la mesa, indignada. —Como te he dicho antes: ¡no puedes dejar que otros te pisoteen así como así! ¡Si no, harán contigo lo que quieran! Y al final tú serás la tonta que se queda con las manos vacías.—

—Yo… bueno, en realidad no creo que sea malo para mí. De todos modos ya no tengo dinero. Tarde o temprano habría tenido que cerrar la galería.— Levanté las manos con impotencia.

Jaylene dejó la taza de café con un tintineo sobre el plato. —Tampoco me habías dicho que la cosa estuviera tan mal. Al menos no tan directamente. ¿Pensé que lo de Boston habría servido de algo?—

—No sirvió de nada—, murmuré. —Y probablemente ni yo misma quería reconocer que la situación era tan mala.— Tomé un sorbo de té. Luego añadí: —Y ahora Dixon me ha invitado para hablar de no sé qué conmigo. De la futura colaboración. Pero por la forma en que me miraba… Y antes me ha besado.—

—¿Qué ha pasado exactamente? Solo me entero de la mitad.— Jaylene se frotó ligeramente la nariz.

Le conté la oferta de Dixon. Lo de Pandora. Y el beso.

—Es que no sé qué hacer.— Miré desesperada a mi amiga. —Quiero decir, no puedo… colaborar con él después de todo esto.—

Jaylene soltó una carcajada. —Venga ya, Maisy. ¿Por qué no? ¿Qué te crees que pasa en las empresas de todo el mundo durante el día? Mis clientas me cuentan cosas así constantemente. El jefe tiene algo con una empleada. Con su secretaria. Un colega se acuesta con una colega.— Jaylene se encogió de hombros. —Esas cosas pasan.— Luego volvió a reírse, con ganas. —Tú simplemente has acabado en la cama con tu jefe antes de tiempo. O con tu casero. Como prefieras llamarlo. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso de malo? ¿O es que no fue bueno?— Mi amiga me guiñó un ojo.

Me puse roja. —Sí que lo fue—, murmuré.

—Si él es majo, entonces no hay ningún problema. Ya se verá. Lo que pasa es que tú quieres controlarlo todo de nuevo y preferirías dejarlo todo atado de antemano. Pero eso no se puede. En nada.— Jaylene tomó otro sorbo de su taza. —Tienes que ir y descubrir qué pasa. Qué hay con esa Pandora, qué siente él por ti. Si es un buen hombre.—

—Bueno, lo que se dice bueno…— Apoyé la cabeza en las manos. —No se trata de eso. Es que no sé qué quiere de mí. Habla de colaboración y mientras me mira de esa forma y me besa y…— No seguí hablando.

—Yo le diré qué quiere de usted, jovencita —. Levanté la vista. Una mujer mayor estaba junto a nuestra mesa. Llevaba un vestido oscuro, un sombrero oscuro y ahora levantaba su dedo índice huesudo en tono de advertencia—. Conozco a ese tipo de hombres. Siempre quieren lo mismo. Y cuando ya han tenido suficiente, se largan.

Miré a la mujer con incredulidad. Bajo el sombrero oscuro asomaba un pelo desgreñado. Ahora contrajo su rostro lleno de arrugas y dijo: —Ni se le ocurra. No es trigo limpio.—

—¿Y usted cómo lo sabe?— Jaylene se levantó enfurecida. —Si ni siquiera le conoce.—

La mujer soltó una carcajada cacareante. —No me hace falta. Si conoces a uno, los conoces a todos.—

—¿Y a usted qué le importa? No es asunto suyo. ¡Nos estaba escuchando!— Jaylene se cruzó de brazos con rabia.

Su valor me dio ánimos a mí. Me puse en pie. —Déjeme en paz. Soy adulta y puedo tomar mis propias decisiones.— De repente me sentí fuerte. Más fuerte que nunca.

Jaylene asintió con aprobación. Luego dijo: —Vámonos, Maisy. Ya hemos pagado.—

Cogí mi bolso y seguí a Jaylene hacia fuera.

—Qué vieja más cotilla—, se quejó mi amiga en cuanto salimos. —¿Quién se cree que es?—

—Seguramente lo decía con buena intención.— De repente me arrepentí de haberle contestado así a la mujer.

Jaylene me miró como si me hubiera vuelto loca. —Da igual con qué intención lo dijera, no tenía ningún derecho a darte lecciones así. Es tu decisión. Yo te daré mi opinión encantada si me la pides. Pero eso es todo. La decisión es tuya.—

—¿Y cuál es tu opinión?— quise saber.

—Deberías decir que sí. Déjate llevar por su juego. Sí, no sabes exactamente qué quiere de ti. Pero siempre es así al principio.— Jaylene asintió con energía.

—¿A qué te refieres?— pregunté.

—Bueno, cuando conoces a alguien, nunca sabes si saldrá algo serio o no. Claro que todo el mundo quiere eso. O digamos que muchos. Y puede pasar. O puede que no. Eso solo se ve con el tiempo.— Jaylene se encogió de hombros. —E incluso así… muchos se separan al cabo de unos meses.—

Las palabras de Jaylene no me hacían ninguna gracia. Mi amiga tenía razón. A mí me habría encantado controlarlo todo. Asegurarlo. Conocer el resultado antes de arriesgarme.

Suspiré.

Jaylene me dio un codazo en el costado. —Pones una cara como si se fuera a acabar el mundo, y eso que has recibido una oferta

estupenda.—

—Sí—, murmuré.

Jaylene sonrió. —Quizá esto te anime. En realidad era por lo que venía a verte.— Mi amiga rebuscó en su bolso y sacó una hoja de papel que me puso en la mano. —¡Lee!— me exigió.

Leí.

Y no entendía nada. —¿Qué… qué es esto?—

—Me han tocado. Dos entradas. ¡Para Moulin Rouge! El musical. ¡En Broadway!— Jaylene radiaba alegría. —¡Te llevo a ti, por supuesto! ¿A quién si no?—

—¿Te… te han tocado?— tartamudeé. Estudié de nuevo el impreso. Allí estaba, blanco sobre negro. Dos entradas para el exitoso espectáculo de Broadway que llevaba tiempo en cartel y, aun así, agotaba las localidades casi todas las noches.

Dos entradas VIP.

—Vaya, eso es… no sé ni qué decir—, balbuceé.

—No hace falta que digas nada.— Jaylene me dio un abrazo breve y cariñoso. —Limítate a aceptar lo que te da la vida. Da igual si son dos entradas para un musical o una oferta para una… colaboración comercial con opción a algo más.—

Me quedé pensando.

—¡Miau!— se oyó entonces con tono insistente a mis pies.

Miré al suelo. Justo delante de mí estaba sentado el gato atigrado naranja y blanco, maullando con fuerza.

—¿Ves? ¡Él me da la razón!— Jaylene me miró triunfante.

—Bueno, pues entonces…— Ya no encontraba ninguna razón para no aceptar la oferta. Realmente ninguna.

—Ya verás como todo saldrá bien. Hasta ahora, lo de la galería no ha ido como esperabas. Pero ahora todo va a mejorar. Van a ser los mejores meses de tu vida. Será mejor de lo que puedas imaginar.—

Jaylene me sonrió con tanta franqueza que no pude evitar sonreír yo también.

Quizá tuviera razón.

Capítulo 14 Maisy

La Central Park Tower.

Vaya.

Cuando Dixon me dio su tarjeta de visita, no presté atención a la dirección. En la cafetería tampoco la saqué. Jaylene no me preguntó dónde vivía Dixon. ¿Por qué iba a hacerlo? No tenía mayor importancia.

Y, sin embargo, la tenía.

Eché la cabeza hacia atrás y contemplé el rascacielos. La dirección más nueva, exclusiva y mejor de Nueva York.

Aquí vivía Dixon.

A estas alturas ya me había dado cuenta de que no era precisamente pobre. Pero que fuera TAN rico, eso no me lo había imaginado. Dixon debía de pertenecer a los neoyorquinos más

adinerados. A la élite de la élite. La gente normal no podía permitirse un apartamento en la Central Park Tower. O, para el caso, ningún apartamento. Pensé en mi estudio amueblado de una sola habitación y volví a mirar la tarjeta de visita.

Y entonces vi lo que hasta ahora me había pasado desapercibido.

Al lado de la dirección ponía algo más.

Penthouse.

Dixon vivía en el ático de la Central Park Tower.

No solo era rico. Era inmensamente rico.

¿Demasiado rico para mí?

Hasta ahora había pensado que tenía delante a un hombre normal y corriente. Sí, ganaba más que yo, pero eso probablemente se aplicaba a casi cualquier hombre en Nueva York en este momento. Incluso alguien que hiciera hamburguesas o repartiera pizzas probablemente ganaba más que yo.

No solo probablemente, Maisy. Un repartidor de pizzas gana más que tú. Ni siquiera tienes ingresos suficientes para cubrir tus gastos.

En el fondo, no tenía otra opción que aceptar la oferta de Dixon.

¿Por qué vuelves a darle vueltas, Maisy? Si ya has decidido. Lo has hablado todo con Jaylene. Una vez. Y dos. Tu mejor amiga te ha escuchado con paciencia y te ha dado su opinión. ¿Por qué vacilas ahora?

Inhalé profundamente.

Vacilaba por mis sentimientos. Porque me invadía una calidez inmensa cada vez que pensaba en Dixon. Porque me sentía distinta a lo habitual cuando me miraba con sus ojos oscuros. Nunca había tenido una sensación así. Me hacía sentir como si fuera la mujer más especial sobre la faz de la tierra. Me sentía más alta, mejor y más fuerte sabiendo que Dixon me apoyaba. Pero…

Pero todo eso está en tu cabeza, Maisy. Te lo estás imaginando. Sí, Dixon te apoya, o al menos lo ha hecho hasta ahora. Pero eso no significa que haya nada más detrás… que de verdad signifique algo para él. O que realmente crea que eres alguien especial.

Y, sin embargo…

Dixon me había pedido perdón.

Aunque quizá lo hacía siempre. Quizá simplemente era una persona educada. Eso seguía sin significar que yo le importara.

Si entraba ahora en este edificio y descubría en unas semanas que no significo nada para Dixon…

Entonces…

Entonces preferiría darme la vuelta ahora mismo y hacer otra cosa.

¿Y qué piensas hacer, Maisy?

Me buscaría un trabajo. Al fin y al cabo, cualquier parrillero de hamburguesas o repartidor de pizzas ganaba más que yo. Yo

también podía hacer ese trabajo. No me haría rica con ello, pero podría mantenerme a flote hasta encontrar otra solución a mis problemas. O podría preguntar en otras galerías de la ciudad si tenían trabajo para mí. Quizá necesitaran una vendedora que entendiera de arte.

Al pensar que tendría que vender los cuadros de otros en lugar de los míos, tragué saliva. Tendría que inventar historias para cuadros con los que no tendría ningún vínculo. Tendría que elogiar el arte de otros que no eran mejores que yo. A menudo, incluso peores. Solo habían tenido más suerte. Tendría que fingir que me gustaban cosas que en realidad no me decían nada. Tendría que fingir.

Ya no podría ser yo misma.

Se me hizo un nudo desagradable en el estómago.

Tendría que renunciar a mi sueño.

A todo lo que siempre había deseado. A todo lo que siempre había imaginado para mi vida.

Y sabía que no habría un segundo intento. Para el primero, la galería, había empleado todas mis fuerzas y mi energía. Y todo mi dinero. Incluso me había endeudado profundamente para conseguirlo.

Y tendría que pagar esas deudas, pasara lo que pasara con *Maisy's Art*. Si decidía no colaborar con Dixon, recibiría una suma ridícula. Con suerte, obtendría una cantidad que ni de lejos cubriría mis inversiones.

Y mi sueño se habría acabado.

¿Qué clase de vida sería esa?

La respuesta surgió rápidamente en mi interior.

No era una vida que quisiera vivir.

Siempre me había imaginado sentada frente a un caballete, plasmando mis impresiones y sentimientos sobre el lienzo. Nunca había querido hacer otra cosa en mi vida.

Dixon me ofrecía la oportunidad de seguir pintando. Quería colaborar conmigo. Lo había dicho exactamente así. ¿Y yo vacilaba porque temía que me rompiera el corazón? ¿Porque no estaba segura de si un hombre sentía algo por mí? ¿Porque temía no poder salir de este juego?

Negué con la cabeza, reprochándome mi actitud.

Todo aquello eran tonterías. Jaylene tenía toda la razón, aunque no le hubiera revelado del todo mis sentimientos por Dixon. Pero tenía razón. Solo descubriría si Dixon sentía algo por mí si trabajaba con él. No sabía si acabaría con el corazón roto. Pero eso nunca se sabe, independientemente de quién te enamores hoy o mañana. Y si todo salía mal, ¿acaso no sería libre de marcharme en cualquier momento? Como en cualquier otro lugar.

Volví a negar con la cabeza.

Luego me armé de valor y me dirigí con paso firme hacia la entrada de la Central Park Tower.

Para vivir los sueños de una, no hay que dejar piedra por remover. Sabía que si no entraba ahora, me pasaría la vida preguntándome

qué habría pasado de haberlo hecho. Me lo preguntaría mañana. Pasado mañana. La semana que viene. El mes que viene. El año que viene. Y probablemente, incluso de anciana, recordaría que mi vida podría haber tomado un rumbo totalmente distinto.

Quería vivir del arte.

Y también quería conocer a Dixon.

Así eran las cosas.

Casi había llegado a la entrada de la Central Park Tower.

No dejaría que nada me detuviera.

Si lo de Dixon no funcionaba, al menos habría vivido una aventura agradable. Muchas mujeres de mi edad que no tenían novio hacían exactamente eso todos los días. Simplemente se divertían un poco. No había razón para que yo no hiciera lo mismo.

Además, no tenía por qué tener un acercamiento íntimo con Dixon esta misma noche.

Sonreí.

Esta noche iría al musical con Jaylene.

Entonces me decidí.

No quería retrasar más mi respuesta afirmativa.

En ese instante, sonó mi móvil.

Me detuve.

¿Quién podía ser?

¿Jaylene?

No esperaba ninguna llamada. Rara vez me llamaba alguien. Mi número estaba impreso en las tarjetas de visita y los folletos que había en la galería. Y en algunos otros lugares, como la cafetería donde acababa de estar con Jaylene. Pero casi nadie se llevaba esas tarjetas y folletos. Y mucho menos me contactaba alguien para pedir más información o visitar la galería.

Me llamaban algunos amigos. Mi dentista, para recordarme una cita. Ese tipo de gente.

Saqué el smartphone del bolso. La pantalla mostraba un número fijo de Nueva York que me resultaba totalmente desconocido. No lo había visto nunca.

¿Sería por un casual Dixon, que quería saber qué había decidido?

Tenía intención de llamarlo. Pero luego pensé que me vendría bien dar un pequeño paseo y decidí simplemente pasar por su casa.

Quizá Dixon se había impacientado.

Al pensarlo, el corazón me dio un vuelco.

—Diga, soy Maisy James.

—Señorita James —dijo una voz desagradablemente ronca—. Soy Roy MacDonald. Su gestor bancario.

Mi gestor bancario. Mi corazón volvió a latir con normalidad al instante. No era Dixon quien me llamaba.

¿Cómo has podido tener una idea tan absurda, Maisy?

—Es sobre su cuenta. Y su solicitud de hace unas semanas. —El señor MacDonald se aclaró la garganta—. No podemos concederle más crédito. —Ahora su voz sonaba aún más carrasposa que antes. El carraspeo lo había empeorado todo.

—Yo…, ah, sí… —Casi había olvidado que hace semanas había solicitado otro préstamo. Las pinturas y el material de trabajo eran cada vez más caros y aún no había vendido nada. De algún lado tenía que sacar el dinero que me faltaba para poder seguir pintando. Así que presenté una solicitud, aunque ya entonces no tenía muchas esperanzas de que el banco me diera el dinero.

—Hemos comprobado que tiene la cuenta al descubierto. —La voz del señor MacDonald sonaba severa ahora—. Solicitó un crédito y luego, en lugar de esperar simplemente a su tramitación y a nuestra decisión, ha dejado la cuenta al descubierto por su cuenta y riesgo.

—Yo… —No sabía qué decir. Cuando decidí volar a Boston y dejé la cuenta en números rojos, ni siquiera me acordaba de mi otra solicitud de crédito.

¿Pero me creería el señor MacDonald si se lo contaba?

Probablemente no.

A mí misma me sonaba de lo más increíble.

Pero era la verdad.

—¿Cuándo podrá liquidar el descubierto de su cuenta? —El señor MacDonald dejó claro que no habría otra alternativa.

—Yo… —empecé, y luego me detuve. No tenía ni idea. ¿Pero difícilmente podría decirle eso al señor MacDonald, verdad?

—No espere obtener un crédito con intereses favorables para saldar con él su descubierto, por el que debe pagar intereses más altos. No es usted la primera que intenta aplicar este truco. —El señor MacDonald sonaba aún más severo que antes. Se aclaró la garganta.

¿Truco?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza esa idea.

Pero entendía a qué se refería el señor MacDonald.

Me di la vuelta y miré hacia la Central Park Tower. Allí dentro estaba Dixon. En él residían todas mis esperanzas. Pensé en cómo me había apoyado hasta ahora. Eso me dio fuerzas.

Ahora fui yo quien se aclaró la garganta. —Tengo una cita importante ahora mismo, señor MacDonald. Por eso no puedo seguir hablando con usted. Le devolveré la llamada en los próximos días y le propondré una solución. Si todo va bien en la cita, mi cuenta ya estará saldada de todas formas.

Cuando las palabras salieron de mi boca, me asombré de mí misma. No sabía que fuera capaz de hablar así.

Nunca lo había hecho hasta ahora.

Debió de ser pensar en Dixon.

—Si… si usted lo dice —tartamudeó el señor MacDonald. Estaba visiblemente sorprendido por mi nueva faceta.

—Lo digo —repliqué con firmeza y colgué.

Luego respiré profundamente.

Una sensación de triunfo nunca antes conocida me recorrió el cuerpo.

Ahora estaba lista.

Para lo que fuera.

Me dirigí a la entrada de la Central Park Tower.

Pero en ese momento volví a sentirme insegura.

No por Dixon. Mi decisión estaba tomada.

Pero… esto era la Central Park Tower.

Yo simplemente no encajaba aquí. Aquí todo era caro, lo mío era todo lo más barato posible. Aquí todo era elegante. Me miré de

arriba abajo. Esta mañana todavía me gustaba mi vestido. Ahora parecía sencillo y casi un poco… fuera de lugar. Parecía más una turista que quería admirar el edificio que una neoyorquina que venía a visitar a alguien. Miré a mi alrededor con duda.

¿Había sido realmente una buena idea venir aquí?

En ese momento, un hombre casi me atropella.

—¡Vaya! —dijo, sujetándome.

Reconocí el olor antes de ver al hombre.

Dixon.

Era Dixon.

Ya las dos últimas veces había olido ese perfume con una nota de sándalo y coco. Y por debajo, el olor corporal del propio Dixon. También lo conocía. Al pensarlo, me puse roja.

Sí, sabía cómo olía Dixon.

—¡Maisy! —Dixon me había reconocido—. ¿Qué haces aquí? —preguntó.

Me ruboricé. Dixon debía de pensar que lo estaba persiguiendo. Entonces fui consciente de sus palabras. Había preguntado qué hacía yo aquí.

Qué hacía yo aquí.

¿Es que ya había olvidado que me había hecho una oferta?

Me puse aún más roja.

—Ya me preguntaba cuándo te pondrías en contacto —dijo Dixon entonces.

Respiré aliviada. —Yo… pensé en pasarme personalmente y darte mi respuesta —confesé. Me habría gustado bajar la mirada al suelo, pero los ojos oscuros de Dixon me mantenían cautiva, como cada vez que lo veía.

Dixon asintió. —¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué? —Miré a Dixon confundida.

—¿Cuál es tu respuesta? —quiso saber Dixon.

—Ah, ya. —Dios, Dixon debía de pensar que era corta de entendederas—. Yo… pues, acepto.

Qué rígido había sonado aquello.

—Me encantará participar —añadí a toda prisa, para compensar mi falta de entusiasmo aparente.

Dixon me sonrió. Sonrió de verdad. Rara vez había visto a un hombre sonreír así. Con una mueca o una carcajada, sí. ¿Pero sonreír? Esta era la primera vez.

—Bien —replicó Dixon—. Ahora tendrás que disculparme, tengo una cita realmente urgente y tengo que irme.

Asentí decepcionada.

¿Qué pensabas, Maisy? ¿Que Dixon se pasa el día sentado en su apartamento pensando en cuándo te dignarás a aparecer? No seas cría.

—Me pondré en contacto contigo —anunció Dixon—. Pronto —añadió, y volvió a sonreír. Luego se despidió con la mano y se alejó a paso rápido.

Lo miré marcharse con desilusión.

¿Acaso no era tan importante para él como pensaba?

Sí, había dicho que se pondría en contacto pronto. Me había sonreído como ningún hombre antes.

¿Pero significaba eso algo realmente?

Da igual, Maisy. Mantente firme en tu decisión.

Miré a mi alrededor.

Dixon ya no estaba a la vista.

Capítulo 15 Maisy

Estaba nerviosa frente a la fachada iluminada del teatro de musicales en Broadway. Cuántas veces habré pasado por aquí mirando con anhelo los carteles. Había observado a la gente que entraba y había visto cómo sus rostros resplandecían de expectación. Cómo reían y bromeaban con sus amigos. Había estudiado sus vestidos y su maquillaje, su forma de caminar y sus zapatos. Había anotado en mi memoria las marcas de los bolsos.

Siempre había estado segura de una cosa: algún día yo formaría parte de ese grupo de personas alegres y bien vestidas para las que ir al musical con sus amigos era casi algo natural. Estaría en la cola de la taquilla y ya no pensaría en el tiempo en que me quedaba fuera, en la calle, con mirada nostálgica porque no podía permitirme una entrada.

—¿No te hace ilusión?— Jaylene me miró de reojo.

—Sí, sí, claro— me apresuré a asegurar—. Es fantástico. Es que... todo ha sido un poco repentino.

Jaylene se rió. —Bueno, estas cosas pasan. Los premios son así. Mi amiga me dio un codazo suave. —¿O habrías preferido pasar la noche con Dixon?

—No— mentí—. Claro que no.— Espero haber sonado convincente. Dixon se había marchado a toda prisa hacía un rato y aún no se había puesto en contacto conmigo. Seguro que había una buena razón. Estaba ocupado. La reunión se había alargado. Había tenido que irse de viaje inesperadamente.

O simplemente puede que se haya olvidado de ti, Maisy, porque después de todo no eres tan importante.

Ante ese pensamiento, se me encogió el estómago de forma desagradable.

—Pues no parece que te haga mucha gracia.— Jaylene seguía escéptica.

—Que sí— repliqué, esta vez con algo más de vehemencia que antes —. Es solo que... no siento que vaya bien vestida.— Me miré de arriba abajo. Llevaba un vestido rojo de verano con zapatos a juego. Había comprado el vestido en una tienda de segunda mano y los zapatos en un comercio conocido por sus ofertas. —Todo el mundo se dará cuenta de que, en realidad, no pinto nada aquí.

—Tonterías.— Esta vez fue Jaylene quien me contradijo tajantemente. —Claro que pintamos algo aquí. Igual que todos los demás. No hay un código de vestimenta específico para los musicales. Hay gente que viene en vaqueros y camiseta. Mira si no. — Jaylene hizo un sutil movimiento de cabeza hacia un lado.

Efectivamente.

A nuestro lado había una pareja vestida de manera informal. No parecía que se hubieran arreglado especialmente para esta noche.

—Es que tú solo te has fijado siempre en los invitados de los estrenos o de las funciones especiales.— Jaylene me devolvió a la realidad. —Lógicamente, esos van vestidos con mucha elegancia. Es una ocasión totalmente distinta.

Tragué saliva.

Para mí, esto era una ocasión especial. Por como hablaba Jaylene, parecía que íbamos al cine o a hacer cualquier otra cosa cotidiana.

—No quiero decir que para nosotras no sea algo especial— Jaylene pareció adivinar mis pensamientos—, sino solo que no tienes por qué sentirte fuera de lugar.— Mi amiga me cogió del brazo. —Venga, vamos, me muero de ganas de ver cómo es por dentro. Al fin y a cabo, yo tampoco he estado nunca en un musical en Broadway.— Jaylene se echó a reír.

Y, de repente, me uní a su risa. Mi amiga tenía razón. No debía estropearme la noche con reflexiones tan absurdas. Estábamos aquí y nos íbamos a divertir. Eso era todo.

Y Dixon seguramente me llamaría mañana. Los hombres siempre daban señales de vida más tarde de lo que las mujeres deseaban. Así funcionan las cosas. Si mientras tanto me divertía y lo pasaba bien, el tiempo hasta nuestro próximo encuentro se me haría mucho menos largo que si me quedaba en casa dándole vueltas a la cabeza en el sofá.

—Entremos.— Asentí.

Jaylene y yo nos pusimos en marcha. Entramos en el teatro. Me quedé parada, asombrada. Qué maravilla. Ante nosotros había una escalinata curva. Los peldaños estaban cubiertos por una alfombra roja. La barandilla consistía en pequeñas columnas blancas sobre las que descansaba un elegante pasamanos. A intervalos regulares, había grandes jarrones con rosas rojas de tallo largo en los escalones. Sobre nosotras, resplandecía una magnífica lámpara de araña. El techo también estaba decorado con terciopelo rojo.

—Guau.— Apenas sabía a dónde mirar primero.

—Increíble, ¿verdad?— susurró Jaylene a mi lado.

—Impresionante. Fantástico.— Incluso esas palabras me parecían quedarse cortas.

—Nos hemos esforzado por decorarlo todo al estilo del Moulin Rouge. A juego con el musical.— Una empleada del teatro se acercó a nosotras. Llevaba un uniforme con una chaqueta americana en la que había prendida una pequeña placa con su nombre. Sin embargo, la letra era demasiado pequeña para leerlo a esa distancia.

—¿Puedo escanear sus entradas? Así podrán pasar al interior y admirar la sala con detalle. Les prometo que merece la pena.— La empleada nos guiñó un ojo.

Cassie.

Por fin había descifrado el nombre en su placa.

—Claro.— Jaylene sacó las entradas de su bolso y se las tendió a Cassie.

Bip.

Bip.

El escáner se iluminó en rojo. Cassie frunció el ceño.

—Un momento— murmuró. Luego inspeccionó el escáner.

—¿Todo bien?— Una compañera de Cassie se puso a nuestro lado.

—Mi escáner se ha estropeado, ¿puedes encargarte tú de esto, por favor?— Cassie señaló las entradas.

Bip.

Bip.

El escáner de la compañera de Cassie también se iluminó en rojo. Cassie volvió a fruncir el ceño.

—¿De dónde han sacado las entradas?— quiso saber entonces.

—Las he ganado— Jaylene estaba radiante—. Qué suerte, ¿verdad? Recibí un correo con el enlace y solo tuve que imprimir las entradas.

—¿Y qué sorteo era ese?— siguió preguntando Cassie.

Jaylene se encogió de hombros. —La verdad es que ya ni me acuerdo. No suelo participar mucho en sorteos. De vez en cuando, simplemente. El correo venía de una emisora de radio. Supongo que participé allí.

Cassie torció el gesto. —Siento mucho tener que ser yo quien les dé esta noticia. Pero estas entradas son falsas. Hemos tenido varios casos similares últimamente. Deberían revisar su ordenador cuanto antes por si tiene algún virus.

Jaylene contuvo el aliento bruscamente.

—Aunque los otros clientes con las entradas falsas no tenían ningún virus. Simplemente les habían robado los datos y han recibido un montón de correos basura y llamadas no deseadas. Tampoco es que sea agradable, pero es mejor que un virus— comentó la compañera de Cassie.

Jaylene soltó el aire.

—Lo siento, pero con estas entradas no podemos dejarles pasar. Todo es un fraude. Un engaño.— Cassie negó con la cabeza.

—No tiene por qué sentirlo.— Una voz maliciosa a mis espaldas me hizo darme la vuelta. —Esta mujer engaña en todo. En ella todo es falso. No me extrañaría que algún día se descubriera que ni siquiera ha pintado ella los cuadros de su galería, sino que los ha comprado en alguna parte. Aunque, de ser así, quizá habría elegido cosas más bonitas en lugar de la basura que intenta encasquetar a los clientes.

Pandora.

Detrás de mí estaba mi... mi enemiga, sonriéndome con maldad. A su lado había una mujer de su misma edad que sonreía con la misma saña. Nunca había visto a la acompañante de Pandora.

—Habrás pensado que aquí te saldrías con la tuya con esa jugarreta, mientras toda la gente honrada se queda con las ganas. Pandora se

rió. Algunas de las personas que estaban alrededor se giraron a mirarnos. Me habrían entrado ganas de que me tragara la tierra. O de desaparecer en el baño. O de no haber estado aquí nunca.

—¿Puedo escanear su entrada?— se dirigió Cassie con tono neutral a Pandora y a su acompañante.

—Por supuesto.— Pandora tendió una entrada.

Bip.

Bip.

El escáner se iluminó dos veces en verde.

—Les deseo una agradable velada.— Cassie señaló la escalera. —Que disfruten. Sus asientos están arriba, en el lado izquierdo.

Pandora me miró triunfante. Luego pasó a mi lado. Antes de poner un pie en la escalera, se volvió una última vez. —Realmente voy a disfrutar de la noche. Al menos no tendré que aguantar la cara de tonta de esa y mirar su trapo barato de vestido. A gente así ni siquiera deberían dejarla entrar, paguen o no. Pero si besas a alguien por aquí, quizá también te lleve con él. En eso tienes práctica, ¿verdad?— Pandora me señaló y soltó una risita. Sin esperar respuesta, volvió a darse la vuelta y continuó su camino hacia arriba.

—Vamos —dijo Jaylene en voz baja mientras me tiraba de la manga —. Nos marchamos.

Antes de que me diera cuenta, mi mejor amiga y yo estábamos de nuevo en la calle. Respiré hondo. —Vaya noche de mierda.

—Y que lo digas —Jaylene suspiró—. Lo siento muchísimo, Maisy. Si hubiera tenido la más mínima idea, entonces...

—No podías saber nada de eso —dije para consolar a Jaylene.

—Ya, bueno, pero... simplemente no tendría que haber picado. Y encima te pongo los dientes largos y... —Jaylene se retorcía las manos.

——Buenas noches, Maisy. ¿Estás bien? —Una voz profunda a mis espaldas me provocó un escalofrío por la columna. Conocía esa voz demasiado bien. La conocía incluso muy bien.

Dixon.

Te lo estás imaginando, Maisy. Él no está aquí de verdad.

No podía estar allí, ¿verdad? Tenía una cita importante.

Me di la vuelta despacio. Ante mí estaba Dixon. Sus ojos oscuros me miraban de forma penetrante. Me entró calor y la piel empezó a darme un hormigueo. Por todas partes. En los brazos. En las piernas. El cuello. El vientre. Los pechos. Hasta en los pezones.

Me puse roja.

Jaylene me dio un codazo en el costado.

—¿Estás bien? —repitió Dixon.

Maldita sea, Maisy, di algo de una vez. Debe de pensar que eres boba.

—Hola, Dixon —dije.

—Qué coincidencia verte por aquí. ¿Vas a ver el musical?—quiso saber Dixon.

—Queríamos, pero... —Me detuve. Toda la historia era tan complicada, ¿cómo iba a explicárselo a Dixon?

—Nos han estafado con las entradas. O más bien a mí —intervino Jaylene—. Así que, por desgracia, nos tenemos que volver a casa. —Jaylene puso una mueca de pesar.

—Esta es mi amiga Jaylene. Y este es Dixon —los presenté. No apartaba la vista de Dixon.

—Nos hacía tanta ilusión la noche. Y ahora... —Jaylene levantó los brazos con impotencia—. Comprar otra entrada es algo que sencillamente no nos podemos permitir —confesó.

Dixon se rio. —No puedo permitir que dos mujeres tan guapas se arreglen para un musical y luego se vuelvan a casa así como así. De ninguna de las maneras. No, voy a conseguir unas entradas en taquilla y las invito a las dos. —Dixon dejó que su mirada descansara en mí al pronunciar esas palabras—. Vuelvo enseguida —añadió antes de que yo pudiera decir nada. Luego entró en el edificio. Lo seguí con la mirada. Incluso ahora llevaba vaqueros y zapatillas de deporte con la americana.

—¡Dios mío! —susurró Jaylene a mi lado—. Es demasiado bueno para ser verdad. ¿Y tú has dudado en aceptar su oferta? ¿Por qué?

No respondí.

Me ardían las mejillas y observaba a Dixon, que parecía estar negociando con la taquillera. Finalmente se encogió de hombros y volvió a salir con nosotras.

—Lo siento, chicas, la función de esta noche está agotada. No ha habido forma de convencer a la taquillera para que me vendiera más entradas. Tendré que posponer la invitación para otro día. —Dixon nos hablaba a Jaylene y a mí. Pero, como durante todo el rato, solo me miraba a mí.

Y yo solo lo miraba a él.

Al oír sus palabras, una leve decepción se apoderó de mí. Me hacía tanta ilusión el musical. Y cuando apareció Dixon, me alegré todavía más. Un musical siempre estaba bien. Pero en compañía de Dixon, la noche sería inolvidable.

En cambio, Jaylene y yo nos iríamos ahora a casa sin haber logrado nada. Me comería unas patatas frente al televisor y pensaría en lo maravillosa que podría haber sido la noche.

—¿Puedo al menos invitarlas a una cena ligera para compensar? —quiso saber entonces Dixon. Levantó la mano y me tocó la nariz muy suavemente—. Quizá eso te anime un poco.

—Yo... yo no he dicho que esté triste —tartamudeé y me puse todavía más roja.

—Pero se te nota en la punta de la nariz —se rio Dixon.

—Creo que los voy a dejar a solas —dijo entonces Jaylene—. Todavía tengo algunas cosas urgentes que resolver y voy a aprovechar el tiempo para ello.

Dixon se volvió hacia Jaylene. Por primera vez en toda la noche, no me miraba a mí. —De ninguna manera —respondió con severidad—. Si de verdad tiene algo que resolver, tendremos que prescindir de usted, por supuesto. Pero si no... los amigos de Maisy también son mis amigos y me gusta conocerlos. Y como en realidad querían ir al musical, supongo que no tiene cosas realmente urgentes que hacer.

Jaylene se rio. —Cazada. —Me lanzó una mirada—. Si ambos insisten, iré encantada.

Los amigos de Maisy también son mis amigos.

Si ambos insisten...

De repente, sentí como si Dixon y yo estuviéramos juntos.

Dixon me pasó un brazo por los hombros. —Conozco un restaurante italiano excelente aquí cerca. Justo lo necesario para una noche como la de hoy.

Sentía como si el brazo de Dixon hubiera estado siempre sobre mis hombros. Como si hubiera estado muchas veces a su lado en Broadway esperando a que me llevara a un restaurante.

Dos horas más tarde, Dixon y yo estábamos en la acera frente al restaurante esperando a Jaylene. En el último momento se había acordado de que se había olvidado el pintalabios en el baño y había vuelto a entrar.

——Gracias por esta noche tan maravillosa. —Dixon me miraba fijamente.

Sonreí. —Debería darte las gracias yo a ti por la noche tan maravillosa. La has salvado con tu aparición. —Al decir estas palabras, sentí de nuevo cómo me ponía roja. Por suerte, ya había oscurecido, así que Dixon no podía verme con tanta claridad como a la luz del día.

Dixon me agarró del brazo y me lo acarició suavemente.

Un escalofrío de excitación me recorrió.

Casi se me escapa un leve gemido.

Maisy. Estamos en mitad de la calle. En pleno Nueva York. Realmente deberías controlarte.

Reprimí el gemido.

Pero la figura atractiva y atlética de Dixon, su forma de ser tan atenta, su esfuerzo por conocer también a Jaylene... Todo eso me había ido conquistando más y más a lo largo de la noche.

——Me encantaría invitarte a una última copa en mi ático —dijo Dixon entonces—. La cita a la que tuve que ir inesperadamente antes ha durado mucho más de lo previsto y por eso aún no había tenido ocasión de contactar contigo. Pero he estado pensando en ti todo el tiempo.

Me puse aún más roja.

Un hombre que no se avergonzaba de admitir algo así.

No tenía calor, estaba ardiendo.

Y no deseaba nada más que tomar esa última copa con Dixon.

En su ático.

O donde fuera.

—Lamentablemente, tendremos que posponer eso también para otra ocasión —se lamentó Dixon—. En la reunión ha surgido un viaje inesperado. Vuelo a Florida esta misma noche. Pero solo me quedo una noche. Luego estaré de vuelta. Y entonces podremos por fin recuperar nuestro encuentro. —Dixon dejó de acariciarme el brazo.

Sentí la pérdida del contacto casi como algo doloroso.

Pero solo por un momento.

Entonces Dixon me acarició suavemente el brazo.

Volví a reprimir un gemido.

Probablemente Dixon ni siquiera pensaba nada con todas esas caricias.

Y a mí...

A mí me excitaban.

—Bueno, ya estoy aquí. —Jaylene salió del restaurante sin aliento—. Siento que hayáis tenido que esperar tanto.

—Oh, no importa —respondimos Dixon y yo casi al mismo tiempo.

¿Tendría él tanto calor como yo?

Capítulo 16 Dixon

Me bajé del taxi y respiré profundamente. Por fin el aire de Nueva York otra vez. El viaje a Florida solo había durado un día, pero me alegraba de estar de vuelta en casa. Normalmente me gustaba estar en Florida. Allí abajo la gente era mucho más relajada. En invierno hacía más calor que en Nueva York y, cuando aquí se veían nubes grises en el cielo, en Florida el sol seguía brillando con total confianza.

Había muchas razones para alegrarse por un viaje de negocios a Florida e incluso para prolongarlo un poco más de lo necesario. Pero, en primer lugar, estábamos a principios de verano y en esta época del año Nueva York era preciosa. Las temperaturas eran agradables, el cielo azul y la gente estaba de buen humor. Y en segundo lugar… en segundo lugar, había otro motivo por el que deseaba volver a Nueva York a toda costa.

Maisy.

Cuando me crucé con ella frente a la Central Park Tower, tuve que contenerme para no besarla allí mismo y mandar todos mis planes al

traste. Recordaba perfectamente lo que pensé. Había querido subir con Maisy y disfrutar de su asombro ante las vistas desde mi ático. Pero no solo eso. Quería brindar con ella por nuestra colaboración. Y luego volver a besarla. Y…

Admítelo, Dixon, te mueres por repetir la noche de Boston.

Sí.

Lo deseaba.

¿Y qué?

¿Tenía algo de malo?

También lo había deseado cuando vi a Maisy por casualidad en Broadway esa misma noche. Después de la cita con el gerente de uno de mis gimnasios, me había apetecido tomar un poco de aire fresco. Y entonces vi a Maisy. Al principio solo me fijé en que estaba acompañada. Cuando me di cuenta de que solo se trataba de una amiga, se me quitó un peso de encima.

Tenía muchísimas ganas de cumplir el sueño de Maisy de ir a ver un musical.

Ya lo harás más adelante, Dixon. Y entonces irás a solas con ella. Por muy maja que sea su amiga, no la quieres allí. Tiene que ser una velada muy especial. Solo tú y Maisy.

Quería ver cómo le brillaban los ojos a Maisy, maravillarla y disfrutar de su alegría cuando fuéramos juntos al musical. Tenía que encontrar una fecha adecuada lo antes posible.

Por primera vez en mi vida, deseaba tener un trabajo que me dejara más tiempo para mí mismo.

Porque, aunque ya estaba de vuelta en Nueva York, eso no significaba ni mucho menos que pudiera ir a ver a Maisy en ese mismo instante.

Se me pasó fugazmente por la cabeza que ni siquiera sabía dónde vivía. Otra cosa que tenía que averiguar urgentemente.

¿Qué sabes realmente de Maisy, Dixon?

No gran cosa.

Y, sin embargo, quería saberlo todo sobre ella.

El pensamiento me sorprendió incluso a mí mismo. Pero no por ello era menos cierto. Sí, quería saberlo todo de Maisy. Qué música prefería escuchar. Qué películas le gustaba ver. Qué era lo que más le gustaba comer y qué le daba asco. Qué la hacía reír y qué la hacía llorar, a qué le tenía miedo y qué le daba alegría.

Nunca me había pasado algo así.

Por supuesto, había conocido a muchísimas mujeres. Desde que tenía uso de razón, siempre había habido mujeres a mi alrededor. Me habían idealizado y habían intentado convencerme de que eran la mujer adecuada para mí. Se habían puesto guapas para mí e intentado despertar mi interés. Pero eso era precisamente lo que, al final, siempre terminaba por desanimarme. Esas mujeres se convertían en otra persona por mí. Dejaban de ser ellas mismas cuando estaban conmigo.

Maisy, en cambio…

Maisy era simplemente Maisy.

Nunca se paraba a pensar qué faceta de sí misma mostrar y cuál no. Simplemente era quien era. Daba igual si necesitaba ayuda. Si me besaba. Si estaba enfadada conmigo porque estaba hablando por teléfono con Gavin.

Con Maisy nunca tenía que preguntarme a qué atenerme.

Simplemente me lo decía.

Y, además de todo eso, era la mujer más atractiva que jamás había conocido. Su largo cabello rubio enmarcaba un rostro perfecto y armónico, con unos ojos azules que resplandecían. Sus labios carnosos invitaban a besarla y el cuerpo de Maisy era simplemente de ensueño. Al pensar en cómo me habían rodeado sus largas piernas en Boston y cómo Maisy me había ofrecido sus pechos, los pantalones me apretaron y el calor se extendió por mi cuerpo.

¿Qué hombre no desearía vivir una noche así por segunda vez si se presentara la oportunidad? Al fin y al cabo, yo también era un hombre de carne y hueso.

Mientras me perdía en estos pensamientos, caminé desde la terminal del aeropuerto hasta el aparcamiento VIP. Allí había dejado ayer mi Ferrari. Seguro que podría haber cogido un taxi sin más. Pero me encantaba estar al volante y, por eso, utilizaba mi propio coche siempre que podía. En los viajes de negocios más largos, prefería alquilar un coche antes que ir en taxi. Mi coche estaba justo en la primera plaza. Me subí y arranqué.

Por desgracia, no iba hacia donde estaba Maisy.

Primero tenía otra cita. Mi empresa seguía creciendo y tenía que ocuparme de buscar locales adecuados para los gimnasios. El interés era infinito, especialmente en Manhattan. Sí, iba a montar otro gimnasio justo encima de la galería de Maisy. Pero eso no era suficiente para satisfacer la creciente demanda.

Y precisamente por eso tenía ahora una cita cerca de Wall Street. Un gimnasio donde los banqueros estresados pudieran soltar algo de adrenalina después del trabajo: era exactamente la idea adecuada. Ayer le hablé a Pandora del plan y le dije que hoy tendría una cita con el dueño de un inmueble. Nada más volver de Florida.

Asentí satisfecho. Además, le había dejado claro a Pandora que no era asunto suyo si besaba a Maisy o a cualquier otra mujer, y que hiciera el favor de no meterse en mi vida privada. Al fin y al cabo, a mí tampoco me interesaba la suya. Esa parte de la conversación había sido la mejor.

Sonreí al recordarlo, pero luego volví a pensar en el presente. Mi cita estaba al caer. Pronto sería la hora de comer. Quizá invitaría a comer al propietario del local, dispuesto a vender, cuando hubiéramos discutido todos los asuntos de negocios. No era tan bueno como una comida con Maisy, pero formaba parte de mi trabajo. Seguramente este propietario conocía a otros que quizá también querrían vender algún día. Yo vivía de esos contactos. Así hacía mis negocios. Por eso tenía que cuidar esos contactos. Y eso incluía también un almuerzo compartido.

Refunfuñando, dirigí mi Ferrari hacia Wall Street.

—¿Qué quiere decir con eso?— Tres cuartos de hora después, miraba al dueño del local indignado. El Sr. Kelly era bajito, rechoncho

y tenía un cabello gris y tieso que le salía de la cabeza en todas direcciones. Parecía que no se hubiera peinado en días. Quizá fuera cierto. También parecía llevar días sin afeitarse. Su barba estaba descuidada.

No deberías juzgar por las apariencias, Dixon.

Precisamente, el Sr. Kelly me acababa de demostrar que no se andaba con chiquitas.

—¿Ya se lo ha vendido a otra persona? —Me levanté de un salto y me apoyé en la mesa que había entre el Sr. Kelly y yo—. Usted me aseguró que no tenía otros interesados.

—Eso ha cambiado —dijo el Sr. Kelly encogiéndose de hombros y pasándose la mano derecha por la barba de varios días—. Se ha presentado otro interesado y ha ofrecido un precio mucho mejor que el suyo.

Sacudí la cabeza para mis adentros. Aquí había gato encerrado. Le había ofrecido al Sr. Kelly un precio MUY bueno. Más de lo habitual en esta zona. ¿Y ahora resultaba que alguien incluso me había superado?

Aclararía eso luego. Ahora quería saber otra cosa.—¿Por qué no me llamó simplemente para decírmelo? Habría podido aumentar mi oferta también.

El Sr. Kelly volvió a encogerse de hombros. —No pensé que valiera la pena. Al fin y al cabo, me dijo que superaría cualquier oferta suya en un 10 %.

El Sr. Kelly debía de ser un mal hombre de negocios. Podría haber seguido subiendo el precio sin que yo me diera cuenta.

Pero eso no era lo importante ahora.

¿Quién demonios era ese interesado?

¿Quién me estaba sobrepujando? ¿Quién estaba dispuesto a pagar cualquier precio para que yo no abriera un gimnasio aquí?

—¿A quién se lo ha vendido?— pregunté bruscamente.

—Bueno… —El Sr. Kelly se acarició la barbilla—. En realidad, acordé confidencialidad con él. Pero acabará descubriendo de todas formas de quién es el local. A más tardar cuando inaugure aquí su gimnasio.

Su gimnasio.

Al oír esas palabras, supe de quién hablaba el Sr. Kelly. Y, sin embargo, quería oírlo de su boca. Quería estar seguro de que no me equivocaba.

—Elbert Bade. ¿Tengo razón?— Miré al Sr. Kelly.

—¿Acabo de oír mi nombre?— Una voz gangosa detrás de mi espalda me hizo darme la vuelta.

Frente a mí estaba Elbert. Me sonreía con confianza y no parecía en absoluto un empresario al borde de la quiebra.

Eso no es más que puro teatro, Dixon. Eso es todo. Detrás no hay nada sólido.

Y eso era exactamente lo que le iba a demostrar a Elbert ahora mismo.

—Vaya, qué sorpresa te has llevado, Dixon, ¿eh? —soltó Elbert con una carcajada burlona—. Es lo que pasa cuando dejas que el sol de Florida te tueste la barriga demasiado tiempo en lugar de dedicarte a trabajar aquí en Nueva York.

¿Cómo sabía Elbert que yo había estado en Florida? No se lo había contado a nadie y mis viajes de negocios no eran públicos. ¿Me habría visto por casualidad en el aeropuerto? ¿O alguno de sus empleados?

Era posible, por supuesto.

Lo que más me urgía saber era cómo demonios se había enterado Elbert de que yo quería negociar con el Sr. Kelly. No se lo había comentado a absolutamente nadie. ¿O es que esto también era una casualidad? Yo había pasado por delante del local hacía unas semanas, había entablado conversación con el Sr. Kelly y me enteré de que estaba sopesando la idea de buscar un comprador. Entonces le hice una oferta.

¿Acaso Elbert también había pasado por aquí?

Eran demasiadas casualidades.

—¿Cómo has descubierto que quiero comprar aquí?— quise saber.

Elbert volvió a reírse. —Eso te gustaría saberlo, ¿verdad?— La risa de Elbert se convirtió en una amplia sonrisa. —Pero no te lo voy a decir. Y tampoco lo vas a descubrir. A diferencia de ti, yo sí sé guardar mis secretos.— La sonrisa de Elbert se ensanchó aún más.

Hervía de rabia. Me habrían dado ganas de agarrar a Elbert por la solapa y sacudirlo hasta que se le quitara la sonrisita de la cara. Aún más me habría gustado sacarle la respuesta a golpes.

Cálmate, Dixon. Eso no sirve de nada. Así no llegarás a ninguna parte.

Pero quizá de otra manera sí.

Me dirigí al Sr. Kelly. —¿Sabe usted que el Sr. Bade está prácticamente en la ruina? Si hace tratos con él, no puede estar seguro de si recibirá su dinero. Debería pensárselo mejor.

Observé con placer cómo la inseguridad se instalaba en el rostro del Sr. Kelly.

—Maldito perro. Cierra tu estúpida boca —siseó Elbert.

Sonreí. Al fin había conseguido provocar a Elbert. Ahora mostraría su verdadera cara.

Elbert se dirigió al Sr. Kelly. —Por supuesto que se cumplirán todos nuestros acuerdos. Yo siempre cumplo con mis obligaciones. Solo mis enemigos…— Elbert hizo un gesto de desprecio con la cabeza en mi dirección, —disfrutan afirmando lo contrario.— Resopló. —Si prefiere que abone mis compromisos en efectivo, podemos acordarlo así sin problemas. No quiero que se sienta inseguro o se preocupe solo porque un advenedizo que se cree empresario diga cosas que no son ciertas.

—¡Pero si el advenedizo que se cree empresario eres tú!— Ya no pude morderme más la lengua.

—¿Ah, sí?— Elbert soltó una risotada. —Mírate. Ni siquiera sabes ponerte un traje decente. Siempre apareces en vaqueros y zapatillas. Incluso en citas como esta, donde es de todo menos apropiado.— Elbert miró al Sr. Kelly significativamente. —¿Es este el aspecto de un empresario de éxito?

El descuidado Sr. Kelly asintió conforme.

Estaba que echaba chispas. —Las apariencias no dicen nada. Probablemente ese dinero en efectivo que prometes sea dinero negro. De verdad, debería andarse con cuidado—, le grité al Sr. Kelly.

Este sacudió la cabeza. —Ya he oído suficiente. Deje de hablar mal del Sr. Bade.

—Primero aprende a vestirte como es debido —aconsejó Elbert—. Así te irá mejor en los negocios.

Ya me daba todo igual. —Y tú aprende primero a manejar bien el dinero. Así tu empresa no estará siempre al borde de la quiebra.— Resoplé. —Encontraré una ubicación mejor que esta. Y ya veremos quién tiene más clientela en esta zona.

No esperé respuesta. Discutir con Elbert no traía nada más que mal humor. Y no quería tenerlo en absoluto. Era tal como había dicho: seguro que había otros inmuebles en venta. Puede que ahora Elbert llevara la delantera, pero con sus acciones mezquinas al final solo se perjudicaba a sí mismo. Estaba seguro de que al final yo saldría victorioso.

Sin decir palabra, salí, me subí a mi Ferrari y giré la llave.

Nada.

Lo intenté de nuevo.

Nada.

Y otra vez.

Nada.

Furioso, volví a bajarme del coche.

Mientras me alejaba, me pareció oír la risa de Elbert.

Lo ignoré y marqué el número de Gavin.

Capítulo 17 Maisy

Miré a mi alrededor con entusiasmo en mi galería.

Era sencillamente increíble.

Hacía apenas una semana me estaba planteando si debía cerrar *Maisy's Art*. Sí, de hecho apenas veía otra opción que abandonar mi sueño y buscar otro trabajo.

Y esta noche, la galería rebosaba vida. Más que eso: estaba llena de gente que, con una copa de cava en la mano, charlaba animadamente señalando mis cuadros. Conversaban sobre mis obras.

Miré a mi alrededor emocionada. En cada rincón pasaba lo mismo. La gente contemplaba la primavera. El verano. Los cuadros que había pintado hacía meses o años, y que al final casi había dado por invendibles, ocupaban ahora el centro de atención general.

Dixon me había llamado después de su cita en Florida. Estaba de vuelta en Nueva York, aunque pronto tenía otra reunión. Y tuvo una idea. Quería que celebrara una inauguración en la galería. Al principio reaccioné con rechazo. Una vernissage. Eso costaba dinero y no servía de nada. Ya lo había intentado varias veces, pero casi nadie había venido.

Me tragué el orgullo y le conté a Dixon mis fracasos. Él se rió y se limitó a decir que no me preocupara por eso. Luego me dio el número de teléfono de una conocida que tenía una agencia de eventos. Estaba especializada en ayudar a artistas como yo.

Volví a tragar saliva y le confesé a Dixon que conocía la agencia. Y que no podía permitirme sus servicios. Dixon volvió a reírse. Él se haría cargo del pago.

No supe qué decir.

¿Dixon se encargaba del pago?

¿Qué contraprestación esperaba de mí?

Al fin y al cabo, todavía no habíamos hablado con detalle sobre nuestra futura colaboración. Justo cuando iba a preguntarle qué tenía en mente, Dixon tuvo que despedirse. Con cierta vacilación, llamé entonces a su conocida. Resultó que Dixon ya le había hablado de mí y la había preparado para organizar una inauguración en un tiempo récord.

Una exposición sobre mi ciclo de las estaciones.

Otoño, invierno, primavera, verano.

Los cuatro cuadros colgaban en las cuatro esquinas de la galería. Y cada rincón estaba decorado a juego con el cuadro correspondiente. El invierno con copos de nieve, la primavera con flores y el verano con un poco de arena y tumbonas. Y el otoño, por supuesto, con hojas. Había bebidas adecuadas para cada estación, desde cócteles playeros hasta vino caliente especiado. En el rincón del otoño servían brochetas de calabaza, y en el de la primavera, una ensalada ligera.

—Tu conocida debe de ser maga —no dejaba de asombrarme.

Dixon se rió y se encogió de hombros. —En realidad no. Pero sabe trabajar. Para eso le pago.

—Y todos los invitados… —Miré a mi alrededor. Si quería entrar más gente en la galería, pronto se formaría una cola ante la puerta.

—Tengo muchos contactos.— Dixon me sonrió. Entonces me fijé por primera vez en que su boca se torcía ligeramente al hacerlo. Un gesto sexy. Tenía un aspecto sencillamente irresistible. Sentí calor, y no era por el gentío de la galería. Sentí calor en lo más profundo. Un ligero hormigueo recorrió mi piel y noté que mis mejillas se sonrojaban.

—Y a todos les encantan tus cuadros. —Dixon hizo un gesto con la mano que abarcaba toda la galería.

—Yo… —comencé, pero me interrumpí. No sabía qué decir. No estaba acostumbrada a los cumplidos, y mucho menos sobre mis cuadros. Sí, en la escuela de arte los había recibido a menudo, pero después, nunca más.

—Es que son fantásticos —dijo Dixon entonces—. Tienes un talento increíble para captar la atmósfera de un lugar, de una persona o de una estación. Y cómo usas los colores de forma creativa… es absolutamente increíble. Estoy seguro de que llegarás muy lejos. — Dixon levantó su copa de cava y brindó por mí.

De forma automática, le devolví el gesto. Nuestras copas tintinearon al chocar. Mis mejillas se encendieron aún más.

Y, de repente, volví a recordar Boston. Dixon y yo en una habitación de hotel. Dixon sirviéndome una copa de vino que me bebí de un trago. Y después…

Bebí el cava con cuidado. Aunque una parte de mí habría preferido vaciar la copa de un trago.

—Aquel vino te lo bebiste más rápido—, soltó Dixon. Lo miré. Me guiñó un ojo. El rubor de mis mejillas se intensificó.

¿Qué se supone que debía responder?

¿Que también quería beberme rápido el cava?

Que…

Mi mente se quedó totalmente en blanco.

Le sonreí a Dixon sin saber qué decir.

Genial, Maisy. Tienes delante a la persona más interesante de todo Nueva York y no tienes ni idea de qué decir. Y eso que él ya te ha ayudado varias veces. Le debes tanto.

—Gracias —dije al fin.

—¿Por qué?— preguntó Dixon.

—Por permitirme… por permitirme todo esto. —Hice un gesto con la cabeza hacia la gente que reía por doquier.

Dixon se rió. Luego cogió uno de los bombones que había en las mesas altas para los invitados y se lo metió en la boca.

—No sabía que te gustaba el chocolate —dije asombrada—. ¿No dijiste que eras dueño de una cadena de gimnasios? Pensé que entonces los dulces estarían prohibidos.

Dixon me guiñó un ojo. —Es mi pasión secreta. Mi vicio oculto, por así decirlo. Se lo oculto a todo el mundo. Pero creo que en ti puedo confiar, así que te permito saberlo.

Me sentí aún más acalorada.

Dixon confiaba en mí.

¿Qué podía decir yo a eso?

Miré azorada los ojos oscuros de Dixon. El momento pareció durar una eternidad.

En ese instante, un hombre de pelo gris canoso se separó de la multitud. Lo seguía una mujer con un peinado elegante de color rubio miel. Ambos rondaban los sesenta y sostenían sus copas de cava.

—¿La señorita James? —se dirigió a mí el hombre.

—¿Sí?— ¿Qué diablos querrían esos dos de mí?

—Su ciclo de las estaciones nos gusta extraordinariamente. —El hombre sonrió—. Y encajaría perfectamente en nuestro comedor. Tenemos un ático grande y luminoso. Pero entre las ventanas también hay algunas paredes, y mi mujer lleva tiempo insistiéndome en que están demasiado vacías. Hasta ahora nunca nos habíamos puesto de acuerdo sobre con qué llenar ese espacio. Pero ahora hemos encontrado la obra perfecta.

—Nos gustaría comprar el ciclo de las estaciones —interrumpió la mujer a su marido con entusiasmo.

—¿Todos los cuadros?— Miré incrédula del hombre a la mujer y viceversa.

—Sí. ¿O es que ya se han vendido?— De repente, la mujer puso cara de preocupación.

—No, no se han vendido. Es que… —tartamudeé. Por segunda vez en muy poco tiempo, no tenía ni idea de qué decir.

—Si tienen un interés serio, deberían apresurarse —dijo entonces Dixon a mi lado—. No son los primeros en preguntar. Pero, de momento, los cuadros siguen disponibles.

—Queremos los cuadros sin falta. —La mujer se ponía cada vez más nerviosa—. ¿Qué tenemos que hacer para reservarlos en firme? Ahora mismo. De inmediato.

—Oh, si desean firmar aquí el contrato que tenemos preparado… —Dixon sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta. Me susurró—: Trae los contratos.

Atónita, fui hacia la parte de atrás. Lo habíamos preparado todo para una ocasión así, pero no esperaba realmente que llegara. Alguien compraba mis cuadros. En serio. De verdad. Y varios a la vez.

Me sentía como en trance. Antes de abrir el cajón donde estaban los contratos, me di un pellizco fuerte en el brazo. Solo para asegurarme de que esto no era un sueño.

Ay.

No era un sueño.

Era la realidad.

Una realidad en la que mis sueños por fin se hacían realidad.

Cogí las hojas sueltas y me di la vuelta. Dixon reía y bromeaba con la pareja que quería adquirir mis obras. Parecía como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que vender arte.

Regresé con los tres. —Aquí tienen—, dije, entregando el contrato a la pareja. —Pueden leerlo todo con calma, por supuesto.

—No es necesario —respondió el hombre—. Confío plenamente en ustedes. —Aceptó el bolígrafo de Dixon, puso las hojas sobre la mesa alta que había a nuestro lado y firmó.

Así de fácil.

Mis cuadros estaban vendidos.

Y en un minuto, en una sola noche, había ganado más dinero que en todos los meses transcurridos desde la inauguración de *Maisy's Art*. Recogí los papeles aturdida. —Muchas gracias.

—Oh, las gracias se las damos nosotros—, replicó la mujer. —Es usted una gran artista, querida. Un talento y una aptitud excepcionales. Se lo decía antes a John. Les hablaré de usted a todas mis amigas y haré que visiten su galería. Esto es una joya. No pueden perdérselo.— La mujer se rió. —En cuanto vean los cuadros en nuestro comedor, vendrán. Prepárese bien.— La mujer se agarró del brazo de su marido.

Él le acarició la mano. —Bueno, debemos ponernos en marcha. Además, ya hemos acaparado bastante la atención de la señorita James. Seguro que tiene otros clientes aparte de nosotros. Para ella, después de todo, la velada no es un placer, sino trabajo.— El hombre rió. Ambos se despidieron con la mano al irse.

Los seguí con la mirada boquiabierta. —Guau.

—Así se hacen los negocios.— Dixon se rió. Luego volvió a coger su copa de cava. —Por ti, Maisy. Te lo has ganado de verdad.

Mis mejillas se pusieron aún más rojas que antes. Rápidamente cogí mi copa.

—Perdonen. —Ante mí estaba una mujer de mi edad—. No quiero molestarles mucho, pero…

—¿Sí?— pregunté. ¿Acaso era otra clienta? Si la cosa seguía así, pronto no me quedarían cuadros que vender.

—Acabo de encontrar estas gafas de sol y he pensado en entregárselas. Seguro que alguien las está buscando o ya las echa de menos.— La mujer me tendió unas gafas de sol.

MIS gafas de sol.

¿En cuántos sitios no las habría buscado sin encontrarlas jamás?

—¿Dónde… dónde ha encontrado las gafas?— pregunté mientras las recogía con cuidado. Hoy debía de ser mi día de suerte. Había vendido cuadros. Y ahora hasta recuperaba mis gafas.

—Estaban ahí delante, detrás de ese radiador bajo —informó la mujer—. Bastante escondidas. Solo las he visto porque se me ha caído el móvil.

Detrás del radiador. ¿Cómo habrían llegado allí las gafas? ¿Cómo se me habían caído precisamente en ese lugar? A partir de ahora pensaba cuidar mejor de mis gafas de sol y no dejarlas olvidadas en cualquier parte.

Le di las gracias efusivamente a la mujer. Ella restó importancia con un gesto. —No tiene importancia. Por cierto, sus cuadros son preciosos. Lamentablemente no puedo permitirme ninguno. Al menos por ahora. Pero espero que eso cambie en el futuro. Y quizá algún día pinte algunas miniaturas de su serie de las estaciones. Para la gente que no tiene tanto espacio ni dinero.— La mujer asintió con la cabeza. —Ahora, si me disculpan.— Señaló el cartel donde ponía «Servicios», me sonrió y desapareció tan rápido como había llegado.

Miniaturas.

No me daría tiempo a pintar tanto.

Entonces sentí una mano en mi espalda. La mano de Dixon. Me di la vuelta. Ahora la mano de Dixon descansaba en mi cadera.

—¿Ves? Te dije que todo saldría bien.— Dixon me sonrió. Sus ojos oscuros brillaban de orgullo.

¿Orgulloso de mí?

Volví a sentir calor.

Dixon inclinó la cabeza hacia abajo.

Sí.

Era lo que llevaba deseando toda la noche.

Cerré los ojos esperando un beso.

Por fin.

—¡No la toques! —Una mano me agarró bruscamente por el hombro y me apartó de Dixon. Me tambaleé y estuve a punto de caer, pero en el último momento logré mantener el equilibrio.

¿Qué demonios era eso?

¿QUIÉN demonios era?

—Ya te gustaría a ti. Lanzarte al cuello del primero que pasa solo porque te compra un cuadrito. —La mano que se clavaba en mi hombro me obligó a darme la vuelta.

Crosby.

Me quedé mirando la cara fea y angulosa de Crosby. Hoy parecía aún más repulsivo que de costumbre.

—Suéltame —me defendí e intenté dar un paso atrás, pero la mano de Crosby me sujetaba implacable.

—Te dije que te ayudaría y que solo tenías que recurrir a mí. Pero de ti no salió nada. Nada.— La mano de Crosby se hundió con más fuerza en mi hombro.

Reprimí un grito. Bajo ningún concepto quería que mis invitados notaran lo que estaba pasando.

—Déjala en paz. —Una voz profunda y tranquila interrumpió el monólogo de Crosby. La presión en mi hombro disminuyó y finalmente Crosby me soltó. Respiré aliviada y miré a mi alrededor.

Detrás de mí estaba Dixon. Había agarrado la mano de Crosby y se la había retorcido a la espalda.

—¡Ay, tío, me estás haciendo daño!—, se quejó Crosby a voz en grito.

—Como el que tú le acabas de hacer a ella. Y eso no te ha importado nada —dijo Dixon con dureza—. Te voy a decir una cosa, amiguito. Los dos vamos a ir ahora mismo muy tranquilitos hacia la salida. Vas a abandonar la galería. Y no vas a volver a asomar el

hocico por aquí nunca más. Ni esta noche. Ni mañana. Ni pasado. Nunca. No eres bienvenido. ¿Entendido?

Crosby no respondió. Dixon forzó el brazo de Crosby un poco más hacia arriba. Crosby gimoteó. —¿Entendido?—, volvió a preguntar Dixon. Su tono dejaba claro que exigía una respuesta.

—Sí—, masculló Crosby. Luego soltó una maldición entre dientes. Dixon lo guio hacia la puerta. Habría jurado que Crosby había mascullado algo como «esto me lo vas a pagar» entre dientes.

Pero también podía haberme equivocado.

Los seguí con la mirada. Al llegar a la puerta, Dixon soltó a Crosby. De hecho, Crosby abandonó la galería sin oponer resistencia. Dixon metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó su móvil. Debía de estar sonando, porque deslizó el dedo por la pantalla y empezó a hablar de inmediato. Yo me abrí paso entre los demás invitados hacia la puerta.

Cuando llegué allí, Dixon estaba fuera en la acera gesticulando con nerviosismo. Me habría encantado saber qué estaba diciendo, pero no entendía nada. Entre nosotros estaban la puerta y un grueso cristal.

Finalmente, Dixon terminó la conversación. Parecía ligeramente molesto y decepcionado.

Segundos después, volvió a abrir la puerta de la galería. Al verme, dijo: —Lamentablemente tengo que pedirte que me disculpes por el resto de la noche. Una emergencia en uno de mis gimnasios aquí en Manhattan. Han saltado las alarmas de humo. Los bomberos están

en camino y mi director de operaciones está ilocalizable. Tengo que irme.— Dixon extendió las manos con gesto de impotencia.

Asentí e intenté que no se notara mi decepción. —Por supuesto. Lo entiendo. Gracias por tu ayuda. Ha sido…, ha sido sencillamente maravilloso.

Dixon sonrió. —Ha sido un placer. Y desearía que pudiéramos terminar la velada de otra forma que no fuera con una despedida tan abrupta. En realidad, lo tenía planeado de una manera muy distinta.— Al decir las palabras «muy distinta», la voz de Dixon bajó una octava y se volvió más profunda de lo habitual.

Mis mejillas volvieron a encenderse.

—Yo también.—

Capítulo 18 Dixon

Estaba sentado ante mi escritorio y abrí el periódico. En realidad, me había imaginado empezando el día de otra manera. Eché un vistazo por el gran ventanal panorámico. La Central Park Tower me sonreía. Por supuesto, también se veían todos los demás rascacielos del *skyline* de Nueva York, pero para mí, en este momento, solo contaba la Central Park Tower.

Mi hogar.

Si ayer no se hubiera cruzado esa urgencia, ahora estaría en casa.

En la cama.

Con Maisy.

Anoche me había hechizado aún más que hasta ahora. Su asombro al descubrir que la inauguración había tenido realmente el éxito prometido me había hecho sonreír. Maisy pintaba cuadros maravillosos que daban fe de un gran talento, perspicacia y

experiencia vital. Pero en lo que respecta a los negocios, era una principiante.

Al recordarlo, volví a sonreír. Había sido tan fácil fingir ante la pareja interesada en los cuadros de Maisy que ya había habido consultas por ellos. Ni siquiera era mentira; algunos invitados ya se habían interesado por alguna que otra obra. Pero nadie había querido comprar la serie completa de cuatro cuadros. Mi comentario, de todos modos, no había sido el factor decisivo, sino que solo había reforzado la decisión que la pareja ya había tomado. Eso es algo que he aprendido en todos estos años como empresario: no se puede obligar a la gente a comprar algo que no quiere. Pero sí se les puede dar un empujoncito en la dirección en la que ya quieren ir.

No había hecho nada más que eso.

Maisy se había ganado el éxito a pulso.

Sus cuadros me habían cautivado de inmediato. En persona se veían aún mejor que en la carpeta que me había entregado su agente.

Tomé nota mentalmente para hablar con Maisy sobre el agente. No parecía valer mucho, tal vez porque era agente y agente inmobiliario a la vez. Hasta ahora no había hecho nada por Maisy. Él me vendió el edificio y me aseguró que seguiría esforzándose por vender los cuadros. Pero no había pasado nada. El pequeño evento de ayer había tenido más éxito que todos los esfuerzos del agente.

Eso, si es que hacía algo.

Albergaba mis dudas al respecto.

Anoche ni siquiera se presentó. No es que su ausencia molestara; ni siquiera se notó. Pero si no acude a una inauguración y ni siquiera se disculpa por ello, en mi opinión, está fuera de lugar. No se merecía representar a Maisy.

Ella al principio se había sentido insegura. Poco a poco se fue desenvolviendo cada vez mejor en la situación. Habló, sonrió y explicó. Había observado fascinado cómo se movían sus labios carnosos al hablar y sonreír. Cómo brillaban y centelleaban sus ojos. Cómo se pasaba la mano por su larga melena rubia con movimientos agraciados y cómo maniobraba su cuerpo con elegancia entre los numerosos invitados.

Mi decisión estaba tomada.

Quería brindar por fin con Maisy por nuestra colaboración al final de la noche.

Pero entonces ese idiota se interpuso. Al recordarlo, fruncí el ceño. Le había hecho daño a Maisy. En ese momento, vi rojo. Lo que más deseaba era romperle la cara a ese tipo. Pero, en primer lugar, no quería provocar un escándalo esa noche. Maisy estaba tan feliz por cómo iba la inauguración que no quería hacer nada que destruyera ese sentimiento.

Y en segundo lugar... en segundo lugar, ni siquiera sabía quién era ese tipo. ¿Un antiguo amante? ¿Un competidor? Parecía conocer a Maisy y había soltado un montón de cosas incomprensibles y no paraba de hablarle, pero no saqué nada en claro.

Solo había visto una cosa: dolor y miedo en los ojos de Maisy. Eso era más de lo que podía soportar. Así que no lo dudé y puse al tipo de patitas en la calle. Luego sonó mi móvil y tuve que marcharme urgentemente.

Así que ahora estaba aquí sentado, con un montón de periódicos delante que Pandora me había dejado.

En lugar de estar desayunando con Maisy en la cama.

Lo que se aplaza no se olvida, Dixon.

Me quedé mirando pensativo por la ventana. Sí, Maisy era sumamente atractiva y encantadora. Pero, ¿qué era exactamente lo que me fascinaba tanto? Antes, después de unas cuantas citas, habría perdido el interés por una mujer, sobre todo si no llegábamos a nada más, como ayer por la noche. Por supuesto, eso no habría sido culpa de Maisy. Rara vez había sido culpa de la mujer. Pero siempre había sido suficiente para que el interés se apagara.

No pasaba así con Maisy.

Con ella, aquello me volvía aún más loco.

Y no tenía idea de por qué.

De nada sirve seguir dándole vueltas, Dixon. Tienes que tomar las cosas como vienen.

¿Y por qué no?

Realmente había peores perspectivas que la de seguir divirtiéndome un poco con Maisy.

Con ese pensamiento, por fin me centré en el periódico que tenía delante. Todas las mañanas leía las noticias por internet, pero todavía me encantaba hojear algún que otro periódico. Era una

sensación muy distinta. Una sensación de calma que contrastaba precisamente con el ajetreo que difundían algunos portales de noticias en la red.

Sin embargo, no había nada especial en el periódico.

Cogí mi tableta y abrí el correo. Había alertas de noticias sobre temas de *fitness*, resultados de búsqueda diarios sobre *Dixon's Fitness* y sobre mi competencia, y todo lo demás que necesitaba saber.

Elbert había concedido una entrevista.

Divertido, hice clic en el enlace del resumen de noticias. Seguro que sería una lectura entretenida. Elbert odiaba a los periodistas de todo corazón y lo dejaba claro en cada entrevista. Por eso concedía tan pocas. Esbocé una sonrisa. ¿De qué manera se habría tirado piedras contra su propio tejado esta vez?

Elbert Bade, el rey del fitness en Nueva York

Miré indignado el titular del artículo. ¡El rey del *fitness* de Nueva York! Si alguien podía llamarse así, era yo. Mis estudios tenían mil veces más éxito que los de Elbert. Tenía más locales, más clientes, más clases y más máquinas. YO era el rey del *fitness* de Nueva York.

Bufé. Pandora debía encargarse de inmediato de que yo también tuviera una cita para una entrevista con ese periódico. Entonces pondría las cosas en su sitio.

Los gimnasios de Elbert Bade son cada vez más populares entre sus clientes. Mientras que otras cadenas tienen que luchar por los usuarios, se quitan el terreno unas a otras y hacen publicidad con

conceptos poco prometedores, Elbert Bade tiene un problema muy distinto: le falta espacio para alojar a todos los interesados en sus estudios.

Rechiné los dientes.

¿Pero qué era esto?

Elbert estaba tergiversando los hechos por completo. YO era el que tenía poco espacio. Nadie quería ir con Elbert. La gente hacía cola en *Dixon's Fitness* y recibíamos solicitudes de membresía más rápido de lo que podíamos procesarlas. Buscaba constantemente personal que me ayudara con ello.

¿La razón? Según Elbert Bade, una muy sencilla.

Ahora sí que tenía curiosidad.

—No somos uno de esos estudios que miman a sus miembros. Por supuesto, queremos que todos se sientan a gusto con nosotros. Pero alguien que solo viene para ir a la sauna... no necesitamos a alguien así —Bade niega con la cabeza—. Algunos gimnasios, y no quiero dar nombres, ofrecen precisamente eso —Bade se ríe—. ¿Qué tiene eso de fitness, les pregunto yo? Si me tomo un batido de proteínas y voy a la sauna, eso es más bien una forma de bienestar o spa. Pero seguro que no estoy haciendo nada por mi resistencia, mi fuerza y mi flexibilidad.

Elbert no quería dar nombres.

¡Pero todo el mundo sabía que sus palabras iban dirigidas a mí!

¡Todo el mundo conocía *Dixon's Fitness*!

—Esos estudios obtienen unos ingresos extra estupendos con la venta de batidos —Bade niega con la cabeza—. En lugar de conseguir que sus miembros se muevan y hagan algo de verdad por su salud —Bade frunce el ceño—. Yo les pregunto: ¿qué es lo que realmente les importa a estos estudios? ¿Sus ganancias, es decir, el dinero? ¿O la salud de sus clientes?

Furioso, tiré la tableta sobre la pequeña mesa de reuniones junto a la ventana.

¿Pero qué se creía Elbert?

Afirmaba que no me importaba la salud de mis clientes. ¡Claro que me importaba! Tenía una sauna para atraer a los clientes al gimnasio en primer lugar. Porque sabía que, una vez allí, aumentaban las posibilidades de que hicieran algo por su forma física y pasaran por la cinta de correr o la elíptica antes de entrar en la zona de saunas. En cambio, quien se quedaba en casa en el sofá porque no había una sauna que lo atrajera al estudio, garantizado que no hacía nada por su *fitness* ni por su salud.

¡La salud de mis clientes me importaba mucho más que a Elbert!

ÉL era a quien solo le importaba el dinero. Por eso ahorraba en todo lo que podía, tenía un equipamiento anticuado en todos sus estudios y daba entrevistas calumniosas como esta.

Me levanté de un salto y me puse a caminar de un lado a otro en mi oficina. Me habría encantado ir de inmediato a ver a Elbert y pedirle explicaciones.

No es una buena idea, Dixon. Con eso solo le darás más carnaza para el próximo artículo. En cualquier caso, primero deberías

terminar de leer este artículo antes de decidir qué hacer a continuación.

Volví a la mesa y cogí la tableta de nuevo.

—Sabemos perfectamente que nuestra competencia factura más con los batidos de proteínas que con las cuotas extra por clases especiales. Un 33 % más, para ser exactos. El año pasado fueron 200 millones de dólares —Bade se ríe—. ¿Pueden imaginarse que se beba tanto dinero en batidos de proteínas? ¡Yo no! Y sin embargo, es así.

Un 33 % más.

200 millones de dólares.

¡Esas eran mis cifras!

Había recibido los informes hacía solo unos días.

Un 33 % más de facturación con batidos de proteínas que con las clases especiales para las que nuestros clientes tenían que inscribirse aparte y que a menudo estaban subvencionadas por los seguros médicos. Yoga. Escuela de espalda. Relajación. Esas cosas.

Y habíamos facturado un total de 200 millones de dólares con nuestros batidos. Era una cifra considerable, pero si se miraba la facturación total de *Dixon's Fitness*, la cifra tampoco era TAN gigantesca.

¿Y qué debía hacer?

¿Dejar de ofrecer batidos a los clientes?

Al fin y al cabo, compraban los batidos porque los querían. Nosotros dábamos agua gratis, toda la que quisieran beber. Los clientes también podían traer su propia agua. O zumos de frutas. Pero querían nuestros batidos. Si no, no los comprarían.

¿De dónde había sacado Elbert esas cifras?

¿Cómo se había hecho con ellas?

Nuestro informe había sido estrictamente confidencial y solo para fines internos. Muy pocas personas aquí dentro lo habían visto siquiera. Yo. Mi controlador, que siempre vigilaba nuestras cifras y comprobaba que todo cuadrara. Mi director de marketing, que siempre estaba pensando en lo que los clientes querían y cómo podíamos mejorar para dárselo. Y unos pocos empleados cercanos más. Confiaba plenamente en todos ellos, pues llevaban años en *Dixon's Fitness*. Eran como mi familia. Nunca me traicionarían, tan poco como yo los traicionaría a ellos.

—¡Dixon! —La puerta del despacho se abrió de golpe.

Alcé la vista.

¿Quién demonios se atrevía a molestarme así como así?

Ante mí estaba Pandora. Mi prima tenía las manos apoyadas en las caderas. Su mata de pelo rizado parecía no haber visto un peine desde hace tres días. Su nariz puntiaguda sobresalía en su rostro. ¿Por qué mi prima no intentaba sacarse un poco más de partido?

—¿Qué pasa? —pregunté de mala gana. Hasta ahora, nuestra colaboración no había funcionado tan mal. Pandora se había plegado a mis instrucciones estos últimos días de forma bastante dócil y no lo había hecho nada mal. Sí, nunca había sido mi intención contratar a mi prima. Solo lo hice por consideración a la abuela Adelaide. Pero parecía que ya había tomado decisiones mucho peores. ¿Me habría equivocado con Pandora? Quizá había cambiado.

—He oído que ayer estuviste en una inauguración. —Pandora me miró con intención.

—Vaya, conque lo has oído. ¿De quién? —Hice una mueca. Típico de Pandora. Nada más pensar por un momento que no era tan mala, venía y me demostraba exactamente lo contrario.

Tu prima no va a cambiar, Dixon.

—Eso no importa —Pandora pasó por alto mi objeción—. De todas formas, no es tan relevante. Puedes hacer lo que te plazca.

—Gracias por el permiso —respondí con ironía—. Como recordarás, te dije que no volveríamos a hablar de este tema aquí. —En los últimos días, Pandora se había ceñido a ello.

Una vez más, Pandora hizo como si yo no hubiera dicho nada. —Solo quiero que por fin te intereses también por mis cuadros. —Pandora se cruzó de brazos y frunció los labios—. Al fin y al cabo soy tu familia, Dixon.

Por desgracia.

El pensamiento me cruzó la mente antes de que pudiera recapacitar. Pandora volvía a mostrar su verdadera cara. Probablemente se había

mostrado tan dócil estos últimos días solo para poder darme la lata ahora con la cuestión de sus cuadros. Había llegado el momento de decirle por fin la verdad.

—Nunca voy a comprar tus cuadros, Pandora. Simplemente no me gustan. —Me encogí de hombros. Hasta ahora había evitado una declaración clara. Pero ahora que había visto el talento de Maisy, ya no podía fingir que algún día me gustarían los cuadros de Pandora. Eso simplemente nunca ocurriría.

Pandora abrió la boca. Pero esta vez no le presté más atención. —Además, no te he dado el puesto aquí para que estés todo el rato dándome la tabarra con tus cuadros. Sino para que hagas el trabajo que te asigne.

Pandora volvió a abrir la boca.

Y luego la cerró.

Sin decir nada.

Me aguanté una sonrisa. Mis palabras surtían efecto y disfrutaba ejerciendo el poder que ahora tenía sobre Pandora. Luego señalé mi tableta, que estaba sobre la mesa. —La competencia ha publicado cifras confidenciales de nuestra empresa. No tengo idea de dónde las han sacado. Quiero que te encargues de ello y descubras quién se ha ido de la lengua. Y con suma delicadeza. Como si estuvieras pintando un cuadro. ¿Puedo confiar en ti para esto? —Miré fijamente a mi prima.

En ese instante, me asaltó un pensamiento. ¿Y si Pandora había hablado? Como mi asistente, conocía las cifras.

Tonterías, Dixon. Pandora es una pesada insoportable. No te traga. Pero sigue siendo de la familia. Si hiciera algo así, la abuela Adelaide no le volvería a dirigir la palabra. Y ella lo sabe.

Pandora cogió la tableta y salió de mi despacho.

Me quedé mirando pensativo por la ventana.

¿Qué averiguaría?

Y sobre todo: ¿cómo podía evitar que Elbert siguiera haciendo daño?

Tenía que idear una estrategia adecuada sin falta.

Y mejor hoy que mañana.

Quién sabía qué más podría pasar si no.

Capítulo 19 Maisy

¡El Plaza!

Abrí los ojos de par en par al ver dónde se detenía Dixon. Estaba a un paso de su casa en la Central Park Tower. Probablemente comía aquí al menos una vez a la semana. Yo, sin embargo, nunca había estado en un restaurante tan elegante. Sí, en Nueva York había opciones de sobra. Pero no podía permitirme una comida en un restaurante de lujo. ¡Ni siquiera podía permitirme ir a ver un musical!

—Espero que esto sea una compensación adecuada por haber tenido que dejarte sola ayer —dijo Dixon. Avanzó hasta la entrada del hotel. En cuanto el Ferrari se detuvo, un botones uniformado abrió la puerta de mi lado. —Bienvenida al Plaza, señora.

—Gra… gracias —balbuceé aturdida. No estaba acostumbrada a tanta atención. Cuando iba a comer a alguna parte, ya me daba por satisfecha si el camarero no me ignoraba por completo. Salí del coche y me percaté de refilón de cómo Dixon le entregaba al botones las llaves del Ferrari y una generosa propina.

Contemplé maravillada la fachada blanca del hotel de lujo. Cuatro columnas blancas enmarcaban la entrada.

—Increíble, ¿verdad? —Dixon estaba a mi lado—. Este edificio me parece sencillamente maravilloso. Es mucho más bonito que la torre donde vivo.

—Pero… pero tú vives mucho más arriba. Esto tiene como mucho veinte plantas. —Miré la fachada. Para los estándares de Nueva York, el Plaza no era especialmente alto. Un edificio de lo más normal en Manhattan.

Dixon se rio. —Cierto. Y me gusta vivir ahí. Es moderno y lujoso. Pero aquí se respira el espíritu de una época totalmente distinta. Y eso me resulta muy encantador. ¿No es eso lo que intentas capturar con tus cuadros?

Me giré hacia Dixon. Sus ojos oscuros brillaban con curiosidad. Y sentí un calorcito por dentro. Se interesaba DE VERDAD por mis cuadros. No fingía solo para…

… porque quisiera meterse conmigo en la cama.

Eso es lo que había creído al principio. Al fin y al cabo, había suficientes hombres que eran exactamente así. Fingían que les gustaba mi obra porque creían que así me gustarían ellos. Pero solía pillar el engaño bastante rápido.

—Por supuesto, no me refiero exactamente al espíritu de esa época —explicó Dixon entonces—, sino simplemente a… otro lugar, otro tiempo. Quieres transportar al espectador a alguna parte. Ofrecerle algo de distracción.

—Eso… eso es cierto. —No podría haberlo dicho mejor yo misma.

Dixon puso una mano en mi espalda. —Bueno, pues ya va siendo hora de que alguien te distraiga a ti. Entremos.

La mano de Dixon era cálida y firme. Mientras me guiaba por las altas puertas hacia el interior, contuve el aliento con un poco de nerviosismo. ¿Iba vestida de forma adecuada para un lugar tan elegante? Llevaba un vestido de noche lila que en el dobladillo se transformaba en un tono azul suave, a juego con mis zapatos. Este vestido también procedía de una tienda de segunda mano.

—Estás maravillosa —me susurró Dixon al oído. Su aliento se sentía cálido sobre mi piel. Un escalofrío me recorrió el cuello.

Observé maravillada el vestíbulo del Plaza.

—Nunca habías estado aquí, ¿verdad? —preguntó Dixon.

Casi me da por soltar una risita.

Por supuesto que no.

¿Por quién me tomaba Dixon? ¿Acaso no se había dado cuenta todavía de que no tenía un duro?

Miré a mi alrededor. De repente, los nervios me pasaron factura. —¿Dónde está el…? —Me interrumpí—. Es que tengo que refrescarme un momento.

Casi pregunto dónde estaba el váter. Pero esa palabra me parecía totalmente fuera de lugar en este entorno.

—Por allí. —Dixon señaló dos puertas al otro lado del vestíbulo—. Te espero allí. —Indicó un sofá de cuero negro que estaba escondido tras varias plantas grandes en macetas.

Asentí y crucé el vestíbulo a paso rápido. Mis zapatos taconeaban con fuerza en el suelo y me alegré cuando llegué por fin al aseo y abrí la puerta.

Entonces me quedé petrificada.

Frente a mí había una persona con una melena rizada que parecía despeinada. No me había visto todavía, ya que estaba ocupada examinándose minuciosamente en el espejo.

Pandora.

Contuve el aliento.

Lo que más deseaba era salir pitando del aseo de señoras. Pero me urgía de verdad e irme ya mismo haría que Dixon se preguntara por qué había vuelto tan pronto. Avancé con cautela, un pie tras otro. Quizás pudiera pasar junto a Pandora sin que me viera. Quizás estaba tan absorta en sí misma que ni se enteraría de que estaba allí.

En ese momento, la mirada de Pandora se encontró con la mía en el espejo.

Volví a inspirar con brusquedad. No tenía ninguna gana de más espectáculos ni dramas.

—Maisy. —Pandora se giró hacia mí—. Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Yo… tengo que ir al servicio. —Señalé la puerta que llevaba desde el anteaseo de los lavabos hasta las cabinas.

Pandora se rió. No de forma mezquina y protestona como de costumbre, sino simplemente… ¿normal? Como se habría reído Jaylene. O cualquier otra amiga o conocida. —Claro, qué vas a querer si no. —Se dio una palmadita en la frente con la mano—. Qué pregunta más tonta por mi parte.

Me quedé con la boca abierta de asombro. ¿Pandora no me estaba atacando? ¿No buscaba un punto débil? La observé con desconfianza. ¿Había bebido algo? ¿Por eso se comportaba de forma tan distinta a lo habitual?

Pandora dio un paso hacia mí. Y otro más. Antes de que pudiera retroceder, me puso una mano en el hombro. Su contacto no fue brusco. Sino casi… bueno, si no se hubiera tratado de Pandora, habría dicho que el gesto era amistoso.

—Me he comportado de forma bastante estúpida, Maisy. Todo este tiempo. En los últimos meses. Pero incluso antes, en la universidad. —Pandora se aclaró la garganta. Sus ojos marrones se veían claros y sinceros. Yo seguía mirándola con la boca abierta. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Estaba soñando?

—En aquel entonces simplemente no pude superar la ruptura con Gary. Pero en lugar de trabajar en mí misma y buscar la causa en mi interior, la tomé contigo y te hice responsable de todo. Cuando Gary estaba en todo su derecho de interesarse por otra persona. Ya hacía tiempo que lo nuestro se había acabado. —Pandora tragó saliva. El recuerdo la afectaba visiblemente.

Y yo podía entenderlo. Me pasaría lo mismo si mi amor del instituto me hubiera dejado. ¿No? —Gary y yo nunca tuvimos nada —

respondí en tono reconfortante—. Solo cenamos fuera un par de veces. —Y en esas citas, sencillamente no surgió la chispa por mi parte. Pero eso se lo oculté a Pandora. Posiblemente se lo habría tomado a mal. Mi desconfianza no se había desvanecido del todo todavía.

—Y con Dixon… le había pedido que me patrocinara. Pero siempre se negó. Mis cuadros simplemente no son de su estilo. —Pandora sonrió con amargura—. No puedo vivir del arte tan bien como me gustaría. Para ser sincera, en los últimos meses he temido bastante por mi subsistencia.

Eso también podía entenderlo. Mejor de lo que Pandora podía imaginar. Me pasaba exactamente lo mismo. Después de todo, yo había estado a punto de rendirme. Si Dixon no hubiera aparecido, ahora probablemente estaría buscando anuncios de empleo y redactando solicitudes. El miedo por mi sustento había sido mi compañero diario. E incluso ahora no había desaparecido por completo. Sí, había logrado mis primeras ventas. Pero todavía no era una base regular.

Por fin tenía la respuesta a la pregunta de cómo se conocían Pandora y Dixon. Todavía no había tenido ocasión de preguntarle a Dixon más detalles sobre ella. Ahora ya no hacía falta. Pandora había buscado un patrocinador y se lo había pedido a Dixon.

—He decidido aceptar un trabajo. A tiempo parcial. Así me quito estas penurias económicas de encima. —Pandora intentó sonreír de nuevo. Pero no lo consiguió—. Simplemente me decepcionó que Dixon te eligiera a ti y no a mí. Y volví a culparte a ti.

No creía a Pandora capaz de tanta autocrítica y honestidad. Su confesión me pilló totalmente desprevenida.

—Sé que todo esto es un poco repentino… pero ¿crees que puedes perdonarme? ¿Podemos hacer borrón y cuenta nueva y dejar el pasado atrás? —Pandora me miró con ojos de corderito. Nada en ella parecía fingido o actuado—. He trabajado mucho en mí misma estos últimos meses y he tenido que enfrentarme a algunas verdades desagradables. Pero ahora mi vida por fin ha dado un giro a mejor y quiero… sí, simplemente quiero empezar de cero. Ser mejor persona. —Pandora asintió—. ¿Crees que puedes perdonarme? —repitió.

Lo que más me apetecía era responder que tenía que pensármelo.

Pero supongo que no podía hacer eso, ¿verdad?

Venga, acepta las disculpas, Maisy. No hace falta que conviertas a Pandora en tu mejor amiga de golpe. Solo quiere dejar de pelear.

¿Lo conseguiría?

La intención es lo que cuenta, Maisy.

Bueno, veríamos qué pasaba.

—Claro. Empecemos de cero. —Le tendí la mano a Pandora.

Pandora la tomó y me la estrechó un buen rato. —No sabes lo bien que me hace oír eso —dijo entonces.

Asentí. —Pero ahora tengo que ir al servicio urgentemente —dije, señalando con la cabeza la puerta de las cabinas.

Pandora se rió. —Y yo me tengo que ir. Parece que de verdad hay alguien interesado en mis cuadros.

Cuando salí del aseo, ya no había ni rastro de Pandora. Tampoco estaba en el vestíbulo. Eso me alivió un poco.

—Así que no es solo un rumor que las mujeres tardan una eternidad en el baño —dijo Dixon, que ya estaba de pie frente al sofá de cuero negro.

Me reí. Por un momento me planteé contarle lo del encuentro con Pandora, pero decidí no hacerlo. La noche debía ser para Dixon y para mí. Ya le contaría mi experiencia otro día.

Dixon me tomó de la mano. —Vamos dentro. Me muero de hambre.

—¡Dixon! —Una voz enérgica y acostumbrada a mandar llegó a mis oídos. Al mirar a mi alrededor, vi a una señora mayor que salía de detrás de las plantas. Parecía llena de energía e iba vestida con esa clase de elegancia completamente atemporal. Llevaba un vestido sencillo de color gris claro que a cien metros de distancia se notaba que NO procedía de una tienda de segunda mano. Las joyas que lucía también parecían caras. Probablemente no es que lo PARECIERAN. Con toda seguridad LO ERAN.

—Abuela Adelaide. —Dixon parecía sorprendido.

¿La abuela de Dixon? ¿Esta era su abuela?

—Qué alegría encontrarte aquí. Aunque realmente tienes que aparecer en todas partes con vaqueros y zapatillas. —La abuela de Dixon examinó a su nieto solo un momento antes de volverse hacia mí. Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo y luego volvió a

subir. No se le escapaba nada. Ni mi pelo, ni mis zapatos y mucho menos mi vestido. Y desde luego no se le escapó que Dixon y yo estábamos de la mano. Probablemente también notó que Dixon me acariciaba suavemente el dorso de la mano con el pulgar. Solo esperaba que no se diera cuenta del calor que me estaba entrando.

—¿No vas a presentarme a tu guapa acompañante? —La abuela de Dixon miró a su nieto con aire inquisitivo.

Dixon me soltó la mano y movió la suya entre su abuela y yo. —Abuela, esta es Maisy. Maisy, esta es mi abuela.

La abuela de Dixon soltó una carcajada. —Breve y conciso, como de costumbre. —Se volvió hacia mí y me tomó la mano—. Estoy encantada de conocerla, querida. Me he estado preguntando todo este tiempo cuándo traería Dixon por fin a una novia. Hoy en día, una tiene que hacerse preguntas cuando un hombre joven y sano está soltero todo el tiempo —dijo la abuela de Dixon, sacudiendo la cabeza.

Me aguanté la risa.

—Me alegra que ahora forme parte de la familia. —La abuela Adelaide me sonrió.

—Yo... esto... —No sabía qué decir. ¿Formar parte de la familia? Eso me parecía un poco demasiado. Y un poco pronto.

—Me resulta usted sumamente simpática. —La abuela Adelaide volvió a examinarme—. Siempre temí que Dixon acabara cayendo en las redes de una de esas lagartonas emperifolladas. Pero usted me parece bastante centrada y con los pies en la tierra. Bien. —La abuela Adelaide asintió aprobadoramente.

—Eso... —De nuevo, no supe qué decir.

—Maisy tiene los pies muy en la tierra —acudió Dixon en mi ayuda.

—¿A qué se dedica? —quiso saber la abuela Adelaide.

—Pinto —respondí.

—¿Pintar? —La abuela Adelaide frunció el ceño—. Entonces quizá conozca incluso a... —No pudo seguir.

Dixon la interrumpió. —Abuela, si no te importa, Maisy y yo queremos entrar ya. Me muero de hambre y seguro que Maisy también.

La abuela Adelaide se rio. —Ya de pequeño tenías siempre muy buen saque. De verdad que no sé dónde metes todo lo que comes. Debe de ser por tanto deporte.

—Probablemente. —Dixon asintió—. Por eso necesito comer algo urgentemente.

La abuela Adelaide asintió con condescendencia. —Ya he captado la indirecta, muchacho. Queréis estar a solas. Podrías decírmelo así de claro, no te cortes. No nací ayer. —Al decir las últimas palabras, la abuela Adelaide sonaba casi indignada.

Me volví a aguantar la risa. La abuela de Dixon me caía de maravilla. Siempre había deseado tener una abuela así.

Dixon sonrió. —Me has pillado, abuela. Solo quería no herir tus sentimientos.

La abuela Adelaide arrugó un poco la nariz. —No soy tan vieja y achacosa, muchacho. Todavía puedes tratarme con normalidad. —Paseó la mirada de Dixon a mí y de nuevo a él—. Vendréis los dos pronto a almorzar a mi casa. O quizá a un brunch el domingo. —Por la forma en que lo dijo, sonó más a una orden que a una invitación —. Quiero conocerla mejor. —La abuela Adelaide se dirigía ahora directamente a mí—. Y charlar largo y tendido con usted, Maisy.

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Dixon se rió. —Te llamaré. Entonces concertaremos una cita. Y ahora, que pases una buena velada, abuela. —Dixon se inclinó y besó a su abuela en la mejilla.

La abuela Adelaide asintió satisfecha y se dio la vuelta. Mientras ella atravesaba el vestíbulo, Dixon volvió a tomar mi mano.

—¿Qué andaría haciendo por aquí? —se preguntó Dixon—. Debía de haberse citado con alguien. ¿Pero con quién? —Se quedó mirándola mientras se alejaba.

Luego se encogió de hombros y se volvió hacia mí. —Qué más da. Es hora de que NUESTRA noche comience por fin.

Al oír cómo Dixon recalcaba la palabra NUESTRA, la piel de mis brazos sintió un ligero hormigueo.

—¿Y bien? ¿Me quedé corto? —Unas horas más tarde, Dixon estaba a mi lado.

—En absoluto. Más bien te quedaste corto. Esto... Esta vista es fantástica. Realmente única. —Yo estaba junto al ventanal del ático de Dixon y miraba hacia abajo. Central Park se extendía ante mis

ojos—. Siento como si tuviera toda la ciudad a mis pies. Me encantaría montar aquí mi caballete y pintar. No copiar. Simplemente capturar esta atmósfera. Podría ser mi próxima serie de cuadros. Nueva York, a los pies del espectador. Por la mañana. Al mediodía. Por la tarde. Y por la noche. —Miraba hacia fuera con entusiasmo.

Sin previo aviso, Dixon se inclinó hacia delante y me besó en la boca. Así, sin más. Un beso corto y rápido. Sus ojos estaban aún más oscuros que de costumbre. —Llevo queriendo hacer eso toda la noche. Y ayer también quise hacerlo. —Me miró fijamente.

Y yo le miré a él.

¡Cielo santo! Por fin pasaba lo que llevaba deseando todo este tiempo desde que volví a ver a Dixon.

Y ahora me sentía completamente abrumada por ello.

Dixon se aclaró la garganta. —Lo de Boston fue solo una casualidad. Sí, me pareciste atractiva. Pero en realidad no te conocía. Sin embargo, estos últimos días... te he ido conociendo. Eres una mujer maravillosa, Maisy.

No sabía qué decir.

Pero tampoco hacía falta decir nada.

El aire a nuestro alrededor pareció cargarse de electricidad de repente. Nuestros cuerpos se movieron automáticamente el uno hacia el otro. Como dos imanes. Nuestras bocas se encontraron.

Cerré los ojos.

Por fin. Por fin volvería a sentir a Dixon. Por fin volvería a tocarme. Por fin su boca estaría de nuevo sobre la mía. Sus labios sobre mis labios. Su piel contra mi piel. Inhalé un aroma a sándalo y coco.

Dixon rozó mis labios suavemente con su lengua. Suspiré de placer y le rodeé con mis brazos. Dixon me sujetó la espalda y me apretó ligeramente contra él. Y entonces presionó sus labios contra los míos. Bebí el beso con avidez.

Quería más.

Más de Dixon.

Cuando Dixon pidió paso, abrí la boca. Nuestras lenguas se encontraron y comenzaron una danza apasionada. Dixon puso una mano en mi nuca. Arqueé la espalda y me curvé hacia él. Mi pelvis se rozó con la suya.

Y entonces sentí la excitación de Dixon.

Estaba duro.

Me deseaba.

Mi piel hormigueaba. Jadeé con fuerza. Dixon se apartó de mí un instante. Segundos después, mordisqueaba el lóbulo de mi oreja y me soplaba su aliento cálido al oído.

—Sí —jadeé, frotando mi pelvis contra la de Dixon. Con toda la intención.

Las manos de Dixon recorrieron mi espalda. Y entonces sentí cómo abría la cremallera de mi vestido. Deslicé mis manos de su espalda hacia delante y empecé a hurgar en su cinturón. Vagamente me di cuenta de que mi vestido resbalaba hasta el suelo y Dixon me quitaba el sujetador.

Y poco después su boca estaba en mis pechos. Los cubrió de besos. Succionsba mis pezones y los rodeaba con destreza con pequeños movimientos que se hacían cada vez más rápidos y firmes.

Sentí cómo me humedecía. Mi centro se contrajo.

Y solo con eso.

—Oh, sí —gemí fuerte—. Por favor, no pares.

No hubo que decírselo dos veces a Dixon.

Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y me entregué por completo a sus calientes caricias. Poco después, sentí que Dixon me guiaba hacia el sofá. Abrí los ojos.

—No tengas miedo —susurró Dixon.

—Contigo no —susurré yo.

Dixon me empujó suavemente sobre el sofá.

Y entonces su cabeza estuvo entre mis piernas. La lengua de Dixon encontró mi punto más sensible y comenzó a jugar con él. Repitió los pequeños círculos con los que antes había acariciado mis pezones. Todo en mi interior se contrajo. El deseo se concentró en

mi centro. Creía estar flotando en el séptimo cielo. Y al mismo tiempo sentía que me quemaba.

—¡Oh, Dios! —jadeé—. No pares. Por favor, no pares.

Dixon no paró.

Hasta que me vine con un fuerte grito. —¡¡Sí!! —Una ola de placer me inundó desde las puntas del pelo hasta los dedos de los pies.

Pero antes de que pudiera recobrar el sentido, Dixon me había subido hacia él. Sobre sus caderas. Ahora su miembro estaba dentro de mí. Había estado esperando este momento todo el tiempo. Por fin quería volver a sentirme tan llena como en Boston.

Y por fin podía devolverle a Dixon algo de lo que me acababa de regalar.

Moví mis caderas hacia delante y hacia atrás. Primero despacio, luego cada vez más rápido. Dixon me seguía el ritmo.

Gimió fuerte. —Oh, maldita sea, nena, qué bien sienta. —Su mirada viajó de mi rostro a mis pechos, que botaban, y de nuevo a mi cara.

Eché la cabeza hacia atrás, agarré el brazo de Dixon y me incliné ligeramente hacia atrás.

Oh, maldita sea.

El miembro de Dixon tocaba exactamente el punto correcto dentro de mí.

Mis movimientos se intensificaron y pude sentir cómo Dixon se ponía aún más duro dentro de mí. Gemí con fuerza.

Y entonces todo volvió a contraerse en mi interior.

—¡Oh, Dios, sí! —Mi segundo orgasmo fue aún más potente que el primero. Mientras estaba sentada sobre las caderas de Dixon, di rienda suelta a mi deseo.

—¡Sí, nena! —Dixon me agarró firmemente por las caderas y me apretó contra él—. ¡Maldita sea, sí! —Con un sonoro gemido, se corrió dentro de mí.

Capítulo 20 Maisy

Dos semanas después

—No, nada de café. —Negué con la cabeza cuando Jaylene puso una taza frente a mí en la mesa de la cocina.

—¿Nada de café? —Mi amiga me observó con recelo—. ¿TÚ rechazas el café? —Jaylene hizo especial hincapié en la palabra tú—. No has rechazado un café nunca desde que te conozco. Al contrario, bebes café a todas horas. Incluso en momentos del día en los que cualquier otra persona pasaría de él.

Mi amiga tenía razón. El café era para mí un elixir de vida. No sabía cómo habría sobrevivido a la carrera sin él. A menudo pintaba por las tardes o por la noche, sobre todo cuando quería capturar un estado de ánimo especial. Era el café lo que me mantenía despierta en esos momentos. Y era el aroma del café lo que me gustaba usar para empezar el día.

Jaylene se dejó caer en una silla frente a mí. Dejó de prestar atención a las tazas. —Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Dixon te ha cambiado bastante si ahora ya ni siquiera quieres beber tu adorado café. —Mi amiga me escudriñó con ojo crítico.

Negué con la cabeza. —No es por él. El café ya no me sabe como antes. Y el aroma... tampoco es lo mismo. —En realidad, desde hacía unos días el olor me resultaba casi nauseabundo. Pero no se lo dije a Jaylene. Probablemente me habría enviado directa al médico.

—¿Te ha prohibido beber café? —Jaylene frunció el ceño con preocupación.

Me reí ante la idea. Como si Dixon fuera a prohibirme algo. —No, no —tranquilicé a mi amiga—. Él nunca me prohibiría nada. Al contrario, si le dijera que me gusta el café, probablemente me compraría una cafetera nueva. Y encargaría el mejor café, directo del productor. —Sonreí—. Es de verdad el hombre más dulce, maravilloso y atento que he conocido jamás.

Jaylene apoyó la cabeza en ambas manos y me miró con cariño. —Es bonito verte tan feliz, Maisy. Por fin. Te lo has ganado a pulso.

Miré al tablero de la mesa, un tanto abrumada. —El amor no entiende de méritos —dije en voz baja—. Si fuera así, mucha gente debería ser feliz con alguien y no lo es. Tú también.

Volví a mirar a mi amiga.

Había pronunciado la Gran Palabra. La gran palabra mágica. La palabra que empieza por A.

Amor.

Todavía no se había pronunciado entre Dixon y yo. Quizás fuera todavía un poco pronto para eso. Pero todo se sentía tan bien. Tan perfecto. Tan maravilloso. Estar con Dixon era como dejarme deslizar en un baño caliente y simplemente estirarme a gusto. No había discusiones. Ni desarmonía.

Desde que pasamos la noche juntos en su ático después de la cena en el Plaza, apenas había pasado un día en el que no nos hubiéramos visto. Y apenas una noche que no hubiéramos pasado juntos. Al pensar en ello, me ruboricé. Con Dixon estaba redescubriendo la pasión en mi interior, esa que tanto tiempo había ocultado a los demás y a mí misma. Me encantaba cómo miraba mi cuerpo y cómo lo... sí, cómo lo amaba. Con él me sentía por fin totalmente yo misma. Daba igual si estaba pintando, riendo, hablando o desnuda en la cama con él.

—¿Y ya has conocido a su familia? —me preguntó Jaylene, devolviéndome al presente, a su cocina. Estaba sentada con mi amiga en su piso. Hoy queríamos por fin tomar un café juntas y charlar. En las últimas dos semanas había descuidado imperdonablemente a Jaylene y, por eso, ahora tenía mala conciencia.

—Solo a su abuela. La vimos un momento cuando fuimos a cenar. Fue casualidad. —Me pasé una mano por el pelo—. Nos invitó y... —Me encogí de hombros—. Eso se lo dejo a Dixon. Es su familia y él decide cuándo los conozco.

Jaylene asintió.

Yo ya no tenía familia a la que pudiera presentarle a Dixon. Por lo tanto, ese tema ya estaba zanjado por mi parte.

—Tampoco lo conoces desde hace tanto tiempo —comentó Jaylene entonces.

—Sí. Es verdad. —Me sonrojé levemente—. Pero se siente como si lo hubiera conocido de toda la vida.

—Me lo puedo imaginar. Yo también he sentido algo así. Pero si ahora me dices que te sientes como si no hubieras bebido café en toda tu vida, no me creo ni una palabra —rio Jaylene.

—Eso seguro que no —reí y me encogí de hombros—. No sé qué me pasa con el café. Desde hace unos días el aroma me produce auténticas náuseas. —Me froté la nariz—. Quizás he pillado algún virus estomacal. Algo de ese estilo. También he tenido dolor de cabeza más a menudo. Y eso que me siento más relajada de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Jaylene me observó con atención. —¿Tienes algún otro síntoma?

—Una tirantez extraña en los pechos. Como si se estuvieran hinchando. —Me reí de corazón—. Imagínatelo. Qué mujer no daría lo que fuera por tener los pechos más grandes. Y yo... me imagino que está pasando de verdad. —Volví a reír.

—Tus pechos están perfectamente, Maisy. Y estoy segura de que Dixon estará de acuerdo conmigo. —Jaylene me guiñó un ojo.

Me puse roja.

Mi amiga volvió a ponerse seria. —Pero esos síntomas... mi cuñada tuvo los mismos síntomas. —Jaylene miró hacia la mesa.

Me entró inquietud. ¿Estaba la cuñada de Jaylene gravemente enferma? No sabía casi nada de ella. Jaylene apenas la mencionaba. Se llevaban bien, pero no eran íntimas amigas.

—¿Qué... qué tiene entonces? —pregunté con el corazón palpitando con fuerza. Casi no me atrevía a mirar a Jaylene.

—Está embarazada —respondió mi amiga tras una pausa.

Embarazada.

Embarazada.

La palabra salió de la boca de Jaylene y ahora revoloteaba por la cocina. Parecía incontrolable. Voló hacia una esquina. Intenté atraparla, pero ya estaba en el otro rincón y parecía burlarse de mí.

Embarazada.

Resoplé.

No me iba a dejar desconcertar por una palabra así.

—Tonterías. —Negué con la cabeza. Luego recapacité—. O sea, quiero decir, seguro que tu cuñada está embarazada, eso no es una tontería. No quería decir eso. —Volví a negar con la cabeza—. Pero yo no estoy embarazada. No puede ser. Es totalmente imposible.

Jaylene me miró. Levantó su taza e hizo además de dar un sorbo de café, pero se dio cuenta en el último momento de que la taza estaba vacía y la volvió a dejar sobre la mesa. —¿Qué quieres decir con que no puede ser? ¿Acaso no lo has hecho con Dixon...?

Me puse roja. —Sí, claro. Ya en Boston hace cuatro semanas. Ya te lo conté. —Cuatro semanas. ¿O habían pasado ya cinco o más semanas? Ya no lo sabía con exactitud. Desde que Dixon estaba en mi vida, el tiempo parecía haber cobrado un significado distinto.

—Pero yo no puedo tener hijos —expliqué—. Ya lo sabes.

Hace unos años, cuando acababa de empezar la carrera, había estado muy enferma. Había ido al hospital con dolores abdominales inexplicables. Tras varias pruebas, determinaron que era el apéndice. Se me había perforado y me operaron en el último minuto. Casi no lo cuento. También tuve una peritonitis grave. En mi vientre se había producido un desastre total. Los médicos me explicaron tras la operación que mis trompas de Falopio estaban totalmente obstruidas y cicatrizadas, y que nunca podría tener hijos. Sí, debía estar agradecida de seguir con vida.

En aquel entonces, la noticia me afectó mucho, pero con el tiempo me había acostumbrado. Había tenido que acostumbrarme. No me quedaba otra. Más tarde imaginé que, junto a mi marido, quizás algún día adoptaría a un niño.

Así que, definitivamente, no estaba embarazada.

—Los médicos podrían haberse equivocado. —Jaylene conocía la historia—. Esas cosas pasan constantemente. Mujeres que habían perdido toda esperanza y para las que médicamente no existía la más mínima posibilidad han acabado quedándose embarazadas.

Me quedé callada.

¿Qué podía decir a eso?

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla? —quiso saber Jaylene.

—La regla... —respondí alargando las palabras—. No lo sé exactamente. —Luego no dije nada más. Jaylene también guardó silencio.

Mi periodo siempre era puntual. Puede que ya no pudiera tener hijos, pero mi regla era como un reloj. Mi ginecóloga me había explicado que una cosa no tenía por qué estar relacionada con la otra.

Sí, mi regla era como un reloj.

Normalmente.

Pero ahora no había venido.

Estaba segura de que la última vez que había tenido el periodo había sido antes de viajar a Boston. Una o quizás incluso dos semanas antes.

Jaylene debió de ver mis dudas reflejadas en la cara. Se puso en pie. —Tú espérame aquí. Voy abajo a la farmacia y compro un test. Te lo haces. Y así salimos de dudas. La certeza siempre es mejor que estar dándole vueltas eternamente.

Yo no estaba tan segura de eso en ese momento.

Pero no me opuse.

—Positivo. —Media hora después me apoyé, pálida como un muerto, en el marco de la puerta del baño de Jaylene—. Ha dado positivo. —Negué con la cabeza. Simplemente no podía ser—. Estoy embarazada. —Dije las palabras y me escuché a mí misma.

Sonaban tan irreales.

Nunca me había planteado que fuera a ser madre algún día.

Ni siquiera lo había pensado. Por supuesto que no. Después de haber conseguido superar mi infertilidad, me había centrado en otras cosas de mi vida.

—Eso... eso ya me lo imaginaba. —Jaylene me miró con compasión. Extendió la mano y me acarició suavemente el brazo—. ¿Te alegras? —preguntó entonces con timidez.

¿Alegrarme?

Ni siquiera había asimilado bien la noticia.

Se me humedecieron los ojos.

Jaylene me estrechó en sus brazos. Mi mejor amiga había sentido automáticamente cómo me encontraba. —Es algo bonito. No hay motivo para llorar —susurró mientras me acariciaba la espalda.

Simplemente me dejé abrazar.

—Todos los sueños que dabas por inalcanzables y de los que te habías despedido pueden hacerse realidad de repente. —La voz de Jaylene estaba cerca de mi oído.

Todos mis sueños.

Vivir de la pintura.

Criar a un niño.

Me puse tensa.

¿Qué diría Dixon?

—¿Y... y si él no quiere ser padre? —Aún no le había preguntado a Dixon por sus deseos respecto a tener hijos. Y él no me había preguntado a mí. Yo no tenía prisa por hablar del tema, porque me resultaba incómodo confesar mi infertilidad. Y Dixon... me costaba saber qué opinaba. Los hombres rara vez tienen prisa por hablar de este tema. ¿Verdad?

No lo sabía.

No tenía experiencia en ello.

Durante años había evitado a los hombres. No podía darles hijos y por eso siempre me había sentido solo media mujer.

Y ahora, de repente, estaba embarazada.

Jaylene se separó de mí. Me agarró por los brazos y me miró. —Bueno, seguramente para él también sea una sorpresa. Eso está claro. Se lo esperará incluso menos que tú.

Asentí.

—¿Pero te gusta, no? ¿Os va bien juntos? —se aseguró Jaylene.

Sonreí. —Muy bien.

—Entonces ya se acostumbrará a la idea. Tienes que decírselo con cuidado y darle un poco de tiempo. No vayas a soltárselo de sopetón —recomendó Jaylene.

No soltárselo de sopetón.

Eso estaba bien.

¿Cómo se supone que debía decirle a Dixon con cuidado que estaba embarazada?

Al fin y al cabo, no se está "un poco embarazada" o "medio embarazada".

Estaba embarazada.

En mi interior estaba creciendo un niño.

Nuestro niño.

Me acaricié con timidez el vientre, todavía plano.

Y entonces sonreí.

—Lo ves —dijo Jaylene satisfecha—. Acabarás alegrándote de verdad. Y él también.

Pensé en la abuela Adelaide. Solo la había visto una vez, en el vestíbulo del Plaza. Nuestro encuentro había sido breve, pero la abuela de Dixon me había causado una impresión duradera. Seguramente se alegraría muchísimo por un bisnieto o una bisnieta. Ante ese pensamiento, sonreí.

Y si la abuela Adelaide se alegraba, el resto de la familia también lo haría. Ella parecía ser la jefa indiscutible.

—Supongo que... cuando se acostumbre... —Acaricié mi vientre con vacilación. Luego pensé en cómo Dixon me había apoyado en todos mis planes e ideas. Cómo me había mirado. Cómo me sentía en su presencia.

Como una mujer muy especial.

Segura y protegida.

Deseada.

En el lugar correcto.

Todo eso y mucho más.

—Seguro que se alegra —dije entonces y asentí—. Sí, tienes razón. Por supuesto que primero tendrá que acostumbrarse, pero luego seguro que se alegra.

Jaylene estaba radiante. —¿Cuándo piensas decírselo?

Me lo quedé pensando. —Ahora tiene esa competición de natación... creo que en dos días estará de vuelta en la oficina. Se lo diré

entonces.

Dos días.

Ante la idea me entró un poco de aprensión.

En dos días se tomaría una decisión sobre mi futuro. De lo que dijera Dixon dependería el rumbo del resto de mi vida.

Capítulo 21 Dixon

Movía los brazos rítmicamente al compás. Ya no sabría decir cuánto tiempo llevaba haciéndolo. Lo había olvidado todo. El espacio, el tiempo. El trabajo, la gente. Solo existía el agua a mi alrededor y el cielo sobre mí. Y mi amigo Gavin a mi lado. Saqué la cabeza del agua del río Hudson y tomé aire. Luego volví a hundir la cara y seguí nadando a crol.

Zas, zas, zas.

Mi cuerpo funcionaba como una máquina. Se limitaba a ejecutar el programa que tanto había entrenado. ¡Y lo estaba ejecutando de maravilla! Un maratón de natación era como un maratón de carrera a pie: no había garantías de que fueras a lograrlo. Todo se decidía el día de la competición. Al entrenar, aumentabas las distancias de forma constante. Pero el maratón en sí no se podía entrenar. Solo podías preparar tu cuerpo para ello.

Y era evidente que Gavin y yo lo habíamos hecho de forma excelente.

Hoy era el día del *20 Bridges Swim*. Había perdido la noción de cuántas millas llevábamos recorridas. Pero hace unos minutos, al tomar aire, me habían hecho una señal desde nuestro barco de apoyo indicando que nos acercábamos a la meta. En la siguiente brazada, eché un vistazo a mi pulsómetro y comprobé que, efectivamente, faltaba poco para llegar.

¿Cómo estaría Gavin? Mi mejor amigo había nadado a mi lado con constancia y lealtad durante todas esas millas. Sin él, probablemente no habría llegado hasta aquí. Hace apenas unas semanas, Gavin aseguraba que no estaba tan bien entrenado como yo. Pero resultó ser totalmente falso. Solo en las últimas millas se había quedado un poco rezagado. Sin embargo, de algún modo sabía que seguía detrás de mí y que no se había rendido. Podía sentir su presencia.

Mis brazos se sentían cada vez más pesados. En el muslo izquierdo noté un ligero y desagradable espasmo.

¿Un calambre?

No, ahora no, por favor.

No tan cerca de la meta.

Intenté ignorar el muslo lo mejor que pude y seguí nadando. De repente, una imagen apareció en mi mente.

Maisy.

Pensé en ella. En su rostro armonioso de ojos azules y larga melena rubia. En sus labios carnosos. En su risa. En su expresión de concentración cuando pintaba. En su sorpresa cuando alguien se

interesaba de repente por sus cuadros. En cómo echaba la cabeza hacia atrás llena de pasión y gemía con fuerza.

Zas, zas, zas.

Mis brazos seguían haciendo su trabajo.

Lo cierto es que yo no buscaba a ninguna mujer. Mi vida ya estaba completa cuando conocí a Maisy. Tenía el trabajo, tenía a mi familia, tenía a Gavin, tenía el entrenamiento. Nunca había pensado en mujeres. Claro, de vez en cuando surgía la oportunidad de algún placer pasajero. Pero no era nada más. Hasta ahora, ninguna mujer había conseguido despertar mi interés de forma duradera.

Hasta que llegó Maisy.

Zas, zas, zas.

De repente, al tomar aire, divisé un muelle frente a mí. Luego apareció una escalera.

Lo había logrado.

Había llegado a la meta.

El barco de apoyo me había dirigido lentamente hacia la orilla sin que yo me diera cuenta.

Había llegado.

Inmerso en mis pensamientos sobre Maisy, había recorrido los últimos metros como en trance. Alargué una mano hacia la escalera

y me agarré con fuerza. El agotamiento se extendió ahora por todo mi cuerpo. Solo tenía que subir la escalera. Luego podría tumbarme en el muelle y descansar. Mi cuerpo se había ganado un respiro a pulso. Pero, de pronto, los peldaños me parecieron un obstáculo insuperable. Mis brazos pesaban más que nunca y el gemelo no dejaba de darme tirones.

Curiosamente, me sentía como si hubiera podido seguir nadando un rato más. Bastaba con mantener el ritmo.

Zas, zas, zas.

Pero ahora que me había detenido, me parecía infinitamente difícil volver a ponerme en marcha. Fuera a donde fuera y en cualquier dirección.

—Colega, ¿qué pasa? ¿Te has quedado ahí pegado? ¿Te han salido membranas entre los dedos y ya no sabes moverte por tierra firme? —Una mano se posó en mi hombro.

Gavin.

Mi amigo había llegado.

Los dos habíamos alcanzado la meta.

—No sé cómo estarás tú, pero yo necesito urgentemente meterle unas cuantas calorías al cuerpo y beber algo. Y después tengo que volver a transformarme en un ser humano. Ahora mismo me siento más bien como un pez. —Gavin se rio.

Me asombraba mi amigo. Incluso después de semejante proeza física, tras el mayor de los esfuerzos, seguía de humor para bromear

y conseguía hacerme reír y levantarme el ánimo.

—En eso tienes razón. —Puse el pie en el primer peldaño y me encumbré por la escalera. Al llegar al muelle, me dejé caer simplemente sobre los tablones de madera. Me quedé tumbado boca arriba, limitándome a respirar. Seguro que el equipo de apoyo de nuestro barco no tardaría en venir a felicitarnos.

Pero todavía teníamos un momento para nosotros solos.

—¡Tío! —Gavin se dejó caer a mi lado—. ¿Habrías pensado que lo conseguiríamos?

—Sí —respondí con sinceridad—. Siempre había creído que llegaríamos a la meta—. Si no, ni siquiera me habría metido en el agua —añadí—. Yo nado para ganar. ¿Tú no?

—Bueno, sí. —Gavin abrió la cremallera de su traje de neopreno—. Un poco de sol en la piel me vendrá de lujo ahora —dijo con una sonrisa.

Asentí e hice lo mismo. Hoy era un día de verano realmente espléndido. Hacía bastante calor, pero como Gavin y yo acabábamos de pasar lo que parecía una eternidad en el río Hudson, percibíamos la temperatura de forma distinta. Cerré los ojos un momento y disfruté de los primeros rayos de sol sobre mi piel.

—Yo nado por el placer de nadar —explicó entonces Gavin—. Para mí lo importante es el camino. Si solo me concentro en el final, pierdo el ritmo y no disfruto de la experiencia.

Asentí. En mi caso ocurría algo parecido. Precisamente por eso había llegado un punto en el que ya no sabía cuántas millas llevaba ni

cuánto faltaba para la meta. Simplemente me había dejado guiar por mi brújula interna.

Zas, zas, zas.

Había estado en esa famosa «zona» que tanto ansían alcanzar los nadadores, corredores y otros deportistas de resistencia. Mis movimientos se habían vuelto automáticos y ya no tenía que esforzarme para avanzar. Al menos, esa era la sensación.

—¿Es que no te alegras, tío? —Gavin me miró—. ¿Qué te pasa? Primero te quedas ahí pasmado en el agua y ahora estás aquí tirado en el muelle.

—Solo estoy un poco cansado. Acabo de terminar un maratón a nado —respondí.

Gavin arqueó las cejas. —A mí no me engañas, colega. Hemos estado entrenando y esperando este día durante siglos. Hace tres semanas estabas dándole vueltas a qué marca de champán comprar para celebrar por todo lo alto cuando llegáramos a la meta. —Gavin hizo una pausa—. ¿Y ahora? No veo el champán por ninguna parte. —Gavin abrió los brazos.

Sentí un sofoco repentino. Es cierto que Gavin y yo teníamos grandes planes. Queríamos celebrar nuestro éxito como es debido. Con champán y una buena cena. Y en cuanto nos hubiéramos recuperado un poco, queríamos regalarnos un fin de semana juntos. Ir en moto por Long Island. O a algún lugar al norte de Nueva York, donde las carreteras tuvieran curvas de verdad.

Yo había prometido encargarme de ello.

Pero no había hecho nada.

Porque has estado todo el tiempo ocupado con Maisy, Dixon.

Nos habíamos visto casi a diario en las últimas dos semanas. Y cuando no nos veíamos, hablábamos por teléfono. Había descubierto muchísimas cosas sobre Maisy que aún no sabía.

Y por todo eso, había descuidado a Gavin. Sí, siempre había acudido a los entrenamientos y nos habíamos ceñido al plan. Pero no había hecho nada más.

—Lo siento, colega —dije compungido—. Se me ha pasado por completo. Pero seguro que podemos conseguir una buena botella en alguna parte.

Gavin le quitó importancia con un gesto. —No pasa nada. De todas formas, ahora no me apetece ese brebaje pegajoso. Lo que necesito es comer algo decente.

Me reí aliviado.

Pero Gavin no había terminado. —Mejor cuéntame qué ha pasado para que se te olvidara todo eso. —Me observó con curiosidad—. A ti nunca se te olvida nada. Al menos, no así porque sí. Algo ha pasado.

Me quedé callado.

—¿Es por la mujer con la que pasaste aquella noche intensa? —Gavin me lanzó una mirada inquisitiva.

Había que reconocerle algo a mi amigo: sus sospechas daban en el clavo en nueve de cada diez casos. Por algo era abogado. Sabía leer a la parte contraria como un libro abierto. Y si yo era la parte contraria, se le daba aún mejor.

Porque aún no le había contado a Gavin que Maisy y yo nos habíamos vuelto muy cercanos en las últimas dos semanas. No porque no confiara en él. Más bien sentía que, si lo hacía, le daría al asunto de Maisy más importancia de la que realmente tenía en ese momento. Si no le decía nada a Gavin, aún podía fingir que solo era un pequeño flirteo. Incluso después de que Maisy y yo hubiéramos conocido a la abuela Adelaide.

—O sea, que sí. —Gavin interpretó correctamente mi silencio—. Has vuelto a verla.

Seguí guardando silencio.

—Y no solo una vez. —Gavin triunfaba—. Lo sabía. Has estado tan desconcentrado y distraído estas semanas. Sabía que tramabas algo. Y mira por dónde: Dixon Lee se ha enamorado. —Gavin sonrió—. Felicidades, colega.

Hice un gesto de rechazo. —Enamorado, bueno...

—¿Entonces qué? —quiso saber Gavin—. ¿Cómo lo llamarías tú? ¿Si hasta te olvidas del champán para nuestro éxito?

Enamorado.

Era una palabra muy grande.

No la había usado en años. ¿Cuándo fue la última vez que estuve enamorado? Probablemente en el instituto. Los adolescentes se enamoran. ¿Y los adultos?

¿Era este sentimiento especial que tenía cuando pensaba en Maisy... era estar enamorado?

—Es una persona muy especial —dije finalmente—. Una mujer realmente única. Tiene un aura increíble. Deberías verla cuando pinta. O cuando cuenta algo que le entusiasma. O cuando se maravilla por algo.

Gavin sonrió de oreja a oreja. —Enamorado, lo que yo decía.

Inspiré profundamente. Sentí cómo se me ensanchaba el pecho.

Sí.

Estaba enamorado.

De pronto, me invadió una sensación de fortaleza.

¿Era así como uno se sentía cuando estaba enamorado de verdad?

¿Cuando uno estaba enamorado de la persona adecuada?

—Ya ni siquiera me imagino estar sin ella —le confesé entonces a Gavin—. No quiero renunciar a ella.

Ya está.

Ya lo había soltado.

Me sentía toneladas más ligero. Y al mismo tiempo tan fuerte como si pudiera mover el mundo de su eje.

—En realidad no era mi intención —añadí luego—. No lo había planeado. —Sacudí la cabeza con cierta reticencia. Sí, no quería dejar marchar a Maisy de mi vida por nada del mundo. Y al mismo tiempo, me daba la sensación de haber perdido un poco el control sobre mí mismo. ¿Acaso me había dado permiso para enamorarme?

—Eso no lo planea nadie, colega. —Gavin soltó una carcajada—. Algunos lo intentan. Pero la mayoría fracasa.

Me pasé la mano por el pelo. —Todavía no le he hablado de Pandora.

—¿Pandora? —se extrañó Gavin—. ¿Qué tiene que ver ella en esto? Solo es tu prima. Ni siquiera la aguantas.

—Ya, pero trabaja conmigo. Y es de la familia. Y es la mayor rival de Maisy. En realidad, solo aseguré que Maisy era mi novia para fastidiar a Pandora. —Sacudí la cabeza al recordarlo—. Y ahora... ahora no quiero que Maisy se entere de eso. Ni de que Pandora es mi prima. Maisy pensará que la he traicionado, y hasta puedo entenderlo. Tengo que deshacerme de Pandora primero.

—Bueno... —Gavin ladeó la cabeza—. Quizá puedas despedirla. Darle otro trabajo. Pero no puedes desterrarla de tu familia. Tarde o temprano, Maisy acabará enterándose de todo.

Me quedé callado. Las palabras de Gavin me incomodaban. Porque tenía toda la razón.

—Es mejor que le digas la verdad ahora mismo, colega —me aconsejó Gavin—. Es como ir al dentista. Al principio duele. Pero al final te ahorra muchos problemas y mucho dolor.

Me reí brevemente. El símil de mi amigo no me pareció nada desacertado.

—Eso... eso es lo que debería hacer, supongo —murmuré.

—Una decisión excelente, colega. El mejor comienzo para una nueva vida. —Gavin se incorporó y me tendió la mano. La tomé. Mi mejor amigo me ayudó a levantarme. Nos quedamos uno al lado del otro en el muelle, contemplando el río Hudson.

—¡Lo hemos conseguido, tío! —Gavin cerró el puño y lo lanzó al aire.

Conseguido.

Todavía no terminaba de creérmelo.

Pero poco a poco, una inmensa satisfacción se fue extendiendo por mi interior. Hoy se habían sentado las bases de mi vida futura.

Y me sentía realmente bien.

Era la mejor sensación que había tenido en mi vida.

Capítulo 22 Dixon

—¡Pandora! —Llamé a mi prima a gritos. ¿O debería decir que llamé a gritos a mi asistente?

Hoy era mi primer día en la oficina. Después de la *20 Bridges Swim*, me había tomado un día libre para relajarme. Por supuesto, como jefe de una gran empresa, siempre estaba localizable para emergencias. Si pasaba algo, acudía. Como aquella noche en la que tuve que abandonar de forma imprevista la inauguración en la galería de Maisy. Pero mis empleados también sabían que solo debían molestarme en casos realmente urgentes. Y, por suerte, anteayer no pasó nada urgente. No hubo sorpresas desagradables ni emergencias.

Ayer volví a trabajar, pero me quedé en mi oficina en casa. Cuando no tenía reuniones pendientes, me gustaba concederme ese lujo. Solo en casa podía pensar mejor.

Y ayer tuve que pensar. Tracé una estrategia. Primero quería comunicarle a Pandora que tenía que buscarse otro trabajo. Por supuesto, la ayudaría en ello. No veía grandes problemas. Pandora

tenía sus defectos. Ahora nos llevábamos un poco mejor, pero nunca llegaría a ser mi prima favorita. Pero, al mismo tiempo, Pandora también era fiable y eficiente. Seguro que pronto encontraría un buen empleo. Le ofrecería mover mis contactos.

Una vez que Pandora estuviera ubicada en otro sitio, se lo confesaría todo a Maisy. Le pediría perdón y le admitiría que yo mismo no estaba precisamente orgulloso de mi comportamiento y que quería mejorar. Luego le diría que Pandora ya no era mi empleada. Así esperaba ablandar a Maisy. Porque ella tendría que seguir aceptando a Pandora como mi pariente.

Exhalé un suspiro.

No era nada fácil.

Ni para Maisy ni para mí. Por eso aún no me he puesto en contacto con ella desde la *20 Bridges Swim*. Aunque no deseaba nada más y apenas podía esperar para volver a verla.

—Dixon. —Pandora abrió la puerta y entró en mi despacho—. ¿Me has llamado?

—Sí —respondí.

—Me viene de perlas. Llevo todo el tiempo queriendo hablar contigo. Ya tengo el resultado de mi investigación. Te vas a quedar de piedra —anunció Pandora triunfante.

—¿La investigación? —pregunté.

Pandora me miró como si fuera un marciano. —Pues la investigación. Querías saber de dónde ha sacado Elbert esas cifras. La información

interna.

—Sí, claro. —Asentí. Con suerte, Pandora no se daría cuenta de que ya ni me acordaba de aquel encargo. Elbert se había mantenido bastante tranquilo en los últimos días. No había habido nuevos ataques. Y yo me había estado ocupando de Maisy, lo cual era mucho más agradable.

Pero, por supuesto, me interesaba el resultado de las indagaciones de Pandora. Así que le hice un gesto con la cabeza. —Cuenta.

Era mejor que escuchara primero el informe de Pandora. En cuanto oyera lo que tenía que decirle, seguramente saldría del despacho furiosa y no volvería a hablarme hasta que se calmase. Con ella, eso podía tardar un par de días.

—A ver… aquí en la empresa nadie ha soltado prenda. —Pandora negó con la cabeza—. Es totalmente imposible. Lo he puesto todo patas arriba. Le pedí a tu departamento de informática que me hiciera un análisis detallado de quién accedió a los archivos y cuándo. No se vio nada inusual. Y, desde luego, los archivos no fueron hackeados.

Asentí. —Pero sigue siendo posible que alguien que tenga acceso legítimo a los archivos se haya ido de la lengua.

Pandora también asintió. —He preguntado discretamente por todas partes. En Control de Gestión y también en Marketing. Allí nadie está descontento con su trabajo. Todos se pasan el día elogiando lo fantástico que es trabajar en *Dixon's Fitness*.

Solté un gruñido. —Eso me alegra. Pero también puede ser pura mentira. No todo el que está descontento lo pregona a los cuatro

vientos.

—Es verdad. —Pandora me dio la razón.

Abrí los ojos de par en par.

Pandora me estaba dando la razón.

Debería marcar el día en el calendario.

Algo así no había pasado nunca.

—Pero resulta que la mujer del director de marketing hace yoga conmigo. Y el de control de gestión tiene una hija que va al mismo centro de estética que yo. Y te aseguro que ninguno de los dos está descontento. —Pandora asintió.

—¿Cómo has averiguado todo eso? —me asombré.

—Soy meticulosa, ya lo sabes. —Pandora dejó una hoja sobre el escritorio—. Este es ese periodista de pacotilla que entrevistó a Elbert.

Me quedé mirando la cara. El tipo me resultaba familiar. Más que familiar.

—¿Cómo se llama? —quise saber.

—Crosby Caldwell —respondió Pandora.

Crosby Caldwell.

Observé la hoja pensativo.

Y de repente, todo encajó.

—A este lo eché yo de la galería de Maisy. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensar si era conveniente soltárselo así a Pandora—. Vino a armar jaleo. La amenazó.

Pandora se rio. —No me extraña nada.

—¿Qué? —Levanté la vista y la observé con fijeza—. ¿A qué te refieres?

—Bueno. Crosby siempre ha ido detrás de Maisy. Desde que tengo memoria. —Pandora señaló la hoja.

—¿Detrás de Maisy? —Mi voz sonó diferente de lo habitual.

Alterada.

¿Se daría cuenta Pandora?

En ese momento, sin embargo, me daba igual.

—A ver, Maisy y él llevan años… —Pandora ladeó la cabeza y reflexionó. Me habrían dado ganas de zarandearla. ¿No podía decir las cosas claras de una vez? —Son… no sé exactamente cómo decirlo. Son pareja. Y a la vez no. Van y vienen. O quizá solo sea algo sin compromiso que nunca llega a más. —Pandora se encogió de hombros—. ¿Quién puede saberlo con certeza desde fuera?

¿Maisy y ese tipo asqueroso?

Me quedé mirando el papel.

No podía ser.

—Ya era así cuando todos estábamos en la universidad. Y después continuó. —Pandora negó con la cabeza—. Primero no sabía qué le veía Maisy. Y luego… luego no entendía por qué le daba puerta una y otra vez. O mejor dicho, por qué lo tenía siempre en la palma de la mano. Él volvía a ella una y otra vez. Hasta que me lo confesó una vez que se había pasado con la bebida en una fiesta. —Pandora soltó una risita.

—¿Y? —Tenía los hombros tensos. Apreté los dientes y cerré los puños.

¿Maisy y ese tipo?

¿Y había estado jugando con él durante años?

No podía ser.

Ella no era así.

Pero por otro lado…

¿Qué sabía yo de ella en realidad?

Apenas la conocía.

Quizá no fuera para nada quien yo había creído todo este tiempo. Quizá solo me había estado representando un papel.

Entonces sería una actriz profesional, Dixon. Nadie finge tan bien. Esas miradas. La sorpresa. El asombro. La pasión por la pintura. La pasión en la cama.

No, eso no podía ser fingido.

¿O sí?

—Me dijo que no quería atarse a Crosby de forma permanente porque, al final, prefería casarse con alguien que tuviera mucho dinero. Por eso solo mantendría a Crosby como un lío, de eso su futuro marido no tendría por qué enterarse. —Pandora me miró con compasión—. Sé que no me tragas mucho, Dixon. Yo tampoco fui precisamente amable contigo en el pasado, lo reconozco. Por eso espero que, a pesar de todo, me creas ahora cuando te digo que deberías tener cuidado con ella. —Pandora torció el gesto—. He visto que hay algo entre vosotros. Me prohibiste hablar del tema y he cumplido. Pero tú eres exactamente su objetivo. Por fin tiene lo que quiere. Y no eres tú. Es tu dinero.

Las palabras de Pandora se clavaron en mi corazón como flechas.

Precisamente por esos motivos siempre había evitado a las mujeres.

Todas las que había conocido encajaban exactamente en esa descripción.

Todas excepto Maisy.

¿Y ahora resultaba que ella también era así?

—¡Eso no es verdad! —me levanté furioso—. Solo quieres dejar mal a Maisy porque pinta mejores cuadros que tú y ahora tiene éxito.

¡Quieres destruir su medio de vida porque no soportas que ella haya encontrado clientes mientras tus cuadros no se venden ni por asomo y crían polvo en tu galería!

La nariz de Pandora se afiló. Conocía ese gesto. Ya en nuestra infancia era una señal clara de que se estaba enfadando. —Y tú solo quieres darme un hachazo ahora mismo —espetó con saña—. Llevabas tiempo esperando la oportunidad. —Pandora abrió los brazos—. Pero allá tú. Ya verás quién tiene razón. ¡Pero no vengas al final diciendo que no te advertí!

—¡Advertir! —empecé a levantar la voz—. ¡Es difamación! ¡Calumnias! ¡Ten mucho cuidado! ¡Como te vuelva a pillar difundiendo rumores infundados de ese tipo aquí dentro, te vas a enterar! —Cerré los puños.

Ya había tenido suficiente. Había aguantado a mi prima demasiado tiempo. Pero no iba a permitir que destruyera mi felicidad. Porque eso era lo único que quería. ¿Por qué iba a confiar de repente en Pandora?

Nunca había querido nada bueno para mí. Ya de niños, siempre fingía estar interesada en mi bienestar. Y al final, el que salía perdiendo era yo.

No volvería a caer en ese truco.

—Además, ya no vas a hacer nada más aquí. Quedas despedida. —Eso era lo que había querido hacer de todos modos. ¿Por qué no hacerlo ya, antes de que Pandora pudiese causar más daño? Antes de que lograra seguir difundiendo sus mentiras.

¿Qué pretendía conseguir con todo esto?

—Siempre has tenido tendencia a esas reacciones exageradas. No has cambiado lo más mínimo. —Pandora se cruzó de brazos y levantó su nariz afilada—. En lugar de comprobar simplemente si yo pudiera tener razón, me despides.

—Comprobar si pudieras tener razón… —Me reí con desprecio—. ¿Y a quién se supone que debo preguntar? Seguro que ya has bombardeado a esa persona con tus mentiras y le has dicho lo que debe contarme.

Pandora me miró con desdén. —¿Por qué no llamas simplemente a Elbert y le preguntas tú mismo de dónde sacó las cifras de la entrevista? —Me habló como si yo fuera especialmente corto de entendederas.

—Porque no me lo va a decir —repliqué.

—¿Y por qué no? Si con eso puede darte un revés, seguro que hasta te lo contará encantado. —Pandora levantó su nariz afilada con aire triunfal—. Entonces te dirá que las cifras del artículo no son suyas, sino de Crosby Caldwell, que a su vez las obtuvo de Maisy.

¿De Maisy?

Pensé en que en las últimas semanas había dejado los documentos con las cifras a la vista en mi ático. Maisy los había visto. Incluso había preguntado por ellos una vez.

Así que era posible…

—Pues llamo yo a Elbert, ya que tú no lo haces. —Pandora alargó la mano hacia el auricular del teléfono.

Estaba harto de ella. Que lo hiciera. Así vería que no tenía razón. La llamada limpiaría a Maisy de toda acusación. Elbert seguramente tendría las cifras de alguna otra fuente y no podría evitar jactarse de ello.

Me acerqué a mi escritorio y pulsé el botón que activaba el altavoz del teléfono. De esa forma no me perdería ni una palabra de lo que dijera Elbert. Y Pandora no podría mentirme y afirmar que Elbert había dicho algo que no era cierto. No podría seguir difamando a Maisy tan fácilmente.

—Diga, Elbert Bade. —Una voz malhumorada.

—Elbert, soy Pandora. La prima de Dixon. Y su asistente —anunció Pandora con voz cantarina. Nunca la había oído hablar con tanta cortesía, salvo cuando se dirigía a la abuela Adelaide—. Hemos leído su entrevista en el periódico y nos preguntábamos… o más bien Dixon se preguntaba… de dónde ha sacado toda la información sobre nuestra empresa.

Puse los ojos en blanco.

No se podía preguntar de forma más torpe.

Elbert soltó una carcajada burlona. —Dixon debería tener más cuidado con a quién le cuenta qué —respondió—. No debería confiar tan a la ligera en los demás.

¿En los demás?

—¿En quién? —solté de pronto.

Elbert me había oído.

—Bueno, la hermosa Maisy me susurra algunos secretos al oído por las noches cuando la dejo satisfecha. —Elbert volvió a reírse.

¿Maisy?

¿Maisy y Elbert?

Se me revolvió el estómago.

¿Cómo me había podido equivocar tanto con ella?

—¡Miente! —No podía dar crédito a lo que contaba Elbert.

—¿Ah, sí? ¿Miento? ¿Y de quién se supone que he sacado los datos si no? —Elbert soltó una risita burlona—. ¿Cree que me los he inventado y por pura casualidad he acertado exactamente las cifras correctas? —Elbert volvió a reír—. Claro que no. Maisy y yo nos conocemos desde hace tiempo. Sé perfectamente que no soy el único para ella. Pero eso me viene muy bien. Ella me dio las cifras y me consiguió la entrevista con su otro amante. Bastante útil, ¿no cree? —Otra risita.

Pulsé el botón que cortaba la comunicación.

No podía soportar la voz de Elbert ni un segundo más.

Y tampoco quería ver ya a Pandora.

—Déjame solo.

Capítulo 23 Maisy

Tenía la sensación de que no podía esperar ni un segundo más. Ni un solo minuto. Tenía que decírselo a Dixon. Ahora. Hoy. Ya mismo.

Tranquilízate, Maisy. Todo va a salir bien. De verdad que todo saldrá bien. Ya lo verás. Hasta ahora, siempre ha terminado siendo mucho mejor de lo que jamás habrías podido imaginar.

Así había sido siempre que Dixon había aparecido en mi vida. Con el mendigo, en el hotel, en la galería, en el musical.

Pero ahora se trataba de algo distinto. De algo totalmente diferente. Esto ya no era solo diversión. Estaba embarazada. Sí, claro, un niño traería muchísima alegría a la vida. Nos imaginaba en mi mente yendo juntos al zoo. Comiendo helado. Patinando sobre hielo en invierno. Dando un paseo por Central Park. Yendo al campo o al mar. Me invadió una calidez reconfortante al pensar en ver el mundo a través de los ojos de un niño.

Pero un hijo también significaba cargar con una responsabilidad. Significaba anteponer las necesidades de otra persona a las propias. Porque un niño no podía valerse por sí mismo. Dependía de que nosotros cuidáramos de él.

Nosotros.

¿Y si Dixon no estaba preparado para semejante responsabilidad? ¿Y si no quería tener hijos? No solo ahora, sino nunca.

Una galería se podía volver a vender. Se podía vender cualquier empresa. Podías vender tu piso y separarte de tu mujer. Ninguno de esos compromisos era para siempre hoy en día.

Pero un hijo…

Tu propio hijo era y seguía siendo tu propio hijo, pasara lo que pasara. Con él estabas vinculada de forma inseparable.

En los dos últimos días me había acostumbrado a la idea de que iba a ser madre. De que estaba embarazada. Pero aún no había podido entregarme del todo a la ilusión. Me quedaba un poso de inquietud. No desaparecería hasta que hubiera hablado con Dixon.

Y hasta que Dixon me hubiera dado una respuesta positiva.

Tragué saliva.

Prefería ni pensar en la otra posibilidad.

Venga, tranquilízate ya, Maisy. Hasta ahora todo ha salido bien. Dixon se preocupa de verdad por ti. ¿Si no, habría hecho todas esas

cosas por ti? Podría haberse limitado a divertirse un poco y luego seguir su camino. Pero no lo ha hecho.

No, no lo había hecho. Pero ¿y si en realidad solo buscaba diversión? ¿Y si al final llegaba a pensar que quería encasquetarle un hijo para atarlo a mi lado?

Al fin y al cabo, había mujeres que hacían eso. Dixon era rico, guapo y encantador. No pocas mujeres habrían dado cualquier cosa por tener a un hombre así a su lado.

En realidad, había querido esperar a que Dixon me llamara y me preguntara si podíamos vernos. Pero esta mañana ya no he podido aguantar más la tensión. El maratón de natación había sido anteayer. He buscado los tiempos de los participantes en internet. Dixon había llegado a la meta con una marca muy buena. Junto con su amigo Gavin.

Por un momento he pensado en enviarle un mensaje para felicitarle. Pero luego he decidido no hacerlo. No quería que pensara que le estaba espiando. Seguro que se pondría en contacto conmigo. Siempre lo había hecho hasta ahora.

Pero esta vez no ha dado señales de vida.

El día de la competición no le di importancia. Al día siguiente también conseguí mantenerme más o menos tranquila. Probablemente Dixon necesitaba descansar y querría celebrar un poco la victoria con su amigo Gavin.

Pero ayer ya empecé a inquietarme. ¿A estas alturas Dixon ya debería estar de vuelta en el trabajo, no?

Y hoy ya no he podido más. He ido a la galería como siempre, pero al sentarme con el pincel frente al caballete, mi mente estaba en blanco absoluto. Ni la más mínima inspiración. Nada. Pero es que absolutamente nada. Estaba sentada con el pincel frente al lienzo como un escritor frente a una página en blanco. He cogido un lápiz. Quizá podría intentar al menos un boceto. Pero mi cabeza seguía vacía y mi mano no se movía.

Finalmente, he dejado el lápiz a un lado.

No servía de nada.

Tenía que hablar con Dixon.

¿Por qué iba a esperar a que él me contactara?

¡Si tenía algo que decirle, al fin y al cabo también podía contactar yo con él!

Y así es como me encuentro ahora frente al rascacielos donde se ubica la sede central de *Dixon's Fitness*. La planta baja alberga, además del vestíbulo, por supuesto un gimnasio. He sonreído. Naturalmente. Cómo no.

Luego he respirado hondo.

He estado todos estos días como en ascuas. Y ahora que estoy a punto de llegar, dudo.

¿Debería darme la vuelta?

¿Esperar?

He sacudido la cabeza con energía.

Eso no sirve de nada, Maisy. De verdad que no sirve de nada. Solo vas a seguir volviéndote loca. A más tardar, cuando vuelvas a la galería, desearás haber subido al despacho de Dixon y te maldecirás por no haber sido más valiente.

Era verdad.

Así que he tomado aire y he entrado en el edificio. Me había preparado una historia para convencer a la recepcionista de que me dejara subir al despacho de Dixon. Diría que tenía que entregar urgentemente un documento en mano a su secretaria, relacionado con la compra del edificio donde estaba mi galería.

Y, de hecho, todo ha salido a pedir de boca. La recepcionista me ha mirado con algo de desconfianza al principio, pero al final he logrado convencerla. Y así es como estoy ahora subiendo en el ascensor.

Mi respiración se aceleraba más y más. He intentado recordar todo lo que aprendí una vez en el curso de yoga. Respirar con calma. Dejar que todo fluya. Relajarse. Sentir suavemente el interior de una misma.

Pling.

El ascensor se ha detenido. He llegado arriba.

Tenía un nudo en el estómago al salir. Mis pasos se volvían cada vez más lentos.

¿Era esta realmente la decisión correcta?

¿Qué otra cosa, si no, Maisy? ¿Cuándo piensas decirle a Dixon que estás embarazada de él y que va a ser padre? ¿Cuando tengas la tripa enorme y redonda? ¿Cuando el niño ya esté en el mundo y tenga que enfrentarse a los hechos consumados?

Tenía que hacerlo ahora. Era lo mejor.

Así saldría de dudas.

Aquí. Esta era la puerta de la antesala de Dixon.

He llamado con cuidado.

—¡Sí!— La voz malhumorada que me ha respondido me resultaba familiar. Era una voz de mujer.

He abierto la puerta.

Una cabellera rizada y despeinada.

Una nariz afilada.

Y una mueca de malicia.

He tomado aire bruscamente.

Pandora.

Delante de mí estaba sentada Pandora.

—¿Qué..., qué haces tú aquí? —he balbuceado. Todavía tenía la mano en el pomo de la puerta y me aferraba a él como si me fuera la vida en ello. Me flaqueaban las rodillas.

¿Pandora estaba en la antesala de Dixon?

—Lo mismo podría preguntarte yo —soltó Pandora con una risita—. —¿Qué quieres tú aquí? ¿Ahora ya espías a Dixon en el trabajo? ¿Es que no puede trabajar tranquilo ni un momento?

—Tengo... tengo que decirle algo importante —he tartamudeado. Las ideas en mi cabeza eran una montaña rusa. Pandora estaba sentada detrás de un escritorio. El ordenador que tenía delante estaba encendido. Estaba trabajando. Era evidente.

Trabajaba AQUÍ.

Con Dixon.

He tragado saliva.

Esto no podía ser. Seguramente me lo estaba imaginando todo. Le había dado tantas vueltas estos días y evocado tantos escenarios horribles que mi cerebro ahora producía una especie de espejismo. Tenía que ser eso.

He cerrado los ojos y me he dado un pellizco en el brazo.

Pandora ha soltado una risita.

He vuelto a abrir los ojos.

Nada había cambiado.

—No estás soñando —dijo Pandora arqueando las cejas. Su voz destilaba pura malicia. Volvió a reírse—. —No te lo esperabas, ¿verdad?—

—Yo...— No sabía qué decir. ¿No me había ofrecido Pandora enterrar el hacha de guerra en nuestro último encuentro? Me había contado un montón de cosas personales sobre ella y me había asegurado de forma convincente que quería cambiar. —Pensaba que ya no íbamos a pelearnos más —he dicho finalmente.

Pandora se carcajeó.

Ya no sabía qué pensar. ¿Pandora trabajaba aquí? ¿Como asistente de Dixon? ¿Y él no me había dicho nada? Me había besado delante de ella y me había regalado los oídos para...

Sí, ¿para qué?

Por más que lo intentaba, no encontraba respuesta a esa pregunta.

—No deberías creerte todo lo que te cuentan por ahí —me sermoneó Pandora. Me miraba como si fuera una niña pequeña e ingenua que acaba de descubrir por primera vez cómo es el mundo en realidad. Volvió a reír—. —¡Por Dios, Maisy, no seas así! ¿De verdad te creíste que un hombre como Dixon se interesaría de verdad por ti? Me refiero a DE VERDAD —dijo Pandora, que sacudió la cabeza ante mi estupidez.

Sí.

Eso es lo que yo había creído. Exactamente eso. Dixon me había hecho sentir así.

—Para él no fuiste más que un juguete —dijo. Las palabras de Pandora fueron cortantes como cuchillos.

Fuiste.

Fuiste.

No eres.

—Se divierte de vez en cuando. Preferiblemente con artistas.— Pandora se rio. —Parece que tiene cierta debilidad por ellas.— Se encogió de hombros. —Siempre esperé que algún día terminara y sentara la cabeza. Pero a estas alturas ya me he resignado a que probablemente eso nunca ocurra y tenga que compartir a Dixon con otra mujer de vez en cuando.—

Seguía con la mano en el pomo de la puerta, moviéndolo de arriba abajo sin saber muy bien qué hacía.

… *tenga que compartir a Dixon con otra mujer de vez en cuando.*

¿Dixon y Pandora?

¿Dixon y Pandora?

¿El hombre que más que ningún otro me había hecho sentir que era una persona especial, ese hombre... estaba en realidad con mi archienemiga?

¿Solo me había utilizado?

Sentí cómo me subían las náuseas. En la garganta se me formó un nudo que crecía y crecía. Mi labio inferior empezó a temblar ligeramente.

No, Maisy. Ahora no llores. No le des ese triunfo. Si te echas a llorar ahora, Pandora habrá ganado. Y de forma definitiva.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Dixon y yo trabajamos juntos desde hace mucho tiempo. Somos un equipo, tanto en lo profesional como en lo privado. Si entiendes a qué me refiero.— Pandora hizo una pausa significativa. —Y sí, de vez en cuando necesita divertirse por otro lado.— Se encogió de hombros de nuevo. —Como te he dicho, ya me he resignado. No eres la primera que aparece por aquí montando una escena.— Pandora se rio.

¿Montar una escena?

¿Aparecer por aquí?

¿Entonces Dixon no me había vuelto a contactar porque quería dejar que la cosa se enfriara? ¿Como suelen hacer los hombres?

¿Pero por qué me había ofrecido entonces una colaboración? ¿Y por qué trabajaba Pandora aquí, si Dixon tenía dinero suficiente para financiar su pintura?

Nada de esto encajaba.

Parpadeé y tragué saliva. Y entonces, todas las emociones que tanto me había costado contener estallaron. La tristeza y el estupor se habían transformado en rabia.

—¡Eres una mentirosa redomada! —grité—. —Nada de lo que dices es verdad. ¡Nada! ¡Que sea el propio Dixon quien me lo diga a la cara! ¡Se lo voy a preguntar!—

Solté el pomo de la puerta y di tres pasos hacia la puerta lateral que había junto al escritorio de Pandora. Esa tenía que ser la puerta del despacho de Dixon.

Pero Pandora se levantó de un salto. Fue tan rápida como yo y se interpuso en mi camino. —¡Ya te gustaría a ti! ¡No vas a molestarle más! ¡Ha terminado contigo!—

—¡Eso que me lo diga él!— No me dejé intimidar y seguí presionando hacia delante.

Pandora levantó ambas manos y me dio un fuerte empujón hacia atrás. —¡Lárgate de aquí ahora mismo!—

—¡Ni hablar!— bramé y devolví el empujón a Pandora.

Quería cruzar esa puerta.

Dixon estaba detrás.

—¡Quieta!— chilló Pandora y me pisó el pie.

—¡Ay!— Un dolor agudo me recorrió los dedos del pie. Usé ambos brazos para apartar a Pandora. NO iba a dejar que me intimidara.

NO iba a permitir que me impidiera hablar con Dixon.

Si tanto empeño ponía en que no le viera... ¿no demostraba eso que quizá yo tenía razón?

Tenía que llegar hasta él.

—¡Déjame pasar!— grité.

—¡Jamás!— rugió Pandora y me propinó una patada en la espinilla.

En ese mismo instante, se abrió la puerta del despacho de Dixon.

Capítulo 24 Dixon

Estaba sentado ante mi escritorio con la cabeza apoyada en ambas manos. Mi cuerpo se sentía más débil de lo que se había sentido en toda mi vida.

Maisy y Crosby.

Maisy y Elbert.

La mujer que yo había creído que era alguien especial resultó ser, al final... una estafadora de la peor calaña. Al darme cuenta de ello, me sentí más débil que después de la *20 Bridges Swim*. Pero era un tipo de debilidad completamente distinto.

Una que nacía de mi corazón.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Pregunta tonta, Dixon. ¿Qué vas a hacer? Vas a olvidar a Maisy y vas a seguir con tu vida. Llamarás a Gavin y por fin organizaréis ese

viaje en moto. Y luego, mejor planear ya el siguiente. Primero Long Island. Y después los Catskills.

Siempre se podía confiar en Gavin. Mi mejor amigo no me había fallado ni una sola vez en todos estos años. Si yo quería, él me escuchaba. Y si yo me cerraba en banda, no hacía más preguntas. Aceptaba las cosas tal como venían. Tampoco me daría sermones ni me recomendaría distracciones ni nada por el estilo. Simplemente sería él mismo.

Sí, me pondría en contacto con Gavin. Y olvidaría a Maisy. Olvidarla y punto. No pensaría más en ella. Era capaz de hacerlo. Al fin y al cabo, en los últimos años había salido con mujeres de vez en cuando y, tras unas semanas o incluso días, no les había dedicado ni un pensamiento más. Había olvidado sus rostros, sus cuerpos y sus nombres. Y de la misma manera olvidaría a Maisy.

¿Por qué no?

Y en el futuro volvería a ceñirme mejor a mis propias reglas. No volvería a involucrarme con ninguna mujer. Sí, tal vez pronto volvería a divertirme un poco. ¿Por qué no? ¿Pero dejar que alguien entrara en mi ático? ¿O incluso en mi vida?

Retiré la cabeza de las manos y la sacudí.

No.

No volvería a hacer eso.

Lo mejor sería borrar el número de Maisy de mi móvil ahora mismo. Así no volvería a contactar con ella. Dejaría la gestión de la galería en manos de uno de mis empleados.

En manos de Pandora.

Ese sería el nuevo trabajo perfecto para ella. Había querido deshacerme de Pandora. Pero, al final, ella había destapado todas las intrigas y me había salvado de caer definitivamente en la trampa de Maisy, por lo que supongo que debía cambiar de opinión.

Y a Maisy le vendría de perlas tener que trabajar con Pandora. Quien me traicionaba como lo había hecho Maisy no podía esperar mi indulgencia ni mi mansedumbre.

¡Al contrario!

La rabia crecía en mi interior y estuve a punto de dirigirme al saco de boxeo que tenía en la esquina para desahogarme un poco.

Tal vez simplemente echaría a Maisy del edificio y de su galería ahora mismo.

Eso sería todavía mucho mejor.

Tomé impulso para asestar el primer golpe al saco.

En ese instante, se oyeron unos gritos fuertes frente a mi puerta. Fruncí el ceño con disgusto. ¿Qué demonios era eso? Esta era la sede central de *Dixon's Fitness*. No un rascacielos viejo cualquiera donde vivían familias numerosas cuyos miembros se peleaban constantemente por la falta de espacio.

Los gritos cesaron.

Bien. Seguro que en *Dixon's Fitness* no siempre estábamos de acuerdo. Eso era normal y pasaba en cualquier empresa. Pero resolvíamos nuestros conflictos de forma pacífica y respetuosa. Yo le daba la máxima importancia a eso.

De nuevo se oyeron los gritos. Esta vez eran aún más fuertes que antes. Además, hubo un estrépito.

—¡Ay! —oí un grito de dolor.

Claramente eran dos mujeres.

¿Se estaba peleando Pandora con alguien delante de mi puerta?

Eso pasaba de castaño oscuro.

Me levanté de un salto, llegué a la puerta de mi despacho en pocos pasos y la abrí de par en par.

Me quedé atónito ante la escena que se presentaba ante mis ojos.

Pandora y Maisy estaban forcejeando.

—Tú no vas a entrar ahí —chilló Pandora y empujó a Maisy hacia atrás. Con tanta fuerza que Maisy tambaleó contra el escritorio de Pandora y se golpeó el coxis con el borde. Hizo una mueca de dolor.

Sentí el impulso de correr hacia ella y ayudarla. Consolarla. Poner a Pandora en su sitio.

Pero logré frenarme en el último momento.

Esa es Maisy, la estafadora, Dixon. No se merece que des la cara por ella ni que la ayudes. Su expresión de dolor no es más que puro teatro. Probablemente todo haya sido puro teatro. Toda su vulnerabilidad, ya fuera en la calle o en el hotel de Boston, seguramente solo fue una actuación. Una puesta en escena muy bien orquestada con el objetivo de seducirte.

—¡Queréis hacer el favor de parar! —Dejé que mi mirada recorriera fríamente de Maisy a Pandora y viceversa—. Si tenéis que pelearos como niñas pequeñas, hacedlo en otra parte. Delante de mi despacho no hay sitio para trifulcas. Aquí las cosas se hacen con orden.

—Quería entrar a verte, aunque se lo he prohibido —dijo Pandora señalando a Maisy con tono acusador.

—Y tú has empezado a empujarme. —Maisy tenía las mejillas encendidas.

—¡Silencio! —La rabia hervía en mi interior. Pero no estaba enfadado solo por aquella situación. Todo me enfurecía. Toda la situación. ¿Qué se creía Maisy? ¿Cómo se atrevía a presentarse de nuevo aquí en mi despacho? ¿Cómo podía tener tanta desfachatez?

—¡Dixon! —Maisy me miró sin aliento—. Tengo que hablar contigo, yo...

—¡Silencio! —repetí, mirándola con toda la frialdad de la que fui capaz. Quería parecer impasible. Pero por dentro estaba que echaba humo—. No soporto a las mujeres histéricas. Tened la bondad de controlaros. —Bufé. Si alguien aquí tenía motivos para mostrar su ira, ese era yo. Me daban ganas de dar un puñetazo sobre la mesa. Y contra la pared. Contra la estantería. Me daban ganas de destrozar todo el mobiliario.

—¿Silencio? —repitió Maisy. La miré. Le habían salido manchas rojas en las mejillas. También su frente estaba roja. Y su cuello—. ¿Que guarde silencio? ¿Y que no hay motivo para pelearse? —Maisy se rió. Pero por primera vez desde que la conocía, su risa no sonaba alegre, sino chillona y aguda.

—¡Pandora! —Maisy señaló a mi prima—. Trabaja aquí. Has estado con ella todo el tiempo... Vosotros dos... —Maisy buscaba las palabras—. ¡Me hiciste creer que yo era la única en tu vida y mientras tanto veías a Pandora aquí todos los días!

—¡No seas ridícula! —Bufé. Esto era el colmo. Maisy me engañaba y me mentía, ¿y ahora montaba una escena porque Pandora estaba aquí? Sí, no le había dicho nada al respecto. Era cierto. Y por eso incluso me había sentido culpable. No había sido mi intención ocultarle nada a Maisy. Había querido enmendar mi error y despedir a Pandora.

Había querido serle fiel a Maisy.

Pero, como resultó después, mis remordimientos eran totalmente innecesarios. Completamente superfluos. Maisy era mucho peor que yo.

—¿Ridícula? —gritó Maisy de nuevo. Estaba fuera de sí—. ¡Finges apoyarme contra mi rival! ¡Me la encuentro ahora en tu oficina y afirmas que hago el ridículo por indignarme! ¡Mentiroso asqueroso! —Maisy se abalanzó sobre mí. Levantó ambos puños con intención de aporrearme el pecho.

La agarré de las muñecas y la sujeté con firmeza.

Luego levanté los brazos de Maisy hacia arriba. Ahora estaba frente a mí y no podía moverse.

—¡No tengo por qué darle ninguna maldita explicación! ¡Puedo hacer lo que me dé la gana! ¡Usted no es mi esposa! ¡Ni mi novia! ¡Nos lo pasamos un poco bien juntos! ¡Eso es todo! —Bufé—. ¿O qué narices se había creído que era para mí?

De nuevo, Maisy hizo una mueca de dolor.

Esta vez, aquello me llenó de satisfacción.

Le solté los brazos.

Pandora soltó una carcajada. —Te lo dije, pero no quisiste creerme.

Odiaba que mi prima creyera que podía inmiscuirse ahora. Pero en ese momento lo que más quería era perder a Maisy de vista. También odiaba que una parte de mí sintiera que debía protegerla. Y que una parte de mí todavía quisiera estrecharla entre mis brazos y susurrarle al oído que todo saldría bien; eso era lo que más odiaba de todo.

Nada saldría bien.

Nada había estado bien y nada podía estar bien.

Maisy se frotó las muñecas. —Eres un farsante despreciable. —Si antes había chillado, ahora su voz no era más que un susurro. Una sombra cubría su hermoso rostro y parecía abatida.

Más que eso.

Parecía literalmente destrozada.

Todo es puro teatro, Dixon. Sabe perfectamente qué teclas tocar contigo para que vuelvas a caer. Te lo ha demostrado suficientes veces en el pasado.

En aquellas ocasiones siempre lo había conseguido.

Pero ahora no.

Ahora se había acabado.

Me reí con desprecio. —Si crees que puedes volver a embaucarme con tu vieja táctica, vas lista. Ya no cuela. Ahora lo sé todo sobre ti. He descubierto toda la historia.

Maisy me miró. Si no hubiera sabido la verdad, habría jurado que me miraba sin comprender nada. Que no sabía de qué estaba hablando.

Bueno.

Podía decírselo.

Sin problema.

—Tú y Crosby Caldwell. Tú y Elbert. —Bufé—. ¿Hace falta que diga más? ¡Eres la mentirosa y estafadora más grande con la que me he cruzado en mi vida! —Al decir las últimas palabras, levanté la voz.

No había querido gritar.

Pero ahora que lo hacía...

—¡Admite al menos lo que has hecho! —rugí. Y me sentó condenadamente bien. Me sentó de maravilla. Fue liberador.

—Pero... si yo no he hecho nada. —Maisy me miró. Tenía los ojos empañados.

Solté una carcajada. ¿Maisy deseaba con todas sus fuerzas ir a ver un musical de Broadway? Lo que debería hacer es presentarse a una audición allí mismo. Con esa capacidad para actuar, seguro que conseguía cualquier papel.

Aunque el de estafadora era el que mejor le sentaba.

—Sí, mentir se le da de fábula. Y en eso no cambia. Al menos se mantiene fiel a sí misma en ese sentido, tengo que reconocerlo.

—Dixon, por favor, yo... —La voz de Maisy adoptó un tono suplicante.

Ya había tenido suficiente.

Estaba harto de todo esto.

Solo quería que me dejaran en paz.

Maisy.

Pandora.

Que se fueran las dos a paseo.

Pero Maisy era la peor de las dos. Nunca pensé que llegaría a decir que Pandora no era tan mala. Pero comparada con Maisy, era la verdad.

Caminé decidido hacia la puerta de mi antepacho y la abrí.

—¡Fuera!

No dije nada más.

Maisy me miró. Sus labios se entreabrieron ligeramente.

Registré con satisfacción que esta vez sus carnosos labios no surtían en mí el efecto habitual.

—¡FUERA! —repetí y le hice un gesto imperativo.

Pandora soltó una risita. —A veces le cuesta un poco entender las cosas.

Maisy volvió a abrir la boca. Pero de nuevo no fue capaz de articular palabra.

Mejor así.

No quería escuchar sus palabras.

No quería volver a oír su voz nunca más.

Y...

—No quiero volver a verte jamás. —Miré a Maisy con frialdad—. Estoy harto de ti. De una vez por todas. —Volví a hacer un gesto con la mano para que se fuera—. ¿Vais a tardar mucho? ¿O tengo que poneros en la calle personalmente?

Entonces Maisy reaccionó.

Dio un paso adelante.

Y luego pasó corriendo a mi lado y salió por la puerta.

Bien.

No la seguí con la mirada mientras corría por el pasillo.

Había terminado con Maisy.

Capítulo 25 Maisy

He tenido suficiente de ti.

He tenido suficiente de ti.

He tenido suficiente de ti.

Las palabras de Dixon resonaban en mi cabeza como un eco. Una y otra vez oía su voz.

Fría.

Insensible.

Ya no sonaba como la voz del hombre que yo conocía. Ese ya no era el hombre que me había ayudado en tantas situaciones y que me había tratado como si fuera una reina.

Ese era un extraño.

Una parte de mí quería agarrarlo por las solapas y suplicarle que volviera a ser el de antes. El Dixon que yo conocía. El que era tan cariñoso conmigo. El que despertaba mi pasión y el que se interesaba de verdad por mí. El que se entusiasmaba con mis cuadros.

Pero ese Dixon ya no existía.

Quizá nunca había existido.

Estos y otros pensamientos más me pasaban por la cabeza mientras bajaba en el ascensor. Solo quería salir de allí. Irme de una vez. Irme lejos.

Lejos de Dixon.

Lejos de esa empresa.

Lejos de Pandora.

Ding.

Después de una eternidad, el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Salí disparada y crucé a toda prisa el vestíbulo.

Solo quería salir.

De reojo me di cuenta de que varias cabezas se giraban hacia mí. Pero no me importó. Que esa gente pensara lo que quisiera. De todos modos no volvería a verlos nunca. Ni siquiera los conocía.

—¡Señorita!

¿Acaso ese grito iba por mí?

Eso también me daba igual.

Solo quería marcharme.

Entré en la puerta giratoria de cristal. ¿Por qué demonios daba vueltas esa cosa tan despacio? ¿Por qué no había una puerta corredera por la que pudiera salir corriendo simplemente? Impaciente, presioné la mano contra el cristal que tenía delante. Pero la puerta no se dejaba empujar más rápido. Seguía girando, a su ritmo parsimonioso. Miré a mi alrededor con ansiedad. Ojalá no viniera nadie tras de mí. La recepcionista. Dixon. O Pandora.

Pero no había nadie detrás. En el vestíbulo parecía que ya habían olvidado que acababa de cruzar la sala a toda prisa.

Una leve sensación de decepción me recorrió. Dixon no venía tras de mí.

Es mejor así, Maisy.

Finalmente estuve al aire libre. Y antes de que se me ocurrieran más pensamientos absurdos, simplemente seguí corriendo.

En medio de una llovizna.

Las finas gotas me daban en la cabeza. En el pelo. En la nuca. No me había puesto chaqueta porque, cuando salí, el cielo sobre mí todavía lucía un azul radiante. Y tampoco llevaba paraguas. Nunca llevaba paraguas. Si ni siquiera era capaz de guardar mis gafas de sol en un lugar donde pudiera volver a encontrarlas.

La lluvia tampoco era para tanto.

Simplemente seguí corriendo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Por nada del mundo regresaría con Dixon.

Él ya había tenido suficiente de mí.

Me había hecho reproches que yo no entendía. Se trataba de Crosby y de algún otro hombre cuyo nombre no había oído en mi vida.

Daba igual.

Probablemente se había inventado el nombre.

Con eso solo había querido distraerme de su propio engaño.

Fuera como fuese. Había tenido suficiente de mí.

Con un asomo de orgullo, eché la cabeza hacia atrás. Si él no quería volver a verme, yo todavía menos.

En ese instante, las gotas de lluvia que golpeaban mi rostro se hicieron más grandes.

Ploc.

Ploc.

Ploc.

La fina llovizna se convirtió en una buena lluvia de verano.

Me detuve y dejé que las gotas me humedecieran la cara. Y justo en el momento en que dejé de huir desesperadamente hacia adelante, todos los sentimientos acumulados en mi interior se desbordaron.

Dixon, ese idiota. Me había utilizado de forma rastrera y había fingido que de verdad le importaba algo. Había admirado mis cuadros. Probablemente no significaban nada para él y ya tenía planeado el espacio que ocupaba mi galería para su gimnasio. Había fingido que quería presentarme a su familia.

Resoplé.

Probablemente solo había seguido ese juego por su abuela. Ante ella difícilmente podía admitir que se aprovechaba de mujeres jóvenes e ingenuas. Solo por ella había fingido que iba en serio conmigo.

¿O no?

Una ligera duda se instaló en mí. Pero la deseché de inmediato. Dixon acababa de mostrarme su verdadera cara. Y no era nada agradable.

La lluvia caía ahora con fuerza sobre mí. Las gotas me recorrían el rostro. Por las mejillas. Bajaban por el cuello. Se unían en mi escote en un pequeño riachuelo que fluía hacia mi sujetador.

Estaba empapada. La ropa se me pegaba a la piel y mi cabello caía largo y pesado sobre mi espalda.

Una imagen que me habría gustado pintar.

Lluvia de verano en Nueva York.

Y de repente sentí un nudo enorme en mi interior.

Pintar.

¿Volvería alguna vez a pintar?

No solo había perdido a Dixon, sino también mi galería. Le pertenecía a él. Sí, los cuadros eran míos. Pero el local era de Dixon. Me pondría en la calle. En cuanto fuera a la galería con intención de pintar allí, me miraría con la misma frialdad de antes y me preguntaría si no había entendido bien sus palabras anteriores.

He tenido suficiente de ti.

Eso es lo que diría. Y entonces vendría Pandora y saborearía su triunfo por segunda vez.

No.

No podía permitir eso.

Seguí caminando lentamente. Mis piernas pesaban tanto como mi corazón. Había perdido al hombre del que me había ido enamorando poco a poco en las últimas semanas. Y había perdido mi sueño. La galería.

Sollocé y me pasé el dorso de la mano por la cara.

¿Cómo había podido caer ante un idiota semejante? Habría sido mejor aceptar la oferta de Crosby. Podía tener sus fallos, pero no era un mentiroso tan falso como Dixon.

En ese instante sentí un breve tirón en el vientre.

Y entonces toda la verdad me golpeó con toda su fuerza.

Cerré los ojos.

Embarazada.

Lo había perdido todo y estaba embarazada de un impostor. Un mentiroso. Un farsante para quien no significaba nada y que no estaba interesado en mi bienestar. Alguien para quien yo no era más que un cuerpo.

Intercambiable.

Cuando esa palabra pasó por mi mente, sollocé con fuerza.

Y entonces también se rompieron mis últimos diques de contención.

Aún más lágrimas brotaron de mis ojos y rodaron sin freno por mis mejillas. Se unieron a las gotas de lluvia en una sola gran corriente que corría por mi escote y continuaba empapándome. Pero ya no sentía la humedad.

Solo sentía el inmenso dolor que parecía desgarrar mi corazón.

¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Por qué no había sido más precavida? Entonces seguramente me habría dado cuenta de que Dixon era un completo idiota que no me merecía.

No me merecía.

Y tampoco se merecía mis lágrimas.

Tragué saliva e intenté frenar el torrente de mis lágrimas. Pero mi corazón no me hacía caso. Mis ojos seguían produciendo lágrimas. Y esas lágrimas seguían rodando por mis mejillas.

No deberías llorar por Dixon, Maisy. ¡Será mejor que te concentres en tu futuro!

¿Qué futuro?

Un futuro en el que no solo tenía que cuidar de mí misma, sino también de mi hijo.

Y no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

La galería era cosa del pasado. Todos los compradores que se habían mostrado interesados por los cuadros desaparecerían tan rápido como habían llegado en cuanto oyeran que Dixon me había dado de lado. Así funcionaban las cosas. Así funcionaban en todas partes. Así les pasaba a las actrices, a las cantantes, a... a todas. Quien se hacía famoso rápido gracias a un mecenas, caía en el olvido con la misma rapidez cuando ese mecenas ya no estaba.

Dixon tenía el poder de encumbrarme. Y, por lo tanto, también tenía el poder de hundirme de nuevo en lo más bajo.

Por fin se me habían secado las lágrimas.

Alcé el rostro y dejé que la lluvia me lo lavara. La lluvia parecía haber amainado un poco. Sentí un escalofrío.

—¡Miau! —sonó un lamento lastimero a mis pies. Miré hacia abajo. Ante mí había un gato atigrado de color naranja y blanco que se veía aún más empapado de lo que yo me sentía. Parecía un poco perdido.

Y estaba segura de que lo conocía.

—Miau. —Me miró suplicante. Sus ojos denotaban hambre.

Levanté las manos con impotencia—. No puedo darte nada de comer. Me encantaría hacerlo. Pero no tengo nada.

—¡Miau! —El gato me miró con insistencia. Parecía querer decirme que había tiendas que vendían comida para gatos y que yo podía conseguirle allí la cena.

Se me escapó una breve risa.

Miré al gato con gratitud. Era como si hubiera sabido que yo necesitaba un poco de apoyo y por eso hubiera aparecido justo en ese momento. Cuánto me habría gustado darle algo de comer. O comprarle algo.

Pero no tenía nada.

Y tampoco tenía dinero.

—Miau. —El gato se restregó contra mi pierna. Su pelaje estaba empapado y pesado. Pero, al mismo tiempo, me transmitió confianza. Era como yo. Los dos éramos unos parias a los que nadie quería. De vez en cuando, la gente nos daba algo de comida, algo de afecto. Pero luego seguían su camino y nos dejaban solos. Sí, incluso se olvidaban de que existíamos.

¿Para qué iban a recordarnos? Ellos tenían sus vidas. No nos necesitaban.

Me puse de cuclillas y acaricié con timidez el pelaje mojado del gato —. Me alegra que estés aquí —susurré—. Ojalá tuviera algo que darte.

—Miau. —El gato me miró. Sus ojos de color ámbar parecían decirme que me comprendía.

—¿Acaso no has venido porque querías comida, sino porque querías consolarme? —susurré conmovida.

—¡Miau! —El gato bajó la cabeza, como si quisiera asentar a mi pregunta, y maulló con fuerza.

Seguí acariciando el pelo mojado—. Ni siquiera sé qué va a ser de mí —susurré—. Y encima tengo que cuidar de un niño. —No me atrevía a decir que ni siquiera tenía sitio para un gato.

Me sentía tan desalmada.

—Si no hubiera sido por ese maldito idiota, ahora podría comprarte algo de comer. Podrías haberte venido a casa conmigo, si hubieras querido. —Acaricié al gato.

Y, de repente, me invadió una rabia incontenible.

¡Todo por culpa de Dixon!

¡Todo por su culpa!

¿Qué se había creído?

¿Quién se creía que era?

—¡Maldito idiota! —Sentaba muy bien decir las palabras en voz alta. Mi situación no había mejorado ni un ápice. Estaba arrodillada, empapada hasta los huesos, en medio de una calle de Nueva York. Estaba embarazada de un idiota, mi sueño profesional se había ido al traste y pronto no podría pagar el alquiler de mi piso ni las cuotas de mi préstamo.

No tenía ni idea de cómo salir adelante.

Pero maldecir me liberaba.

—¡Maldito idiota! —grité con todas mis fuerzas.

Después de la lluvia, había poca gente por la calle. Nadie se dio la vuelta para mirarme. En Nueva York pasaba todos los días: siempre había alguien gritando su opinión en una esquina. Quienes llevaban tiempo viviendo aquí se habían resignado a ello y probablemente ya ni siquiera se daban cuenta.

—¡Maldito idiota! ¡Maldito idiota! ¡Maldito idiota! —Mi voz se fue apagando poco a poco. La inmensa rabia fue abandonando mi cuerpo gradualmente. Me sentía aliviada y, al mismo tiempo, mi corazón pesaba más que nunca.

¿Qué iba a hacer ahora?

—Miau. —Los ojos color ámbar me miraron con lástima. Entonces el gato se escabulló de debajo de mi mano y se alejó lentamente. Lo

seguí con la mirada y, de repente, me sentí aún más abandonada que antes.

Tiritaba.

Tienes que ir urgentemente a algún lugar cálido, Maisy, y ponerte ropa seca. Ahora ya no solo eres responsable de tu propia salud, sino también de la de tu hijo.

De mi hijo.

Era mi hijo.

Siempre pensaría en él así.

Nunca pensaría que también era el hijo de Dixon.

Dixon nunca sabría de su existencia.

Mejor no tener padre que tener a un completo idiota como padre.

Me levanté.

Allí delante había una parada de autobús y esa línea pasaba casi por delante de mi piso. Metí la mano en el bolso.

Estaba vacío.

Con todo el ajetreo de esta mañana, me había dejado la cartera en casa. Y ahora ni siquiera podía pagar el autobús.

—¡Maldita sea! —volví a protestar. Si antes maldecir me había aliviado tanto, ¿por qué no ahora?

Suspiré. No me quedaba más remedio que volver a casa andando. Estaría al menos una hora de camino. Y empapada hasta los huesos.

—¿Necesitas ayuda? —Una voz melodiosa me hizo levantar la vista. Junto a mí estaba una mujer de unos cincuenta años que me miraba con amabilidad. Su pelo y su ropa estaban completamente secos. Lógico. Llevaba en la mano un paraguas plegado que la había protegido de la lluvia anteriormente—. Parece que necesitas resguardarte en un lugar cálido urgentemente.

Asentí—. Me iré a casa.

—¿Vives cerca? —La señora me examinó con curiosidad. De pronto estuve segura de que se había fijado en mis ojos enrojecidos y sabía que mi cara no estaba mojada solo por la lluvia.

—Está a un trecho a pie —dije evasiva—. Pero caminar me vendrá bien —añadí con un ligero atisbo de desafío.

La mujer frunció el ceño—. ¿Por qué no coges el autobús? Deberías cuidarte más. Como no te seques de inmediato, vas a enfermar.

Asentí—. Me he dejado el dinero en casa —admití entonces.

De repente, la mujer sacó un billete de cinco dólares de su bolso y me lo puso en la mano—. Toma. Coge el autobús. En tu estado, tienes que cuidarte especialmente. Todo lo mejor.

Y luego desapareció tan rápido como había llegado.

La seguí con la mirada, estupefacta.

¿Sabría que estaba embarazada?

Me miré el vientre. Todavía no se notaba nada. Pero decían que algunas personas tenían un olfato especial para esas cosas. ¿Sería ella una de ellas?

En mi mano tenía cinco dólares.

Así que no me lo había imaginado todo.

Todavía quedaba gente buena.

Quizá... quizá no todo fuera tan terrible como parecía. Si me ponía a pensar, encontraría una solución para todos mis problemas.

¿Verdad?

Caminé despacio hacia la parada del autobús.

Capítulo 26 Maisy

Tres semanas después.

—¡Maisy!

En el oscuro vestíbulo de paredes negras y luces estroboscópicas, los últimos visitantes se dieron la vuelta.

—¡Limpia el cine de una vez, que la próxima sesión está a punto de empezar! —Mi jefe bramó tan fuerte que a buen seguro se le oyó hasta en los baños. No le importaba lo más mínimo la impresión que aquello pudiera causar en los clientes. Me gritaba siempre que podía. Parecía que eso le proporcionaba cierta satisfacción, más incluso que poder anunciar un nuevo récord de taquilla. Aunque esto último nunca sucedía y, con toda probabilidad, tampoco iba a ocurrir.

Me limité a asentir y me dirigí al pequeño cuarto de la limpieza para coger el cubo, el recogedor y un par de guantes. Cuando volví a pasar por delante de mi jefe, Freddie, este refunfuñó: —Es que hay

que decírtelo todo. ¿No se te ocurre por ti misma que hay que limpiar aquí?

Me mordí la lengua. Me habría encantado señalarle a Freddie que los últimos espectadores acababan de salir de la sala. ¿Acaso pretendía que interrumpiera la proyección cubo en mano para recoger botellas vacías, barrer palomitas y quitar las migas de patatas de los asientos mientras todavía salían los créditos?

Probablemente.

Pero entonces habría molestado al público y Freddie habría tenido otro motivo para regañarme.

—¿Es que no puede ir más rápido? —gritó ahora—. ¡A su lado, hasta una babosa parece plusmarquista mundial de los cien metros lisos!

Intenté desconectar y no escucharle.

Este trabajo no era ideal. No lo era en absoluto. Pero era el único que había encontrado rápido.

Después de que Dixon me... Mis pensamientos se estancaron, como siempre que Dixon me venía a la cabeza. Quería dejarlo atrás y olvidarlo y, sin embargo, en las últimas dos semanas había pensado en él a diario. Varias veces al día, de hecho. ¿Cómo no iba a hacerlo?

En mi vientre crecía su hijo.

Iba a pensar en él todos los días de lo que me quedaba de vida.

Puedes hacerlo, Maisy. Pero lo importante es que no pase de ser un pensamiento.

Roja de vergüenza, recordé que en varias ocasiones había cogido el móvil. Sí, hasta había buscado el nombre de Dixon en los contactos. Y por poco, pero solo por muy poco, estuve a punto de pulsar el símbolo verde de llamada para comunicarme con él. Sin embargo, en el último momento siempre recapacitaba. Me había mantenido fuerte.

Y seguiría manteniéndome fuerte.

Aunque para ello tuviera que pasar por un infierno.

Este trabajo se le parecía bastante.

Pero de momento no tenía otra opción.

Poco después de que Dixon cortara conmigo —si es que se podía llamar así, al fin y al cabo no habíamos sido realmente una pareja, aunque a mí me lo pareciera—, venció el plazo del alquiler de mi piso y la cuota de mi préstamo.

Eso no habría sido un problema...

Si la pareja que había comprado el ciclo de las estaciones no se hubiera echado atrás dos días antes de la firma. Se lo habían pensado mejor y ya no querían los cuadros porque habían encontrado algo que les gustaba más.

Tragué saliva al recordarlo. Sí, me había repetido mil veces que aquel rechazo seguramente tenía más que ver con Dixon que conmigo y que no decía nada sobre la calidad de mis cuadros.

Aun así, el rechazo dolió, y por partida doble. Al fin y al cabo, aquella pareja se había empeñado en tener los cuadros.

Y además, aquello significaba que me quedaba sin blanca. Igual que hacía unas semanas, cuando vi a Dixon por primera vez. Con la diferencia de que entonces no estaba embarazada y aún tenía posibilidades de hacer algo con mi futuro.

Ahora, en cambio... en cuestión de pocos días, había rescindido el contrato de mi piso y me había marchado. Como era un estudio amueblado, no había tenido mucho que empaquetar. Cuanto antes me fuera, mejor. No servía de nada quedarse. Ya no podía pagar el alquiler y, por lo tanto, no merecía la pena seguir allí. Solo conseguiría acumular una montaña de deudas cada vez mayor. Jaylene se apiadó de mí y me dejó quedarme en su casa. Y vi el anuncio en el cine de la esquina. Buscaban acomodadoras. Conseguí el puesto de inmediato.

—¿Todavía no ha acabado, pedazo de vaga? —bramó Freddie, que estaba de pie en la puerta de la sala de cine con las piernas abiertas y las manos en jarras—. Ahora mismo entrarán los espectadores de la próxima sesión, ¿es que quiere que vean la pocilga que tenemos aquí dentro?

Volví a tragar saliva.

Después de solo un día de trabajo, comprendí por qué el puesto estaba vacante. Freddie era, con diferencia, el jefe más asqueroso que había tenido nunca. Me machacaba siempre que podía y quería, lo cual sucedía varias veces al día. Además, no era solo acomodadora, sino la chica para todo. Si la cajera se ponía enferma, me tocaba cobrar. También me había tocado vender helados. Por si fuera poco, limpiaba las salas a diario, a pesar de que Freddie no había mencionado ni una palabra al respecto cuando me contrató.

Suspiré.

Lo que más deseaba era dejar el trabajo y buscarme otro. Pero ¿con qué iba a ir pagando las cuotas de mi préstamo?

Dixon seguro que no volvería a ayudarme.

Reprimí un sonido que estaba a medio camino entre una carcajada y un resoplido.

Qué ingenua había sido.

Ni siquiera me había parecido necesario redactar un contrato por escrito con Dixon sobre nuestra colaboración. Simplemente me lo creí todo.

Así, sin más.

Nadie más que yo podía ser así de tonta, ¿verdad?

Te encaprichas de un tío, Maisy, lo dejas todo por él y al final terminas embarazada y sola.

La sala estaba limpia. Ya podían entrar los siguientes espectadores. ¿Qué película ponían hoy?

No tenía ni la menor idea. Cuando estudiaba en la universidad, me encantaba ir al cine. Pero después, cuando fundé *Maisy's Art*, empecé a tener cada vez menos tiempo. Además, ahorraba en todo lo que podía. Una entrada de cine no era un gasto estrictamente necesario, como tampoco lo era pasar un día en un spa o ir a ver un musical a Broadway.

Broadway.

Casi lo había logrado.

Pensé en la noche en que Jaylene creyó que le habían tocado las entradas y en la que conocimos a Dixon.

Casi lo había logrado.

Aquel podría ser el lema de mi vida.

Casi logré todo lo que me propuse. Casi vendí mis cuadros y puse la galería en marcha. Casi hice realidad mi sueño. Casi conseguí entrar en un musical de Broadway como espectadora. Y casi tuve una relación con el hombre de mi vida. Casi.

Pero ahora no tenía galería, tenía un trabajo de mala muerte en un cine infecto y pronto sería madre soltera.

—¡Maisy! —Freddie estaba justo delante de mí. Alcé la vista asustada—. ¡Maldita sea! ¿Qué haces ahí plantada mirando a la nada como una vaca que ve pasar el tren? ¡Te pago para que trabajes, no para que te rasques la barriga!

—Yo... —tartamudeé sin saber qué decir. Me sentía realmente cazada. Mis pensamientos andaban en ese momento por las nubes.

—¡Venga, vamos! —Freddie me agarró del brazo y me sacó de la sala a rastras—. Algún guarro ha dejado un asco de porquería ahí fuera, tienes que limpiarlo ahora mismo. —Lo seguí mientras intentaba zafarme de su agarre.

—Suélteme, por favor —le exigí.

Freddie soltó una carcajada burlona. —¡Eso te encantaría! ¡Que te soltase! ¿Qué pasa, quieres escaquearte del trabajo tú también, como todos los que han pasado por aquí antes que tú? —Freddie negó con la cabeza—. Conmigo no funcionan esas cosas. Si quieres cobrar tu sueldo a final de mes, ¡tienes que trabajar! ¡Aquí! —Freddie se detuvo.

Estábamos delante de un charquito. No quise mirar de cerca. El olor me lo decía todo. Se me revolvieron las tripas. Algún espectador debía de haber bebido demasiada cerveza y comido demasiadas patatas, y lo había acabado echando todo en un rincón delante de los baños. A primera hora de la tarde.

No, aquel no era precisamente el cine más distinguido de Nueva York. Broadway no estaba tan lejos y, sin embargo, sentía como si me separaran de allí mundos enteros.

—¡Venga, acabe ya! ¿O es que quiere que lo vean los clientes? —me increpó Freddie. Me apretó el brazo forzándome a agacharme de manera brutal.

—¡Ay! —se me escapó. De inmediato me mordí los labios. No quería mostrar que me dolía. Los tipos como Freddie estaban deseando ver el dolor y disfrutaban cuando hacían daño a una mujer. No iba a darle ese gusto.

—No seas quejica —me soltó Freddie—. Eres demasiado sensible, como todas las mujeres. Siempre os ponéis a gritar en cuanto os tocan. —Pero después de decir esto, Freddie por suerte me soltó—. Limpia eso. Yo no aguanto esta peste.

Se me ocurrió responder algo sobre la delicadeza del olfato masculino. Pero me callé, intenté respirar por la boca y no dije nada. No quería por nada del mundo que a Freddie se le ocurrieran nuevas faenas para atormentarme.

Cogí rápidamente la bayeta más vieja y eliminé el estropicio. Luego eché un poco de ambientador. Cómo era posible que la gente ni siquiera avisara cuando les pasaba un percance. No, se largaban sin más y dejaban que otros cargaran con el muerto.

Cuando hube tirado la bayeta y llenado el cubo con agua limpia, me sentí más cansada y agotada que nunca en mi vida. ¿Sería el embarazo? ¿O todo el estrés de la última semana? ¿O el hecho de tener una fregona en la mano en lugar de un pincel?

Desde la última vez que vi a Dixon no había vuelto a pintar.

¿Y cómo iba a hacerlo?

Tenía mis pinceles, mis pinturas y mis lienzos en la galería, porque allí era donde tenía mi estudio. Allí era donde pintaba.

Donde solía pintar.

No quería volver a pisar *Maisy's Art* jamás.

Aquellas cosas ya no me pertenecían.

Y sobre todo, no quería conservar los recuerdos que iban unidos a ellas; quería deshacerme de ellos lo antes posible.

Sin embargo, una parte de mí se sentía hueca y vacía. Había pintado desde que tenía uso de razón. Desde que de pequeña cogí un lápiz por primera vez, no quise soltarlo. Mi madre siempre contaba aquello entre risas y añadía que solo solté el lápiz para cambiarlo más tarde por un pincel.

Así había sido. En cuanto tenía un pincel en la mano, era feliz. Era yo misma al cien por cien. Estaba llena de ideas, colores y formas, sombras y luces.

Aquí, en este cine, no había nada de eso.

Cuando llegaba a casa, solía estar muerta de cansancio y solo quería dormir.

Pero no era solo eso.

No sentía ni el más mínimo ápice de inspiración.

Tenía la sensación de que, si cogiera un pincel, ya no sabría qué pintar realmente. Probablemente solo saldría oscuridad de mi interior. Al final acabaría plasmando en el lienzo el hedor que acababa de limpiar.

Y estoy segura de que nadie querría ver eso.

Tragué saliva.

Nunca me había sentido así en toda mi vida.

Era la desesperanza más profunda.

Jaylene me había preguntado si no quería pintarle un cuadro para su cocina. Así, sin más, solo por diversión. Yo había asentido y masculado algo sobre hacerlo «más adelante». Jaylene no volvió a insistir, y yo no sabía si estarle agradecida por ello o no.

En realidad, solo había una persona que podía hacerme volver a pintar.

Dixon.

Aparqué el pensamiento y saqué el cubo lleno de agua sucia.

No quería saber nada más de Dixon.

Ni hablar.

Bajo ningún concepto.

Antes me pasaría el resto de mi vida fregando suelos aquí en el cine que volver a cruzar una sola palabra con ese traidor.

Capítulo 27 Dixon

Mis brazos surcaban rítmicamente las aguas del río Hudson.

Izquierda.

Derecha.

Respirar.

Izquierda.

Derecha.

Respirar.

Nadaba a mi ritmo habitual, el mismo con el que había estado entrenando todos estos meses y que me había permitido completar el maratón de natación. Cuando termina una competición empieza la siguiente, así que había llamado a Gavin sin dar muchas

explicaciones y hoy le había entregado un nuevo plan de entrenamiento.

—Estás loco, colega —había jadeado horrorizado—. ¿Es que no puedes tomártelo con más calma al menos una o dos semanas y bajar el ritmo? ¡A tu cuerpo también le vendría bien! Y para colmo, acabamos de llegar a la meta, podemos estar realmente orgullosos de nuestra marca, ¿y tú no piensas en otra cosa que en rebajar ese tiempo? ¿Es que nunca tienes suficiente?

Mi amigo me había mirado con aire acusador. No le respondí. La necesidad de distraerme era demasiado urgente. Pero eso no se lo dije a Gavin. En su lugar, me limité a observarlo y a gruñir con hosquedad: —No querrás parar ahora y empezar a echar barriga, ¿verdad? ¿Convertirte en el típico abogado que va de comida de negocios en comida de negocios, pasándose de calorías en cada una de ellas?

Gavin se limitó a resoplar, me arrebató el plan de entrenamiento de las manos y se me adelantó hacia el vestuario.

Y ahora nos encontrábamos en los últimos metros de nuestra distancia de entrenamiento. Pero aunque hoy las condiciones eran realmente ideales y había mantenido estrictamente mi ritmo, no había conseguido entrar en «la zona». Mi mente no se había quedado agradablemente vacía como solía ocurrir siempre hacia el final del entrenamiento.

Nadaba y nadaba, e incluso aceleré haciendo uso de mis últimas fuerzas.

Nada.

Seguía atrapado en mi cabeza, donde daban vueltas todos esos pensamientos que no habían dejado de rondarme en las últimas dos semanas.

Maisy.

¿Cómo ha podido?

Y, sobre todo, ¿cómo he podido equivocarme tanto con ella?

Era la peor traidora que jamás había conocido. Realmente podía darme por satisfecho por haberla descubierto a tiempo. No quería ni imaginar lo que habría pasado de haber seguido dejando que formara parte de mi vida.

En ese instante, mi mente se quedó vacía de verdad. Porque no lograba imaginarme qué habría pasado entonces.

Y además...

Le había dicho claramente a Maisy que no quería volver a verla. Pero desde aquel momento, había pensado en ella cada día. Esperaba que Maisy apareciera por la galería para recoger sus cosas. Sin embargo, su caballete, sus cuadros y sus lienzos seguían allí. En lugar de Maisy, se presentó el matrimonio que quería comprar el ciclo de las estaciones, la obra maestra de Maisy, para cancelar el contrato. Alegaron que les gustaban más otros cuadros, pero sospeché que sencillamente ya no tenían dinero suficiente para la compra. Les pedí que, además, le enviaran un correo electrónico a Maisy.

Y después, me había quedado sentado en la galería contemplando las obras de Maisy.

Desde entonces no había vuelto por allí.

No quería hacer el ridículo. ¿Quién lloraría por una traidora a la que él mismo ha puesto de patitas en la calle?

Nadie.

Ningún hombre en el mundo.

Mientras tanto, Gavin y yo habíamos llegado al embarcadero. De forma automática, sin pensarlo apenas y casi sin darme cuenta, había subido.

Gavin me siguió.

—¡Maldita sea, colega! —jadeó—. ¿Acaso querías batir un récord en los últimos metros? ¡Te recuerdo que en los entrenamientos no hay cronometraje oficial! —Gavin sacudió la cabeza.

A mí no me había parecido que fuera tan rápido. —Exageras —repliqué.

—Seguro que no. ¡Mira! —Como prueba, Gavin me mostró su reloj. Miré el tiempo: efectivamente, era un nuevo récord personal oficioso en este recorrido.

—Se ve que la mujer de tus sueños te da alas —Gavin me dedicó una amplia sonrisa—. Si es así, el año que viene dejarás atrás a todo el mundo y probablemente incluso al barco de apoyo —Gavin soltó una carcajada.

Yo me mantuve en silencio.

—¿Qué pasa? —Gavin dejó de reír y me miró inquisitivamente. Hasta ahora no le he contado nada a mi mejor amigo sobre la traición de Maisy. Era como si el asunto no fuera real del todo si me lo guardaba para mí. Lo que nadie sabe, no existe, ¿verdad?

—¿Dixon? —Gavin cerró el puño y lo apoyó en mi pecho—. ¿Qué te pasa? Te conozco lo suficiente para saber que algo va rematadamente mal cuando pones esa cara. ¿Es por Maisy? —Gavin frunció el ceño y se secó las últimas gotas de agua de la cara.

Maisy.

—No quiero volver a oír ese nombre —gruñí y me di la vuelta. Caminé sin mediar palabra hacia la sede del club, donde guardábamos nuestras cosas. Solo quería ducharme, cambiarme y regresar a mi escritorio. El trabajo me distraería.

Gavin se apresuró a seguirme.

No dijo nada.

Y tampoco diría nada.

Conocía bien a mi amigo. Seguro que estaba que reventaba de curiosidad. Pero guardaría silencio y esperaría hasta que yo estuviera listo para contar mi historia. Solo entonces me haría preguntas. En ese momento, aprecié a Gavin más que nunca.

Abrí la puerta del club.

Dentro, frente al mostrador, había una pareja besándose.

Aparté la cabeza con disgusto. La felicidad ajena era más de lo que podía soportar en ese instante. Seguí caminando hacia los vestuarios.

Y de repente me giré de inmediato.

¿Había visto bien?

¿De verdad había visto bien?

Me quedé mirando a la pareja que se besaba.

Sin duda.

Elbert.

Elbert, que tenía amarrada aquí su lancha motora.

Elbert estaba besando a una mujer.

Pero esa mujer no era Maisy.

Elbert estaba besando a Pandora.

Antes de que pudiera activar mis últimas neuronas y reflexionar sobre lo que aquello significaba, ambos parecieron sentir mi mirada y se separaron.

Elbert me miró.

Y de pronto, una rabia increíble me invadió. Había creído que ya estaba en el buen camino para procesar todos los sentimientos, dejar atrás la traición y mirar al futuro con optimismo. Pero ahora estaba tan furioso como el día en que me enteré de todo.

—Se ve que nunca tienes suficiente —le siseé a Elbert.

Luego me dirigí a Pandora: —¡Traidora miserable! ¡Sabía desde el principio que no podía fiarme de ti! —Todo afloró de nuevo. Todo lo que había dejado de lado en las últimas semanas y meses por consideración a la abuela Adelaide.

Yo tenía razón. Ahora Pandora mostraba su verdadera cara. En cuanto le daba la espalda, se besaba con mi peor enemigo. Y Elbert, él probablemente se divertía con cualquier mujer que se cruzara en su camino. Daba igual que se llamara Maisy o Pandora. Si con ello podía fastidiarme, tanto mejor.

—¡Ay, Dixon! —Pandora soltó una risita burlona—. Eres realmente tierno. ¿Acaso creías que me pasaría el resto de mi vida en un trabajo de oficina mediocre y aburrido? ¿Dejando que me mangonearan jefes estúpidos, ya seas tú o cualquier otro?

Resoplé. —Me parece que nunca te han mangoneado. No tienes ni idea de lo que eso significa. En CUALQUIER trabajo hay que aceptar órdenes de los jefes —la miré con desprecio—. Con esa actitud, nadie te va a contratar. Ni yo ni ningún otro. No existe ningún jefe tan tonto.

Pandora sonrió. —Cuando pinto, soy mi propia jefa. Puedo hacer lo que me dé la gana. Pintar lo que quiera. Cuando quiera. Donde quiera. Tan a menudo como quiera.

—Solo que nadie va a comprar esa basura para estropear su casa con ella. —Ahora ya no tenía por qué tener miramientos con la abuela Adelaide ni con nadie más. Después de cómo me acababa de atacar Pandora, podía decirle lo que pensaba. Alto y claro.

—Ahora por fin he encontrado a un patrocinador —Pandora parecía no haberme escuchado. Pasó la mano con cariño por el pelo de Elbert. Luego me miró y sonrió triunfante—. Dado que en nuestra familia nadie estaba dispuesto a echarme una mano y tenía que trabajar y pagar por todo... ahora por fin tengo a alguien que me valora y me quiere tal como soy.

Pandora volvió a inclinarse hacia Elbert. Sus labios se acercaron a los de él. Me eché a reír, interrumpiendo aquel momento de intimidad. —No me vengas con esas. La abuela Adelaide te ha apoyado bastantes veces, a pesar de que te has comportado como un monstruo mezquino. Nunca te puso de patitas en la calle cuando te lo habrías merecido de sobra. No, siempre te ayudó e incluso intercedió por ti ante mí para que te diera el trabajo —resoplé ante aquel recuerdo.

—¿Apoyarme a mí? —Pandora sacudió la cabeza—. Qué sarta de tonterías. A TI es a quien ha estado cubriendo y promocionando durante años. TÚ eras su favorito y lo sigues siendo a día de hoy. Sin lo que ella te ha ido soltando, ni siquiera habrías podido abrir tu negocio.

Me puse rojo de ira.

La abuela Adelaide siempre había estado a mi lado con consejos y apoyo.

Pero nunca con dinero.

Había avalado mi crédito, pero también me había dejado claro que habría de devolverle hasta el último céntimo, intereses incluidos, trabajando para ella si mi empresa no salía adelante.

Y lo había logrado por mi cuenta.

—¡Ella no me ha soltado nada! —le espeté a Pandora.

Pandora se rio. —Yo en tu lugar también diría eso hoy. Pero espera y verás. Solo espera y verás —su risa se volvió malévola—. Cuando Elbert ponga en marcha sus nuevos planes, te vas a quedar a cuadros y tendrás que ir a suplicarle más dinero a la abuela Adelaide. Y entonces ya no te lo dará.

—¿Qué planes? —ignoré la segunda parte de la afirmación de Pandora.

—¿Miedo? —la voz de Pandora sonaba sarcástica—. Elbert y yo ahora formamos un equipo. Y puedes ir preparándote —soltó una risita tonta—. No digo más. No soy estúpida.

Golpeé el mostrador con el puño.

Pandora siguió riendo.

Y entonces Elbert también se rio. —Ay, Dixon. Es realmente delicioso. Eres tan ingenuo como un niño pequeño. Se te puede contar cualquier cosa y hacer de todo contigo. Te lo crees todo y no cuestionas nada. Y a eso se le llama empresario. Un bebé, eso es lo que eres. Un bebé muy grande. No me extraña que tu niñita se haya largado sin más. Las mujeres quieren a un hombre. No a un bebé.

Eso fue demasiado.

Vi rojo.

Agarré a Elbert con una mano. Con la otra, armé el brazo. Se la iba a liar.

Pero antes de que mi puño derecho pudiera impactar en la nariz de Elbert, alguien me agarró del brazo y tiró de mí con energía hacia atrás.

—No dejes que te provoque, colega —la voz calmada de Gavin llegó a mis oídos. Típico de abogado. Mantenía los nervios templados en cualquier situación.

—¿Ves? Liándote a puñetazos como en el jardín de infancia —siguió pinchando Elbert—.

—¡CIERRA TU MALDITA BOCA! —rugí, e intenté zafarme de Gavin. Pero el agarre de mi amigo era de hierro.

Y en ese momento, fue como si el tiempo se detuviera.

Miré a Elbert y a Pandora.

Los dos mentirosos más grandes, rastreros y estúpidos que jamás había conocido. Los dos intrigantes que no me deseaban nada bueno y que no habían hecho más que ponerme piedras en el camino desde que los conocía.

Lo cual, en el caso de Pandora, era desde hacía muchísimo tiempo.

Y a estos dos los había creído.

Les había dado más crédito que a Maisy, que había llegado de forma tan inesperada a mi vida y la había llenado de tanta alegría.

Los había creído cuando hablaron mal de Maisy y la calumniaron.

¿Cómo pude ser tan tonto?

¿Cómo pude caer en la trampa y pensar que a estos dos les importaba mi bienestar?

Maisy nunca me había engañado con Elbert.

Ella había caído conmigo en la trampa de esos dos.

Había desterrado a Maisy de mi vida sin motivo alguno.

En ese instante, un dolor punzante me atravesó el pecho.

Capítulo 28 Maisy

—¡Vaya, miren a quién tenemos aquí! —Una voz viscosa y aceitosa, susurrada cerca de mi oído, me dejó paralizada. Pertenecía a un hombre que se había acercado sigilosamente por detrás y cuyo cuerpo podía sentir ahora pegado al mío.

Demasiado cerca.

Di un paso hacia delante. El hombre me siguió. Inspiraba y espiraba profundamente y pude oler que había bebido algo. No era un aliento alcohólico insoportable, pero sí olía claramente a alcohol.

—No me habría imaginado encontrarte aquí... —soltó una risita el hombre.

Me aparté un poco y me di la vuelta.

Crosby.

Gemí para mis adentros. ¿Qué hacía él aquí? Era lo último que me faltaba. Si mi mudanza y el cierre de mi galería habían tenido algo bueno, era que Crosby no había podido encontrarme. No le había echado de menos en absoluto. En las últimas semanas no había pensado en él ni una sola vez.

Y ahora estaba ahí plantado frente a mí.

¿Cómo me había encontrado?

Debía de haberme visto por casualidad en la calle y me habría seguido. No encontraba otra explicación a su aparición.

—Maisy. Te he estado buscando por todas partes. —Crosby me miró con ojos de cordero degollado. En su rostro anguloso, aquello resultaba casi cómico. Parecía aún más descuidado de lo habitual cuando dijo—: Pero por fin te he encontrado, y ahora ya no te me escaparás tan fácilmente.

Miré a mi alrededor con desesperación. No había rastro de Freddie por ninguna parte. En ese momento no me habría importado que apareciera y me diera alguna instrucción absurda. Limpiar el baño de mujeres, por ejemplo. Allí Crosby no podría seguirme. Pero Freddie no se veía por ningún lado. Faltaba media hora para la próxima función y el cine estaba completamente vacío a excepción de Crosby. Los neoyorquinos siempre tenían prisa y poco tiempo. Llegaban justo al empezar la película y a menudo se marchaban antes de que terminaran los créditos. Aunque en este cine tampoco había nada que invitara a quedarse mucho rato. No busques una zona de asientos cómoda aquí, porque no la había.

—¿Por qué ya no estás en la galería? —quiso saber Crosby.

Suspiré internamente. No se quedaría tranquilo hasta que se lo explicara todo. Pero la verdad es que no quería explicarle nada. La historia con Dixon, Pandora y el embarazo no era de su incumbencia. Solo lo sabíamos yo y Jaylene. Y así debía seguir siendo por el momento.

—Te ofrecí mi apoyo —se quejó Crosby, lanzándome de nuevo su aliento a la cara—. Ya sabía yo que no lo conseguirías con la galería.

Indignada, estuve a punto de rechazar esa afirmación, pero me tragué el comentario. Crosby se había inventado su propia explicación para mi desaparición. Mejor así. Entonces no tenía que decir nada.

—Las mujeres simplemente no sois tan hábiles para los negocios como nosotros los hombres. Y que ese tipo no valía nada es algo que te dije enseguida —Crosby estiró el cuello y en ese momento parecía un pavo real vanidoso; sus palabras sonaron igual de prepotentes—. Si me hubieras pedido consejo, todo habría sido muy diferente.

—Soy feliz —dije apresuradamente. Estaba harta de la charla de Crosby. ¿No podía simplemente irse?—. Y no te pedí consejo porque no quise —añadí. Era hora de dejarle las cosas claras a Crosby.

—Pero no tienes por qué avergonzarte ante mí. —Crosby me miró negando con la cabeza—. Maisy, nos conocemos desde hace mucho tiempo y sabes lo que siento por ti. Puedes pedirme cualquier cosa. De verdad. No hay problema. Y como te he dicho: las mujeres simplemente no sois tan hábiles para los negocios. Necesitáis a hombres que os enseñen el camino. Los hombres adecuados. No a uno como el idiota con el que te vi.

Apreté los dientes de rabia. Crosby se montaba su propia historia y luego retorcía los hechos para que encajaran, y ni siquiera me escuchaba.

—¿Oyes mal? ¡He dicho que no te pregunté porque no quise! —Esta vez puse más énfasis en mi voz.

—Pero aún no es demasiado tarde —continuó Crosby, imperturbable —. Todavía eres joven y puedes intentar empezar de nuevo. Una nueva galería en una ubicación mejor, con un mejor concepto publicitario y quizás algún que otro cambio en tu estilo de pintura. Y verás cómo la gente se pelea por entrar.

¿Cambio en mi estilo de pintura? Miré a Crosby, indignada. ¿Quién se creía que era para juzgar mis cuadros? Se había pasado todos los años en la escuela de arte acechándome, pero seguía sin saber distinguir un Picasso de un Rembrandt. Y probablemente ni siquiera reconocería a la Mona Lisa; pensaría que es el retrato de un pintor de tercera.

—Sabía que te gustaría mi propuesta. —Crosby malinterpretó totalmente mi silencio—. Ya verás, con mi ayuda todo irá mucho mejor de lo que podrías imaginar.

¿Qué?

¡Quería atarme a él con su oferta de ayuda, como siempre!

—¡No quiero tu maldita ayuda, entiéndelo de una vez! —solté de golpe. Si de algo estaba segura, era de eso.

—No te pongas insolente —sin previo aviso, Crosby me agarró de la muñeca—. Encima de que soy generoso y te ofrezco algo a pesar de

que te lanzaste a los brazos de otro... Podrías ser un poco más... amable conmigo —Crosby sonrió, mostrando los dientes—. Tendrás que acostumbrarte a ello de todos modos. Porque, por supuesto, lo de la galería solo lo haré por ti si te mudas conmigo y me mimas todas las noches.

Solté una carcajada. La situación se volvía cada vez más bizarra. —Has debido de beber demasiado —repliqué ahora—. Si no, ya habrías entendido hace tiempo que no quiero nada contigo. Si alguna vez lo hubiera querido, te lo habría dicho hace mucho. ¡No quise nada contigo en la universidad, ni después, ¡ni ahora! ¡Y ahora suéltame de una maldita vez! —Intenté soltar mi muñeca del agarre de Crosby.

Pero él me apretó con más fuerza y tiró de mí hacia él. —¡Eso te gustaría a ti! ¡Con otros no eres tan remilgada! Así que puedes portarte igual conmigo. ¡Al menos yo voy en serio contigo!

Por un momento me pasó por la cabeza que quizá eso no fuera del todo falso. Dixon, desde luego, no había ido en serio conmigo. Pero enseguida sacudí la cabeza. Eso no cambiaba el hecho de que no quería nada con Crosby. Y alguien que insistía en que hiciera lo que él quería y ni siquiera me escuchaba, probablemente tampoco iba muy en serio conmigo. Sería salir de Guatemala para entrar en Guatepeor.

—¡Suéltame! —Seguí resistiéndome y le di una patada en la espinilla con el pie derecho—. ¿No has oído lo que he dicho? No quiero. ¡Lárgate de una vez y no vuelvas a aparecer por aquí nunca más!

—¡Maisy! —Me di la vuelta. Crosby me soltó al instante. En la puerta de la sala de cine estaba Freddie—. ¿Pero cómo demonios trata a nuestros clientes? ¿Y quién le da derecho a echar a un cliente de aquí? ¡Quién puede estar aquí y quién no, es algo que sigo

decidiendo yo! —Freddie se acercó. Tenía el dedo índice extendido y me señalaba amenazadoramente.

Retrocedí. —Pero... si yo no he hecho nada... quiero decir... —Me maldije internamente por el estúpido tartamudeo—. Me estaba acosando —solté finalmente, señalando a Crosby.

—¡Tonterías! —Freddie se rio con brusquedad—. La he estado observando todo el rato. Apenas la ha tocado. ¿Cómo va a estar acosándola? —La risa de Freddie se hizo más fuerte—. ¡Ustedes, las mujeres! De verdad, a la mínima que pasa gritan acoso. ¡Madre mía!

—Pero me ha agarrado de la mano y... —No pude seguir—.

—¿Y qué? ¿Quién puede culparlo? YO debería haberla agarrado con más fuerza estos últimos días y haberle dicho cuatro cosas. Me alegro de que ÉL lo haya hecho —asintió Freddie hacia Crosby.

Le miré sin palabras.

—¡No ha hecho más que dar problemas todo el tiempo! ¡Ya va siendo hora de que me libre de usted! —La voz de Freddie había vuelto a subir de tono hasta convertirse en un grito.

¿Librarse de mí?

—USTED es la que tiene prohibida la entrada a partir de ahora. No quiero volver a verla. ÉL es bienvenido en cualquier momento —al decir las últimas palabras, Freddie señaló a Crosby.

Seguía sin encontrar las palabras. ¿Era esto una de las malas películas que se proyectaban en nuestro cine?

Me pellizqué el brazo.

—¿Qué hace ahí parada como una tonta? ¡Si no va ahora mismo a por sus cosas, la echo a la calle sin su bolso! —frunció el ceño Freddie.

En ese momento me di cuenta de lo que estaba pasando.

Había perdido mi trabajo.

Freddie me estaba despidiendo.

—Pero..., necesito el dinero... y todavía no me han pagado... —Miré a Freddie, desesperada.

Él solo soltó una carcajada burlona. —¿Pagarle? Debería alegrarse de que no le exija nada. ¡O de que no la denuncie ahora mismo por daños al negocio! Con lo que acaba de hacer aquí. —Freddie se acercó más.

Reaccioné. Di dos pasos rápidos hacia un lado y luego corrí hacia el vestuario, agarré mi bolso y salí fuera.

Solo quería irme de allí.

Lejos de Freddie y lejos de Crosby.

—¿Qué cara traes? —Jaylene me examinó críticamente cuando abrí la puerta del apartamento tres cuartos de hora después—. Parece que hayas visto a un fantasma.

Puede que eso no fuera del todo desacertado. Pero antes de que pudiera decir nada, sentí que el estómago se me encogía de forma desagradable. Las náuseas me invadieron sin previo aviso. Pasé apresuradamente por el lado de Jaylene, abrí la puerta del baño y vomité.

Agotada, me dejé caer en el suelo.

Era demasiado. Todo era demasiado.

—Toma. Intenta beber esto. —Jaylene apareció y me puso un vaso de agua delante—. Te voy a preparar una infusión de hierbas. Una relajante. De esas para embarazadas que ayudan contra las náuseas. —Mi amiga esbozó una sonrisa algo forzada—. Me gustaría poder hacer algo más por ti, pero no sé qué.

Algo más. —Ya haces suficiente por mí. —Cogí el vaso y bebí el agua lentamente a pequeños sorbos. Al instante me sentí un poco mejor. Me eché hacia atrás y cerré los ojos—. Me han despedido.

—¿Qué? —Jaylene sonó incrédula. Luego sentí cómo se sentaba conmigo en el suelo—. Oh, Maisy. Lo siento mucho.

—Gracias. —Me quedé ahí sentada en el suelo junto a mi mejor amiga. Y eso me hizo bien.

Después de un rato, Jaylene dijo: —Quiero decir, por otro lado no lo siento. Tu jefe era un asqueroso integral y no te merecía. Era el tipo de gran capullo del que es mejor mantenerse alejada.

Una risita subió por mi garganta. —Es verdad. —Abrí los ojos.

—Así que no has perdido nada. Solo un trabajo estúpido. Encontrarás otro en cualquier momento —me miró Jaylene con firmeza.

—Bueno... no del todo. No me ha dado mi dinero. —Miré al suelo desanimada—. Incluso ha amenazado con denunciarme.

—¿Qué? —repitió Jaylene—. Esto es cada vez más increíble.

Hice un gesto de restarle importancia. —No creo que lo haga. Pero el dinero... —Me pasé la mano por la cara. De repente me sentía increíblemente cansada—. Lo necesito para devolver el préstamo.

Jaylene suspiró. —Claro que puedo prestarte algo, Maisy. Pero eso no solucionará tu problema.

No solucionaría mi problema. Y además no quería ser una carga económica mayor para mi amiga. Ya me había ayudado muchísimo. Me había dado cobijo y no me había exigido ni una palabra sobre participar en el alquiler. Ni siquiera me había preguntado cuándo o si podría hacerlo alguna vez. La despensa siempre estaba llena de comida y Jaylene a menudo rechazaba mi ayuda en casa diciendo que ahora tenía que cuidarme.

No quería pedirle dinero prestado encima de todo para pagar mis deudas.

Pero tenía que sacar dinero de alguna parte.

Ahora.

Y después también.

Pronto sería responsable de dos personas. Tendría que criar a un hijo, cuidar de él...

—¿No crees que sería mejor llamar a Dixon? —interrumpió Jaylene mis pensamientos.

Me sobresalté. Sentí un hormigueo en la piel.

¿Dixon?

¿Jaylene quería que llamara a Dixon? ¿Después de cómo me había tratado?

—Al fin y al cabo, es su hijo, Maisy. —Jaylene me rodeó con el brazo y me apretó suavemente contra ella. Me balanceó ligeramente de un lado a otro. Me sentaba infinitamente bien estar así sentada con ella en el suelo.

—No quiero volver a verle nunca más. Y él a mí tampoco. —Mi voz no sonó tan decidida como me hubiera gustado.

—No lo haces por ti. Lo haces por el niño. —Jaylene me apretó de nuevo.

Por el niño.

—Dixon tiene dinero de sobra. Al menos debería apoyarte económicamente. No tienes por qué verle muy a menudo para eso. Y si de verdad es como dices y solo busca divertirse aquí y allá... pues se alegrará si solo tiene que pagar y no tiene que ver al niño —dijo Jaylene con naturalidad.

Ante esas palabras, se me encogió el corazón. Mi hijo no conocería a su padre. Porque él no querría saber nada de él.

Pensé en cómo crecería el niño. Iría a la escuela y más tarde quizás a la universidad. Si ya no tenía padre, al menos no debería faltarle de nada más. Debía tener el mejor comienzo posible en la vida.

¿No debería, por ello, dejar a un lado mi orgullo y hablar con Dixon? ¿Aunque mi piel siguiera hormigueando solo con la mención de su nombre?

Me levanté con esfuerzo. —Creo que necesito un poco de aire fresco. Voy a dar un paseo.

Eso me vendría bien.

Y así podría pensar en todo con tranquilidad.

Y hacer entrar en razón a mi corazón. Latía con fuerza solo de pensar en la posibilidad de volver a ver a Dixon.

Eso no podía ser bajo ningún concepto.

Capítulo 29 Dixon

Sonó el tono de llamada.

Impaciente, tamborileé con los dedos sobre el mostrador. Gavin estaba a mi lado y asintió para tranquilizarme. Pandora y Elbert se habían marchado entre risas, comentando algo sobre dar un paseo por Central Park. Gavin había tenido que retenerme para que no los persiguiera. Me habría encantado castigarlos por lo que me habían hecho. Cuánto me habría gustado destruirles todo, tal como ellos habían destruido mi felicidad. Pero la mirada de Gavin me recordó que, en primer lugar, eso podría acarrearme muchos problemas y, en segundo lugar, no me serviría de nada. Una venganza mezquina no me devolvería a Maisy.

Porque eso era lo que quería.

Quería ver a Maisy y explicárselo todo. Quería pedirle que me perdonara y, a ser posible, retomar las cosas donde las habíamos dejado antes de que Pandora y Elbert cerraran su tela de araña en torno a nosotros.

La he echado de menos todas estas semanas.

Ahora finalmente podía admitirlo ante mí mismo sin sentirme como un idiota.

Gavin me había sujetado cuando intenté seguir a Pandora y Elbert, y me había dicho con severidad: —Vaya, conque no significa nada para ti. Y no quieres volver a oír su nombre. Y ya la has superado por completo. —Luego me miró con intención—. Eso no se lo creería ni tu abuela Adelaide.

Tragué saliva.

Gavin tenía razón.

Tantas veces la tenía.

—Quizá deberías llamarla —sugirió Gavin.

Sacudí la cabeza. —No quiero explicar algo así por teléfono. Tengo que verla. Si la llamo, seguro que me cuelga enseguida o ni siquiera se pone.

—Pues vete a su casa. —Gavin era pragmático como siempre.

—No sé dónde está —admití—. Siempre conté con que aparecería de nuevo por la galería para recoger sus cosas. Sus cuadros y el caballete. Sus pinceles y todo ese material. Pero no ha venido. —Y a estas alturas ya creía que Maisy no volvería.

—¿Y su piso? —preguntó Gavin.

Me encogí de hombros. —No tengo ni idea de dónde vive —admití entonces. Me sentía como un auténtico imbécil. El típico tipo que no se interesa por la mujer con la que se acuesta. Que no sabe dónde vive, qué le gusta comer ni qué películas prefiere ver.

Le gustaría ir a un musical de Broadway. Al menos eso sí lo sabía.

Pero no sabía dónde vivía. Siempre resultó natural que nos viéramos en mi casa. O en el estudio. Nunca la había acompañado a su casa, así que no tenía ni idea de dónde ni cómo vivía. Ella nunca lo había mencionado.

—Ni siquiera sé si sigue en Nueva York. —Tamborileé impaciente con los dedos sobre el mostrador.

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó Gavin. Era el abogado que llevaba dentro. Una posibilidad solo se descartaba cuando realmente se podía descartar. Cuando había pruebas de lo contrario.

Mi suposición, en cambio, se basaba exclusivamente en mi intuición. No tenía ninguna prueba. Pero Maisy se veía tan destrozada cuando salió corriendo de mi despacho. Y no había vuelto a la galería.

Quizá había cogido el primer vuelo a Los Ángeles, San Francisco o Miami y ahora estaba intentando forjarse una nueva vida allí.

En ese caso, no la encontraría jamás.

Ante ese pensamiento, una sensación desagradable se extendió por mi interior.

¿Lo había perdido todo por una reacción irreflexiva tras una intriga?

Solo ahora empezaba a ser consciente de lo que Maisy significaba para mí. Y de todo lo que podría haber significado. Nunca antes había conocido a una mujer con la que me hubiera entendido tan bien desde el primer momento y con la que me hubiera sentido tan conectado.

La veía ante mí. Su largo cabello rubio. Sus ojos azules, que a veces reían, a veces miraban con miedo y desamparo y otras brillaban fascinados. Sus labios carnosos. Sus pechos y sus largas piernas, que se habían enredado en mí con tanta pasión. Veía a Maisy llena de entusiasmo. Decepcionada al descubrir que el musical estaba agotado. Veía a Maisy pintando concentrada e imaginaba que se sentía en ese estado de fluidez similar al que yo sentía al nadar.

Tenía que encontrarla.

Tenía que hacerlo.

Apreté los puños.

Pero todo el deseo y el anhelo de nada servían si no tenía la menor idea de dónde estaba realmente Maisy.

—¿No tiene ese agente? ¿El que también gestionó la venta del edificio? Él tiene que saber dónde está. —Gavin interrumpió mis pensamientos.

Lo miré desconcertado. ¿El agente? Por supuesto. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Si alguien sabía dónde se encontraba Maisy, seguro que era él. Quizá incluso la estaba ayudando a establecerse en otra ciudad o la había recomendado a algún colega de allí.

Miré a Gavin con gratitud. Luego corrí al vestuario y cogí mi smartphone. Deslicé los contactos con impaciencia.

Guy.

Aquí está.

Ese era el nombre del agente.

Toqué el símbolo verde del auricular y me pegué el móvil a la oreja. Al otro lado dio señal. Me quedé junto al mostrador y volví a tamborilear impaciente con los dedos sobre la madera oscura. Gavin asintió para tranquilizarme.

—Dime, soy Guy. ¿Qué puedo hacer por ti, Dixon? —Guy sonaba flemático, como siempre. No nos conocíamos especialmente bien.

—Estoy buscando a Maisy. ¿Sabes dónde está? —Fui directo al grano, sin rodeos. Con Guy eso era lo más efectivo. Además, no tenía ganas de dar largas explicaciones sobre por qué buscaba a Maisy. Eso no le importaba a nadie.

—¿Maisy? —Pude oír casi literalmente cómo Guy fruncía el ceño. Parecía tener problemas para recordar quién era Maisy.

—Sí. Maisy James. Necesito saber dónde pinta y vive ahora. —Esperé expectante la respuesta de Guy.

—No he sabido nada de ella desde hace una eternidad. —A través del teléfono llegó un sonido como si Guy se rascara la cabeza—. Pensé que ahora sería clienta tuya. —Guy soltó una carcajada burlona.

¿Estaba ofendido?

—No soy agente —respondí—. Solo el dueño del edificio.

—Bueno, y ahí es donde está la galería de Maisy. ¿Cómo es que no sabes dónde está ella? —preguntó Guy. En cierto modo, su pregunta era razonable.

—Simplemente no lo sé —respondí irritado.

—Pues investígalo tú, porque yo tampoco lo sé —me espetó Guy—. Y no tengo tiempo para ocuparme de eso.

—Pero sabes dónde vive. Debes tener su dirección en tu ficha. Dame al menos eso, yo ya me encargaré de lo demás. —No me rendí tan fácilmente. Se trataba de Maisy.

—No tengo ninguna dirección. Destruí sus datos en cuanto te hiciste cargo del edificio. ¿O te crees que guardo aquí para siempre la información de contactos inactivos que no me generan ingresos? —Guy estaba visiblemente molesto.

Ya no supe qué decir.

Guy era un callejón sin salida.

Por aquí no avanzaba.

Me sentía como si estuviera en una habitación con muchas puertas. Detrás de una de ellas se escondía Maisy. Pero no sabía tras cuál. Y todas esas puertas estaban cerradas y yo no tenía la llave de ninguna.

Sin decir palabra, terminé la llamada.

Gavin me miró. No tuve que explicarle nada; sabía por mi cara que no había conseguido nada.

—¿Supongo que ya la habrás buscado en Google? —dijo mi mejor amigo.

—¿En Google? —Lo miré sin entender.

Gavin puso los ojos en blanco. —Sí, en Google. Ya sabes, ese buscador de internet donde se puede encontrar de todo. Posiblemente también la página web de una pintora. Seguro que tiene una, ¿no?

Una página web.

No, no había buscado a Maisy en Google.

No había querido saber nada más de ella. Y cuando es así, uno no busca a nadie.

Ahora abrí a toda prisa el navegador de mi smartphone y tecleé el nombre de Maisy. Se cargó la página de resultados. Había muchísimos. El nombre de Maisy aparecía en los EE. UU. más de una vez. Bajé por la pantalla.

Ningún resultado útil.

Añadí a la búsqueda «New York» y «Galería».

Contuve el aliento, expectante. Los resultados aparecieron en una fracción de segundo, pero en ese momento me pareció una eternidad.

Ahí estaba.

El primer resultado.

La web de Maisy.

Toqué el enlace y se abrió la página. Apreté los dientes. Solo por el diseño me di cuenta de que Maisy había montado su página rápido en cualquier sitio. No era una presencia profesional que se actualizara regularmente con noticias. Pero quizá aun así encontraría lo que buscaba.

Toqué en contacto.

Un campo vacío para escribir.

—¡Mierda! —maldije.

Aviso legal.

Aquí tenía que haber algo.

En efecto.

Una dirección.

Contuve el aliento al leerla. Luego expulsé el aire de mis pulmones con decepción. Se trataba de la dirección de la galería, la que ya

conocía. Maisy no estaba allí. Lo sabía demasiado bien.

—Maldita sea. —Frustrado, dejé el móvil sobre el mostrador. Me habría gustado estamparlo contra la barra. Pero ya había estropeado tantas cosas con mis reacciones impulsivas que no quería destrozar también mi teléfono. No serviría de nada.

—¿Sin suerte? —preguntó Gavin.

—Tiene una web. Pero no aparece otra dirección que la de la galería. Y en otros sitios seguro que tampoco. ¿Quién pone su dirección en un perfil de redes sociales? —Me pasé ambas manos por el pelo.

—Probablemente se haya refugiado en casa de alguna amiga —reflexionó Gavin en voz alta—. Cualquiera que esté en una situación de emergencia haría eso. Las mujeres mucho más que los hombres. Nosotros nos lamemos las heridas solos en la cueva; las mujeres se toman un café juntas y se quejan de la vida. O de los hombres. —Gavin soltó una risa ligeramente irónica.

Yo solo le escuchaba a medias.

¿Amiga?

¡Claro!

Esa tenía que ser la solución.

Pensé en Jaylene, la amiga de Maisy, a la que había conocido cuando me encontré a Maisy por casualidad en Broadway. Jaylene era un nombre bastante inusual. Aunque seguro que en una ciudad gigante como Nueva York había más de una Jaylene.

¿Qué sabía de ella?

Hice memoria febrilmente.

Entonces me acordé. Tenía un salón de manicura. Lo había mencionado. Y uno que llevaba su nombre.

Agarré el móvil rápidamente.

Pleno.

Jaylene no parecía tener página web, pero su salón tenía un perfil de Google Business y aparecía en las Páginas Amarillas y en otros sitios. Sin duda, tenía que ser ella.

De reojo me fijé en que las valoraciones del salón eran excelentes. Jaylene parecía hacer bien su trabajo y tratar con cortesía a sus clientas.

Para concertar citas aparecía un número de teléfono.

No había querido llamar a Maisy, pero con su amiga sí quería hablar. A ser posible, de inmediato.

Toqué el número.

Volví a escuchar con el aliento contenido mientras daba señal al otro lado. Esta vez seguro que tendría más éxito que con mi llamada a Guy. Jaylene sabría dónde estaba Maisy. Las mejores amigas siempre sabían dónde se encontraba la otra. Posiblemente Maisy estaba incluso con Jaylene.

Sentía que en mi habitación de muchas puertas por fin estaba ante la correcta. Ante la que pronto se abriría y me llevaría hasta Maisy. Solo tenía que convencer a Jaylene de que me diera la llave.

Sonó.

Y sonó.

Y volvió a sonar.

Nadie cogía el teléfono.

Finalmente saltó el contestador automático.

Frustrado, colgué sin dejar mensaje. Luego comprobé el horario de apertura del salón. Claro. Jaylene aún no había empezado a trabajar. Pero abriría pronto.

—Me voy para allá ahora mismo. —Cogí el móvil decidido y fui al vestuario. Me ducharía, me cambiaría y conduciría hasta el salón de manicura de Jaylene. No me quedaría aquí esperando de brazos cruzados. Eso no haría que viera a Maisy antes.

Todo en mi interior me empujaba hacia ella.

Tenía que saberlo.

Qué pensaba de mí.

Si me daría otra oportunidad.

O…

Capítulo 30 Maisy

Caminé despacio hacia Central Park. Hoy el tiempo mostraba su mejor cara. El cielo era de un azul tan intenso como nunca antes lo había visto en Nueva York. El sol brillaba con fuerza. Entorné los ojos y parpadeé. Luego rebusqué en mi bolso. Últimamente apenas había necesitado las gafas de sol, porque en el cine siempre estaba oscuro. Solía terminar mi trabajo tarde por la noche y, cuando volvía a la oficina a la mañana siguiente, el sol aún no había conseguido filtrarse hasta el fondo de los desfiladeros de edificios neoyorquinos.

Metí la mano en el bolso. Las gafas de sol tenían que estar allí.

Nada. Al tacto noté el móvil, las llaves, la cartera, un paquete de pañuelos y un tampón. Lo habitual.

Solo me faltaban las gafas.

Suspiré.

¿Es que no aprendería nunca?

Entré en Central Park y sentí al instante su atmósfera tranquilizadora. Al enorme parque no lo llamaban el pulmón verde de la ciudad de Nueva York por nada. Aquí se reunían jóvenes y mayores para pasear, hacer un picnic y realizar todo tipo de actividades al aire libre.

Saqué la mano del bolso. ¿Me habría dejado las gafas en la galería? Al fin y al cabo, allí ya las había encontrado una clienta una vez.

Entonces las gafas estarían ahora con Dixon.

Eché una mirada en dirección a la Central Park Tower. Hasta ahora había evitado con éxito mirar el edificio. Me recordaba demasiado a Dixon. A nuestro encuentro casual, a nuestra noche y... simplemente a todo.

Más adelante, en el camino, había un banco en el que no había nadie sentado. En una tarde soleada de verano, aquello era una rareza en Central Park. Aceleré el paso y me dejé caer en el banco, un poco sin aliento.

¡Conseguido!

Aquí podría reflexionar y tranquilizarme.

Cerré los ojos y puse la cara al sol. Los rayos me calentaban agradablemente y me eché hacia atrás. Al fin un momento de silencio. El ruido de la gran ciudad parecía muy lejano. Era como si ya no estuviera en Nueva York.

Después de que Dixon me hubiera despachado de forma tan brusca, mi primer impulso había sido marcharme de Nueva York. Esta ciudad ya no me traía suerte. Los neoyorquinos no querían mis cuadros.

Dixon no me quería a mí. Y aparte de Jaylene, apenas tenía amigos aquí. Todos se habían mudado o habían formado una familia con su pareja y ahora tenían otras prioridades. Tampoco tenía compañeros en mi galería.

En resumen, nada me retenía en Nueva York. Había otras ciudades con una escena artística muy vibrante. Boston, por ejemplo, donde había visitado la feria. O San Francisco o Los Ángeles. California, con su clima soleado y su estilo de vida relajado, era la meca de los artistas.

Y sin embargo... y sin embargo no había sido capaz de decidirme a abandonar Nueva York.

¿Decidirme?

Mantuve los ojos cerrados y alcé el rostro hacia el sol.

No había querido irme. Esa era la pura verdad. Sí, no quería volver a ver a Dixon nunca más. Y aun así, no soportaba la idea de abandonar el lugar donde él y yo...

¿Qué?

¿Sí, qué?

No había querido volver a ver a Dixon, pero no había querido desprenderme de mis sentimientos. No había querido irme de Nueva York porque aquí quedaba al menos el rastro de un recuerdo de lo que podría haber sido. Sí. Exactamente eso era. No quería recordar lo que había sido, sino todo lo que podría haber sido. El sueño que, durante un breve tiempo, no solo había soñado sino que también había vivido.

En Dixon, en su mirada oscura, en su cuerpo atlético. En el entusiasmo de su voz cuando miraba mis cuadros. En la seguridad que irradiaba cuando me apoyaba. En la autoridad con la que había puesto en su sitio a personas como el vagabundo o el empleado del hotel.

Dixon seguro que sería un buen padre.

Moví suavemente la mano hacia mi vientre y lo acaricié con dulzura. Aún era demasiado pronto para sentir los movimientos de mi hijo. Pero creía firmemente que notaba que lo acariciaba. Debía sentirse amado y bienvenido. Por un momento me pregunté si llegaría a sentir que brillaba el sol.

Sí, Dixon seguro que sería un buen padre.

Mi piel empezó a hormiguear ligeramente y sentí calor. Me imaginé a Dixon con nuestro hijo en brazos y eso, de repente, lo hizo aún más atractivo para mí que nunca. Mis pezones se tensaron un poco.

Y eso, claramente, no se debía al embarazo.

Abrí los ojos a toda prisa.

Era hora de afrontar la realidad.

Dixon habría sido un buen padre, Maisy. O para ser más exactos: el Dixon que conociste al principio habría sido un buen padre. El mejor padre del mundo. Un padre como el que cualquier niño desearía tener.

Pero ese no era el Dixon que había conocido al final. Con amargura, fruncí los labios. El verdadero Dixon me había echado de su oficina.

Y a ese hombre, mi hijo no lo conocería jamás.

¿Habría alguna forma de contarle a Dixon lo del niño y, al mismo tiempo, evitar que lo viera nunca? Así yo tampoco tendría que volver a verlo a él.

Porque si lo volvía a ver... también existía el peligro de que mis sentimientos por él volvieran a encenderse. ¿Quién me aseguraba que Dixon no intentaría de nuevo atraerme a su cama cuando ya se hubiera cansado de Pandora?

No tienes por qué ser tan tonta como para caer realmente en sus intentos de acercamiento, Maisy. Y además... ¿no es eso también un poco de pensamiento ilusorio? ¿El deseo de que deje a Pandora y vuelva a fijarse en ti?

Tragué saliva.

No podía negar del todo ese pensamiento.

Pero eso no podía ser. Si me presentaba ante Dixon y le hablaba de nuestro hijo, tenía que ser fuerte. Tenía que mantenerme neutral y no dejar que se notara que aún sentía algo por él. Bajo ningún concepto.

Simplemente le dirás que estás embarazada de él y que esperas que mantenga económicamente al niño hasta que sea lo bastante mayor para valerse por sí mismo. Además, le dirás que no tienes ninguna intención de interponerte entre él y Pandora y que no quieres destruir su familia.

Ante ese pensamiento, se me hizo un nudo en la garganta.

Por supuesto que no tenía esa intención. Solo quería lo mejor para Dixon. Pero una parte de mí deseaba fervientemente hacérselo pagar por fin a la malvada de Pandora. Cómo me habría gustado hacerle pagar por cada mezquindad que se le había ocurrido con el tiempo. Cómo me habría gustado ver su cara cuando se enterara de que estaba embarazada.

Negué con la cabeza.

Tampoco podía dejar que esos sentimientos de venganza influyeran en mi decisión y en mis actos. No si quería lo mejor para mi hijo.

Y eso lo quería más que a nada.

Hablaría con Dixon, se lo explicaría todo y me mantendría fría y profesional. Así podría funcionar.

Sería un trato.

Dixon se mantendría al margen de nuestras vidas y mi hijo recibiría el mejor apoyo posible.

Cerraría mi corazón tras un muro grueso y sólido. No dejaría que se notara que aún sentía algo por Dixon.

Me levanté despacio y seguí caminando por el sendero.

Por mi hijo sería capaz de aguantar lo que en realidad no podía soportar. Aguantaría volver a ver a Dixon, posiblemente incluso junto a Pandora. Ver al hombre al que había amado, por el que aún sentía algo y con el que soñaba, con otra mujer sería lo peor de todo. Pero lo haría. Por el futuro de mi hijo.

Tú puedes, Maisy.

Seguí caminando.

Entonces parpadeé.

¿Aquella no era...?

¿No podía ser...?

Seguro que mis ojos me estaban jugando una mala pasada. Había estado demasiado tiempo mirando al sol con los ojos cerrados y ahora veía espejismos. La luz me estaba engañando.

¿O no?

Deseé una vez más tener mis gafas de sol conmigo. Así habría podido estar segura de que lo que veía ante mí era la realidad y no solo imaginación. O un reflejo.

Pandora.

Ahí delante iba Pandora.

Del brazo de un hombre.

Y ese hombre no era Dixon.

A pesar del sol, de eso estaba completamente segura.

Era otro hombre.

Y Pandora lo rodeaba con sus brazos.

No había visto a ese hombre en mi vida, o al menos eso creía poder asegurar desde la distancia. Ahora Pandora se giraba hacia él y lo besaba en los labios. Luego Pandora le susurró algo al oído y se rió. Los dos volvieron a besarse y se abrazaron. Entonces el hombre se separó de Pandora y se marchó. Se habían despedido.

Me sentí ligeramente mareada.

¿Qué estaba pasando aquí?

¿Acaso Pandora estaba engañando a Dixon?

¿Dixon me había engañado con Pandora o a Pandora conmigo, y ahora Pandora engañaba a Dixon con otro?

Ya no sabía qué pensar.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —Pandora apareció de repente frente a mí. No le había prestado más atención y en esos minutos ella había bajado por el camino—. ¿Ahora ya me estás espiando o qué? —Pandora se rio—. ¿No tienes nada mejor que hacer?

En ese instante, toda la rabia que había contenido durante semanas afloró en mí. Toda la rabia contra Pandora, que había destruido mi vida.

Maisy. No digas nada imprudente ahora. Piensa en tu hijo.

—Esto es Central Park —siseé—. Aquí puede estar cualquiera. Yo. Tú. Aquí cualquiera puede pasear, reflexionar, besar a otros… —No

pude evitar soltar este último comentario.

—¡Ajá! —Pandora volvió a reírse—. Así que sí que me estabas espiando.

—Iba pasando por aquí, era imposible no veros. —Observé a Pandora con frialdad. Y entonces lo vi. Tras su risa malvada y traicionera, Pandora estaba insegura. Su comportamiento era solo una fachada. En realidad, tenía miedo.

No podía tener consideración con eso ahora.

—¿Por qué besas a otro? —quise saber.

Pandora rio de nuevo. —Bah… ¿por qué no? —Me miró de arriba abajo—. Maisy, mi pequeña.

—¡No me llames así! —Apreté los dientes. Me habrían dado ganas de lanzarme sobre Pandora. Como en la oficina de Dixon.

Querías mantenerte fría y profesional con Dixon, Maisy. Pues haz exactamente lo mismo con Pandora.

Pandora se rió. —Pero si eres una niña, Maisy. Una auténtica cría. Una que se lo cree todo y a la que se le puede contar cualquier cosa. —Rió—. Realmente eres una monada. Como un niño. Que todavía cree en el conejo de Pascua y en Papá Noel si se le asegura lo suficiente que existen. —Pandora sonrió con sorna.

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

¿El conejo de Pascua?

¿Papá Noel?

—Simplemente te dije que tenía una aventura con Dixon y te lo creíste. Así de fácil. —Pandora se carcajeó—. Como si yo fuera a tener nunca algo con mi estúpido primo. Me alegro si solo lo veo de lejos. O mejor, si no lo veo en absoluto. Aunque, por desgracia, eso sea inevitable en algunas celebraciones familiares. Al menos ya no tengo que trabajar en su estúpida empresa. He encontrado a alguien con quien estoy mejor y que por fin me trata como me merezco —Pandora hizo un gesto con la cabeza en la dirección en la que había desaparecido el hombre. Luego sonrió con malicia—. Y lo mejor es que es Elbert, el competidor de Dixon.

Me quedé boquiabierta.

¿Pandora era la prima de Dixon?

¿Y había trabajado en su oficina?

¿Dixon y Pandora nunca habían tenido nada?

¿Pandora solo me había mentido para hacerme más daño?

Mi cerebro no podía procesar la nueva información tan rápido como Pandora la soltaba.

—Pero... ¿por qué...? —No entendía nada.

—¿Por qué? —Pandora me miró con odio. Luego escupió al suelo—. Porque puedo. Porque quiero. Porque es mi derecho. Porque mi idiota de primo idolatraba tus cuadros solo para poder meterte en la cama. Y porque nunca se dignó a mirar mis pinturas. Eso es simplemente injusto. —Pandora hizo un mohín. Ahora era ella la que

parecía una niña pequeña—. Y para demostrarte que no puedes tener siempre todo lo que en realidad me pertenece. Gary. Dixon. No te lo mereces.

Pandora me había mentido porque tenía celos. Envidia. Había querido el apoyo de Dixon y no lo había obtenido. Y nunca había tenido nada con él. Todavía arrastraba viejas heridas y, muy al contrario de lo que decía, nunca me había perdonado que saliera dos veces con su ex después de que él la dejara.

Pero eso ya no importaba.

Dixon no me había mentido, ni engañado, ni traicionado.

Sentí que mi corazón se aligeraba.

Sin decir una palabra más, me di la vuelta y dejé allí a Pandora. Dirigí mis pasos hacia la salida de Central Park.

Ahora tenía cosas más urgentes que hacer.

En mi cabeza solo había un pensamiento.

Dixon.

Capítulo 31 Dixon

Aceleré para dejar atrás Central Park lo antes posible. Como vivía aquí, conocía este rincón demasiado bien. Siempre había mucho tráfico, a cualquier hora del día o de la noche. Normalmente no me molestaba especialmente. Es más, hasta lo disfrutaba. Amaba Nueva York con todas sus facetas, su vitalidad y su gente. La ciudad que nunca duerme y en la que siempre pasa algo ha sido mi hogar desde siempre, y su ritmo era el mío.

Sin embargo, ahora mismo habría preferido tener delante una carretera rural completamente vacía para poder pisar a fondo y llegar junto a Maisy lo más rápido posible. O mejor dicho, junto a su amiga Jaylene. El salón de manicura estaba en la zona norte de Manhattan. Y estaba completamente seguro de que allí encontraría la llave para llegar a Maisy.

Volví a acelerar.

El Ferrari no reaccionó.

—Maldita sea —maldije.

¿Qué narices pasaba ahora? Aceleraba y aceleraba, y este estúpido coche iba cada vez más y más despacio. Detrás de mí empezó a sonar un claxon con fuerza.

—Sí, ya va... —gruñí. Lo que más me habría apetecido era parar y cantarle las cuarenta al conductor que pitaba. Pero eso solo me habría retrasado en mi verdadero objetivo: el salón de manicura de Jaylene.

El Ferrari perdió aún más velocidad. Levanté el pie del acelerador. Luego lo intenté de nuevo.

Nada.

Frené ligeramente y volví a acelerar.

Nada.

Hiciera lo que hiciese, mi coche simplemente no quería seguir acelerando.

Ahora el motor incluso empezaba a toser y a dar tirones leves.

¡Maldita sea! Para UNA VEZ que de verdad necesitaba este trasto. Para UNA VEZ que tenía que funcionar por fuerza.

El claxon detrás de mí se volvió más ruidoso. ¡El conductor ni siquiera quitaba la mano del claxon y la larga señal de advertencia se convirtió en un desquiciante tono continuo!

—¡QUE SÍ! —bramé impaciente—. ¿Qué quieres que haga, maldita sea? Si el coche no tira, no tira.

Casi en mitad de Central Park, de repente apareció un hueco en el arcén.

Un sitio para aparcar. Viré rápidamente el Ferrari hacia la derecha y logré maniobrar justo a tiempo en el hueco antes de que el motor se apagara por completo. Con los dientes apretados, saqué la llave del contacto.

¡Dixon! No te alteres tanto. Estás en Nueva York. Hay taxis amarillos a patadas. No tienes más que llamar a uno y te llevará de inmediato al salón de manicura de Jaylene. No es ningún problema.

Respiré hondo y me sentí mejor enseguida. Esto era un pequeño obstáculo. Un pequeño retraso. Pero nada que fuera a apartarme de mi objetivo.

Abrí la puerta del coche y bajé.

——¡Seguro que se cree que con su cochazo puede bloquear el tráfico como le dé la gana! —A mi lado, un SUV negro se había detenido en doble fila. Su conductor había saltado del coche, rodeado el capó y ahora me amenazaba con el puño.

Tenía que ser el tipo que había estado pitando con tanta insistencia hace un momento. Sacudí la cabeza. ¿Es que en esta ciudad ya solo quedaban locos? El tipo podía seguir ahora sin problemas y acelerar todo lo que quisiera. En lugar de eso, se quedaba allí plantado gritando tan fuerte que incluso los peatones de la acera se daban la vuelta.

——¡Encima sacude la cabeza! ¡Claro, como a usted le da todo igual con su coche de lujo italiano! —El tipo dio un paso más. Su rostro redondo se había puesto rojo como un tomate, igual que su calva.

——Vaya con calma —repliqué molesto—. Mi coche tiene un problema. Es algo que pasa. Ahora la calle vuelve a estar libre y usted puede seguir su camino, en lugar de cabrearse más y bloquear el tráfico usted mismo ahora, sin consideración por los demás. —No pude evitar este último comentario por mucho que lo intenté.

El hombre se puso todavía más rojo. Parecía que lo que más deseaba era darme un empujón en el pecho. O incluso un derechazo.

Sonreí para mis adentros. El tipo era bastante más bajo que yo. Su mano ni siquiera llegaría tan alto. Además, estaba totalmente fuera de forma. Lo tendría inmovilizado antes de que pudiera decir ni pío. Y el hombre lo sabía perfectamente. Por eso se inflaba como un gallo. Era lo único que sabía hacer.

——Voy a denunciar esto a la policía —soltó entonces, exaltado.

Crucé los brazos y miré al hombre por encima del hombro. —¿Ah, sí? ¿Y qué va a decir? ¿Que me he echado a un lado porque mi coche ha tenido una avería?

El hombre me miró triunfante. —Obstrucción del tráfico. Ha obstruido el tráfico. ¡Soy abogado, sé de lo que hablo! Y la gente como usted, que va por ahí en vaqueros y zapatillas en un Ferrari...

Dudaba mucho que aquel hombre supiera de lo que hablaba. El tipo no solo no tenía ni idea, sino que en ese momento tenía una visión totalmente sesgada. No veía lo que ocurría a su alrededor.

Así que se lo diría yo.

Me incliné hacia delante y no hice el menor esfuerzo por ocultar mi amplia sonrisa. Ni el más mínimo esfuerzo. —Yo, en su lugar, daría una vuelta alrededor de mi coche —mi sonrisa se ensanchó—. Como es tan alto, usted no puede ver por encima del capó. Yo sí. Y allí veo a un policía que está examinando su matrícula y tomando unas notas. Me imagino que estará preparando una denuncia por obstrucción del tráfico. Al fin y al cabo, está aparcado en doble fila y sin ningún motivo aparente.

El hombre se quedó sin aire. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Parecía un pez fuera del agua.

Sonreí con suavidad. —Si no se da prisa, es posible que su coche no tarde en desaparecer de aquí. Y sería una pena. Con la prisa que tenía usted hace un momento.

Entonces el hombre reaccionó. Pasó por mi lado a empujones, lo cual no era nada fácil dada su figura redonda como una bola.

Sonreí de nuevo. Luego me apresuré hacia la acera. Unos 200 metros más adelante había una parada de taxis. Allí seguro que podría encontrar uno.

Y entonces, con suerte, no pasaría mucho tiempo hasta que volviera a ver a Maisy.

Mi corazón ardía de impaciencia. No soportaría otro retraso como este.

Aceleré el paso.

Allí delante.

Ya podía ver la parada de taxis. Un taxi amarillo estaba junto al bordillo. Pero en ese preciso instante, se puso en marcha y se fue.

¡Mierda!

Ojalá el siguiente no tardara demasiado en llegar.

Por el rabillo del ojo percibí algo.

Un movimiento.

Un movimiento familiar.

Por supuesto, no era el único ser humano en la acera. Pero acababa de ver algo que me hizo detenerme. Algo conocido.

Me di la vuelta.

Y entonces mi corazón se detuvo.

Estaba mirando directamente a los ojos azul profundo de Maisy.

¿Estaba soñando?

¿Había estado pensando tanto en ella que ahora ya me imaginaba verla en mitad de la calle? Aquí en Nueva York, la probabilidad de encontrarse con un conocido por casualidad no era especialmente alta. La ciudad era inmensa y la gente se movía de un lugar a otro a cada segundo.

Maisy levantó una mano y se apartó un largo mechón de pelo rubio tras la oreja. Parpadeó ligeramente bajo el sol. Parecía haber olvidado sus gafas de sol. Eso me gustó. Así podía ver sus ojos azules.

Nos quedamos allí en la acera, mirándonos, mientras la gente pasaba de largo a nuestro alrededor con prisa.

—Maisy... —No sabía qué decir. Por primera vez en mi vida, me faltaban las palabras. Había dirigido negociaciones complicadas, discutido con mi familia, filosofado con Gavin sobre la vida. Las palabras siempre me habían resultado fáciles. Pero ahora...

Ahora un ligero nerviosismo se apoderaba de mí.

O más bien un nerviosismo intenso.

De lo que dijera ahora dependía el curso del resto de mi vida.

De eso estaba totalmente seguro.

Tenía que encontrar las palabras adecuadas como fuera.

Pero mi mente estaba en blanco.

Maisy respondió con calma: —Hola, Dixon. —Luego me miró expectante. Parecía que no estaba en absoluto sorprendida de verme allí en medio de la calle.

Pero ella no dijo nada.

Normal, Dixon. TÚ echaste a Maisy y le dijiste que no querías volver a saber nada de ella. ¿Por qué iba a decir nada? No tiene ningún motivo.

Al menos Maisy no se fue corriendo de inmediato. Simplemente se quedó allí y esperó.

Respiré hondo. Esto era como un salto al vacío. Desde un trampolín de diez metros. Por lo menos.

Pero cuanto más dudaba, peor era. Menos palabras se me ocurrían.

—Me he portado como un idiota, Maisy. De verdad que lo siento. Me gustaría tanto decirte tantas cosas, pero se me ha quedado la mente totalmente en blanco. —Esbocé una sonrisa un tanto forzada.

¡Maldita sea, qué fácil había sido cantarle las cuarenta al conductor enfurecido!

Maisy asintió levemente.

Siguió esperando.

Lo tomé como una buena señal y seguí hablando a toda prisa: —Pandora me dijo que tenía pruebas creíbles de que me habías traicionado y engañado con ese tal Crosby. Y con mi competidor, Elbert. Entonces llamé a Elbert y él lo confirmó. Que tú y él...

Se me quebró la voz un momento.

Me aclaré la garganta. Con la voz algo ronca, continué: —Eso fue justo antes de que os pillara a ti y a Pandora discutiendo. Cuando

entraste en mi despacho. No veía más que rojo. Tú... tú significas muchísimo para mí. Más que cualquier otra mujer que haya conocido jamás. Me sentí tan traicionado. —Respiré hondo. Poco a poco, las palabras salían de forma natural y sentía el pecho algo más ligero.

—Acabo de descubrir que Pandora me mintió y que, en realidad, fue ella quien me traicionó con Elbert. Y yo... —Volví a tomar aire hondo —. Lo siento tanto, Maisy. Debería haberte preguntado a TI en lugar de creer a Pandora y a Elbert. Debería haber hablado CONTIGO sobre ello. Pero en aquel momento... —Me callé un instante—. No sé qué me pasaba por la cabeza. Solo puedo pedirte perdón y prometerte que lo haré mejor en el futuro. Si me das una oportunidad.

Una vez salieron esas palabras de mi boca, el tiempo pareció detenerse.

Esperé con ansia la reacción de Maisy.

¿Qué diría?

¿Qué haría?

En ese instante me di cuenta de que ella podría rechazarme. Podría destruirme con pocas palabras, y de una forma mucho peor de lo que Elbert o Pandora jamás habrían podido hacerlo.

No tenía ninguna obligación de darme una segunda oportunidad.

No tenía obligación de nada.

Maisy sorbió un poco por la nariz. Sus ojos azules parecían húmedos. —Oh, Dixon... —murmuró.

Lo que más me habría gustado era estrecharla entre mis brazos y presionar mis labios contra los suyos. Sentir su cuerpo junto al mío. Y entonces... sí, entonces habría estado seguro de que ya nada podría separarnos. Eso era exactamente lo que deseaba.

Maisy también se aclaró la garganta. —Me acabo de encontrar con Pandora. ¿Es tu prima?

Asentí sintiéndome culpable. —Debería habértelo dicho. Pero, de alguna forma... —Abrí las manos con impotencia—. Al principio no parecía importante. Y después... bueno, después no sabía cómo decírtelo.

—Me hizo creer que tú y ella... que ambos teníais una aventura. —Los ojos de Maisy brillaron con fuerza mientras me miraba.

—¿Qué? —solté. Se me aceleró la respiración.

¿Pandora no solo me había mentido a mí, sino también a Maisy? Le había hecho creer que ella y yo...

Esta intriga era mucho peor que todo lo que me había imaginado hasta ahora.

—Esa... —No seguí hablando, pero apreté el puño indignado en el aire—. Se va a enterar. Si vuelvo a verla alguna vez, voy a... —No sabía exactamente qué haría. Pero una cosa estaba clara: Pandora de ninguna manera podía salirse con la suya. Había querido separarnos a Maisy y a mí. Por pura envidia. Por venganza. Por celos.

Porque no controlaba sus malditos sentimientos y no sabía poner orden en su vida.

Entonces recapacité.

Eso podía esperar.

Ahora lo importante era algo muy distinto.

Maisy aún no había respondido a mi pregunta.

Tragué saliva. —¿Crees... crees que podríamos volver a empezar de cero? De verdad quiero conocerte. Saber quién eres. Reír contigo, hacer cosas y..., sí, conocerte mejor.

Una vez salieron esas palabras de mi boca, me di cuenta de que sonaban bastante vagas. —Yo... quiero presentarte a mi abuela, esta vez de verdad. —Cambié el peso de un pie a otro.

Maisy asintió lentamente. Luego tragó saliva. —Yo... todavía no te he dicho por qué fui a verte al despacho aquel día. —Parecía seria.

Se me encogió el corazón.

—¿Por qué? —pregunté. Una parte de mí casi prefería no oír la respuesta. Si Maisy ponía esa cara, solo podía tratarse de algo desagradable.

—Estoy embarazada —soltó Maisy de golpe.

—¿Qué? —Fue como si alguien me hubiera golpeado la cabeza con un tronco. Como si el conductor furioso me hubiera dado finalmente el empujón en el pecho. Debía de haber oído mal, ¿verdad?

—Estoy embarazada —repitió Maisy. Se encogió de hombros—. Toda mi vida pensé que no podía tener hijos. Eso me dijeron los médicos cuando estuve muy enferma una vez. Pero, por lo visto, no era cierto. —Los ojos azules de Maisy eran grandes y diáfanos mientras me miraba ahora—. Vas a ser padre —añadió.

¿Iba a ser padre?

¿Maisy y yo íbamos a tener una familia?

—Yo... —Sacudí la cabeza con incredulidad. ¿De verdad estaba pasando esto? —Vaya —susurré—. Vaya.

Y entonces lo grité con fuerza: —¡Vaya! ¡Voy a ser padre!

Maisy se echó a reír.

Y en ese momento, me quité un peso enorme de encima. Agarré a Maisy por la cintura y le di vueltas. —Voy a ser padre. Vamos a ser padres.

—Felicidades. —A nuestro alrededor se oyeron algunos gritos. Los peatones se habían detenido y aplaudían. Volví a poner a Maisy en el suelo y sonreí con orgullo a los presentes.

Luego me dirigí a la persona más importante.

—Maisy James, eso es lo más maravilloso que he oído nunca.

Maisy se rió.

Sus ojos centelleaban y pequeñas chispas bailaban en aquel azul.

—¿Sí? ¿Te parece maravilloso? —preguntó.

—¿Cómo me iba a parecer si no? —Yo también me reí.

Maisy y yo. Y un niño.

Me incliné hacia delante.

Maisy se puso de puntillas.

Y entonces, por fin, se encontraron nuestros labios.

Me habría gustado congelar este instante para siempre.

Capítulo 32 - Dixon y Maisy

Catorce meses después

Dixon

Derecha.

Izquierda.

Respirar.

Derecha.

Izquierda.

Respirar.

Mis brazos surcaban rítmicamente las aguas del río Hudson. Eché un vistazo discreto a mi reloj. Quedaban cincuenta metros para la meta. Menos mal. No habría aguantado mucho más. Este año también había entrenado con regularidad, pero ni de lejos con la intensidad del anterior.

Ahí estaba.

La escalera apareció ante mí. Agarré un peldaño con alivio y subí al embarcadero. Me senté un poco falto de aliento y parpadeé bajo el sol brillante. Hoy era un día de verano perfecto.

—Poco a poco vas entrando en razón. —Gavin se dejó caer a mi lado sobre los tablones de madera.

—¿Poco a poco? —Miré a mi mejor amigo con fingida indignación.

Gavin sonrió. —Ya sabes que los cambios duraderos no surgen de la noche a la mañana. Requieren tiempo.

Hice una mueca. —Siempre he sido una persona sensata.

Gavin soltó una carcajada. —El año pasado nadabas aquí como un loco. Este año te has normalizado un poco. —Gavin me dio un codazo amistoso. Luego se rascó la cabeza—. Quizá incluso más de un poco. Hasta has renunciado a participar en la 20 Bridges Swim.

—Y a ti no te ha dado ninguna vergüenza —lo chinché.

Gavin se encogió de hombros. —Quiero mantenerme en forma. Aparte de eso, no tengo mayores ambiciones.

Ambiciones.

Una palabra importante.

¿Había tenido alguna el año pasado?

Ardía de ambición. Todo lo que había querido lograr... terminar la 20 Bridges Swim en un tiempo récord, dejar fuera de combate a Elbert... Probablemente había muchas cosas más de las que ya ni me acordaba.

Nada de eso importaba ya.

En los últimos doce meses, mi vida había cambiado por completo.

Y se lo debía sobre todo a una persona.

Maisy.

Desde que la abracé en Central Park, todo era distinto.

Mejor.

—Tierra llamando a Dixon, tierra llamando a Dixon. —Gavin me volvió a dar un toque en el costado—. ¿En qué piensas?

Sacudí la cabeza. Unas gotas de agua cayeron sobre el muelle de madera. —En nada —mentí—. Todavía tengo mucho que hacer. Mi escritorio está que echa humo.

—Me lo imagino. —Gavin asintió comprensivo—. ¿Ya has integrado todos los estudios en tu empresa?

Con lo de «todos los estudios», Gavin se refería a los de Elbert. Mi competidor había quebrado hacía unos meses. Sus artimañas no le sirvieron de nada al final. Gastó el dinero más rápido de lo que lo ganaba y acabó perdiendo el control de sus gastos. Lo sabía tan bien porque ahora tenía acceso a todos sus libros de contabilidad.

—El proyecto seguirá en marcha hasta finales de mes —respondí.

—Seguro que te alegras de haberte librado por fin de Elbert —supuso Gavin.

Me encogí de hombros. —No tengo nada en contra de la competencia. Pero no necesito a nadie que me ande poniendo la zancadilla constantemente. Todo debe llevar un orden. Así, la competencia incluso anima el negocio. Elbert fue demasiado lejos.

—¿Qué hace ahora? ¿Lo sabes? —preguntó Gavin.

—Está en Australia. Ni idea de qué hace allí. Quizá quiera empezar de cero con una empresa nueva. Con el dinero de la venta consiguió visados para él y para Pandora. —Sacudí la cabeza con un poco de incredulidad.

—Así que lo de esos dos duró. —Gavin también sonaba incrédulo.

—Asombroso, ¿verdad? —Sonreí—. Aunque bueno, quizá no tanto. Dios los cría y ellos se juntan.

Gavin se rio. —La verdad es que habría apostado a que TÚ emigrarías a Australia algún día.

Negué con la cabeza. —Nunca me lo planteé. Y ahora, menos todavía.

Hacía más de un año que vivía con Maisy en mi ático. Pocos días después de reencontrarnos, se mudó conmigo. Desde entonces, mi vida ha cambiado radicalmente. Maisy trajo luz, sol y alegría a mi casa.

Y el nacimiento de nuestra pequeña hija, Lilyana, ha cambiado más cosas de las que jamás podría describir. Supongo que, al final, solo las personas que tienen hijos pueden comprender a qué me refiero cuando digo que nunca habría podido imaginar la magnitud del amor que siento.

Por eso guardé silencio ahora.

Gavin era mi mejor amigo.

Pero no tenía ni hijos ni mujer.

—Yo no entiendo de estas cosas —dijo Gavin en ese momento—. Pero no hay más que mirarte para saber lo bien que te sientan Maisy y tu hija. Se te nota a la legua.

Miré a mi amigo con gratitud. Incluso en esta situación me conocía tan bien que sabía lo que estaba pensando y sintiendo.

Parpadeé bajo el sol cegador. Luego me puse en pie. —Bueno, ha llegado la hora. Tengo que cambiarme y marcharme. Esta tarde viene la abuela Adelaide a tomar café. Se muere de ganas por volver a ver a su bisnieta. Y esta noche Maisy tiene el día libre. Lilyana y yo celebraremos una velada de padre e hija. —Sonreí.

—¿Eso es lo que le has dicho a Maisy? —Gavin sabía lo que de verdad tenía planeado para esta noche.

—Sí. ¿Qué otra cosa le iba a decir? —Me encogí de hombros.

—Saldrá bien. —Gavin me dio un golpecito animado en el costado—. ¿Qué podría salir mal? —Sonrió—. Llevo una tableta de chocolate en la mochila por si acaso. Póntela en el bolsillo y, si te pones demasiado nervioso, cómete un trocito.

Miré a mi amigo, agradecido. Realmente me conocía de arriba abajo.

Caminamos juntos hacia los vestuarios.

***

Maisy

—Ha sido una idea fantástica venir aquí. —Le dediqué una gran sonrisa a Dixon—. Hace un tiempo ideal para un picnic en el campo.

Dixon sonrió. —Ya me imaginaba que te gustaría mi idea.

—Y como ahora tienes un coche más cómodo, y no uno con el que casi me caigo a la calzada al sentarme y que luego no arranca, he podido aceptar. —La abuela Adelaide estaba sentada con aire majestuoso en un banco y miraba a Dixon. Había rechazado sentarse en la manta de picnic alegando su edad, a pesar de que Dixon se había ofrecido a ayudarla a levantarse.

Me reí por lo bajo.

La abuela Adelaide era sencillamente encantadora. En los últimos meses le había cogido muchísimo cariño. Me había acogido en la familia sin hacer muchas preguntas y me había demostrado desde el

principio lo mucho que le importaba tener una buena relación conmigo.

En el ático de Dixon me había sentido como en casa enseguida. Pero el haber encontrado un lugar en la familia de Dixon también se lo debía a la abuela Adelaide.

—De todos modos, el Ferrari ya no servía para nada. —Dixon se encogió de hombros. Miró primero a la abuela Adelaide y luego a mí —. Solo se estropeó en el momento justo una sola vez. —Dixon me dedicó una sonrisa. Sabía que se refería a nuestro reencuentro en Central Park.

Pestañeé bajo la luz del sol.

—¿Necesitas tus gafas? —preguntó Dixon con ternura.

Le sonreí. —Sí, me vendrían bien.

Dixon me había regalado unas gafas de sol nuevas hacía unas semanas y me había ofrecido, guiñándome un ojo, guardármelas él y dármelas siempre que las necesitara. Al principio puse cara de indignación, pero luego ambos rompimos a reír, le di un beso a Dixon y le agradecí sus cuidados.

Cuidados.

Eso era algo totalmente nuevo para mí.

Desde que me mudé con Dixon, no me había faltado de nada. Ya llevaba más de un año viviendo con él en su ático y, aun así, a veces todavía no me podía creer mi suerte. Algunos días me pellizcaba ligeramente el brazo al despertarme.

Pero siempre comprobaba lo mismo: no era un sueño. Esto era la realidad.

—Baaaa... —protestó una vocecita desde el portabebés donde llevaba a mi hija Lilyana pegada al pecho.

Sonreí. Junto con Dixon, Lilyana era el segundo milagro de mi vida. Irme a vivir con Dixon había cambiado mi existencia por completo, pero el nacimiento de Lilyana le había dado a mi vida una dimensión nueva. Seguro que eso solo lo entienden otras madres.

—Baaaa... —volvió a oírse.

—Parece que tú también quieres que te dé el sol —me reí mientras acariciaba la cabecita de Lilyana.

—Creo que quiere ir con su bisabuela —dijo Dixon con una sonrisa.

Asentí con la cabeza. Desde que la abuela Adelaide había sostenido a Lilyana en brazos por primera vez, las dos se habían vuelto uña y carne. Lilyana daba gritos de alegría y parecía sentir la presencia de la abuela Adelaide incluso antes de haberla visto. Y la abuela Adelaide rejuvenecía en cuanto tomaba a su bisnieta en brazos.

Ahora, la abuela Adelaide agitaba un pequeño sonajero que había sacado de su bolso.

—Babababa —balbuceó Lilyana.

Me reí y llevé a mi hija con su bisabuela.

—Baaaaaaaa. —Lilyana por fin estaba satisfecha.

—Venga, ven aquí, pequeña. —La abuela Adelaide alzó a Lilyana y rozó con sus labios la mejilla de la pequeña—. Quién iba a decir que casi no llegamos a conocernos. Y todo por culpa de tu intrigante prima.

Las últimas palabras iban dirigidas a Dixon y sonaron casi a reproche.

—Yo no fui quien creyó durante años que Pandora era una niña buena —replicó Dixon, mirando a su abuela con un ligero reproche.

—Está bien, está bien —dijo la abuela Adelaide—. Me la jugó pero bien. De verdad creí que necesitaba ayuda y que estaba al borde de la ruina.

—Puede que fuera así. —Dixon se encogió de hombros—. Probablemente nunca lo sabremos. Pero el caso es que le parecía inaceptable hacer cualquier otra cosa que no fuera pintar para ganarse la vida. —Ladeó la cabeza de un lado a otro—. Eso hasta cierto punto puedo entenderlo, cada uno quiere hacer lo que le gusta. Pero hay que seguir las reglas, se haga lo que se haga. Estuvo espiando para Elbert todo el tiempo, por eso él sabía que yo quería comprar el edificio de Wall Street, que había viajado a Florida y qué facturación tenemos en cada sector de negocio. Y con el espionaje y la difamación se acaba mi comprensión.

—Menos mal. No pensé que llegaras a mostrar ni un ápice de comprensión por tu prima. —La abuela Adelaide arqueó las cejas y acunó ligeramente a Lilyana en su regazo—. Estas dos damas te han cambiado mucho.

Dixon se echó a reír.

La abuela Adelaide añadió: —En cualquier caso, Pandora no heredará ni un céntimo de mi dinero, de eso ya me he encargado yo. Quien intenta destruir a la familia, sufre las consecuencias.

Dixon asintió.

—¡Miau! —se oyó a mi lado.

—¡Ginger! —Miré a mi alrededor. A mi lado estaba la gata atigrada naranja y blanca que tanto protagonismo había tenido en la historia de Dixon y la mía—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Me senté en la manta de picnic. Ginger saltó a mi regazo y se acurrucó allí.

—¡Miau! —Una petición inequívoca de mimos. Ginger no se había quejado cuando tuvo que dejar sitio a Lilyana. Pero en cuanto mi regazo quedaba libre, aprovechaba la oportunidad.

Acaricié suavemente su pelaje atigrado. Pocos días después de mudarme con Dixon, Ginger había aparecido frente al ático. Había maullado y se había frotado contra mis piernas cuando llegué a casa. Y cuando salí del apartamento al día siguiente, Ginger seguía allí.

Después de una semana, tuve la certeza de que no tenía dueño. Dixon y yo adoptamos a Ginger y ahora vivía en su rincón soleado en nuestra terraza, donde devoraba con visible placer manjares que seguramente no había probado en sus años de callejeo.

Dixon me rodeó con el brazo. —¿Contenta? —quiso saber.

—Mucho —respondí, apoyándome en él.

Una sensación cálida se extendió por mi interior.

Por fin estaba en el lugar adecuado.

Con las personas adecuadas.

***

Maisy

—¿Estás ilusionada? —Jaylene miraba emocionada hacia el escenario desde su butaca tapizada en terciopelo rojo.

—Al menos tanto como tú —bromeé con mi amiga.

—Ja, ja —dijo Jaylene. Luego sonrió—. Vale, lo reconozco. Estoy emocionada. Al fin y al cabo, no todos los días vengo a Broadway.

—Yo tampoco. Y mucho menos contigo. —Sonreí con cariño a mi mejor amiga—. He querido invitarte tantas veces para darte las gracias y nunca pudo ser. Pero ahora por fin estamos las dos aquí. —Me eché hacia atrás en el asiento, satisfecha.

—Es que has estado muy ocupada. —Jaylene me dio un toquecito—. Has sido madre. ¿Se te ha olvidado ya?

Negué con la cabeza. —Algo así no se olvida. Ni por un solo milisegundo. Un hijo te pertenece incluso antes de nacer. Y después es igual. Estamos conectadas para siempre.

Jaylene guardó silencio.

Mi amiga no tenía hijos. Pero sabía que deseaba tenerlos. —Oye —dije con alegría para distraerla de aquel breve momento solemne—. Pero también está muy bien que la niña sea un poco más mayor y una pueda volver a salir con su mejor amiga.

Jaylene se rió suavemente. —Qué bien que tengas a Dixon —dijo.

Asentí. —Es un padre maravilloso. No podría haber uno mejor. Saca a pasear a Lilyana, la cambia, me ayuda siempre que puede... y eso a pesar de estar tan ocupado con el trabajo. —Asentí de nuevo.

—Eso es estupendo. —Jaylene me miró—. Pero ¿qué pasa con tu pintura?

Suspiré. Jaylene había tocado un punto sensible. —Desde el nacimiento no me he sentado frente al caballete tanto como me gustaría —admití—. Pero sabes... Lilyana solo será pequeña una vez. Quería disfrutar de este tiempo al máximo y dedicarme a ella. Al fin y al cabo, nunca pensé que llegaría a ser madre y ahora... ahora Lilyana está aquí de repente. —Sonreí—. Cuando sea más independiente, volveré a pintar más. Sin duda. La galería sigue ahí esperando mis cuadros. Y los clientes que compraban antes del nacimiento, también.

En cuanto se corrió la voz de que Dixon y yo éramos pareja, los clientes volvieron a aparecer. Al principio me molestó un poco y quise rechazarlos. Pero luego me tragué el orgullo y, para mi alegría, vendí un cuadro tras otro.

A la única persona a la que eché sin pensármelo ni un segundo... fue a Crosby. Volvió a aparecer e intentó hablar mal de Dixon. Le dejé muy claro a Crosby que no quería volver a verlo en mi vida.

Y, efectivamente, desde entonces parecía habérselo tragado la tierra.

Mi vida era mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

A nuestro alrededor, la oscuridad fue ganando terreno poco a poco. Las luces se atenuaron y el murmullo del público se extinguió.

—Ya va a empezar —susurró Jaylene.

Asentí. Apreté emocionada la mano de mi amiga.

El telón del escenario se abrió.

¿Qué era aquello?

En teoría, debería haber un grupo de bailarinas vestidas de colores frente a nosotras. En su lugar, un hombre con traje oscuro estaba bajo un único foco de luz.

—Damas y caballeros, antes de que pueda comenzar nuestro espectáculo de hoy, hay un anuncio por parte de un invitado muy especial. —Sin más explicaciones, el hombre del traje desapareció del escenario.

Solo quedó el foco de luz.

Y en él apareció ahora... Dixon.

Me quedé sin aliento al reconocerlo.

Dixon, que llevaba a Lilyana en la mochila portabebés contra el pecho.

Nuestra hija dormía plácidamente incluso bajo el foco.

Dixon sostenía un micrófono. —Querido público, hoy estoy aquí con mi hija porque frente a mí, en la oscuridad, se sienta una mujer muy especial. La mujer más especial del universo. —Dixon hizo una pausa.

Sentí que mis mejillas se ponían rojas. Involuntariamente, apreté con más fuerza la mano de Jaylene. Mi amiga me devolvió el apretón.

—Maisy James ha hecho mi vida más colorida, rica y hermosa de lo que jamás pude imaginar. Me ha dado a la hija más maravillosa del mundo y me ha enriquecido en todos los sentidos. Ha despertado en mí sentimientos que ni siquiera sabía que existían.

A nuestro alrededor reinaba un silencio tenso y expectante.

Yo estaba como hechizada.

¿Qué iba a decir Dixon ahora?

¿Por qué estaba allí?

—Maisy. —Dixon se dirigió ahora a mí y, aunque no podía verme en la oscuridad, tuve la sensación de que sabía exactamente dónde estaba y que me miraba a los ojos—. Te quiero y no quiero pasar ni un día más sin ti. Quiero amarte cada día por el resto de mi vida. ¿Quieres casarte conmigo?

Las luces volvieron a encenderse.

Me quedé sentada en mi butaca con la boca abierta.

—Venga —me dio un codazo Jaylene—. ¿O es que no quieres?

—Sí —susurré. Todavía no podía creer mi suerte y seguía allí sentada, como clavada al asiento.

—Pues vamos. —Jaylene me empujó con más fuerza.

—¡Sí! —grité hacia abajo.

Y entonces ya nada me detuvo. Me levanté de un salto, me abrí paso entre las piernas de los espectadores hacia el pasillo y bajé corriendo mientras Dixon subía hacia mí.

Nos encontramos en mitad de la escalera.

Dixon me estrechó en sus brazos con cuidado. No quería despertar a Lilyana.

—Yo también te quiero —le susurré al oído justo antes de que nuestros labios se encontraran.

FIN